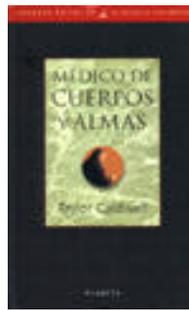


EL MÉDICO DE CUERPOS Y ALMAS



TAYLOR CALDWELL

PROLOGO

Este libro ha estado elaborándose durante cuarenta y seis años.

La primera versión fue escrita cuando yo tenía doce años, la segunda a los veintidós años de edad, la tercera a los veintiséis y durante todo este tiempo nunca dejé de trabajar en la obra.

Desde mi niñez, Lucano o Lucas, el gran apóstol, ha sido una obsesión para mí. Fue el único apóstol que no era judío. Nunca vio a Cristo.

Todo cuanto está escrito en su elocuente aunque mesurado Evangelio lo supo de oídas, por testigos de Cristo, de su Madre, de los discípulos y de los apóstoles. Su primera visita a Jerusalén tuvo lugar un año después de la Crucifixión.

Y sin embargo fue uno de los apóstoles más importantes. Al igual que Saulo de Tarso, conocido más tarde por Pablo, el Apóstol de los Gentiles, creyó que Nuestro Señor había venido no sólo para los judíos sino también para los Gentiles. Tenía mucho en común con Pablo, por que Pablo tampoco había visto nunca a Cristo. Cada uno de ellos recibió una revelación individual. Los dos hombres tuvieron dificultades con los primeros apóstoles porque éstos creyeron testarudamente y durante un tiempo considerable que Nuestro Señor se encarnó y murió para salvar sólo a los judíos y se mantuvieron en esta creencia incluso después de Pentecostés.

¿Por qué me ha obsesionado siempre San Lucas y por qué le he amado desde la niñez? No lo sé. Ante esta pregunta sólo sé citar una frase de Nietzsche: “Se oye —ni se busca ni pregunta quién da— no he podido elegirlo por mí mismo”.

Este libro trata de Nuestro Señor solo indirectamente. Ninguna novela ni libro histórico puede narrar la historia de su vida tan bien como la Santa Biblia. Por lo tanto la historia de Lucano, o San Lucas, es la historia de la peregrinación de todos los hombres, que a través de la desesperación y la vida en tinieblas, el sufrimiento y la angustia, la amargura y la pena, la duda y el cinismo, la rebelión y la desesperanza han llegado a los pies y la comprensión de Dios. La búsqueda de Dios y la revelación final son las únicas cosas que dan sentido a la vida del hombre. Sin ellas el hombre vive como un animal irracional, sin consuelo ni sabiduría y toda su vida es vana, sin que lo evite su posición social, poder o nacimiento.

Un sacerdote, que nos ayudó a escribir el libro, afirmó que San Lucas “fue el primer trovador de Nuestra Señora”. Únicamente a San Lucas reveló María el Magnificat, que contiene las más nobles palabras escritas en cualquier literatura. El amó a María más que a ninguna otra mujer en su vida.

Mi esposo y yo hemos leído más de mil libros acerca de San Lucas y de su época; y al final de esta novela se da una nota bibliográfica para quien quiera que desee continuar leyendo sobre el tema. Si el mundo de San Lucas parece sorprendentemente moderno al lector, es porque así fue en realidad.

Este libro puede que no sea el mejor del mundo pero ha sido escrito con amor y devoción hacia nuestros prójimos y, por este motivo, lo ponemos en sus manos, porque su contenido concierne a toda la humanidad.

Casi todos los acontecimientos y detalles de los primeros años de San Lucas, de su edad juvenil y de su búsqueda, así como los que se refieren a su familia y a su padrea adoptivo, son históricos. Hay que recordar siempre que por encima de todo San Lucas fue un gran médico.

Cuando la autora de esta obra tenía doce años, encontró un libro escrito por una monja de Antioquía que contenía muchas leyendas y tradiciones oscuras acerca de Lucas, incluyendo muchos milagros al principio desconocidos como tales, incluso para él mismo, realizados antes de su viaje a la Tierra Santa. Algunas de estas leyendas provienen de Egipto, otras de Grecia y han sido incluidas en esta novela. Por entonces Lucas no sabía que era uno de los elegidos de Dios no que alcanzaría la santidad.

El poderoso y espléndido imperio babilónico no resulta familiar para muchos lectores, no lo son los conocimientos de entonces en la medicina y la terapéutica de los sacerdotes-médicos, como tampoco su ciencia, todo lo cual fue heredado por los egipcios y los griegos. Los científicos babilónicos conocían las fuerzas magnéticas y las sabían usar. Estas cosas se hallaban en los miles de volúmenes de la maravillosa Universidad de Alejandría, que fue quemada por el emperador Justiniano, varios siglos después, en un arrebato de celo mal entendido. La medicina y la ciencia moderna empiezan ahora a redescubrir estas cosas. La época presente es más pobre de lo que hubiese sido, de no haber mediado el furor de Justiniano. Si la ciencia y la medicina babilónica hubiesen llegado hasta nosotros por medio de una tradición ininterrumpida, nuestro conocimiento del mundo y los hombres sería ahora mucho más amplio de lo que es actualmente.

No hemos descubierto aún cómo los babilónicos iluminaban sus velas con un “fuego frío más brillante que la luna”, no cómo hacían lo mismo en sus templos. Aparentemente conocían algún medio para usar la electricidad que nos es desconocido a nosotros, y que no era, además tan burdo como los nuestros. Se nos menta que usaban “navíos terrestres”, iluminados por la noche y capaces de alcanzar grandes velocidades. (Véase el libro de Daniel). También sabemos que usaban “piedras” raras o alguna clase de mineral para la cura del cáncer.

Tenían gran experiencia en el uso del hipnotismo y en la medicina psicosomática. Abraham, que había residido en la ciudad de Ur, en Babilonia, transmitió a los judíos el conocimiento de la medicina psicosomática y éstos la usaron durante siglos. Los Magos “los hombres sabios de Oriente”, que llevaron ofrendas al Niño Jesús, eran babilónicos, aunque por entonces aquella nación hacía tiempo que había entrado en una gran decadencia.

En los puntos en que los eruditos difieren respecto a algunos incidentes narrados en este libro, a los detalles históricos, he tomado la teoría más probable. Tan sólo he usado el Evangelio de San Lucas, sin referirme a cuanto aparece en los de San Mateo, San Marcos y San Juan.

Deseo expresar mi gratitud al doctor George E. Slotkin de Eggertville, N.Y. urólogo famoso y profesor emérito de la Escuela de Medicina de Buffalo, N.Y., por su valiosa ayuda en el campo de la medicina antigua y de la moderna.

TAYLOR CALDWELL

PRIMERA PARTE

Sin Duda Dios escoge a sus siervos al nacer,
O quizás incluso antes de nacer.
EPICTETO

CAPITULO I

Lucano nunca estaba seguro de si sentía o no cariño por su padre. Una cosa sí era cierta: que sentía lástima por él. Los hombres sencillos y sin pretensiones podían ser admirados. Los hombres sabios podían ser honrados. Pero su padre no era ni sencillo ni sabio.

Los contables y archiveros ocupan un lugar importante en la vida, especialmente cuando son diligentes y conocen la importancia exacta de sus cargos, sin pretender que poseen dones especiales. No les favorece hablar de “hombres inferiores” en tono culto y superficial. Pero la madre de Lucano sonreía tan tierna y dulcemente cuando su esposo expresaba estos ridículos prejuicios, que su compasión anonadaba a su hijo.

Además existía la costumbre que Eneas tenía de lavarse las manos en leche de cabra frotando cuidadosamente el blanco líquido por todas las arrugas, grietas y coyunturas. A la edad de diez años, Lucano había comprendido que su padre no trataba únicamente de suavizar y blanquear sus manos sino que intentaba borrar las huellas de una anterior esclavitud. Esto irritaba a Lucano, porque incluso entonces sabía ya que cualquier clase de trabajo no degradaba a menos que fuese degradante en la mente de quien lo realizaba. Pero cuando Eneas agitaba delicadamente sus manos húmedas en el aire suave de Siria para secarlas; Lucano podía ver las zonas desfiguradas en las palmas y la desagradable gran cicatriz sobre el dorso de la grácil mano derecha y entonces una oleada de piedad le inundaba con un vago sentimiento de amor. Sin embargo, su comprensión era aún pueril.

Eneas alcanzaba su máxima estatura moral cuando, un poco antes de la cena, ofrecía la acostumbrada libación a los dioses. Lucano le contemplaba entonces con una veneración inexpresable.

La voz de su padre, suave, débil y fina por lo general, se hacía humilde y vacilante. Sentía gratitud hacia los dioses porque le habían liberado, porque habían hecho posible aquella pequeña y agradable casa, con sus jardines de palmeras, flores y árboles frutales, porque le habían levantado del polvo y concedido autoridad sobre otros hombres. Pero el momento más solemne, para Lucano, era cuando Eneas llenaba de nuevo la copa de vino y con una reverencia incluso mayor, ofrecía el rojo líquido, lenta y cuidadosamente, con palabras de casi inaudible suavidad “Al Dios Desconocido”.

En aquellos momentos los grandes ojos azules de Lucano se llenaban de lágrimas. El Dios Desconocido. Para Lucano aquella libación no era sólo una antigua costumbre de los griegos. Era un saludo místico, un rito universal. Lucano contemplaba la caída de las gotas de rubí y su corazón se estremecía con una casi insoportable emoción, como si contemplase el derramamiento de sangre divina, la ofrenda de un inescrutable Sacrificio.

¿Quién era el Dios Desconocido, innominado? Eneas solía contestar a esta pregunta de su hijo: era una antigua costumbre de los griegos verificar aquel rito dedicado a Él y era necesario mantener las costumbres civilizadas de los griegos cuando se vivía entre bárbaros romanos, a pesar de que estos bárbaros dominaban el mundo. Sus arrugadas manos se unían en un inconsciente gesto de homenaje y su delgado rostro, insignificante y ordinario, adquiría distinción y gravedad. Entonces era cuando Lucano estaba seguro de que amaba a su padre.

Lucano había sido cuidadosamente educado por su padre acerca de los dioses, a quienes denominaba con nombres griegos y no con los groseros nombres que empleaban los romanos. A pesar de sus nombres poéticos y amables eran para Lucano hombres que habían crecido hasta transformarse en seres gigantescos e inmortales, dotados de las mismas cualidades de crueldad, lujuria, rapacidad, odio y malicia que los hombres. Pero el Dios Desconocido no parecía poseer los mismos atributos que el hombre, ni sus vicios o virtudes. “Los

filósofos han enseñado que Él no puede ser comprendido por el hombre”, había dicho en cierta ocasión Eneas a su hijo. “Pero es todo poderoso, omnisciente y omnipresente, patente en todo cuanto tiene ser, sean vegetales, animales u hombres. Así lo afirmaban los inmortales pensadores de nuestro pueblo”.

—El chico es muy serio para su edad —dijo Eneas en cierta ocasión a su esposa Iris-. Sin embargo, no hemos de olvidar que su abuelo, mi padre, era poeta y, por lo tanto, no debo censurar al niño.

Iris sabía que el abuelo poeta era una de las más patéticas invenciones de su esposo, pero asintió demostrando estar de acuerdo.

—Si, nuestro hijo tiene alma de poeta. Aunque lo veo y oigo jugar alegremente con la pequeña Rubria; persiguen a las ovejas juntos y juegan al escondite entre los olivos; a veces sus ruidosas risas son escandalosas. —Al decir esto contemplaba cariñosamente como su esposo levantaba su alargada cabeza con importancia e intentaba fruncir el ceño.

—Espero que no abandone sus estudios. Con todo el respeto hacia mi patrono, me cuesta olvidar que es un bárbaro romano y que su hija no puede ofrecer a mi hijo ninguna diversión intelectual.

—Y añadió rápidamente:

—Sin embargo debemos recordar que sólo tiene diez años y la pequeña Rubria es aún más joven. ¿Dices que siempre juegan juntos, querida mía? No me he dado cuenta; claro que estoy siempre ocupado, desde que amanece hasta que anochece, en la casa del tribuno.

—Lucano ayuda a Rubria en sus deberes escolares. —Iris se echó para atrás un dorado rizo que caía sobre su frente—. Es una pena que el noble tribuno Diodoro Cirino no te emplee en enseñarla.

Eneas asintió y besó suavemente la frente de su esposa con agradecimiento.

—Pero, ¿Quién cuidaría entonces de los negocios romanos en Alejandría, de llevar el control, de supervisar a los encargados de los esclavos? ¡Ah, estos avarientos e insaciables romanos! Roma es un abismo en el que toda la riqueza del mundo se hunde sin un solo sonido, un abismo del que nunca ha surgido ni surgirá ni una nota de música.

Iris se contuvo de mencionar ante su esposo a Virgilio. Eneas solía compararle desdeñosamente con Homero.

A Eneas le ofendía que su patrono tan solo fuese un rudo tribuno y no un augustal. Muchos de los tribunos romanos eran augustales pero no Diodoro, que despreciaba a los patricios y cuyo héroe era Cincinato. Diodoro poseía una educación considerable y un gran intelecto; era hijo de una sólida y virtuosa familia en la que habían habido muchos soldados, pero mantenía la actitud de desprecio de los militares hacia los hombres que prefieren las cosas del intelecto. Se aferraba a las viejas virtudes y afectaba ignorancia de cosas que conocía bien, hablando en los términos sencillos y rudos de un soldado para quien los libros eran despreciables. A su manera era tan afectado como el propio Eneas. Ambos eran falsos, se decía Iris a sí misma con tristeza, pero de una piadosa falsedad. Que Eneas transigiese con el soldado cuyo padre le había hecho libre y que Diodoro usase deliberadamente un lenguaje incorrecto e hiciese gala de malos modales, eran a fin de cuentas, cosas de poca importancia.

El padre de Diodoro Cirino, un hombre de recta moral y nobles sentimientos, había comprado a joven Eneas a un conocido, famoso por su extremada crueldad con los esclavos, una crueldad que era infame incluso para una gente endurecida y cínica. Se contaba de él que ninguno de sus esclavos carecía de alguna cicatriz, desde los que trabajaban sus campos, viñedos o molinos de aceite, hasta las mujeres más jóvenes que tenía en su casa.

A pesar de las leyes, no se privaba de sus ansias de matar, para satisfacer sus crueles deseos, o cuando un esclavo le caía en desgracia. Había ideado formas de tortura y asesinato que le proporcionaban un inmenso placer. Era un augustal de familia orgullosa aunque decadente, de inmensa fortuna y poder, también senador, y se contaba que hasta el propio César le temía.

Sólo un hombre en Roma se atrevía a despreciarle públicamente: el virtuoso tribuno Prisco, padre de Diodoro, querido por las multitudes romanas que, a pesar de su servilismo y adulación para con los señores, le honraban por sus virtudes militares y por su integridad. La plebe incluso le admiraba por su amabilidad y justicia en el trato de sus esclavos, hecho paradójico entre un pueblo por quien un esclavo era menos que una bestia irracional.

Eneas, el esclavo griego, había sido uno de los trabajadores de las tierras del Senador y nadie sabía seguro como Prisco había conseguido comprarle, excepto el propio Eneas, quien nunca hablaba de ello. El hecho es que Prisco había llevado a su casa al herido y quebrantado muchacho, había llamado a su médico para que le cuidase y le había asegurado un lugar en su casa, exigiendo de él tan sólo obediencia.

—Todos estamos sujetos a la obediencia —había dicho Prisco a su nuevo esclavo con severidad—. Yo obedezco a los Dioses y a las leyes de mis padres, y hay motivos para sentirse orgulloso de tal sujeción, porque es voluntaria y obligatoria para todos los hombres honorables. Un hombre sin disciplina es un hombre sin alma.

Eneas era analfabeto, pero rápido y respetuoso y con una inteligencia despierta y ordenada. Prisco, que creía que todos los hombres, incluso los esclavos, debían tener la oportunidad de realizar sus máximas posibilidades, había permitido a Eneas sentarse en un rincón de la habitación donde su hijo recibía lecciones. En un período de tiempo sorprendentemente corto, Eneas había alcanzado a Diodoro; su memoria era

asombrosa. No tardó mucho en sentarse por orden de Prisco, a los pies de la mesa en que se sentaba Diodoro y su tutor.

— ¿Tenemos aquí a un erudito griego? —Había preguntado Prisco al tutor con ironía—. Pero el tutor respondió sagazmente que Eneas no era un erudito sino un joven de clara inteligencia.

A la edad de veinticinco años, Eneas dirigía ya las posesiones de su dueño Prisco, mientras que Diodoro había abrazado la profesión de soldado y estaba de ayudante del procurador de Jerusalén. Eneas también se había enamorado de una esclava, la joven Iris, bella muchacha griega, favorita de la casa, doncella de la esposa de Prisco, educada personalmente por Antonia que sentía por ella el afecto de una madre por su hija. Prisco y Antonia había presidido los esponsales de los dos jóvenes y les habían hecho innumerables regalos, pero sobre todo, el inapreciable don de la libertad.

Después de la muerte de sus padres Diodoro Cirino volvió a la casa solariega y quedó encantado con su liberto Eneas, porque sus posesiones en Roma se hallaban en perfecto orden. Recordaba a su compañero de estudios como un “muchacho vulgar”, sin ninguna característica sobresaliente, pero supo reconocer sus cualidades y su honradez, aunque le molestaba ver la petulancia y pequeñas arrogancias que empleaba en el trato con los esclavos que estaban bajo sus órdenes. Sin embargo Diodoro, como hombre inteligente y, en el fondo, compasivo, comprendió que en esta forma Eneas se desquitaba de los años de su propia esclavitud.

El solitario joven romano, que tenía entonces veintisiete años de edad, cinco menos que Eneas, se casó pronto con una joven de sólida familia romana, que poseía sus mismas vigorosas cualidades, pero sin su gran inteligencia. Poco después Diodoro fue nombrado gobernador de Antioquía, en Siria, y llevó consigo a Eneas y a Iris. Allí Eneas encontró un campo más amplio para aplicar su talento meticuloso y preciso en la administración y por primera vez tuvo su propia casa en una finca de los suburbios de Antioquía. Por las tardes soñaba con los hombres gloriosos de la antigua Grecia y se identificaba a sí mismo con ellos; leía poemas de Homero y los declamaba en alta voz ante su esposa e hijo. Su conocimiento intelectual, sin embargo, seguía siendo pequeño y escaso. Hablaba de Sócrates, pero los diálogos estaban más allá del alcance de su entendimiento. Sabía muy bien de los personajes menos famosos de Grecia y casi nada de los grandes estadistas de su nación. Servía a los dioses con la misma fidelidad que a Diodoro. Para él eran probablemente la representación de Grecia. Su amabilidad, delicadeza y esplendor le recordaba que sus homónimos romanos eran groseros, lascivos y brutales; alejados de toda sutileza y gracia, simples sombras agigantadas de los propios hombre romanos. Eneas encontraba en sus dioses refugio de las amargas memorias de su esclavitud; en ellos descubrió su propio orgullo porque incluso los romanos les honraban y construían templos y hacían distinciones entre ellos y sus propios dioses.

Eneas hubiese preferido Roma a Antioquía porque aunque desdeñase a la plebe romana, le gustaba el ajetreo de las calles concurridas, las excitaciones de la ciudad y su ambiente de poder. Antioquía era para él demasiado “extranjera”, invadida constantemente por ruidosos marineros procedentes de cientos de delegares bárbaros y desconocidos. Sentía por ellos una gran aversión y su presencia le producía una profunda repugnancia. Sin embargo tenía su pequeña casa propia, acogedora, fresca, con brillantes cortinas de algodón, arcos y jardines y lo bastante alejada de la casa de Diodoro para que pudiera hacerse la ilusión de que era un terrateniente por derecho propio. Gran parte del placer que esta situación le proporcionaba se empañaba con frecuencia, cuando entraba en contacto con Diodoro y tenía que sufrir en silencio el expresivo y rudo lenguaje del romano.

Diodoro se sentía más sólo en Siria que en Roma. Su esposa Aurelia, una exuberante joven matrona, estaba por entero dedicada a su casa, sus esclavos, su esposo y su joven hija. Era devota y reverente a la manera de las antiguas matronas romanas. Pero carecía de educación, aunque no de astucia, y era poco refinada en comparación con el refinamiento natural, aunque secreto, de su esposo. Sus temas de conversación eran los esclavos, su hija, las últimas modas de Roma, el latrocinio de la servidumbre en la cocina, el clima de Siria y los platos que ella misma preparaba ante las miradas de las cocineras. No hay duda que era una mujer estimable y aunque estaba algo gruesa, su rostro redondo y sonrosado, enmarcado en una exuberante cabellera negra, y sus grandes ojos marrones hacían de ella una mujer bonita. Diodoro escuchaba su charla con satisfacción y luego se retiraba a la biblioteca, para sacar allí sus libros que tenía convenientemente escondidos y entregarse a la lectura hasta la medianoche, mucho después que todos los habitantes de la casa se hubiesen retirado a descansar. Sus aficiones predilectas eran la poesía, la historia y la filosofía. Leía en voz alta, para su deleite, poemas enteros, con voluptuoso abandono a la sonoridad de los cantos y frases.

Por la mente de aquel archimoral romano jamás pasó la idea de buscar placeres sexuales en los burdeles de Antioquía, ni unirse a otros romanos, compañeros de armas, en la ciudad para entregarse al juego, la lucha de gallos o la simple charla. El lugar de un hombre, después de su trabajo, era su hogar, aunque la conversación de su esposa fuese trivial. Bebía muy poco y sólo en la mesa porque creía que la embriaguez era uno de los mayores pecados; su única distracción era, por estas razones, el trabajo.

Aurelia tenía amigas entre las familias romanas de Antioquía, pero eran tan virtuosas y vulgares como ella misma. Criticaban juntas a las mujeres más emancipadas que pertenecían al círculo de sus conocidos y comentaban sus ligerezas con escalofríos. Desconocían por completo la depravación de su patria, su corrupción moral y sus vicios, las maneras y costumbres licenciosas y criticaban a otras mujeres por comportarse con una ligereza de costumbres que era en Roma corriente y hasta aceptable. Sus lares y penates era la cosa más importante en sus vidas y sus comadreo eran tan inocentes como pueden ser los de

unas colegialas. Sin embargo eran felices; tenían sus hogares, sus hijos, sus maridos y eran industriosas y devotas.

Diodoro Cirino encontraba algún alivio en el trato con los soldados rasos de la guarnición en Antioquía y hablaba con ellos libremente sobre cuestiones militares, con gran humillación y violencia de sus oficiales más jóvenes. Estos se consideraban a sí mismos exilados en aquel país, y soñaban con las delicias, placeres y vicios de Roma sintiendo hacia su superior un poco de asombro y secreto desprecio. No dudaban de su honradez, pero esto no les inspiraba respeto; le creían un tonto. Incluso su rígida justicia, que nunca quedaba empañada por la debilidad o el favoritismo, era, para ellos, inhumana. Castigaba a un oficial con la misma prontitud que a un simple soldado de infantería, sin tener en cuenta la importancia de su familia o influencias en Roma. Eneas simpatizaba con ellos y se unía a sus gestos cuando Diodoro daba alguna orden excesivamente rigurosa.

Un día las cosas había ido demasiado lejos, Diodoro, rodeado de sus oficiales, contemplaba como los esclavos cargaban un barco romano con los frutos de Siria: miel, aceitunas, aceite de oliva, lana y otros muchos artículos. Aunque era en el mes de diciembre y las fiestas saturnales se acercaban, el sol calentaba con una intensidad desacostumbrada; el aire estaba saturado de humedad y las oscuras aguas parecían estar cubiertas de grasa encendida. Los capataces gritaban irritados y el chasquido de sus látigos sonaba incesantemente en el húmedo aire del día. Pero los esclavos, sudando profusamente, languidecían en su tarea. De pronto, emitiendo una maldición de impaciencia, Diodoro había abandonado la mesa instalada en el muelle donde Eneas anotaba cuidadosamente el número de barriles y fardos embarcados y había cargado sobre sus hombros una gran caja con la misma facilidad que si hubiese sido un pequeño corderito. Ascendió en dos zancadas por la plancha del barco y colocó la caja, con un movimiento rápido y preciso, en el lugar que correspondía entre los fardos. Después, se había erguido sonriendo con satisfacción.

Los oficiales parpadearon asombrados; Eneas miró delicadamente hacia otro lado; los soldados contemplaron a su jefe con asombro y los capataces y esclavos quedaron petrificados. Pero Diodoro, flexionando sus músculos y respirando profundamente, había exclamado:

— ¡Vamos, el ejercicio es saludable para el alma!

Eneas, como buen griego, sentía un profundo desprecio y aversión por toda clase de trabajos manuales y este episodio le había hecho estremecer. Pero tanto él como los demás se sintieron anonadados cuando Diodoro dirigiéndose a los esclavos gritó:

— ¿Sois hombres o gusanos enfermos? Esto ha de estar cargado antes de la puesta del sol o tendréis que trabajar a la luz de las antorchas. ¡Vamos, moveros como hombres decididos y acabemos de una vez!

De nuevo se había inclinado sobre un barril y lo subió rodando por la plancha mientras los músculos de sus hombros y piernas resaltan como si fuesen a estallar. Era evidente que se estaba divirtiendo.

Los látigos pusieron a los esclavos en movimiento, pero estimulados por el ejemplo de Diodoro aceleraron su trabajo. El romano empezó a cantar roncamente una canción con ritmo de marcha y los esclavos rieron y cantaron con él. Mucho antes de la puesta del sol la nave estaba cargada. Ni un solo oficial, ni un soldado había participado en la tarea, porque Diodoro, con una mirada despectiva había rechazado sus ofrecimientos.

Después Diodoro había vuelto a reunirse con sus oficiales mientras se secaba el sudor con el pañuelo, que uno de ellos le había ofrecido y contemplaba con satisfacción el barco a punto de zarpar.

El capitán de la nave se había acercado a él con respeto y asombro y Diodoro le había dicho con rudeza:

— ¡Di a los afeminados de Roma que Diodoro Cirino, hijo de Prisco, ayudó a cargar este barco! Diles, cuando veas como se perfuman con nardo y esencia de rosas, escuchan música y se entretienen con otras delicadezas, que hoy has visto a un romano trabajar tal como antaño trabajaban los romanos y tal como habrán de trabajar si Roma quiere sobrevivir y no perecer en medio de jarrones floridos, cantantes, vino y elegancias.

Después, volviéndose hacia sus oficiales —que estaban avergonzados por la actitud de su jefe— había maldecido violentamente y exclamado de nuevo:

— ¿Dónde están vuestros callos y cicatrices, vuestros músculos y piel tostada? Sois todos muy delicados. ¿Sabéis lo que es la guerra, el trabajo y los hombres que viven con sobriedad y fortaleza? ¡Al infierno con todos vosotros! ¡Por Mercurio que sois menos hombres que esos pobres esclavos!

Estas palabras eran imperdonables. Los esclavos murmuraban entre ellos y los rostros de los romanos se oscurecieron amenazadores. Pero ninguno se atrevió a replicar. Diodoro era capaz de golpear el rostro de cualquier imprudente a la vista de todos; lo había hecho más de una vez, incluso ante soldados rasos y esclavos.

Por desgracia para ellos, Diodoro aún no había terminado.

—Cincinato dejó su arado para salvar a Roma y no se entretuvo ni siquiera en lavar sus manos o poner sandalias en sus pies cubiertos de polvo. Más ninguno de vosotros dejaría los brazos de una puta siria para salvar la vida de un hombre o mantener en su jurisdicción la ley de Roma.

Bruscamente se había vuelto hacia su caballo atravesando el muelle y se había lanzado a galope hacia su casa en los suburbios. Dejó atrás su carro para que un oficial lo condujese a sus establos y Eneas fue llevado en él hasta la casa.

Una vez en el hogar Eneas había contado a Iris el horripilante episodio, que su esposa había escuchado en silencio. Eneas esperaba que ella se sintiese anonadada, pero Iris se limitó a decir suavemente, con una de sus encantadoras sonrisas:

—El noble tribuno fue antaño mi compañero de juegos en la casa de Prisco. Siempre fue un chico ruidoso; algunas veces me llevaba sobre sus espaldas y pretendía ser Júpiter que, como un toro, raptaba a Europa.

Al ver la recelosa expresión del rostro de Eneas había añadido gentilmente:

—Ah, querido; éramos simples niños entonces.

A veces Eneas no comprendía a Iris y en esta ocasión contestó pomposamente:

—Veo que no alcanzas a ver las grandes implicaciones del episodio de hoy, Diodoro habla constantemente de disciplina y, sin embargo, ha humillado públicamente a sus oficiales ante los soldados y los esclavos. ¿Acaso esto no compromete su autoridad?

Iris comprendía que la ira de Diodoro no iba tanto contra los hombres que dependían de él como contra las costumbres modernas y corruptas de Roma, que para él eran insoportables. Sus hombres habían sido la causa inmediata que había precipitado la ira concentrada y sorda del tribuno. Por eso asintió ante las palabras de su esposo y dijo:

—Estoy segura de que no volverá a repetir una escena así.

—Nunca se puede estar seguro —respondió Eneas— con un hombre tan caprichoso. Confieso que nunca he podido entenderlo.

La furiosa excitación de Diodoro había durado durante toda la comida. Le había contado todo a Aurelia y ella había asentido con sabiduría de esposa, aunque todo el asunto estaba más allá de su comprensión. Después de oír su relato había dejado pasar unos minutos en silencio y luego había dicho con ansiedad y como si su esposo no le hubiese dicho nada:

—Nuestra pequeña Rubria ha vuelto a toser y escupir sangre y se queja de dolores en las piernas y brazos. El médico ha ordenado que le demos friegas en la garganta y las articulaciones y hemos conseguido que al fin se durmiese, pero su rostro sigue sofocado. ¡Qué triste es ver sufrir a esta niña, que nunca ha gozado de salud y qué pena tengo, querido esposo, porque sólo he podido darte esta débil corderilla y no unos hijos fuertes!

Diodoro olvidó inmediatamente su ira, tomó a su esposa en los brazos y la besó. Aurelia no sentía repulsión hacia el fuerte olor a sudor que desprendía su esposo, sino más bien le confortaba su fuerza. Enlazó sus brazos alrededor de su cuello y dijo:

—Pero tengo sólo veinticinco años y puede que los dioses nos concedan aún algún hijo. He de ir pronto a Antioquía y ofrecer un sacrificio especial a Juno.

Rubria era la niña de los ojos de Diodoro, aunque creía que sólo él conocía esto. Suavemente ascendió las escaleras de mármol blanco que conducían a las habitaciones de su hija y silenciosamente corrió los pesados tapices de roja seda que cubrían la entrada.

La niña había conciliado el sueño gracias a la frescura del temprano anochecer y su aya vigilaba su sueño sentada junto a la cama. La pequeña ventana de la habitación era como un cuadro escarlata y sombras púrpuras penetraban iluminando los rincones de la habitación. Diodoro se inclinó sobre su hija y su indomable corazón desfalleció a la vista de la fragilidad de aquella criatura. Aquel color rojizo de su cara, ¿sería el reflejo del sol poniente o era causado por una fiebre siniestra y desconocida? Las largas pestañas negras de la niña temblaban ligeramente, resaltando sobre sus delgadas y enfebrecidas facciones; sus aniñados labios ardían. ¡Aquella tierna paloma tan dulce y querida, llena de alegría y vivacidad aún en el dolor! La tosca mano de Diodoro acarició la negra mata de cabello que reposaba sobre la blanca almohada, mientras rogaba desesperadamente a Esculapio que curase a su hijita.

“Te ruego, señor de los médicos, hijo de Apolo, que envíes a Mercurio en las alas de la compasión sobre esta niña y que tu hija Higea se muestre propicia a ella. Mercurio, acude pronto en su ayuda porque, ¿no es ella como tú, rápida como el fuego, veloz cual el viento y variable como un ópalo?”

Prometió sacrificar un gallo a Esculapio, que prefería este sacrificio y un par de bueyes blancos a Mercurio, adornados con anillos dorados en sus morros. El terror se apoderó de él al acariciar de nuevo el cabello de Rubria y ver el temblor de las pequeñas manos que reposaban sobre la sábana. Había honrado a los dioses durante toda su vida y sin duda éstos no le arrebatarían aquella niña de su corazón. “Nunca he temido la espada o la lanza, ni a hombre o cosa alguna”, se dijo a sí mismo, “y sin embargo esta noche el miedo debilita mi valor”. “No es que esta enfermedad sea algo nuevo; más bien parece como si mi alma temblase ante algún presentimiento”.

Renovó sus oraciones añadiendo una dedicada a Juno, la madre de los niños. Los dioses de Roma nunca le habían parecido depravados, ni siquiera Júpiter, a pesar de sus aficiones por las doncellas. Se preguntaba perplejo si debiera rogar a Marte, su dios predilecto, el patrón de los soldados. Decidió que no; Marte no comprendería que un soldado considerara la vida de un niño más importante y preciosa que la misma guerra. Un ruego como el suyo posiblemente inspiraría la ira del dios de la guerra. Diodoro volvió a rogar fervientemente a Mercurio, el dios de las sandalias aladas y del caduceo.

Cuando volvió de nuevo junto a Aurelia ésta se hallaba en la antecámara de sus habitaciones, hilando lana con diligencia, a fin de tejer una manta para la niña. Sentada ante la rueca era la verdadera personificación de una antigua matrona romana, sus pies moviendo rítmicamente el pedal, la mano sobre el huso, el cabello recogido en un moño sobre su redonda cabeza y el rostro serio y absorto.

Sus blancos vestidos caían alrededor de su figura en modestos pliegues y las mangas cubrían la mitad de sus voluptuosos brazos. Diodoro veía en ella una figura confortante. En lugar de entregarse a inútiles lamentos

por causa de la enfermedad, tejía telas de abrigo para la niña. Diodoro acarició su cabeza amorosamente, después sus labios. El activo pie no disminuyó su ritmo aunque Aurelia sonrió.

— ¿Por qué no das un paseo por el jardín aprovechando la puesta del sol, querido? Encontrarás consuelo allí, como siempre.

Su voz era firme y segura.

Diodoro pensó en sus libros. Precisamente aquel día había recibido, por un mensajero especial, un rollo que contenía la Filosofía de Filón. Se rumoreaba que Filón era superior a Aristóteles. Diodoro no lo creía, pero sentía curiosidad y excitación. De pronto sintió un gran peso y tristeza en su corazón y decidió seguir el consejo de su esposa. El libro podía esperar; se sentía demasiado inquieto para poderle dedicar su entera y penetrante atención.

Salió al patio. Una rojiza curiosidad se extendía por entre las palmeras; el perfume del jazmín ascendía a oleadas en el cálido aire del anochecer. Los naranjos y limoneros mostraban su cargazón de dorados y verdes frutos. El zumbido de los insectos llenaba el aire y, repentinamente, un ruiseñor rompió a cantar hacia el púrpuro cielo. Las piedras blancas colocadas en los bancos de exóticas flores estaban inundadas con sombras de heliotropos y una tenue luz iluminaba los arcos de las columnatas que rodeaban el patio. Una fuente, en cuyo centro se alzaba un fauno de mármol, rumoreaba suavemente mezclando su canción con la del ruiseñor. El color púrpura y escarlata de la puesta del sol se reflejaba en la taza de la fuente, que hervía viva con brillantes peces diminutos. Las palmeras rumoreaban ahora movidas por la refrescante brisa que procedía del mar y a través de las móviles hojas de una, Diodoro pudo ver el radiante parpadeo de la estrella vespertina. Los troncos de los árboles resaltaban contra las altas paredes del patio, semejantes a grisáceos fantasmas.

Ningún sonido procedía de la casa que se alzaba a espaldas de Diodoro; los pilares de la misma quedaban difuminados en la media luz y parecían hechos de materia insustancial más que de mármol. Diodoro descubrió repentinamente que el silencio le oprimía, la voz del ruiseñor no le extasiaba como solía hacerlo; era una voz que no le consolaba, sino que más bien le producía melancolía; el sonido de la fuente parecía murmurar penas inhumanas. Diodoro, asaltado de nuevo por su soledad, pensó en Antioquía y en las fiestas que justamente habían empezado en honor de Saturno. Terminarían como siempre, en un desenfreno general, pero al menos allí encontraría el sonido de hombres y mujeres. Pensó en cabalgar de nuevo hasta la ciudad y llamar a su lado a unos cuantos de sus oficiales, aquellos que menos repugnancia le producían. Pero sabía que les aburriría; ellos querían participar en las exaltadas diversiones y su presencia sólo serviría para inhibirles. “Si al menos tuviese un amigo —pensó el solitario tribuno—. Uno sólo con quien pudiese hablar, a fin de ahogar la voz del miedo que suena en mí, uno con quien compartir una copa de vino y discutir las cosas que a mí me preocupan. Un filósofo, o un poeta, o simplemente un hombre sabio”.

Oyó un pequeño sonido, casi un simple roce, y volvió sobre sus pasos hacia la fuente.

La luz del sol poniente iluminó por un instante las rumorosas cimas de las palmeras y puso al descubierto la dorada cabellera de un niño que con la cabeza inclinada sobre la taza de la fuente, absorto, no se había percatado de la presencia de Diodoro.

Moviéndose en silencio Diodoro avanzó hacia el niño, que estaba sentado sobre la hierba con su mirada fija en la ventana de Rubria. Cuando Diodoro llegó al lado opuesto de la fuente, exclamó para sí: “Pero si es el joven Lucano, el hijo de mi liberto Eneas”. Sintió su corazón embargado por una indefinible nostalgia y pensó en su antigua compañera de juegos, Iris, con su áureo cabello, sus maravillosos ojos azules, sus carnes suaves y blancas, su redonda barbilla y elegante nariz griega. Oyó, como a través de un largo y brumoso corredor, el sonido de su risa infantil, las preguntas que sobre él lanzaba de continuo. Iris no había existido para él, ni siquiera como recuerdo de una compañera de juegos, desde el momento de su matrimonio con aquella pretenciosa y precisa mediocridad que era su esposo Eneas. Pero ahora recordaba que cuando había estado alejado del hogar en sus campañas, antes de la muerte de sus padres, Iris había brillado como una estrella en su mente, la dulce e inteligente Iris, la joven esclava de su madre, su doncella predilecta para quien había sido como una madre.

El, un tribuno joven, ambicioso y osado, procedente de una familia intachable, había incluso soñado en casarse con Iris. Sus padres, estaba convencido, a pesar de su amor por Iris, hubiesen muerto de humillación si su hijo hubiese condescendido a casarse con una esclava y si ella hubiese respondido a su proposición con “Donde tú estés, Cayo, allí estaré yo, Caya”. Y sin embargo, cuando recibió la noticia de su muerte, estando destinado en Jerusalén, su primer pensamiento, después de haber pasado el primer momento de tristeza, había sido para Iris. Había vuelto a Roma y había encontrado que ella no sólo era libre sino que estaba casada y encinta, y desde aquel instante había alejado sistemáticamente el recuerdo de ella de su mente. Sin duda su soledad había empezado entonces, aunque él creyó que era la nostalgia que sentía por volver al servicio activo en Oriente.

El patio estaba ahora cubierto de una suave sombra de púrpura en la que destacaba la cabeza inclinada de Lucano como una dorada luna de verano. Diodoro podía apreciar su bello perfil y pensó: “Es la misma cabeza de la niña Iris”. Nunca le habían interesado los niños, excepto su hija Rubria, y, aunque había deseado hijos, había pensado en ellos como jóvenes soldados y como herederos suyos. Ahora contemplaba a Lucano, esforzando sus ojos en el coloreado crepúsculo, y de nuevo su corazón palpó inundado de ternura.

Lucano permanecía sentado, silencioso e inmóvil, contemplando aún el borroso cuadro de la habitación de Rubria. Usaba una túnica blanca y delgada; sus largas piernas, tan blancas que parecían alabastro, estaban dobladas bajo su cuerpo. En sus manos sostenía una gran piedra de extraña forma y tonalidad, variante en la

luz del atardecer. Toda la actitud de Lucano parecía de arrobada adoración, aunque se mantenía en perfecta inmovilidad. Sus sonrosados labios estaban entreabiertos y las cuencas de sus ojos estaban llenas de un extraño azulado. Parecía como si estuviese escuchando algo y Diodoro, supersticioso como eran todos los romanos, le contemplaba con un cierto temor nervioso y con escalofríos en la piel.

Habló de pronto en voz alta, dirigiéndose a Lucano.

— ¿Eres tú, Lucano?

El muchacho no se inmutó. Tan sólo se movió un poco volviendo su extasiado rostro hacia Diodoro. No se puso en pie; se mantuvo quieto y sentado allí con la piedra entre sus manos. Parecía como si no hubiese visto al tribuno.

Diodoro iba a hablar de nuevo, más ásperamente, cuando el muchacho sonrió y pareció darse cuenta de su presencia por primera vez.

— Estaba rogando por Rubria —dijo, y su voz era la misma voz de Iris cuando era joven.

Diodoro dio la vuelta alrededor de la fuente, vaciló, luego se sentó sobre sus talones y miró atentamente al muchacho que estaba sentado frente a él en completo abandono y tranquilidad. El tribuno había cambiado su pesada ropa militar, nada más llegar a casa, por una túnica suelta de lienzo blanco, la cual recogía con un sencillo cinturón de piel repujado en plata. Bajo el suave material del vestido resaltaba su moreno cuerpo, cuadrado y sólido, y sus recias piernas de poderosos músculos. Dobló sus fuertes brazos sobre las rodillas y contempló a Lucano que le sonreía con sencilla serenidad.

Lucano no sentía temor ni asombro frente al soldado. Contemplaba el fiero rostro oscuro, rígido y firme, con la misma tranquilidad con que hubiese mirado a su padre. La aguda y saliente barbilla del soldado, o los penetrantes y firmes ojos negros protegidos por negras y espesas cejas no le anonadaban. Pero Diodoro, enfrentado con la misma imagen de la niña que una vez conoció, se daba cuenta de su propia personalidad, su redonda cabeza cubierta de crespo cabello negro, corto y sin brillo y la ruda fuerza de su disciplinado cuerpo.

“El chico no tiene nada que hacer en este patio”, pensó Diodoro automáticamente. E inmediatamente se sintió avergonzado por el recuerdo de Iris. Pero ¿qué había dicho? “Estoy rogando por Rubria”. Los niños eran compañeros de juego, como lo habían sido él e Iris. Diodoro suavizó su voz:

— ¿Estás rogando por Rubria, muchacho? Ah, ella necesita tus oraciones, la pobre.

— Si, señor —contestó Lucano con seriedad.

— ¿A qué dios ruegas? —preguntó Diodoro.

“Sin duda —pensó—, los dioses se sienten conmovidos por las oraciones de los inocentes”. Y este pensamiento alivió un poco su dolor.

— Al Dios Desconocido —contestó Lucano.

Las oscuras pestañas del tribuno parpadearon con sorpresa. Lucano estaba diciendo:

— Mi padre me ha enseñado que Él está en todos los sitios en todas las cosas. —Extendió la extraña piedra hacia Diodoro con sencillez y añadió—: He encontrado esto hoy. Es muy hermosa, ¿verdad? ¿Crees que Él está aquí y me oye?

CAPITULO II

Diodoro cogió la piedra gravemente, sentado aún sobre sus rodillas. Apenas podía verla ahora en la oscuridad crepuscular, pero notó que estaba cálida y cuando le dio vuelta entre sus dedos desprendió unos curiosos reflejos de muchos colores que brillaron en la última luz del día.

Estaba cálida, probablemente debido a que había estado mucho tiempo entre las manos del niño. Pero su tibieza no disminuía a pesar de que el aire se iba enfriando rápidamente. Más bien parecía aumentar. El supersticioso Diodoro deseaba dejar caer la piedra, pero esto hubiera sido un gesto molesto para el niño.

— ¿Crees tú, señor, que Él está aquí y me oye? —repitió Lucano. Tenía una voz firme y segura, sin servilismo, voz de un patricio de nacimiento.

— ¿Qué? —dijo Diodoro. De nuevo volvió la piedra entre sus manos mientras la miraba con insistencia.

Diodoro sabía todo lo que se decía del Dios Desconocido. Una vez, incluso, en un templo griego le había ofrecido un sacrificio, aunque los griegos creían que no le eran gratos los sacrificios. ¿Quién era ese Dios sin nombre? ¿Cuáles eran sus atributos? ¿De qué hombres era protector? En ningún sitio existían imágenes suyas. ¿Sería el Dios de los judíos, acerca del cual había oído tantas cosas en Jerusalén? Pero sabía que los judíos le sacrificaban palomas y corderos en una de sus fiestas, la Pascua, guante la primavera. Los judíos le llamaban Señor y parecían conocerle muy bien. En su imaginación Diodoro veía el gran templo de oro y mármol destacándose contra el multicolor cielo de Jerusalén. Lucano era griego, no judío. Podía ser que los griegos hubiesen oído hablar del Dios de los judíos y, como no conocían su nombre, le llamasen Desconocido.

Diodoro movió su cabeza. Una gran luna, como un recipiente lleno de fuego suave, se alzaba ahora tras las palmeras. Su luz llenaba el patio con una cascada de pálida luz y las sobras de las palmeras se marcaban distintamente sobre las blancas piedras del suelo y las paredes de la casa y se introducían por entre las columnatas que brillaban como si fuesen de mármol amarillo. El perfume de los jazmines envolvía ahora al

hombre y al niño; los grillos cantaban en la hierba y entre las oscuras flores. En algún lugar invisible un animalito arañaba las piedras del suelo.

Diodoro recordó un nombre que oyó a un príncipe judío: Adonai. Dirigiéndose a Lucano dijo:

— ¿Se llama Adonai?

—No tiene nombre conocido por los hombres, señor —replicó el muchacho.

—De todas formas me parece recordar que significa “Señor” —dijo Diodoro evasivamente—. Es el Dios de los judíos.

—Pero el Dios Desconocido es Dios de todos los hombres —replicó Lucano con apasionamiento—. No es el Dios de los judíos sólo, sino de los romanos, griegos, paganos, esclavos, césares y de los hombres salvajes de los bosques y de las tierras desconocidas.

— ¿Cómo sabes tú eso, niño? —preguntó Diodoro con una ligera sonrisa.

—Lo sé, lo sé en mi corazón. Nadie me lo ha dicho —dijo Lucano con sencillez.

Diodoro se sintió extrañamente conmovido. Recordó que los dioses prefieren con frecuencia conceder su sabiduría a los niños cuyas mentes no han sido pervertidas ni mutiladas por la vida.

—Algún día —dijo Lucano— yo le encontraré.

— ¿Dónde? —preguntó Diodoro inclinado a la indulgencia.

Lucano había alzado su rostro hacia el cielo y su perfil fue iluminado por completo por la luz de la luna.

—No sé dónde pero lo encontraré. Oíré su voz y le conoceré. Él está en todos los sitios, pero yo le conoceré en particular y Él me hablará, no sólo a través de la luna, el sol, las flores, las piedras, los pájaros y el viento, el alba y el ocaso. Yo le serviré y le daré mi corazón y mi vida.

La voz del muchacho tenía un tono de alegría y de nuevo Diodoro sintió un estremecimiento de superstición.

— ¿Y le has rogado a favor de Rubria? —preguntó.

Lucano volvió su rostro hacia él y sonrió.

— Sí, señor.

— ¿Pero cómo le llamas cuando le ruegas?

Lucano vaciló. Miró a Diodoro como solicitando su comprensión.

— Le llamo Padre —dijo en voz baja.

Diodoro no pudo reprimir su sorpresa. Nadie había llamado nunca a ningún dios Padre. Era ridículo. Afrentaría a los dioses ser invocado con tanta familiaridad por una criatura tan insignificante como el hombre. Si este muchacho hablaba así al Dios Desconocido, quién sabe lo que haría en su divino furor. ¿No descargaría su ira furiosamente sobre el objeto de los ruegos? ¡Rubria!

—Ningún hombre —contestó Diodoro—, ni siquiera los hijos de los dioses, se atrevieron a llamar a un dios “Padre”. Es ofensivo. Es cierto que muchos dioses han tenido hijos de hombres y mujeres mortales, pero incluso en estos casos...

—Señor, tú hablas con enojo —dijo Lucano en un tono de voz que no expresaba temor ni servilismo sino más bien sentimiento por haber ofendido sin quererlo y deseando ser perdonado—. El Dios Desconocido no se ofende cuando uno de sus hijos le llama Padre. Más bien se complace.

—Pero ¿cómo sabes tú eso, criatura?

—Lo sé en mi corazón. Por lo tanto le llamo Padre y le ruego que cure a Rubria; sé que Él me escucha con interés y que la curará porque la ama.

Un dios amable. Esto era absurdo. Los dioses no eran amables. Eran celosos de su honor, vengativos, remotos y poderoso. Diodoro miró a Lucano. Su primera intención fue reprender al muchacho y acordarse después de recomendar a Eneas que castigase a su pretencioso hijo. Las palabras de frío reproche estaban ya en los labios de Diodoro, cuando la luna iluminó de lleno el rostro de Lucano, que apareció transido de un resplandor sobrenatural.

Entonces recordó lo que el chico había dicho “Él la ama”. Los dioses no amaban a los hombres. Pedían que les prestasen culto y ofreciesen sacrificios, pero el hombre, como tal, era una cosa insignificante para los dioses.

«Él la ama». ¿Sería posible que uno de los atributos del Dios Desconocido fuese su amor por los hombres? ¡Oh, qué absurdo! ¡Qué presunción! ¿Qué estaba haciendo allí él, Diodoro, hablando con el hijo de un miserable liberto, como un hombre hablaría con un igual?

Diodoro se levantó con un movimiento rápido y enérgico.

—Vamos, muchacho, es tarde; te llevaré a casa de tus padres.

Se sorprendió de sus propias palabras. ¿Qué significaba este niño, este hijo de Eneas para él? ¿Qué le importaba a él si sabía volver a casa o andaba perdido hasta el amanecer? Pero era el hijo de Iris, y de pronto Diodoro deseó volver a ver a su antigua compañera de juegos. Además había peligro en el perfumado camino que iba de la casa del tribuno hasta las casas de menos categoría.

Lucano se levantó y a la luz de la luna Diodoro pudo ver que el muchacho sonreía tristemente.

—Señor, ¿llevarás esa piedra a Rubria y la pondrás en su almohada esta noche? Porque parte del Dios Desconocido está contenida en ella.

La piedra, la palpitante piedra. ¿Palpitaba realmente en su mano, la mano de Diodoro, como un lento y reflexivo corazón lleno de misterio? De repente Diodoro dejó de tener miedo a la piedra. Un poco avergonzado se dijo a sí mismo que era una cosa bonita y extraña y posiblemente gustaría a Rubria, que siempre amaba lo

poco corriente. Puso la piedra en una bolsa que colgaba de su cinturón de cuero. Pero Lucano le ofrecía ahora un saquito de lienzo. Diodoro lo tomó; desprendía un olor intenso y silvestre.

—Son hierbas —dijo Lucano—. Las he recogido hoy en el campo, como obedeciendo a una orden. Señor, ordena que un esclavo las mezcle con vino caliente y haz que Rubria lo beba; se le irán los dolores.

—¡Hierbas! —Exclamó Diodoro—. Niño, ¿cómo sabes que algunas no son venenosas?

—No son venenosas, señor. Para estar seguro, sin embargo, comí unas cuantas hace algunas horas y un dolor de cabeza que tenía ha desaparecido.

Diodoro no salía de su sorpresa. Cogió a Lucano por la barbilla y alzó su rostro para estudiarlo, sin saber si debía tomarlo a broma. Pero el muchacho había hablado con autoridad; había dicho: “como obedeciendo una orden”. Podía ser que el propio Apolo, que debía parecerse mucho al muchacho, de un perfil tan claro, hubiese dirigido al chico. A nadie perjudicaría obrar como Lucano sugería y Diodoro colocó el saquito de hierbas en su bolsa.

—Las tomará a medianoche, cuando, como de costumbre, se despierte —afirmó.

Tomó a Lucano de la mano con un gesto paternal y juntos caminaron bajo la plateada media luz, manteniéndose cuidadosamente en el sendero de tierra por temor a las serpientes. Diodoro iba pensando: “Este no es un muchacho ordinario, sino un chico inteligente, dado a pensar y sin temores”. Sin duda Eneas le preparaba para seguir sus pasos de contable. Por alguna razón desconocida esta idea anonadó a Diodoro.

—Eres muy joven —dijo—, pero seguramente has pensado con frecuencia en qué serás cuando seas hombre. ¿Qué deseos tienes?

—Encontrar al Dios Desconocido, señor, y servirle; servir en Su nombre a los hombres —replicó Lucano—. Yo puedo servir más a los hombres como médico que como ninguna otra cosa y peste es mi más ferviente deseo. He estado en el puerto y he visto los hombres enfermos en los barcos. Les he visto morir; vienen de todas las partes del mundo y yo he rogado que pueda ayudarles. Conozco a los filósofos y médicos griegos y he leído sus libros de remedios para las enfermedades de los hombres, tanto físicas como mentales, la mayoría de las cuales han aprendido de los egipcios. He visitado también con frecuencia las casas de los médicos de Antioquía y no me han echado sino que me han explicado muchas cosas. Y estoy aprendiendo otras lenguas, incluso egipcio y arameo, para poder hablar a los enfermos en su propia lengua.

Diodoro sintió una enorme sorpresa. Apretó la mano de Lucano y dijo quedamente:

—Existe una gran escuela de medicina en Alejandría de la cual he oído hablar mucho.

—Allí iré yo —dijo Lucano sencillamente—. Yo también, señor; he oído hablar de ella, porque los médicos de Antioquía hablan acerca de ella con reverencia. Me costará mucho dinero, pero Dios lo proveerá.

—Así que tenemos un Dios que no sólo carece de nombre, o de atributos comprensibles, de rostro o de forma, y que está en todos los sitios a la vez, sino que también es banquero —dijo Diodoro con una sonrisa— ¿Crees que también solicitará intereses, muchacho?

—Sin duda alguna—. La voz del chico era grave y llena de seguridad—. Toda mi vida, toda mi devoción.

Diodoro pensó que si le hubiese hablado así a un hombre le hubiese tomado por loco. Diodoro había oído con frecuencia a los judíos hablar de hombres sabios que no pensaban ni escribían de otro tema que de su Dios. Pero los judíos eran un pueblo incomprensible, sobre todo para un romano, aunque César Augusto, como hombre tolerante y además supersticioso, había dispuesto que en Roma el Dios de los judíos recibiese alguna clase de reconocimiento, aunque nada más fuese para que ablandase las duras cabezas de su pueblo y disminuyese el resentimiento que sentía hacia los romanos y, de este modo, hacer su gobierno meno difícil. Diodoro empezó a reírse suavemente para sí mismo. Recordaba cómo él, cuando era un joven tribuno, había ofrecido poner una estatua del Dios judío en el templo romano de Jerusalén y cómo se había horrorizado el sumo sacerdote, alzando sus manos y agitándolas violentamente en el aire como implorando a su dios que fulminase al tribuno o maldiciéndole silenciosamente. Diodoro, asombrado, supuso que había cometido un error imperdonable, pero el cómo o el porqué de las excitadas imprecaciones del sacerdote fueron cuestiones que nunca pudo descubrir. Había intentado razonar con el piadoso hombre. ¿Cómo podía una estatua del Dios de los judíos, colocada en un templo romano, afrentarle y por qué iba Él a desprestigiar el honor que le hacían los romanos? El sumo sacerdote sólo había sabido tirarse de la barba y rasgar sus vestiduras y había mirado a Diodoro con ojos tan terribles que el pobre joven tribuno había desaparecido de su presencia rápidamente. Esto le había acabado de convencer de que los judíos estaban locos, especialmente los sacerdotes.

Pero Lucano era griego, no judío, aunque hablase de consagrar su vida al Dios Desconocido, como los judíos hablaban de consagrar las suyas a su propio Dios. Diodoro recordaba como, en las calles de Jerusalén, había visto a unos hombres llamados rabbís seguidos por humildes multitudes que escuchaban ansiosamente sus palabras de sabiduría. Algunos tenían fama de obrar milagros, y esto había interesado a Diodoro, que creía fervientemente en milagros divinos. Pero no creía en aquellos hombres que con frecuencia iban descalzos, harapientos y ruinosamente pobres, a pesar de sus llameantes ojos e incomprensibles palabras. Diodoro, caminando con Lucano, movió su cabeza.

—Debieras visitar el templo de los judíos que hay en Antioquía —dijo en tono divertido. Lucano respondió serenamente.

—Ya lo hago, señor.

—¡Vaya! —Exclamó Diodoro, apartando unas zarzas para que el muchacho pasase, como hubiese hecho con su hija—. ¿Y es su Dios el Dios Desconocido?

—Sí, Señor; estoy seguro que Él es.

—Pero Él no ama a todos los hombres. Sólo ama a los judíos.

—Él ama a todos los hombres —dijo Lucano.

—Estás equivocado, muchacho. Yo ofrecí colocar una imagen suya en el templo romano de Jerusalén y fui rechazado. —Diodoro empezó a reír—. ¿Se oponen los judíos a que entres en su templo? Ahora recuerdo. En Jerusalén el templo tiene un lugar llamado Patio de los Gentiles. Éstos no pueden entrar en el santuario interior de los judíos.

—Yo adoro en el Patio de los Gentiles de la sinagoga de Antioquía —dijo Lucano.

¡Qué chico tan peculiar! Pero Diodoro empezó a pensar en la escuela de medicina de Alejandría y dijo:

—Creo que el Dios Desconocido ha conseguido arreglar un medio para que estudies medicina, Lucano. —Y de nuevo comenzó a reír. Era un hombre justo y caritativo, pero como romano “viejo” era prudente en cuestiones de dinero y creía que dos piezas de oro prestadas debían volver al dueño acompañadas de otras dos.

Habían llegado ya a un claro frente a los jardines de la casa de Eneas. Altas palmeras se alzaban hacia el cielo; el aire de la noche estaba cargado con perfume de flores. En medio de las palmeras se alzaba la casa del contable, deslumbradoramente blanca, pequeña, baja y compacta, rayada con las sombras de las palmeras. Una luz salía por la puerta abierta y mientras Diodoro y Lucano se acercaban a la entrada el contorno de una mujer joven, bien formada, se destacó a contra luz, haciendo que la luz procedente de su espalda transformase su cabellera suelta en una nube de oro. Estaba vestida con una sencilla túnica blanca propia de una mujer que pasaba todo su tiempo en la casa; su voz sonó ansiosamente:

— ¿Lucano? ¿Eres tú, querido mío?

Lucano respondió:

—Soy yo, madre. —Iris descendió hasta el césped y se detuvo al ver quien acompañaba a su hijo.

—Te saludo, Iris —dijo Diodoro, y su voz sonaba gruesa y baja. Pensó en las palabras de Homero: “Hija de los dioses, divinamente alta y más divinamente rubia”.

—Saludos, noble Diodoro —replicó Iris con incertidumbre. Él se había dirigido a ella con gentileza, como un hombre se dirige a la esposa de uno de sus iguales y, sin embargo, su tono había sido de ansiedad y esperanza. Por alguna razón los ojos de Iris se llenaron de lágrimas y recordó al compañero de juegos de su niñez. Había sido un muchacho cándido y valeroso, vez, amable, honorable y lleno de afecto hacia ella. No le había visto, salvo a distancia, desde hacía mucho tiempo, y desde que se casó con Eneas él apenas si se había dado cuenta de que ella existía.

Eneas apareció en la puerta y en seguida descendió. Al ver a Diodoro hizo una reverencia.

—Bienvenido a nuestro pobre hogar, señor —dijo con el acento tembloroso del hombre que está abrumado.

—No es un hogar “pobre” —respondió Diodoro con irritación—. Era la vivienda del anterior legado de Antioquía antes de que mi casa fuese construida, y él no la consideró indigna.

Empujó a Lucano hacia su padre y dijo con cierta aspereza:

—He traído al muchacho a casa. Estaba en nuestro jardín y podía haber sido mordido por una serpiente o un escorpión después de la puesta del sol.

Eneas estaba confundido y tembloroso. Había ofendido a Diodoro y volvió su ira sobre su hijo.

— ¿No te importa que tu madre estuviese preocupada y a punto de salir en tu busca? ¿No te importa haber ofendido al noble tribuno?...

—No me ha ofendido —interrumpió Diodoro. La luz de la puerta iluminaba al hermoso y preocupado rostro de Iris. Diodoro hubiese deseado poner su mano sobre sus hombros para consolarla—. La pequeña Rubia es su compañera de juegos. Le encontré en los jardines, rezando bajo su ventana, porque está enferma. Tengo motivos para estarle agradecido. —contempló a Iris y se dio cuenta que empezaba a sonreír con agradecido alivio. Dirigiéndose al tembloroso Eneas añadió en un tono de mayor familiaridad:

—Este hijo tuyo, Eneas, es un muchacho poco corriente y ha sido para mí un privilegio hablar con él. —Vaciló un momento—. Mi garganta está seca, ¿puedo tomar una copa de vino con vosotros?

De nuevo Eneas se sintió abrumado. Apenas podía creer lo que oía. Miró a Lucano con respeto. ¡Era de su hijo de quien el tribuno había hablado! Y era por causa de este hijo que el tribuno había condescendido a pedir una copa de vino en la casa de su liberto. Eneas estaba asombrado. Tan sólo pudo murmurar algo mientras se apartaba para dar paso a Diodoro al interior de la casa. Miró brevemente y con torpeza a Iris, pero ésta había puesto el brazo alrededor del cuello de su hijo y le conducía hacia el interior, Eneas les siguió, sus piernas aún temblorosas. El tribuno había traído al chico a casa, cuando debía haberle expulsado de sus jardines o, si se hubiese sentido amable, haber enviado un esclavo con él.

Diodoro había recobrado su buen humor. Permaneció en pie en la pequeña, pero no humilde, habitación y la observó con una mirada expansiva. Había un jarrón con flores sobre la mesa y flores en los tiestos del suelo de mármol. Las puertas que conducían a las cocinas y dormitorios estaban cubiertas con cortinas de algodón de tonos alegres, las cuales se movían mecidas por el viento que entraba por las pequeñas ventanas y puerta. Aquí y allá Diodoro reconoció, entre los muebles dejados por el anterior administrador, sillas y mesas de la casa de sus padres, regaladas a Eneas el día de su boda con Iris. Diodoro miró una silla en particular y con placer. Era de ébano con incrustaciones de marfil, y había sido una de las favoritas de su padre. Había incluso

una mesita de preciosa madera de limonero, despidiendo destellos bajo la luz de la lámpara, que había pertenecido a Antonia. Sostenía la lámpara de plata de la que surgía una brillante lengua de fuego.

—El esclavo que te asigné hace bien su trabajo —dijo Diodoro cada vez más complacido. Se instaló en la silla de ébano y estiró sus bronceadas y musculadas piernas con el gesto poco afectado de un soldado. Mientras Eneas permanecía de pie a su lado con incertidumbre, vestido de rigor con una túnica blanca, el contable parecía más el patricio, con sus gráciles formas y delgada cabeza, que el franco y poco ceremonioso tribuno vestido con una corta túnica familiar.

« ¿Por qué tendrá que vestir esta pobre criatura una toga incluso en la intimidad del hogar?», pensó para sí Diodoro.

—No tengo un vino digno de ti, señor —dijo Eneas. Pero Iris se deslizó suavemente tras una cortina y apareció con un ánfora y dos copas de plata que Diodoro también recordó haber visto en su niñez. Iris, moviéndose como una grácil y animada estatua, colocó las copas sobre la mesa de madera de limonero y sirvió el vino. Una luz sonrosada se reflejó sobre su cara procedente del líquido y Diodoro pensó en una doncella de mármol iluminada por el sol poniente. Deseaba tocar su maravilloso cabello, que tan fácilmente había acariciado en la niñez. Recordaba su sedoso tacto y todo su ser se estremeció. Pensó que su madre, Antonia, debía haberse opuesto con más vigor a la boda de Iris y Eneas.

—No soy un concededor de vinos, gracias a los dioses —dijo Diodoro—. Una viña es para mí igual que otra. —Extendió su mano para tomar la copa que Iris le alargaba con su inefable sonrisa, porque Eneas estaba aún demasiado sorprendido para reaccionar voluntariamente—. ¿Por qué no bebes conmigo? —dijo Diodoro en un tono un tanto burlón. Eneas tomó una copa y parte del vino se derramó sobre sus temblorosos dedos.

Lucano, obediente a un ligero gesto de su madre, se inclinó ante Diodoro y le dio las buenas noches respetuosamente. Diodoro sonrió gravemente y el muchacho abandonó la habitación. Diodoro vertió una pequeña libación en honor de los dioses y Eneas, aún muy pálido, le siguió en el mismo gesto. El tribuno contempló como el griego vertía un poco más de vino mientras sus labios se movían reverentemente.

— ¡Ah, sí! —dijo Diodoro—, el Dios Desconocido.

—Es una costumbre griega —dijo Eneas en tono de excusa.

—Excelente costumbre —respondió Diodoro, y su fiero rostro se tornó suave. Volvió su mirada y vio como Iris había desaparecido siguiendo a su hijo. Se sintió profundamente decepcionado, pero como romano “viejo”, aprobó esta actitud.

—Dime, Eneas —añadió—. Estoy interesado por ese hijo vuestro. ¿Qué esperas de él en el futuro?

— ¿Puedo sentarme, noble Diodoro? —preguntó Eneas. Se sentó rígidamente en una silla a cierta distancia de su invitado. Consideró las palabras de Diodoro y de nuevo se sintió asombrado y humillado por su concesión—. He pensado, señor, que debiera seguirme en tu servicio.

— ¿Llevar cuentas y libros ese chico? —preguntó Diodoro agresivamente—. No, de ninguna manera. ¿No te ha confiado sus deseos de ser médico?

Eneas, palideciendo más aún, apenas podía hablar. Ciertamente que el chico le había expresado su deseo, a él y a Iris, pero Eneas había fruncido el ceño severamente ante un pensamiento tan presuntuoso y se había sentido ofendido.

—Veo que sí os ha contado —dijo Diodoro—. Pues bien, mi buen Eneas, será doctor. —De nuevo vaciló un momento—. Le enviaré por mi cuenta a la escuela de medicina de Alejandría cuando sea mayor. Entre tanto tomará lecciones con el tutor de la pequeña Rubria.

Las lágrimas inundaron los ojos de Eneas. Antes de que Diodoro pudiese evitarlo el contable se había postrado ante las polvorientas sandalias del tribuno. Incapaz de hablar, tan sólo pudo murmurar su gratitud e incredulidad.

—Vamos, hombre, vamos —dijo Diodoro, que nunca podía soportar que le diesen las gracias por nada—. No tengo ningún hijo y éste es el muchacho que yo debiera haber tenido. Será médico. Levántate Eneas. No eres un esclavo. ¿Has olvidado que también tú tomaste lecciones conmigo?

Conocía ciertamente las pretensiones de Eneas y sabía que consideraba a su dueño un bárbaro, y a sí mismo un filósofo exilado de una tierra que nunca había visto, y conocía qué mentalidad tan estrecha, aunque honesta, tenía Eneas. ¿Es que no olvidaría nunca que ya no era un esclavo? Diodoro contempló ceñudo al hombre vestido de blanco que tenía a sus pies. Los retiró, temeroso de que Eneas los besase impulsado por su extremado asombro y gratitud; esto procediendo del esposo de Iris, hubiese sido para él insoportable.

Eneas volvió de nuevo a su silla y se secó las lágrimas. Diodoro miró discretamente hacia otro lado y sus ojos descubrieron un pergamino enrollado sobre una mesa cercana. Se sintió inmediatamente interesado y dijo:

—Hoy me han traído algunos de los libros de un nuevo filósofo, Filón. Se habla mucho de él y deseaba compararlo con Aristóteles.

Por un momento la esperanza surgió en el solitario tribuno. Sabía por pasadas experiencias y por haber hablado brevemente con Eneas, que aunque el liberto podía citar largos pasajes de Platón y Aristóteles con toda exactitud y en griego, era incapaz de una comprensión sutil. Y, sin embargo, Diodoro tenía alguna esperanza.

— ¿Filón? —murmuró Eneas débilmente. Un gesto de desdén, completamente involuntario, pasó por su larga y pálida boca. Después temeroso de haber ofendido de nuevo a Diodoro, añadió de prisa:

—Sin duda debe ser un gran filósofo.

Diodoro asintió.

—Hay muchos en Roma que le aclaman. Si se puede juzgar a un hombre por los enemigos que se ha hecho, también puede ser juzgado por los que le honran. Filón, pese a su juventud, ha recibido ya demasiados honores para que valga mucho. —Hizo una pausa. En muchos aspectos César Augusto se parecía a los “viejos” y olvidados romanos, porque se decía de él que era un hombre moral en comparación con aquellos que rodeaban su trono. Había intentado respetar al Senado; si no podía respetar a los senadores no era culpa suya—. He oído —añadió Diodoro— que el propio César ha conversado mucho con Filón. De todas formas, sabré pronto si Filón es digno de tanta consideración.

Cruzó sus musculosos brazos sobre el pecho y contempló a Eneas. Continuó diciendo en tono reflexivo:

—Me gustan las definiciones de Aristóteles. En muchos aspectos su filosofía es superior a la de Platón, porque Platón, aunque se consideraba a sí mismo un realista, se escondía en velados misticismos. Pese a que enseñó que los universales tienen existencia, se oscurece a sí mismo con un ropaje poético en su República que, en mi opinión, es una obra de gran elevación. ¿Qué dice Aristóteles de él?: «Amo a Platón, pero más amo a la verdad».

Eneas, para quien Platón era la mismísima esencia de la verdad revelada, sólo pudo parpadear. Luchó esforzadamente por seguir a Diodoro, a quien no creía capaz realmente de comprender a los filósofos griegos. No encontraba palabras, por lo que se contentó con asentir solemnemente.

Diodoro vio que Eneas no le seguía, pero por lo menos la pobre criatura tenía una familiaridad lejana con las palabras de los filósofos. El tribuno se estiró de nuevo.

—Platón, aunque heredó la manía de definir los términos de su maestro Sócrates, no se percataba en realidad de las connotaciones de los términos —dijo el tribuno volviendo de nuevo al asunto—. Él no lo sabía, pero cuanto escribió y dijo era subjetivo. Aristóteles es el verdadero padre de la lógica. El particular absoluto era el único particular que él reconocía. Era completamente objetivo. —Diodoro flexionó, enojado por un instante—. Platón era una paradoja. Pidiendo precisión, se hundió finalmente en el mar de sus generalidades. Es interesante recordar que Aristóteles fue una vez soldado, y un soldado sabe que existen absolutos tales como la disciplina, el honor, la obediencia, el patriotismo y el respeto a la autoridad.

—Ciertamente existen absolutos —murmuró Eneas. ¿Qué, en nombre de los dioses, sería un “absoluto”?

Los fieros ojos de Diodoro brillaron casi con cariño hacia su liberto. Bostezó y bebió su vino hasta última gota.

—Es también interesante recordar que Aristóteles perteneció a la fraternidad médica de los seguidores de Esculapio. Esto me trae de nuevo a Lucano. Creo que será filósofo a la vez que médico. No le niegues el acceso a tus valiosos manuscritos, Eneas.

Eneas se olvidó por un momento de sí mismo y dijo con orgullo:

—Tiene acceso a ellos ya. Yo mismo le enseño, señor.

—Bien. —Diodoro se desperezó y se puso en pie y Eneas se levantó al instante. “Que Dios proteja al muchacho de las enseñanzas del padre”, pensó Diodoro. Hizo un agradable gesto de adiós dirigido a Eneas y volvió solitario hacia su casa a través de la luz de la luna, que era ahora blanca y distinta. Empezó a rumiar su frustración. Le dolía el corazón y recordaba a Iris. Aún cuando quisiera comportarse como uno de los necios cerdos de la Roma moderna, sabía que estaba fuera de su alcance.

Iris, una antigua esclava, la esposa de su liberto, no se atrevería a negarle. Si aún le recordaba con amor, él no podía violar ese amor. Sí, era una matrona virtuosa. La había mirado esta noche con ojos humedecidos y la había sonreído como posiblemente no podía sonreír a su esposo. Pensó en la doncella predilecta de su madre con reverente ternura, con un sentimiento tan diferente de su amor por Aurelia que no se podía acusar a sí mismo de licencioso ni siquiera en pensamiento. Comparaba a Iris con Diana, la inviolada, eternamente pura.

Miró hacia la luna y, en su profunda sencillez, imploró a la diosa que protegiese a aquella mujer griega que él había amado y a quien aún amaba. Sintió que un pequeño consuelo se adueñaba de él.

No recordó al chico, Lucano, hasta que entró en su casa y encontró a Aurelia normalmente ansiosa. La pequeña Rubria había despertado y gemía de dolor mientras preguntaba por su padre.

CAPITULO III

Cogidos de la mano subieron las escaleras y entraron en la habitación de la niña. Dos lámparas ardían en la pequeña cámara y contribuían a crear una atmósfera pesada. Diodoro tosió, casi sofocado por el contraste con el aire fresco de la noche; miró a la pequeña y alta ventana abierta en la blanca pared, sobre la que bailaban las sombras del esclavo médico de la casa, Keptah, y la enfermera que se hallaban inclinados sobre la cama. Las cortinas de seda estaban corridas, y Diodoro, con un gesto rápido y enérgico, las descorrió.

— ¡Puff! —exclamó—. ¡Vais a asfixiar a la niña! ¿A qué diablos huele aquí?

Diodoro respiró profundamente el fresco que entraba por la ahora abierta ventana. Cogió las cortinas y las movió en abanico, haciendo que la brisa nocturna penetrase en la habitación.

—Si la niña no ha quedado asfixiada esto la reanimará —dijo. Indicó a la enfermera que continuase moviendo las cortinas, la cual obedeció precipitadamente abriendo sus ojos con gran alarma.

Diodoro se acercó a la cama. Rubria le sonrió desde su almohada. Pero era una sonrisa dolorosa; movía su oscura cabeza con inquietud mientras extendía su pequeña mano hacia el padre. Él la tomó con fuerza entre

sus morenas y recias manos y aunque su corazón temblaba al notar la temperatura de la niña, dijo con acento firme:

— ¿Qué es lo que pasa, hijita?

Sus ojos recorrían el pequeño rostro, notando los débiles rasgos en él, los secos y ardientes labios. La fiebre consumía a aquella pequeña y amada criatura. Bajo la sofocada carne la muerte realizaba su labor destructora, como una marea inexorable bajo las aguas rojas del sol. El terror se apoderó del corazón de Diodoro, oprimiendo todas sus aurículas y llenándolas con una angustia puramente física.

Keptah decía suavemente:

—Señor, he frotado los miembros de la niña con un ungüento de grasa de buitre mezclada con hiel del mismo animal. Es esto lo que huele tan mal. Pero he aprendido que es el tratamiento más eficaz para el dolor de los miembros y tendones.

Diodoro escuchaba el lento y tortuoso respirar de los jóvenes pulmones de Rubria; podía ver, a la luz vacilante de las lámparas, la palpitación de las torturadas arterias en la garganta de la niña y en sus sienes. Sosteniendo aún su mano colocó su propia mano derecha sobre el pecho de la niña. Los latidos del corazón llegaron hasta él rápidos y acelerados. La misteriosa enfermedad que tanto afligía los tiernos nervios de su cuerpo había ganado su corazón y estaba estrangulándolo.

Se inclinó sobre la niña, que, aunque joven, pudo ver el temor de su padre y deseó tranquilizarle. Débilmente murmuró:

—Estoy mucho mejor, padre. El dolor no es tan fuerte.

Él acarició los largos y oscuros cabellos que reposaban sobre la almohada con dedos temblorosos; estaban húmedos de sudor. Acarició las agitadas mejillas y la delicada curva de su garganta mientras murmuraba para sí mismo: “Que muera yo, pero se salve mi hija. Que mi cuerpo sea despedazado y arrojado al polvo, pero que mi hija se salve”. Sintió que un grave y amenazador silencio se apoderaba de él.

El médico mezcló un brebaje en una copa y lo ofreció a Rubria para que lo bebiese, pero la niña empezó a hacer arcadas ante él. Diodoro apartó al médico y tomó la copa en su mano. Entonces la niña, obedientemente y dominando su asco, bebió con lentitud, parando con frecuencia para tomar aliento. Aurelia había empezado a frotar las partes inflamadas de los pequeños brazos y piernas, paciente y continuamente, y Diodoro contemplaba esta operación mientras sostenía la copa en la boca de su hija. ¡Qué tranquila estaba su esposa! Si sentía terror no lo dejaba traslucir. Rubria suspiraba ahora, bajo los efectos del masaje de su madre, y los espasmos fueron haciéndose menos violentos. La enfermera continuó abanicando la habitación con las cortinas y Keptah se alejó de las cama, inescrutable y silencioso.

Aurelia mojaba sus dedos una y otra vez en el ungüento contenido en un plato de plata, mientras continuaba friccionando a su hija. Sus cortos y blancos dedos se movían con fortaleza y decisión. Parecía saber cuándo debía presionar o cuando moverlos suavemente. Parecía moverse con firmeza frente a su enemigo, confiada y sin temor. El cuerpo de Rubria perdió rigidez, poco a poco, y aflojó su tensión agónica, menos dominado por el sufrimiento.

—Ah, ah —dijo Aurelia en un tono suave y acariciador—, lo echaremos fuera, ¿verdad?

Los músculos de sus brazos y redondas manos, subían y bajaban visiblemente iluminados por la luz de las lámparas. Estaba luchando, pero no había señales de lucha en su plácido rostro, en sus serenos y sonriente ojos. “Mi Aurelia —pensó Diodoro con un nuevo sentimiento de humildad— puede carecer de imaginación, pero es una mujer, y hay fuerza de ejércitos en las mujeres”. Rubria mantenía aún su mano entre las de su padre, pero inconscientemente volvió su mirada hacia la madre, con la mirada confiada de un recién nacido. La túnica de Aurelia cayó hacia delante y Diodoro pudo ver las ricas curvas de su pecho, un pecho tranquilo y en calma. Brillaba de sudor, pero no se movía con respiración agitada por el temor.

Aún friccionando a su hija, Aurelia miró a su esposo y su sonrisa estaba llena de amor. Sus ojos marrones parecían decirle: “La salvaré para ti. No te entristezcas, querido”. No había celos en su mirada. Lo único que le importaba era ahorrar a Diodoro una abrumadora tristeza. Las mejillas de Aurelia brillaban a causa de su pausado ejercicio y sus llenos labios se curvaron. Se había soltado el negro cabello para la noche y le caía en oscura catarata sobre sus redondos y jóvenes hombros.

El temor de Diodoro disminuyó. Se volvió hacia Keptah, el médico. Tenía a este esclavo en gran consideración y con frecuencia lo había prestado a sus amigos enfermos. Prisco le había enviado a la gran universidad de Alejandría porque había descubierto pronto que el muchacho tenía genio para la medicina. Al padre de Diodoro le había gustado como persona y había conseguido la promesa de Diodoro de que cuando Keptah alcanzase la edad de cuarenta y cinco años recibiría su libertad y bastante oro para asegurar su futuro. Diodoro pensaba cumplir esta promesa, pero aunque sentía respeto por su esclavo como médico, le disgustaba como hombre. Diodoro no tenía paciencia para aquel hombre sutil, ambiguo, sarcástico en el fondo, oscuramente enigmático y suavemente escéptico y silencioso. Porque Keptah, a sus cuarenta años, era todo esto. Nadie había sabido nunca su origen racial, aunque había algo de egipcio en él. Fino rostro melancólico, remoto, misterioso y oscuro, con una nariz aguda y ganchuda y una boca delgada y firme. Su cabello, corto como el de Diodoro, parecía pintado con un pincel oscuro sobre su largo y frágil cráneo. Era alto, escuálido, y bajo su túnica resaltaban sus anchos y flexibles hombros. Tenía unas manos morenas largas y flexibles, con uñas blancas y largas articulaciones. Diodoro creía que estas manos eran propias de un filósofo, pero Keptah, si tenía su propia filosofía, oculta y misteriosa, que Diodoro hubiese explorado con gran placer, había evadido

ágilmente todos los intentos de su señor. “No lo sé, señor —murmuraba ante las preguntas del tribuno, en un tono de voz suave y curiosamente acentuado—. Tan sólo soy un esclavo.”

Esta ridícula parodia de humildad nunca dejaba de irritar al intelectualmente hambriento tribuno, que se sentía rechazado como un toco y estúpido soldado. Diodoro sospechaba que Keptah se reía de él. Sin embargo, no tenía dudas de que era un hombre sabio y un gran médico.

Diodoro, mirándole ahora aparte, pero no ausente, recordó un extraño acontecimiento ocurrido en aquella casa unos meses antes.

El encargado de los esclavos había estado celebrando su cumpleaños en la sala de los esclavos. Diodoro, buen señor como en realidad era, y reconocido por los servidores fieles, había ordenado que buen vino y buena comida de su propia mesa les fuesen servidos aquella noche. Como regalo personal había dado al encargado una bolsa de monedas de oro. La fiesta no iba a ser limitada por ningún impedimento y Diodoro, que estaba leyendo ensimismado un oscuro tratado de ética, había tenido que abandonar el rollo de pergamino y había fruncido el ceño. Todo estaba en calma e iluminado por una lámpara en su biblioteca, pero el tumulto en las habitaciones de los esclavos era ensordecedor y llenaba el cálido aire de la noche. Después Diodoro había sonreído haciendo un esfuerzo de indulgencia. Teodoro, ya viejo, no tendría muchas ocasiones más para la hilaridad y las fiestas. Que bailasen las chicas guapas ante él, los muchachos presumesen, el vino corriese, los huesos fuesen arrojados sobre el suelo de mármol y la música resonase sobre las paredes de la casa.

Pero el ruido se hacía cada vez mayor. La pequeña Rubria iba a ser molestada y también Aurelia, que se levantaba antes que sus esclavos. Había un límite para todas estas cosas, incluso la celebración de un cumpleaños. Diodoro no quería confesarse a sí mismo que el sonido de vida humana gozosa bajo la luna le molestaba, porque ¿no era él un austero romano que detestaba la frivolidad? Murmuró para sí mismo que debía parar aquel tumulto, pero sus pasos eran ligeros y rápidos mientras se dirigía a las habitaciones de los esclavos.

La fiesta se había extendido al patio de los esclavos. Habían colocado lámparas sobre mesas sacadas de la sala e iluminaban oscilantes las palmeras, flores y humildes estatuas colocadas en los rincones alejados. La luz de la luna se mezclaba con la de las lámparas para iluminar la desenfadada escena. Las esclavas jóvenes, especialmente aquellas que poseían un sonrosado y delicioso cuerpo, estaban desnudas; sus cabellos se enrollaban en sus cuerpos al compás de asombrosas y cimbreadas danzas, mientras sus rostros brillaban de lascivia, juventud y embriaguez. Trenzas de rubios, negros y castaños cabellos se agitaban como banderas sobre pechos y caderas desnudas. Los jóvenes, vestidos de faunos y sátiros, saltaban alrededor de las muchachas con gestos desvergonzados. Y la música subía y bajaba, parecía danzar y reír, incitar, inducir y, estremecer. Reclinado sobre un blando diván como si fuese un señor, Teodoro contemplaba todo con placer e imponente lascivia, su blanca cabeza siguiendo el compás de la música y sus dedos retorcidos tecleteando.

La fragancia de las flores, las hierbas, vino, sudor, carnes asadas humeantes y pan, flotaba en el aire como una niebla. Las lámparas como si también estuviesen inspiradas, alumbraban con más brillo, y las luces y sombras se perseguían por el patio como danzas borrachas.

Diodoro quedó anonadado. ¿Dónde habían aprendido aquellos muchachos y muchachas semejantes danzas vergonzosas, aquellos gestos licenciosos, canciones y obscenos gritos en aquella casa discreta, comedida y decorosa? ¡Aquello era una bacanal! ¡No podía permitirse! ¡Diodoro, oculto en las sombras, se ruborizó! Hablaría con Aurelia por la mañana. Pero sin duda Aurelia estaba oyendo todo aquel escándalo. ¿Por qué no había llamado a un esclavo y ordenado con severidad orden y el fin de todo aquello?

Vaciló un momento. Teodoro estaba cantando con voz quebrada y vacilante. Había empezado a palmotear. Luego, para sorpresa de Diodoro, el viejo había empezado a incitar a las jóvenes y muchachos a mayores excesos con palabras que su señor no hubiese imaginado nunca que él conocía. ¡Y qué palabras, por los dioses!

Más acostumbrado a la oscuridad y a la luz de las lámparas y la luna que al principio, Diodoro dejó vagar su mirada por el cuadro. Al otro lado del patio vio un suave movimiento, luego el brillo de una túnica blanca. Reconoció la alta y majestuosa figura de Keptah, el médico. Keptah nunca se juntaba con los otros esclavos en ninguna ocasión. Sin embargo, allí estaba contemplando el espectáculo como Diodoro. Él también debía sentirse solitario.

Keptah surgió de pronto de entre las sombras, manifestándose en su larga túnica de médico, erguido, tranquilo e incomprensible. La luz de una lámpara iluminó completamente su rostro y Diodoro casi no la reconoció, tan extraña, brillante, críptica y concentrada parecía. Keptah contemplaba los cuerpos saltarines, los ondulantes brazos, piernas, el flotante cabello, el exotismo de carne ardiente, el gozoso abandono de la juventud voluptuosa y ebria. Los pies de los danzantes se acercaban a él cada vez más. Algunas veces, quedaba tapado por las doncellas; luego ellas se retiraban, seguidas por los muchachos y chicos en un ritmo perfecto, que extendían sus manos en ondulaciones tras los amorosos pechos, los flotantes cabellos. Pero Keptah no se movía ni se retiraba. Había empezado a sonreír y Diodoro, viendo aquella sonrisa frunció el ceño. La luz sobre el rostro de Keptah se hizo trémula.

Entonces Keptah alzó su mano derecha. “Si piensa detenerlos es idiota”, pensó Diodoro. Sólo un rayo podría hacerlo.

Keptah permanecía con su mano extendida y Diodoro podía apreciar la plana y oscura palma. No era un gesto de mando. El pulgar se curvaba sobre la palma en un gesto curioso y los dedos estaban separados. Diodoro estaba tan absorto en la contemplación de su médico que pasaron unos momentos antes de que se

diese cuenta de que todo había quedado silencioso. Incluso los músicos habían dejado de tocar su salvaje música.

Diodoro parpadeó. Miró a su alrededor con incredulidad y la sorpresa más intensa se apoderó de él. Los bailarines se habían quedado detenidos en sus movimientos. Los flautistas y arpistas habían quedado rígidos, sus manos extendidas y quietas en el aire. La cabeza de Teodoro había caído sobre su viejo pecho. Sólo existía ahora un profundo silencio en el patio, roto por el silbido de las lámparas, el ruido de los insectos nocturnos, los cantos de distantes pájaros y el lejano ladrido de un perro. La luz de la luna iluminaba el patio; las lámparas se iban extinguiendo. Los danzantes permanecían quietos, sus piernas alzadas, los brazos extendidos, los rostros blancos y en trance. Esto podía ser la escena de una pintura mural, o un patio lleno de estatuas, la bacanal esculpida por un escultor loco.

Diodoro no podía creerlo. Carraspeó y miró intensamente, frotó sus ojos y volvió a mirar. La noche era muy cálida, pero de pronto Diodoro se sintió mortalmente helado. Algo rozó el suelo; el sonido de unos pasos suavísimos. Saltó con un repentino terror y se volvió. Keptah estaba a su lado, sonriendo oscura y respetuosamente, y luego, haciéndole una reverencia, murmuró:

—Te estaban molestando, señor.

Diodoro se estremeció. Se retiró dos o tres pasos y silabeó:

—¿Qué les has hecho?

Los insondables ojos le contemplaron seriamente, pero en su hondura brillaba una chispa roja.

—¿Yo, señor? —Dijo el médico alzando sus cejas como sorprendido ante alguna chiquillada—. Nada en absoluto. Te vi a través del patio y me pareció evidente que estabas disgustado. Por lo tanto mandé a esos locos que parasen y han parado.

—¿Qué les has hecho? —repitió Diodoro, y ahora su voz, pese al temblor, era alta y dura.

De nuevo Keptah le estudió con aquella burlona mirada de sorpresa.

—Algo que he aprendido como médico, señor. —Se volvió un poco y contempló la asombrosa escena ante ellos. La luz de la luna aquí y allá iluminaba un joven y marfileño pecho, un marfileño y detenido brazo, la curva de una blanca pierna— ¿Te alarma, señor? —preguntó Keptah como si estuviese asombrado—. No es nada.

Diodoro levantó su brazo en un gesto de horror y amenaza involuntario.

—Libéralos al instante —gritó, y se apartó del médico, mientras que la superstición hacía estremecer su carne.

—¿Al abandono y al ruido, señor? —Keptah parecía sorprendido—. Dentro de poco amanecerá.

—¡Libéralos, maldito seas! —gritó Diodoro. Estaba terriblemente asustado.

—¿A una mayor compostura? —preguntó la insidiosa voz con cierta ansiedad.

Diodoro guardó silencio. Keptah parecía reflexionar sobre la excitación de su dueño. Luego se encogió de hombros. Alzó de nuevo la mano y murmuró algo para sí.

La escena no cambió de repente. Lentamente, con movimientos interminables, los brazos y las piernas empezaron a moverse, a caer en silencio. Los cuerpos empezaron a cobrar vida, aunque con pereza. Como si se moviesen en sueños las cabezas empezaron a volverse, los pies a moverse, no bailando sino como encantados. La luz de la luna, fría e inmóvil, iluminaba los pesados cuerpos y miembros. Uno a uno los esclavos empezaron a salir del patio sin hablar, sin mirarse unos a otros, completamente ignorantes de la presencia de los demás. Era como contemplar una escena de total agotamiento y de inconsciencia animal. Para Diodoro era como una silenciosa y asombrosa pesadilla.

Ahora el patio estaba vacío. Sólo quedaban las lámparas, las mesas llenas, las sillas vacías. Los instrumentos de los músicos yacían en el suelo, como abandonados en una huida. Las lámparas empezaron a apagarse. La luna empezó a ocultarse lentamente y las palmeras crujían agitadas por el viento.

Keptah habló y a Diodoro le pareció que habían permanecido allí por un tiempo sin fin.

—Se olvidarán, señor. Creerán que se acostaron después de una noche e jolgorio y alegría. —Hizo un gesto de asentimiento—. ¡Qué afortunados son teniendo un señor tan indulgente!

La vestidura de Keptah caía a su alrededor en pliegues angulares. La luz de la luna permanecía en los hoyos de su rostro, poniendo de relieve las arrugas alrededor de su boca.

—Me has creído malo, señor —dijo—. Pero poseo saber. Existe una antigua leyenda que dice que el saber y el mal son una misma cosa. No es bueno saber. Es mucho mejor ser como un animal inocente. —Miró a Diodoro y el lugar de sus ojos eran como cuevas de insondable hondura.

—Pero —añadió— ¿Quién de nosotros preferiría pasar sin el conocimiento del bien y del mal? No saber es no ser hombre. O dioses —añadió más suavemente.

Se alejó de allí y no produjo ningún ruido.

Fue como había dicho. Cuando Diodoro preguntó a Teodoro con cautela sobre la fiesta de la noche anterior, el esclavo respondió con alegría:

—Gracias a ti, señor, fue una noche gloriosa. Nunca han sido tus siervos más felices.

Dobló sus crujientes rodillas y besó las manos de Diodoro. El sol brillaba sobre su arrugada cara.

—Lo recordaremos siempre —añadió.

Entonces Diodoro ordenó que Keptah viniese a su presencia, el cual acudió con pasos que parecían deslizarse por el suelo.

—Anoche me hablaste del bien, del mal y del saber —le dijo— Tu lenguaje fue muy oscuro.

Diodoro hizo una pausa. Miró a Keptah, no como un dueño mira a su esclavo, sino como un hombre mira a otro hombre.

—Sin duda estudiaste a Aristóteles durante los años que estuviste en Alejandría. Recordarás que el sabio habló de absolutos ¿Crees tú en los absolutos?

Keptah estaba ahora perplejo. Sabía que Diodoro había pensado largamente sobre su última conversación. En realidad conocía cuanto había que saber acerca del tribuno.

—No señor, no creo.

— ¿Y por qué no?

—Porque, señor, no hay absolutos excepto en Dios.

—Pero Aristóteles fue un gran filósofo. ¿Pretendes contradecirle?

Diodoro se movió en su silla como afrentado. Keptah sonrió con su sutil sonrisa.

— ¿Terminó la sabiduría con Aristóteles? —preguntó.

Diodoro frunció el ceño, pero quedó desconcertado.

—Entonces, ¿la última palabra no ha sido aún dicha?

—Aún no, señor.

Diodoro frunció aún más su ceño.

— ¡No hay absolutos, ni últimas palabras!

Se sintió desalentado. Ya era bastante mal que la política fuese tan inestable, que la vida fuese tan caprichosa. Pero la filosofía sin duda y una filosofía como la de Aristóteles, era una cosa eterna e invariable. ¿Qué le quedaba al hombre para asirse en un mundo incomprensible sino la filosofía, la memoria de sus antepasados, los templos de sus dioses, la sabiduría? Miró de nuevo a Keptah y vio la extraña incertidumbre de sus ojos, la línea oscura de sus labios sin sangre.

—Dime —preguntó el tribuno—, ¿qué hiciste a los esclavos anoche?

—Fue tan sólo una especie de hipnotismo, señor —dijo el médico—. Una ilusión, si lo prefieres.

— ¿Ilusión de quién?

Diodoro estaba airado. Keptah encogió sus hombros con un gesto delicado.

— ¿Quién lo sabe, señor?

Diodoro le despidió con irritación. Los pensamientos que Keptah le inspiraba le turbaban, por lo que los suprimía siempre que podía. No los había pensado de nuevo hasta aquel momento.

Y ahora, considerando a Keptah, estaba más convencido que nunca de que su esclavo le tomaba, a él, el poderoso tribuno, por un hombre muy sencillo. Era, pues, una cuestión de simplicidad creer en la virtud, el patriotismo, la moral, el honor y el deber; Diodoro sospechaba que para el misterioso Keptah tal simplicidad era absurda. Pero sin duda, un hombre que no creía en nada absoluto era un hombre corrompido. ¿Estaría bien que tal hombre cuidase de Rubria? Pero... ¿quién en Antioquía o incluso en Roma era mejor médico que él?

Fue entonces, por razones que no conocía, que Diodoro se acordó de pronto de Lucano.

Metió la mano en su bolsa y tocó la piedra y el saquito de hierbas. Vio que Keptah le contemplaba sin demostrar que lo hacía. Dirigiéndose a él dijo con el acento avergonzado de un niño de escuela.

—Tengo aquí un amuleto.

Keptah alzó sus negras cejas y contestó cortésmente:

— ¿Un amuleto? Ah, los amuletos poseen con frecuencia cualidades sobrehumanas.

Diodoro frunció el ceño. ¿Se estaba burlando de él otra vez? Pero Keptah estaba serio y esperaba cortésmente. Casi arrojó la extraña piedra a la mano del médico.

Keptah la estudió. Luego una expresión inescrutable cruzó su rostro. Volvió su espalda a las lámparas quedando en la sombra, y Diodoro miró por encima de sus hombros. En las manos de Keptah, en la semi-oscuridad, la piedra brillaba como si ardiese con un fuego interno e inextinguible. Proyectaba una luz frágil, pero constante, sobre los largos dedos oscuros de Keptah.

— ¿Qué es? —preguntó Diodoro con impaciencia.

Keptah contempló la alarma de su dueño y la repentina congestión de su rostro con la secreto ironía que le era propia.

—Me la han dado esta noche —dijo Diodoro—, el hijo de mi liberto, el pequeño Lucano, para Rubria. Me dijo que la había encontrado: afirmó que los dioses o Dios, estaba en ella.

—El rostro de Keptah cambió.

— ¿Lucano? —dijo. Se quedó pensativo. Conocía el cariño que existía entre el joven griego y Rubria, un amor inocente y delicado. Conocía también el enorme poder de la sugestión. Se dirigió a la cama e imperiosamente, como si él fuese el dueño y Aurelia no más que una esclava, apartó a la mujer que, instintivamente, obedeció. Rubria estaba llorando suavemente, pero alzó los ojos hacia Keptah como temerosa. El médico sonrió a la niña y le mostró la piedra, que no era una piedra corriente, pero carecía de poder aparte de su belleza.

—Esto —dijo dirigiéndose a ella— es una piedra mágica encontrada por tu compañero de juegos Lucano. Los dioses han debido enviársela. Te ayudará, pequeña, si tú crees en ella, puesto que ¿acaso Lucano no la encontró para ti?

Rubria miró la piedra y la tocó tímidamente con un débil dedo. Empezó a sonreír. Keptah cambió su postura con destreza; presionó el redondo contorno de la piedra contra su costado izquierdo, en la región desinflamado bazo.

—Debe permanecer aquí —dijo a los padres y a la enfermera —por muchos días, hasta que la niña recobre la salud.

Miró a la niña con un gesto mandatario, y ésta parecía expectante igual que Diodoro y Aurelia.

Diodoro se frotó la barbilla, podía ser supersticioso, pero era también un hombre razonable y lógico. Se inclinó sobre su hija y estudió la piedra y vio cómo sus reflejos parpadeaban. Luego, con una mirada de sospecha, miró también a Keptah, que estaba luchando por conservar su gravedad.

—No creo en la magia —murmuró el tribuno. Keptah luchaba con su casi incontenible deseo de reír, pero contestó:

—Señor, existe mucha magia en el mundo. Sólo se ha de creer para encontrarla.

El tribuno pensó que esto era una afirmación ambigua y frunció el ceño, pero Keptah parecía muy serio. “Bien —pensó Diodoro—, es posible que yo no sepa todo y además no soy médico ni tratante en magia como este charlatán”. Su atención se volvió rápidamente hacia Rubria y movió la cabeza.

— ¿Qué es lo que padece la niña? —demandó—. No has definido, más bien has estado evasivo, Keptah. Que si la sangre, articulaciones flojas, que si áreas irritadas en la carne, dificultad en la respiración, hemorragias en las encías e inflamación de las glándulas.

Keptah desvió la mirada.

—No es una condición mala —dijo con suavidad—, aunque difícil de curar.

Para él era imposible decir al padre que la niña tenía la enfermedad blanca que invariablemente era fatal; sentía una gran piedad por él.

—Pero, ¿vivirá la pequeña Rubria? —preguntó Diodoro, y sus ojos se hundieron ante el simple pensamiento de la muerte.

Keptah le miró largamente antes de contestar y luego dijo:

—No está ordenado que muera ahora, señor, ni en un futuro inmediato.

Rubria, notando el contacto de la piedra de Lucano contra su joven carne, se sintió aliviada y Keptah no dejó de notar este detalle. “La fuerza del espíritu —pensó— puede con frecuencia mantener a la muerte a raya y la fe conseguir en ocasiones lo imposible.

Diodoro no se sintió satisfecho. El miedo aceleraba su corazón.

—Hablas evasivamente. ¿Ese amuleto la curará por completo?

—No lo sé, señor.

Los ojos misteriosos miraron a Diodoro con una expresión en la que el romano no podía reconocer una remota compasión.

—Entonces —dijo Diodoro con un gesto de enfado—, ¿sin duda morirá en el futuro?

— ¿No es éste acaso nuestro destino común, señor?

Diodoro inclinó la cabeza sobre el pecho mordiendo los labios. Entonces pensó en la diminuta bolsa de hierbas que aquel incomprensible muchacho, Lucano, le había dado. Con dedos temblorosos la extrajo de su bolso y la extendió con repentina rigidez hacia Keptah.

—Lucano también me dio esto y dijo que había que mezclarlo con vino caliente y dárselo a la pequeña Rubria.

Esperaba un nuevo gesto de burla por parte de Keptah, pero el médico recogió el saquito con rápido y delicado gesto. Lo abrió e inmediatamente la cálida y pequeña habitación quedó llena de un olor intenso, amargo, pero, sin embargo, agradable. Keptah alzó la bolsita hacia su nariz, cerró los ojos e inhaló el fuerte olor.

— ¿Dónde, señor, encontró el muchacho estas hierbas y cómo las recogió?

—No lo sé —contestó el frenético Diodoro—. En los campos, me dijo. No me contó cómo las había elegido. ¡Dioses! ¿No va a tener fin este misterio? ¿Qué contiene la bolsa?

Keptah sonrió y cerró cuidadosamente la bolsa.

—Hierbas que no he podido encontrar yo mismo, aunque las he buscado por tiempo interminable.

Pasó sus huesudos dedos por la boca, como para calmarlos. Dio la bolsa a la enfermera y le ordenó que mezclase su contenido inmediatamente con vino caliente. Luego se volvió silenciosamente, se acercó a la cama y contempló en silencio a Rubria con la expresión de uno que acaba de ver un milagro.

Diodoro cogió al médico por un brazo:

—El chico, Lucano, ha dicho que desea estudiar medicina, y yo le he prometido.....

Se detuvo y sus fieros ojos se estrecharon con expresión pensativa mientras su mente sencilla se apresuraba.

— ¿Sí, señor? —preguntó Keptah, apareciendo de nuevo como el esclavo irónico que aparentaba humildad.

—Le prometí que podría estudiar con la pequeña Rubria y que después...después...acaso podría estudiar...

—Diodoro hizo una pausa y su feroz ceño se frunció—. ...Le enseñarás tú, Keptah, y si crees que tiene capacidad para ser médico, entonces...—respiró profundo y heroicamente abandonó toda precaución— le enviaré a Alejandría.

Esperaba que Keptah manifestase incredulidad o diversión. Pero Keptah inclinó su cabeza con seriedad.

—Señor, lo que has dicho está determinado.

— ¿Qué diablos quieres decir con eso? —Preguntó Diodoro con perplejidad—. Supongo que no hablarás otra vez de los destinos. ¿Acaso no han hablado Sócrates y Aristóteles de la libre elección de los hombres y ridiculizado lo que está establecido?

—Muchos filósofos no son sabios en todas las cosas —dijo el irritante Keptah en tono de calma—. Si un hombre tuviese que vivir únicamente por las teorías de los filósofos no sobreviviría, ni siquiera se mantendría cuerdo.

Sonrió abiertamente a Diodoro, como un padre compasivo sonría a un hijo obstinado.

La enfermera había traído una copa de vino caliente y Keptah mezcló en él las hierbas con gran destreza.

Los quejidos de la pequeña eran ahora más suaves, pero era evidente que aún sufría grandes dolores. Keptah dio la copa a Aurelia y ésta la colocó sobre los labios de Rubria con una sonrisa cariñosa. La niña bebió obedientemente entre profundos suspiros de sufrimiento. Keptah se mantuvo junto al lecho y observó a la niña con gran atención durante largos momentos.

Los quejidos se hicieron menos frecuentes y los ojos de la niña se agrandaron con asombro y tranquilidad. Su cabeza descansaba sobre las rodillas de su madre y de nuevo Diodoro sostenía su mano. Alzó la cabeza, como sorprendida ante la reducción de la angustia, y después empezó a respirar con regularidad profunda y lentamente como si suspirase.

¡Oh, dioses! —murmuró Diodoro mientras sin pestañear sus ojos se humedecían con gratitud.

Como una marea roja, el rubor de la fiebre se retiró de las mejillas y los labios de Rubria y era reemplazado por una palidez fantasmal. Para los padres esto era excelente porque habían olvidado que aquella misma palidez había precedido su última enfermedad grave y que, unas semanas antes, había despertado su ansiedad. Keptah asentía para sí sombríamente.

—La niña se ha dormido —exclamó suavemente Aurelia. Y así era: Rubria dormía, blanco como la muerte bajo sus oscuros cabellos.

— ¡Sacrificaré a Esculapio no uno sino dos gallos! —Exclamó Diodoro, sintiéndose débil a causa del alivio—. ¡Y a su mensajero, el glorioso y ligero Mercurio, dos hecatombes!

Se volvió hacia el médico y, olvidando que era el dueño de aquel inescrutable esclavo, tomó su mano, parpadeando para ocultar las lágrimas.

—Keptah, pídemelo lo que quieras. Te será concedido por el trabajo de esta noche.

Keptah se mantuvo pausado, mientras Diodoro agitaba su mano “Sólo los oportunistas —pensó— buscan sacar provecho de lo que no es suyo”. Pero los esclavos no tenían más ocasiones que la oportunidad. En un tono suave, sin mover apenas los labios, dijo:

—Mi libertad, señor.

Diodoro fue cogido por sorpresa. Cerró con fuerza su boca y miró oscuramente a su esclavo. En un tono de amenaza dijo:

—Ah, ¿te aprovechas de mi emoción, natural en un padre?

Keptah se encogió de hombros.

—Fuiste tú quien lo sugirió, señor, no yo —respondió.

El cabello de Diodoro se erizó con una de sus repentinas iras. Las aletas de su aguda nariz se agitaron. La sospecha volvió a aparecer en su mirada.

— ¡Qué bribón más zalamero eres, Keptah! Sabes que prometí a mi padre darte la libertad cuando alcances la edad de cuarenta y cinco años y bastante oro para que vivas con comodidad. ¿Vas a hacerme romper la promesa de mi padre?

Keptah no pudo evitar una sonrisa ante semejante sofisma, y Diodoro, al verle sonreír, sintió crecer su ira y bastante vergüenza. Soltó la mano de Keptah, alzó los hombros con gesto obstinado y permaneció como un toro dispuesto al ataque. Intentó hacer bajar la mirada de su esclavo sin éxito. Pero Keptah se mantuvo tranquilo y digno, jugando distraídamente con un pliegue de su túnica.

Diodoro olvidó el sueño de su hija por un momento y gritó:

— ¡Muy bien, sinvergüenza! Que sea así. Dentro de unos días irás conmigo al pretor. —Agitó su grueso dedo ante la cara de Keptah—. Pero sólo con esta condición: que permanecerás conmigo voluntariamente hasta que yo te despida.

— ¿Creías que te iba a abandonar, señor? —preguntó Keptah como asombrado—. Además, ¿no me has ordenado que permanezca en esta casa y enseñe al hijo de Eneas?

Pero Diodoro no se había calmado. Bufaba intentando intimidar al otro. Keptah, sin embargo, no parecía intimidado.

—El pretor y tú, señor, sin duda os pondréis de acuerdo sobre un estipendio justo, que yo preferiría sugerir.

Diodoro estaba a punto de estallar de nuevo cuando sintió los dedos de Aurelia sobre su sudoroso brazo. Le estaba sonriendo, sus mejillas tenían otra vez el color habitual y un hoyuelo se formaba junto a su boca. Parecía una muchacha, sentada sobre el borde de la cama de la niña y su cabello húmedo caía sobre sus hombros y frente en rizos.

—Que nunca se diga que el noble Diodoro ha faltado a una promesa —murmuró.

Su apariencia, su amor, conmovieron en secreto el corazón de Diodoro. Pero era necesario no traicionar una flaqueza tan poco militar. Alzó sus brazos en un gesto de involuntaria rendición.

—Lo he dicho, por tanto que sea así —exclamó—. Debo también añadir que siempre he despreciado al hombre exigente, sea esclavo o señor. Keptah, te he respetado; ahora siento conmiseración por ti.

—La conmiseración de un hombre como tú, señor, vale más que el honor de otros hombres —dijo Keptah, y Aurelia rompió a reír divertida.

Keptah esperó la orden de que se retirase y cuando le fue dada hizo una profunda reverencia ante Diodoro y Aurelia y se dirigió al instante a su cerrada farmacia, donde componía sus pociones y ungüentos, y donde guardaba cuerpos disecados y órganos de animales, insectos, extrañas hierbas, capullos y substancias inorgánicas, acerca de las cuales nada sabían otros médicos salvo los que eran como él.

Esta farmacia era parte de sus propias habitaciones, alejadas de las de los demás esclavos. No era necesario recomendarles que se mantuviesen alejados de allí, sentían terror ante el aire abstruso y la compostura de Keptah. Más terror sentían aún por la magia encerrada tras aquella puerta. Murmuraban que visitaba los crematorios y extraía la sangre de los muertos antes de su incineración para usarla luego en sus remedios. Algunas veces flotaban olores repugnantes a su alrededor como un aura y con frecuencia las luces brillaban hasta mucho después de medianoche a través de sus ventanas. Algunos esclavos juraban que aquellas no eran luces de lámparas sino chispas móviles como estrellas y que estas chispas con frecuencia flotaban en los dinteles de las ventanas como frías moscas de fuego.

Keptah compuso un líquido marrón oscuro como moho y con olor ultraterreno. Lo vertió en una probeta y mantuvo el recipiente en la mano. Estaba inmóvil en su farmacia, con las espectrales estanterías y tarros a su alrededor, tan quieto como una piedra, y sus ojos, repentinamente fijos en el cielo más allá de su ventana. Su corazón dio un vuelco, empezó a latir aceleradamente; luego se detuvo y reanudó sus movimientos trabajosamente.

—Ha llegado —murmuró en voz alta. Luego, con excitación, repitió con voz temblorosa—: ¡Ha llegado! ¡Benditos sean mis ojos que han vivido para verlo!

Tanteó su pecho en busca de un pequeño objeto y lo sacó a la luz. Estaba hecho de oro y tenía una forma sencilla. Lo presionó contra sus labios inclinándose una y otra vez y repitiendo sin cesar:

—Santo, Santo, Santo.

Cayó de rodillas y su cabeza reposó sobre el pecho; apenas parecía respirar, apesadado por algún encanto más allá del conocimiento de este mundo. El objeto que había extraído de entre sus ropas quedó colgando ante él de una cadena de oro y la luz de la lámpara se reflejó sobre él con tanta viveza que brilló como el sol agrandándose ante los transidos ojos de Keptah hasta parecer que abrazaba todo el universo.

La luna era una pálida y nebulosa sombra en el lejano cielo cuando Keptah salió por su puerta privada al patio. Las palmeras se mezclaban con el cielo y él se deslizó hacia la oscuridad, que parecía misteriosamente trémula con sombras de plata. Tenía necesidad de espacio abierto en el cual poder respirar. Se preguntaba a sí mismo, una y otra vez, notando el latido de su corazón en los oídos: “¿Me dejarán ellos ir? ¿Dejarán Ellos que mis ojos lo vean? Pronto seré libre, nada puede impedir que me vaya por algún tiempo”. Cruzó las manos sobre su pecho y oró convulsivamente que Ellos consintiesen.

Anduvo por el enmarañado jardín hasta alejarse mucho de la casa y de nuevo percibió como cada hoja, cada brizna de hierba, estaba bañada en un plateado sobrenatural. Para él era un reflejo santo; algunas veces se detenía para sonreír y acariciar alguna gruesa y brillante hoja y luego mirar al cielo. Aquellos astrónomos que no eran caldeos como él, estarían ahora hablando temerosos de cometas, aunque no se esperaba ninguno. Pero su Hermandad sabía a qué atenerse. Deseó estar con ellos; había orado en el pasado, que si la Estrella aparecía durante su vida él pudiese estar en aquella hora entre los miembros de su Hermandad. La Estrella había llegado, y había que recorrer una gran distancia a pie para llegar a Antioquía, donde la Hermandad estaría velando su gozosa vigilia, sus oscuros ojos llenos de misterio y gratitud. Habían observado aquella vigilia por tanto tiempo que sus orígenes se perdían en el pasado desde los días de Ur, desde la época en que florecía Bit Yakin, desde los días en que ellos habían venido a un distante desierto, cuando eran aún un pueblo sacerdotal —el Kalu— antes de que fuesen llamados babilonios por los judíos. “Ni a nuestros mayores sabios se les ha concedido saber la hora; sólo Él lo sabe”. Le habían enseñado a Keptah. “Ni siquiera los Santos en el cielo lo saben, solamente el más Santo entre los Santos, cuyo nombre sea bendito”.

Keptah había llegado a un lugar abierto de los amplios jardines y se encontraba en la ribera baja de un estuario del río Orontes. El estuario era estrecho, pero rápido, más veloz entonces, como si corriese sin aliento para llevar las nuevas al río y luego a los mares cuyas aguas bañan el mundo. Las orillas estaban oscuras, aunque veloces lanzas de luz plateada las cruzaban. Pero la estrecha corriente estaba iluminada por una luz más intensa que la de la luna; su móvil superficie de negro y blanco bailaba y corría, caracoleaba y reverberaba. Su voz era como una mezcla de flauta y tambor, aunque no soplaban el viento.

Allí Keptah, sobre la orilla, con su inescrutable rostro y vestiduras radiantes de luz, miró hacia el abierto cielo. La Estrella permanecía en los cielos, casi tan brillante como el sol, sus agudos rayos brillando con firmeza en la silenciosa oscuridad circundante. Había sido predicho que se movería y mostraría el camino. Mas aún estaba quieta. “Entonces —pensó Keptah—, Ellos aún no han escogido a quienes han de seguirla”.

Mientras contemplaba la estrella, enorme y brillante, empezó a orar humildemente arrodillado. “¡Oh!, Tú a quien el mundo tanto ha esperado, bendito sea yo por haberme sido concedido ver Tu Señal. Bendita la tierra que te ha recibido. Bendita aquella que te ha concebido en un lugar desconocido para mí. Bendito sea el hombre porque Tú le has redimido. Porque los lugares oscuros serán abiertos ahora y los lugares secretos

revelados, y las puertas de la Casa del Señor permanecerán abiertas hasta el fin de los tiempos y la muerte no existirá ya más”.

Un repentino sentimiento de increíble dulzura se apoderó de él, un éxtasis intenso, como si alguien profundamente adorado le hubiese sonreído, le hubiese reconocido y enviado un mensaje de amor. Las lágrimas rodaron por sus escuálidas mejillas y alzó sus manos al cielo en gesto de adoración e inspirada humildad. Murmuró en alta voz:

—He sido purificado. He sido salvado. Todo lo malo, o malicioso, o dudas que en mí existían han sido destruidas. He sido bañado en las aguas de la vida. Desde este momento en adelante soy un nuevo ser. ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Una gran tranquilidad y serenidad descendió sobre él como una bendición. Una gran paz le rodeó. No importaba que no fuese elegido para ver con sus ojos a Aquel que había nacido aquella noche. Aquel que había nacido estaba con todos los hombres, en todos los lugares de la tierra, en aquella hora y para no partir nunca jamás.

La estrella brillaba demasiado para mantener la mirada fija en ella por mucho tiempo, y los ojos de Keptah se apartaron de ella. Permaneció de rodillas, en completa quietud, contemplando la rápida e iluminada corriente que corría ante él. Y entonces su mirada percibió un pequeño movimiento y fulgor brillante no lejos de él, en la parte baja del estuario. Poniendo toda su atención en ello descubrió una pequeña y rubia cabeza, hecha casi incandescente por la luz de la estrella ¹.

Pudo apreciar el delicado perfil del niño sentado sobre la ribera del estuario, un perfil levantado hacia el cielo. La elegante y larga nariz, la curva exquisita de mejilla y barbilla, la caída de los dorados cabellos, destacaban perfectamente como si una luz interna brillase en alabastro. “Es el muchacho, Lucano”, pensó Keptah maravillándose.

Se levantó y silenciosamente descendió por la ribera hasta quedar detrás del desprevenido muchacho, que estaba contemplando la estrella. Sus ojos azules reflejaban su fulgor; sonreía con las manos cruzadas sobre las rodillas. Estaba sentado en absoluta quietud, como en un trance, sin pestañear, y su blanca garganta perfilada con tanta claridad y suavidad como si fuese de mármol.

Entonces Keptah habló con suavidad, a fin de no sobresaltar al muchacho.

—Lucano, ¿Por qué estás fuera de casa tan tarde?

Lucano volvió la cabeza despacio y sonrió.

—Eres tú, Keptah. No podía dormir, así que me deslicé de mi dormitorio porque había visto la estrella a través de la ventana. Parecía como si me llamase y no pude desobedecer.

Su voz era serena y sin temor mientras miraba a Keptah con su acostumbrado respeto, aunque Keptah era aún un esclavo.

—Ciertamente, niño —dijo Keptah—, no podías desobedecer.

Se sentó junto a Lucano y juntos contemplaron la estrella. “No es posible que él lo sepa”, se dijo a sí mismo. “¿Le diré lo que significa?”. Esperó una respuesta y ésta vino completa y firme: No. Pero también llegó una orden, y un conocimiento siguiendo a la palabra. Keptah estudió al muchacho con curiosidad. Recordó como Lucano tenía una forma de andar silenciosa, de aparecer de no se sabía dónde cuando cuidaba de esclavos enfermos y como contemplaba sus curas desde alguna puerta o cortina a una distancia indecisa y ansiosa. Su presencia había irritado con frecuencia a Keptah. Los chicos eran pequeños animales inquisitivos; les gustaba contemplar la violencia o el dolor como si algún sentimiento de salvaje primitivismo les fuese excitado; Keptah había considerado a Lucano de esta forma hasta aquella noche.

—Es una estrella extraña, ¿verdad? —dijo, y esperó una respuesta con atención.

—Sí —contestó Lucano—. Es extraña y hermosa. Siento que nos está diciendo algo.

Su voz era más la de un joven que la de un niño, y Keptah, que le había oído hablar pocas veces anteriormente, se percató de aquella voz por vez primera.

— ¿Y qué crees, Lucano, que nos está diciendo?

Lucano permaneció en silencio. Sus rubias cejas estaban contraídas.

—No lo sé. Pero sé que algún día me será revelado.

Keptah asintió para sí mismo. Rodeó con su moreno brazo los hombros del muchacho y le atrajo hacia sí.

—Lo sé —murmuró.

Volvió al muchacho hacia sí, y el chico, sorprendido, le miró avergonzado y atentamente. Keptah estudió el hermoso y sereno rostro, los firmes rasgos bajo la delicada expresión, la ardiente curva de la boca y la pasión en los ojos azules.

—Voy a ser tu maestro —dijo, y sonrió—. Así lo ha ordenado el gran Diodoro esta noche.

El rostro de Lucano expresó sorpresa y alegría.

—Después —continuó Keptah— serás enviado por el señor a Alejandría para posteriores estudios.

Lucano tomó la mano de Keptah y la besó con vehemencia.

—Soy tu esclavo, noble Keptah —exclamó, y apretó la atezada mano contra su pecho en un gesto emocionante y exaltado. Keptah colocó su otra mano sobre la cabeza del muchacho, como bendiciéndole.

¹ La estrella fue vista en todo el mundo conocido.

— ¿Nunca me has temido, Lucano?

—No. —El rostro del muchacho expresaba asombro—. Sólo te he honrado en mi corazón, señor. Keptah se echó a reír un poco tristemente.

—No me llames “señor”, Lucano. El noble Diodoro no lo aprobaría. Tiene un sentido inmenso de las distancias.

Pensó en Diodoro con tristeza y sin su acostumbrada diversión. “Es cierto que hay cosas mayores y más eternas que esas absurdas y rígidas “realidades”. Pero me equivoqué y fui cruel la noche en que los esclavos bailaban tan alocados en mi intento de desilusionarle. Estuvo bien que no alcanzase éxito”.

La estrella brillaba con esplendor sobre el hombre y el muchacho, sus rayos, cada vez más anchos, eclipsando todas las estrellas y planetas mayores, descendían siguiendo la curva del cielo y hacia la luz del amanecer. Keptah la contempló de nuevo, olvidando a Lucano quien fijó su mirada en aquel esculpido y oscuro perfil oriental.

Lucano preguntó:

— ¿Quién eres tú, Keptah?

Keptah no respondió durante un largo momento, como si estuviese preguntando y contestando a sí mismo. Luego, sin mirar al muchacho, empezó a hablar.

—Soy caldeo, según me dijeron hace años, porque yo no lo sabía al principio ya que llegué a la casa de Prisco cuando era un niño pequeño y un esclavo. Mi padre era Kalu, es decir, un sacerdote, pero quién fue mi madre es cosa que ignoro aún. Hicimos un viaje cuando aún estaba en los brazos de mi madre; mi padre sabía cosas misteriosas y marchaba de viaje hacia..... un país lejano. —Contempló la brillante estrella—. Él creía, equivocadamente, que había sido establecido que él viese..... —Se detuvo y empezó a moverse con inquietud—. En el camino hacia aquel país la caravana en la que él, mi madre y yo viajábamos fue asaltada por ladrones y tratantes de esclavos. Mis padres fueron asesinados. Yo, un niño entonces, fui vendido como esclavo con el resto de los hombres y mujeres; Prisco me compró y me condujo a su casa en Jerusalén y luego a Roma.

Lucano esperó a que continuase, pero Keptah mantuvo silencio. Su críptico rostro tenía un aire majestuoso revestido de una pena fría y contenida.

— ¿Quién te contó esto, Keptah, si ni incluso el noble Diodoro lo sabe?

Keptah miró con rapidez al muchacho y se echó a reír con ternura.

— ¿De modo que has estado preguntando al señor a mis espaldas, eh? —Su risa cesó de pronto—. No te sientas violento, muchacho; no me ofende que lo hayas hecho. —Suspiró—. Deja que esto sea suficiente para ti, Lucano. Me lo contaron, pero nunca podré decirte quién. Pero puedo hablarte de Caldea o Babilonia, de mi pueblo, lo cual me ha sido encomendado que te cuente aunque la razón de esto no esté clara para mí. Somos un pueblo tan antiguo que incluso los judíos, que pretenden ser también muy antiguos, carecen de leyendas acerca de nuestro origen. Pero dimos un Abraham a los judíos que ahora le llaman padre Abraham. Llegamos primero a la tierra de Ur procedentes de un lugar del que no se guarda memoria, y allí tuvimos, en la antigüedad, la capital más floreciente, sabia, urbana y madura que ha existido en la tierra desde entonces; su nombre era Bit Yakin. Pero cuando una alcanza tanta sabiduría, si esta sabiduría es sin Dios, uno se corrompe... ¿Por qué miras así, muchacho?

—No es nada —murmuró Lucano. Pero Keptah le ordenó hablar con sus penetrantes ojos y el muchacho dijo, un poco entrecortadamente:

—Estoy pensando en el Dios Desconocido de los griegos.

—Ah, sí. Es el mismo —dijo Keptah abstractamente. Luego continuó:

—Al principio y durante siglos, Bit Yakin recordó a Dios y floreció, fue poderosa y hombres sabios de todas las latitudes acudían a ella para estudiar bajo los Kalu; algunos misterios les eran participados con cautela a la vez que sabiduría. Los hombres sabios llevaron aquellos misterios cuando volvieron a sus países y Egipto fue uno de ellos; también un hombre llamado Moisés se familiarizó con aquellos misterios y a través de los Kalus que habían sido enviados a Egipto para enseñar al joven príncipe egipcio más cosas de las que sabían los sacerdotes de Egipto entonces. ¿Has oído hablar de Moisés, Lucano?

—Sí, los judíos me lo han contado, en Antioquía. Él dio los Mandamientos de Dios a los hombres.

Keptah asintió y dijo con ironía:

—Y los hombres durante siglos se han ocupado asiduamente en violarlos todos.

Lucano temió que Keptah se había olvidado de él, puesto que de nuevo se mantuvo silencioso por un largo tiempo, por fin volvió a hablar.

—Porque los hombres son hombres, se hacen orgullosos, especialmente cuando alcanzan fama. Incluso muchos de los Kalus se volvieron orgullosos, y cuando ocurrió esto perdieron su sabiduría, porque habían olvidado de donde venía el conocimiento de los misterios. Así que se transformaron en charlatanes en lugar de sacerdotes, y en nigromantes porque recordaban las palabras ocultas de la magia y las usaban para malos fines y ganancias. Aquellos sacerdotes, dedicados a tan burda magia, no fueron ya astrónomos, médicos, científicos y sacerdotes. Eran hombres malvados, ocupados en vulgares adivinaciones, que transmitieron a sus hijos. Y cuando el sacerdocio decae, decae el pueblo, y así toda Caldea, traicionada por sus sacerdotes, fue lentamente corroída por la corrupción. Quedó transformada en nada y cayó en manos de los enemigos. Si una nación carece de Dios, esta nación por fuerza ha de caer, pero cuando una nación tiene Dios, entonces todos

los poderes del mal y todos los ejércitos no pueden conmovier sus fundamentos; no, ni incluso aunque el mundo entero se alzase contra ella.

Keptah miró a la estrella y sus labios se movieron en silencio por unos momentos. Luego continuó:

—Así que los Kalus fieles, de los cuales quedaron pocos, abandonaron Caldea llorando y fueron a otros muchos países. Son los hombres sabios de Oriente, los médicos, astrónomos, adivinos de los elegidos, astrólogos, científicos y metafísicos. Sólo ellos saben quienes son: sólo ellos sabrán siempre quiénes son, porque sospechan de la humanidad, por razones muy convincentes. Forman una oculta Hermandad y eligen a quienes deben entrar en ella.

Keptah dedicó entonces toda su atención a Lucano y pensó para sí “¿Por qué habré estado tan ciego?” Luego añadió:

—Esta historia no la aprenderás en Alejandría y debo encargarte que no la repitas a oídos indiscretos, Lucano. —Su voz sonó dura y autoritaria.

—No la repetiré, pero la recordaré —dijo Lucano con sencillez.

Keptah se suavizó.

—Lo sé, muchacho. No existe corrupción en ti. Pero déjame continuar. Caldea o Babilonia, se corrompió y enorgulleció tanto que dejó de reverenciar a los Kalus y dejó de llamarse la tierra de los hombres sabios. Miró hacia sus vecinos con codicia de oro, esclavos y tierras y empezó a llamarse a sí misma la tierra de los Kaldi-K sh, que significa “conquistadores”. De modo que guerreó, conquistó, esclavizó y oprimió, y puesto que las naciones guerreras han de morir, Caldea murió, porque la guerra es, por encima de todas las cosas, la más necia y abominable de todas ante la mirada de Dios, la más impía, porque destruye lo que el Santo ha creado con amor, y porque degrada al hombre al nivel de una hormiga irracional que obedece sin saber porqué obedece y lucha sin saber porqué lucha. Porque en la guerra ciertamente, el hombre lucha por nada.

Contempló la seriedad y concentración mental de Lucano por largo tiempo. Luego, como obedeciendo una orden, extrajo el objeto de oro de su pecho y lo mostró sobre su palma abierta.

—Mira, muchacho, y dime qué es esto.

Lucano contempló el objeto que Keptah mantenía en su palma y se estremeció.

—Es una cruz, el signo de la infamia, porque en ella ejecutan los romanos a los criminales de peor clase.

La cruz de oro palideció en la mano de Keptah y adquirió un tono blanco y brillante a la luz de la Estrella. Parecía poseer incandescencia propia.

—Es la luz del mundo —dijo Keptah—. Un día lo sabrás. Durante siglos, tantos que los hombres han perdido la memoria de ellos y han sido enterrados en el polvo, este signo fue conocido por los Kalus por lo que es. No puedo decirte su significado porque está prohibido. Los Kalus lo llevaban sobre sus pechos antes de que los judíos fuesen una nación o un pueblo, antes de que Egipto tuviese faraones, antes de que Grecia naciese, antes de que Rómulo y Remo fuesen amamantados por una loba. Algunos de los sabios egipcios llevaron este signo a su patria desde Caldea sin saber su significado, y puede ser visto hoy en las pirámides, un signo oculta que nadie, aparte de los escogidos de Caldea, conoce. Los sacerdotes de Grecia sabían algo de él, vagamente, aunque sin comprender nada, y bajo su influencia elevaron los altares al Dios Desconocido.

Una emoción incontrolable estremeció a Lucano. Sus ojos se llenaron de lágrimas. La cruz parecía ensancharse en la mano de Keptah. Lucano alargó su mano y la tocó con un dedo tembloroso, y fue invadido de pronto por un sentimiento de inefable dulzura y amor.

— ¡Mira! —exclamó Keptah, y Lucano miró. Keptah señalaba al cielo. La grande y maravillosa Estrella se movió hacia el este, inflexible, como guiada por un propósito. Lucano miraba con profunda admiración. El sonrosado tono del alba yacía bajo ella como un lago y la estrella reflejaba sus rayos sobre él de modo que reverberaba. Keptah lloraba.

—Los elegidos han sido escogidos —murmuró para sí—. Se han puesto en camino y yo no he sido elegido.

Contemplaron la Estrella hasta que lentamente descendió en el rosado mar del amanecer y desapareció para ellos dejándoles desolados.

—Ha desaparecido —dijo Lucano.

—No —contestó Keptah, secando sus ojos en la manga—, nunca se perderá, nunca hasta el fin de los tiempos.

Contempló la cruz que tenía en la mano y pensó: “Y escupirán sobre ésta, la despreciarán, la ignorarán y ridiculizarán, la degradarán y blasfemarán, pero nunca será olvidada, nunca arrinconada ni desvanecida, a pesar de las iras de las razas aún no nacidas, a pesar de la guerra, la sangre, la agonía, la oscuridad y el fuego de los últimos días y la última insensatez de desesperanzada furia de los hombres”.

Se volvió hacia Lucano, y por un momento sintió envidia. “Bendito tú, niño”, dijo para sí mismo. Y luego pensó: “Bendito yo, que tengo que enseñarte”.

La fría austeridad volvió al rostro de Keptah. El alba traslúcida, de color amapola, se extendía tras de los grandes árboles; las palmeras murmuraban mecidas por el aire matutino. Keptah dijo:

—Rubria padece la enfermedad blanca y nunca llegará a mujer. ¡Vamos, hombre! No llores tanto ni tan fuerte y no te sientas tan abrumado. ¿Por qué lloras? La vida no es una cosa agradable para infinidad de nosotros. Nacemos oscuramente, vivimos oscuramente y nos morimos en la oscuridad; al final todos partimos a través

del mismo dintel por el que entramos. Sin embargo, lo que te he dicho no debes repetirlo al tribuno Diodoro, si no quieres romper su corazón antes de tiempo.

Lucano se cubrió el rostro con las manos y Keptah movió la cabeza compasivamente. Por la juventud, la muerte es imposible, el supremo e increíble horror. Miró al cielo de color perla donde la Estrella había estado y suspiró.

—Has de decirme dónde encontraste las hierbas que aliviaron el dolor de la pequeña Rubria.

—Las encontré en los campos y tras los riachuelos y supe que eran buenas, Keptah.

La voz del muchacho era un murmullo temeroso.

—Son buenas. Has de encontrar más, para librarla de su sufrimiento, y yo las disecaré y pulverizaré; destilaré su esencia porque son inapreciables.

Se levantó, alto, huesudo y remoto, y Lucano se levantó también.

—Ha amanecido —dijo Keptah— y tu madre estará buscándote. Vete muchacho, y no hables de lo que te he contado porque si lo haces no te enseñaré nada más.

CAPITULO IV

Bien, ya eres libre —dijo Diodoro con rigidez, después que Keptah y él regresaron de visitar al pretor de Antioquía—. Pero no estoy obligado a darte aquella gran suma de oro, hasta que tengas cuarenta y cinco años. Esta parte de la promesa hecha a mi padre pienso cumplirla.

El día había sido caluroso; la ciudad demasiado alborotada y exuberante para la moral del romano. Estaba sentado en el blanco recibidor de mármol de su casa y con gesto arisco paladeaba una copa de vino fresco y comía higos maduros que tomaba de una bandeja de plata colocada a su lado.

—¡Bah, este resinoso vino griego! —exclamó. Estaba de mal humor—. Aún creo que te aprovechaste de un momento de debilidad para imponerte sobre mí. Pero dejémoslo, dejémoslo, sinvergüenza. Me has fastidiado bastante con la cantidad que fijaste como estipendio. Pronto serás tan rico como uno de esos sirios en el bazar y sin duda establecerás tu propio negocio, comprarás tus propios esclavos y yo tendré que ir a mendigar tu indulgencia para que atiendas mi casa.

Keptah contuvo una sonrisa. Estaba de pie ante Diodoro y le miraba con un humor sombrío.

—Señor —dijo—, te estaré siempre agradecido y a tu disposición; donde tú vayas iré yo y mi vida está aún a tus órdenes, es aún tuya.

—Bonitas palabras —murmuró Diodoro. Sus airados ojos se posaron sobre el liberto con enojo. Pero dijo:

—Supongo que la ocasión necesita celebrarse. ¡Qué el diablo te lleve! Detrás de ti, sobre aquella mesa, hay otra copa. Si puedo darte órdenes, como dices, te mando que participes de este vino conmigo y tomes un higo o dos.

—Señor, prefiero los vinos romanos, y te ruego que me releves de la necesidad de beber los griegos.

Diodoro maldijo para sus adentros, pero se sintió un tanto pacificado. Contempló el vino que contenía su copa.

—Es ciertamente un líquido maldito —dijo—. Respeto tu gusto. El próximo barco traerá buenos vinos. —Y añadió con sarcasmo:

—Confío en que me permitirás enviar unas cuantas botellas a tus habitaciones para tu deleite.

Sacudió sus herradas sandalias sobre el blanco suelo y contempló a Keptah con sus ojos cubiertos por unas erizadas y negras cejas.

—Toma un higo —dijo.

Keptah inclinó con elegancia su largo cuerpo y tomó una fruta. Con pereza Diodoro introdujo otra en su boca.

—Por Pólux, que ésta es una ciudad detestable —exclamó—. Un montón de basura procedente de todas las cloacas del mundo. Si no tuviese un sentido del deber tan arraigado pediría el relevo. Pero ¿Pero quién otro podría tratar mejor con esa masa de viles gusanos?

—Nadie sino tú, noble Diodoro.

Diodoro le contempló de nuevo con una mirada en la que brillaba la sospecha.

—Tienes una voz tan untosa que fluye, brilla y se pega. Ácido mezclado con miel.

—Siento no serte grato, señor. —Keptah sonrió de nuevo.

—No podrías complacer menos a Plutón —dijo Diodoro, aún agresivo.

Tomó otro higo y se chupó los dedos.

—Ordenaré que sea dado un sextercio a cada esclavo en tu honor. ¡Qué perro más arrogante eres con todo ese aspecto de humildad! No hay nadie tan sabio como tú, en tu opinión.

Keptah mantuvo su dignidad pese a los impulsos que sentía de echarse a reír.

—Sin duda que ahora te darás más aires que nunca, pero te aconsejo que no vuelvas a usar otra vez trucos como el que usaste la otra noche con aquellos pobres esclavos.

Keptah estuvo estudiándole. ¿Debía decir a Diodoro la verdad? ¿Debía revelarle que, en realidad, no había hipnotizado a los esclavos sino tan solo al tribuno? Decidió no decir nada. Diodoro no le perdonaría nunca. Hizo una reverencia y dijo:

—Te prometo, señor, que no volveré a usar trucos. Y ahora, si me permites partir, debo ir a ver a la pequeña Rubria.

El rostro de Diodoro se aclaró.

— ¡Ah! Está mucho mejor ¿Verdad? Puede ya abandonar su lecho y tiene un color en el rostro que no es de fiebre, sino de salud ¿Cuándo crees que estará curada?

Keptah vaciló.

—Creo, señor, que dentro de pocos días podrá dejar la casa y salir al jardín, y en otros catorce días podrá reemprender sus estudios con el tutor que enseñará también a Lucano, el hijo de Eneas. Y después de esas lecciones, ¿queda entendido que estudiará conmigo?

— ¿Por un estipendio extra? —preguntó Diodoro de nuevo enfurecido.

—No, señor; le enseñaré cuanto sé en agradecimiento hacia ti.

Diodoro gruñó mientras contemplaba la alargada sombra de su liberto deslizarse por la pared de mármol, al pasar Keptah por entre ésta y el sol, que derramaba sus rayos por entre la columnata que quedaba a su derecha.

—Soy demasiado blando —se dijo Diodoro después de otro trago de la copa de vino resinoso—. Trato a mis libertos como iguales y a mis esclavos como a libertos. Así no hay que maravillarse de que no me respeten. Tendré que hacer sonar el látigo con más frecuencia e imponer un poco de disciplina militar en esta casa.

Pero en el fondo estaba convencido de que era incapaz de ser brutal o injusto, lo mismo que les había ocurrido a sus virtuosos padres, los cuales habían respetado las vidas y las personas del más humilde de los hombres. Diodoro comenzó de nuevo a pensar con desagrado en Roma moderna y su rostro volvió a ensombrecerse.

¡Aquellos generales que podían dirigir con petulancia las campañas de endurecidos comandantes en lejanos campos de batalla y proyectar tácticas y estrategias como si supiesen algo acerca de tales asuntos! ¡Aquellos suaves y pálidos senadores vestidos con blandas togas, dedicados a la compra y venta en la bolsa, después de una larga mañana en los baños, recuperándose de una noche de orgía y restaurados parcialmente gracias a la habilidad de los esclavos que con manos ágiles, daban masaje a sus flácidos músculos! ¡Los perros, comprando y vendiendo lo que había costado las vidas de otros hombres ofrecidas en aras de Roma, mientras ellos agitaban perfumados pañuelos ante sus rostros, en tanto que regateaban, ofrecían y se engañaban unos a otros y mientras, entre oferta y oferta, comentaban el último chisme obsceno de la ciudad! Sus degeneradas mujeres, concubinas, esposas depravadas, que llevaban los nombres más nobles de Roma y cometían adulterios como si fuesen pasatiempos de moda... Desgraciadamente lo eran. ¡Aquellos parásitos, los augustales, que entraban y salían del Palatino, tan aristocráticos, como estatuas, podridos de cuerpo, con arpías en sus mentes y traición en sus almas astutas! ¡Literas de oro y mimados muchachos esclavos mantenidos con propósitos vergonzosos; aquella apacidad y lujuria de lo que antes había sido una sociedad disciplinada, modesta, heroica y frugal; aquella lenta desaparición de una sólida clase media, desaparición que había sido deliberadamente proyectada! ¡La brillante ciudad, la amada del mundo, transformada ahora en un sumidero de corrupción, avaricia, traición, placer, conspiración y decadencia, en una pestilente impureza de la que manaban fiebres, locura y enfermedad, que estaba infectando los más lejanos rincones del Imperio! ¡Y luego, aquellas multitudes romanas procedentes de todas las razas! ¡Incluso Julio César las había temido, con razón, y se había acobardado ante ellas; las había adulado y complacido! ¡La turba romana, versátil, inestable, políglota, sangrienta, desalmada y avariciosa! Donde antes había existido una población sobria y parca, orgullosa de los antepasados, celosas de la república, que encontraba su cabal expresión en el trabajo, la familia y los dioses; que vivía feliz en hogares tranquilos y bajo la sombra de sus árboles, ahora vivía una multicolor y rapaz canalla, presta siempre a aclamar o asesinar, presta a la pelea y a insensatos asentimientos, amontonada en malolientes y congestionadas casas, aborreciendo el trabajo y prefiriendo mendigar y solicitar continuamente del Senado que la mantuviese, adulando a viles políticos que cedían a sus peticiones y amenazando a los pocos hombres honrados que se oponían a sus exigencias por el bien de Roma y de ellos mismos; una multitud que pedía continuamente pan y circo, ansiosas de mezquinos placeres, fanática de gladiadores insensatos y adorando al último corredor, actor y lanzador de disco, como si fuesen los más grandes hombres; una multitud que, en su indolencia, devoraba las contribuciones, cada vez más pesadas, impuestas sobre hombres que valían mucho más que ella, para poder pagar su miserable sustento, cuando el mundo hubiese sido mejor si el hambre o la peste le librasen de ella, ¡Ah, la plebe romana, las malditas multitudes, apropiados señores y esclavos de sus amos, políticos y receptores de sus votos!

No era extraño que Roma tuviese ahora tan pocos artesanos buenos comerciantes y constructores. El monstruoso gobierno chupaba el fruto de su trabajo y medio de impuestos a favor de una canalla perezosa, gruñona y devoradora mantenida a expensas del Estado. ¿Qué le importaba al esclavizado hombre de la calle, de mirada turbia y boca rapaz, haber destruido el heroico esplendor de Roma, difamado sus dioses y envilecido con estiércol las estatuas de los antepasados? ¿Acaso no conseguía ahora, por medio de gruñidos e inscripciones pintadas en las paredes por la noche, que su plato fuese colmado una y otra vez con más grano, sopa y pan, y contemplar espectáculos cada vez más sangrientos en el Circo Máximo? Los amos eran dignos de sus esclavos, y éstos de aquellos.

En el Palatino aún vivía el anciano soldado, César Augusto, un hombre rígido y moral. Pero, ¿qué podía hacer rodeado como estaba por senadores corrompidos y estadistas elegidos por una canalla aún más corrompida? Diodoro recordó de pronto una carta que había recibido unas semanas antes de uno de sus

amigos, sellada cuidadosamente y enviada por un mensajero de confianza. (¿Cuánto tiempo hacía que los hombres honrados se veían forzados a sellar sus cartas para protegerlas de los apaches y vengativos ojos de espías empleados por el Estado?) Su amigo le había escrito: “Temo que Roma esté muriendo. Yo, como tú, querido amigo, he creído durante mucho tiempo (y he rogado para que así fuese) que las viejas virtudes aún florecían en algún lugar de la ciudad, como flores excelentes y bellas en un olvidado jardín, preparando la semilla que crecería de nuevo en amplios espacios. ¡Pero el jardín no existe! Ha sido pisoteado en el barro de la plebe, y por sus codiciosos dueños, que viven del favor de la multitud”

Diodoro, hundido en un estado de impotencia y desesperación como nunca antes había experimentado, pensó en los dioses de Roma. Antaño habían personificado el trabajo honrado, el amor, la santidad del hogar y la propiedad privada, la libertad, gracia y amabilidad, las virtudes castrenses del deber y devoción, el cariño hacia los niños, el respeto entre los empleados y quienes empleaban, el patriotismo, la obediencia a decretos divinos e inmutables, y el orgullo y dignidad del individuo. Pero ¿qué había hecho Roma de estos dioses? Les había transformado en réplicas venales e indescriptibles de sí misma en todos los aspectos.

Diodoro arrojó la copa que sostenía, la cual se estrelló contra la pared de mármol. Se puso en pie y empezó a pasear arriba y abajo sobre los solitarios y blancos suelos, haciendo sonar las sandalias con un sonido parecido al repique de un tambor.

Recordó el final de la carta de su amigo: “La única esperanza de Roma es volver a los valores religiosos...”.

No una vuelta a los indignos dioses.... ¿Pero a qué? ¿A quién? ¿Al “Dios Desconocido” de los griegos? ¿Pero quién era y dónde estaba? ¿Él, el Incorruptible, el Padre, el Amante y Justo? ¿Por qué estaba silencioso si existía? ¿Por qué no hablaba a la humanidad y reordenaba el maloliente mundo, trayendo paz a los que no la tenían, esperanza a los desesperanzados, amor a quienes carecían de él, satisfacción a aquellos que tenían hambre de justicia? Si existía, ésta era la hora en la que debiera manifestarse, antes de que el mundo quedase envuelto por su propia iniquidad o muriese por su propia espada.

Diodoro se sintió lleno de impaciencia e incontrolable ansiedad. Se detuvo entre dos columnas blancas, con las piernas separadas y firmes, de pie, como están los soldados, y contempló el sol poniente sobre los árboles y palmeras. Su dolor disminuyó por un momento. Nunca había visto tan gloriosa puesta de sol, tan llena de luz sonrosada y dorados reflejos, tan brillante y pura que las ramas de los árboles, las brillantes frondas de las palmeras y las columnas de la casa brillaban con reflejos propios y reflejaban los colores del cielo. Irradiaba majestad y belleza como si una voz hubiese concedido una bendición sobre el mundo entero, como su una poderosa mano se hubiese alzado en un gesto de ternura y amor. El rostro fiero de Diodoro se suavizó y adquirió una expresión casi infantil. Su mente disciplinada le decía que aquello era tan sólo una esplendorosa y poco corriente puesta de sol; su alma le decía que la palabra había sido pronunciada.

Entonces recordó los excitados rumores que circulaban en Antioquía aquel día. Una estrella particularmente brillante, más intensa que la luna, más esplendorosa, había aparecido en el cielo la noche anterior y había sido vista por muchos, incluso durante las horas más vergonzosas de las Saturnales. Había producido mucho temor y las multitudes habían corrido ciegamente por las calles a causa de su terror, con sus alegres vestidos esparcidos por todos los sitios. Pero un sacerdote del templo de Mercurio había informado a Diodoro que había sido un simple cometa o meteoro, y había hablado con indulgencia. Diodoro había preguntado:

—Pero, ¿dónde estabas tú que no la viste?

—Estaba durmiendo, noble tribuno —había contestado el sacerdote.

Diodoro miró hacia el lugar donde la estrella había permanecido según sus informantes. Allí no había nada sino la estrella vespertina parpadeando suavemente. Pero, de pronto, creyó que ciertamente había habido una estrella. Su corazón se sintió elevado por una poderosa ola de alegría y consolado, aunque no podía explicarse por qué.

El jazmín nocturno despertó con una ola de fragancia que Diodoro aspiró como si fuese incienso. Se sintió humilde y en paz, lleno de fuerza. “Haré lo que pueda y viviré de acuerdo con los valores y verdades que me han sido enseñados, de acuerdo con las virtudes y justicia que conozco y sin duda. Él se acordará de mí, aunque el mundo entero se vuelva loco”.

Empezó a caminar entre las columnas por el sendero de mármol hacia las habitaciones de las mujeres. De pronto encontró en el patio a dos de sus oficiales, dos jóvenes que amaba porque les había enseñado él y en quienes confiaba a causa de sus rostros honrados, sus cándidos ojos y su devoción hacia él y las antiguas virtudes. Prestaron atención en cuanto le vieron y le saludaron con marcialidad; Diodoro se detuvo tratando de aparecer severo pese a su gran cariño por ellos.

— ¿Cómo es que no habéis vuelto a Antioquía, muchachos? —preguntó. Nunca mantenía una guardia personal en su casa, como hacían otros jefes militares, porque confiaba en su propio brazo derecho y le disgustaba un excesivo despliegue de militarismo.

—Noble Diodoro, hoy hemos oído rumores alarmantes en Antioquía —replicó uno de los soldados—. Una parte de la plebe murmura que la estrella que pretenden creer que vieron anoche indicó la caída de Roma y la ira de los dioses contra los romanos. Se dice que la estrella se movía hacia el Este, alejándose de la Ciudad Imperial, y esto indica, según dicen, que Roma está a punto de caer. Y cuando un imperio cae, creen ellos, es el momento para que un país sojuzgado se levante y muerda.

—No te alarmes, Sexto —dijo Diodoro, y puso su mano sobre el hombro del joven capitán—. Vamos, vamos, ¿no temeréis por mi causa? ¿Es por esto por lo que habéis desobedecido mis órdenes expresas? Os aseguro que si Roma cae será a causa de la falta de mentes disciplinadas.

—De todas formas, noble tribuno, preferiríamos permanecer de guardia durante algunas noches —dijo el joven Sexto con obstinación y una mirada de súplica en los ojos.

Diodoro se detuvo. Contempló a Sexto y al centurión y vio su obstinación. “Si les mando que vuelvan a Antioquía, pensó, se ocultarán en los jardines, a cubierto de mis miradas, insomnes y hambrientos, y esto será para ellos una carga. ¿Es esto una recompensa justa por lo que consideran es su deber?”. Con un deje de emoción dijo:

—Bien está, jóvenes locos y testarudos como mulas, permaneced aquí tanto tiempo como queráis. Ordenaré que dispongan habitación y comida para vosotros y patrullaréis alrededor de la casa vigilando las puertas para que estéis tranquilos. No es que me disguste vuestra actitud —añadió con cierta precipitación por causa de la disciplina—, pero cuando estoy en casa no soy un soldado. Soy tan sólo un pacífico cabeza de familia.

Llegó a los departamentos de las mujeres y estaba a punto de ordenar a una esclava que llamase a Aurelia cuando ésta apareció acompañada de Iris. Reían suavemente como si fuesen hermanas, y la mano de Aurelia descansaba levemente sobre el brazo de Iris, que nunca había parecido tan hermosa a Diodoro. Fue a ella a quien él miró y como si en sus sorprendidos ojos hubiese habido algo terriblemente revelador, el rostro de Iris se oscureció y sus azules ojos se humedecieron como con pena y ansiedad.

Para la “vieja romana” Aurelia, la esposa de un liberto no era un ser despreciable, aunque hubiese sido esclava anteriormente. Si era digna de amor, recibía amor, y si de respeto, respeto. Aurelia e Iris eran íntimas amigas. Pero Diodoro ignoraba que Iris visitaba con frecuencia su casa cuando él se hallaba ausente. Aurelia se sintió sorprendida y feliz al verle.

—¿Llego tarde, Diodoro? —Preguntó, acercándose a él y tomando su mano—. El sol aún no se ha puesto del todo.

—Soy yo que vengo temprano —replicó él. Deseaba besar su redonda mejilla, besarla de lleno en los labios. Era un reflejo contra algo que le amenazaba.

Aurelia empezó a charlar alegremente, en su forma acostumbrada:

—Iris me ha estado ayudando a tejer los lienzos y lanas de invierno. ¡Mira mis dedos! Están encallecidos y casi sangrantes.

Extendió sus manos ante él y se echó a reír. Su cabello, peinado para estar en casa, colgaba sobre sus hombros en dos brillantes trenzas que llegaban por debajo de su cintura; el rostro y la frente brillaban a causa de un ligero sudor y unos rizos oscuros y juveniles caían sobre sus mejillas y frente.

Iris se mantuvo aparte, inabordable como una ninfa de mármol, el dorado cabello peinado a la manera griega, sujeto sobre su cabeza con cintas blancas. La misma clase de cintas sujetaban su esbelta cintura sobre la que se alzaba un pecho perfecto. La luz poniente cayendo sobre ella, daba un tono trasluciente a su carne y Diodoro pensó que no era Diana sino la griega Artemis. El rostro, los brazos, la garganta de Iris parecían una rosa, la compostura de su tranquila expresión y la gentil dignidad de su figura eran las de una soñadora estatua sumergida en lejanos pensamientos sin relación con la humanidad. Su aspecto hizo pensar a Diodoro, pese a la presencia de su esposa, que él era como Acteón y sin duda le estaba prohibido mirarla.

Aurelia vio la fijeza en el rostro de Diodoro al mirar a la joven liberta, e hizo un gesto de comprensión. Entonces Iris, tras una profunda reverencia, se alejó, perdiéndose su alta y bien formada figura entre las sombras de los soñolientos árboles. Diodoro contempló como desaparecía. Aurelia le tomó su brazo afectuosamente. No sentía celos. Amaba a Diodoro demasiado y conocía bien la virtud de Iris. Ciertamente era permisible que un hombre mirase a una mujer y su esposa tenía demasiada dignidad y respeto hacia sí misma para sentirse molesta.

Entraron juntos en la casa mientras Diodoro se quejaba de la guardia personal. Aurelia, sin embargo, se sintió aliviada. Había oído rumores entre los esclavos sobre los sentimientos de la gente en Antioquía.

—Hemos de arreglar alojamiento y comida para esos devotos soldados —dijo con placidez. Le encantaba que otros amasen también a Diodoro. Quería mostrar a su esposo la milagrosa mejora de su hija Rubria y aunque Diodoro preguntaba sin parar acerca de la condición de la niña. Aurelia se limitó a asentir y sonreír misteriosamente. Diodoro, seguido por Aurelia, ascendió por la ancha escalera y entró en la habitación de Rubria.

En la habitación estaba la enfermera, Keptah y el muchacho Lucano, pero Diodoro sólo vio a su hija, sentada en la cama y riendo. Las mejillas de la niña tenían un saludable color y sus ojos se movían con viveza; tenía recogido el negro pelo detrás de la cabeza con una cinta dorada. Sus diminutas manos sostenían una muñeca hecho por Lucano, pintada de brillantes y alegres colores y con los brazos y piernas flexibles. La muchacha hacía bailar la muñeca sobre sus rodillas y adoptar posturas grotescas. Lucano la contemplaba con un firme y ansiosa mirada mientras Keptah mezclaba una poción en una copa.

Al ver a Diodoro Rubria se sentó erecta en la cama y exclamó con excitación:

— ¡Mira, padre! ¿No es una maravilla? ¡Lucano me la ha traído hoy!

Besó a Diodoro a prisa, con deseos de volver a su juego, y él la contempló amorosamente. ¡Ah, la pequeñita había escapado del mismo borde de los campos Elíseos!. Viviría y alegraría el corazón de su padre con una buena boda posteriormente y niños a quienes mecer en las rodillas. “Pero debemos regresar a Roma —pensó el tribuno—. Este clima es malo para la niña”. Llevaría a la familia a su granja en una provincia cercana a Roma donde el aire era excelente y seco; allí viviría como un terrateniente, olvidando la corrompida ciudad, disfrutando de su familia, y acaso también vendrían hijos.

Miró a Lucano. El muchacho captó su mirada y dijo con deferencia, pero en tono de orgullo:

—Rubria ha estado hoy sentada en su silla durante dos horas, señor.

Luego rompió a reír con la niña ante las contorsiones de la muñeca y de nuevo eran ambos dos niños. Por primera vez Diodoro pensó en los gastos en la Universidad de Alejandría sin que le doliesen. El chico terminaría por reemplazar a Keptah cuando éste fuese demasiado viejo. Permanecería con la familia, que le amaba, doquiera ellos fuesen. Puesto que Lucano había nacido libre podría casarse con la hija de alguna buena y virtuosa familia romana, quizá la de un comerciante próspero, acaso de una familia romana. Lucano y su esposa (que sería elegida por Diodoro teniendo en cuenta su dote, moralidad y capacidad para ser una madre saludable) tendrían un hogar en la granja. El alma paternal del tribuno se ensanchó. En su vejez estaría rodeado de voces y risas infantiles, de la vista de los campos y bosques, del agradable mugido del ganado, de árboles frutales, de sombra y del murmullo sonoro de un río.

Más feliz que nunca, desde hacía mucho tiempo, Diodoro ordenó a Lucano que se quedase a cenar y dijo a la enfermera que enviase un esclavo a la casa de Eneas para informar a los padres del muchacho de que llegaría tarde a casa. Lucano se ruborizó; nunca había sido invitado a comer en la mesa del tribuno y su esposa, pero no vaciló. Rubria pidió al momento que la bajasen abajo y Keptah sintió a la mirada interrogante de su señor. Diodoro llevó a la niña en sus brazos y su corazón estaba tan aliviado que no notó su fragilidad. Tan sólo tenía conciencia de sus risas y de su cabeza apoyada en su pecho.

El comedor estaba decorado con estuco pintado y una alfombra persa cubría el suelo. Las ventanas se abrían frente a las palmeras cuyas ramas estaban teñidas de escarlata por los últimos rayos del sol; fragancia de jazmines y rosas llenaban el cálido aire. Estaba todo tan tranquilo y sereno que podía oírse la voz del río. Keptah, a causa del nuevo honor que le dispensaban como liberto y valioso médico, se sentaba lejos, al final de la mesa, pero Lucano quedó instalado junto a Rubria. “Es como un hijo mío”, pensó Diodoro de pronto, y sintió amor por el rostro de Lucano, tan parecido al de su madre, apreciando la nobleza de su frente. “Después de todo —pensó—, llegando al fondo de su repentina democracia y pérdida de las convenciones, los romanos hemos concedido siempre la superioridad a los griegos, incluidos los filósofos. Este muchacho sin duda tiene antepasados patricios, probablemente más antiguos que los míos”.

La comida fue una sorpresa para Lucano, porque la mesa de su padre era mucho más lujosa y los vinos mejores. Sirvieron un plato de cordero cocido frío, no muy bien aderezado y demasiado lleno de aceite; luego pan vulgar y varias clases de quesos de los menos distinguidos y el vinagre y aceite con que estaban arreglados los rábanos y pepinos eran de la más baja calidad, debido a la frugalidad y falta de aprecio de Diodoro. Lucano vio que ni el tribuno ni Aurelia tenían paladar; eran en verdad, gente sencilla y cordial que preferían comidas sencillas y sólidas, las cuales comían con agrado. Lucano echó de menos la mesa de su padre; Iris podía aderezar y sazonar tan hábilmente un sencillo plato de humildes alubias que se transformaba en una delicia epicúrea.

Keptah, admitido por primera vez en la mesa del tribuno, arrugó su oscura y aquilina nariz. Aquello era comida de cerdos, no de hombres. Diodoro roía un pequeño hueso; olía fuertemente a ajo. “Un hombre civilizado puede ser distinguido de la plebe por la cantidad de ajo de su comida”, pensó Keptah, limitándose por su parte a un bocado de queso, un trozo de pan y un poco de vino de la clase menos repulsiva. Sin embargo, sentía considerable afecto por Diodoro.

Rubria quedó de pronto cansada y su vivaz voz juvenil se hizo más lenta. Diodoro la llevó a su habitación en la parte de arriba de la casa. Los esclavos estaban encendiendo luces por toda la casa. Lucano acompañó al tribuno; Rubria suspiró satisfecha entre sus almohadas. Extendió su mano a Lucano que la tomó y con un ademán suave besó sus dedos. Rubria cerró los ojos y sonrió, e inmediatamente quedó dormida.

Había oscurecido ya y Diodoro informó a Lucano que sería él y no un esclavo quien le llevaría a casa. En el camino, a través de la noche que avanzaba rápidamente, Diodoro habló de Alejandría con mucho detalle porque conocía la ciudad. El colegio de medicina solo era enorme; la biblioteca era una de las maravillas del mundo. Lucano debería sentirse humilde ante el pensamiento de ser un estudiante allí. Lucano asintió con gravedad.

—Costará mucho dinero —dijo Diodoro cautelosamente, mientras trataba de ver la cara que ponía Lucano por medio de la débil luz de las estrellas y la naciente luna—. No soy un hombre rico, Lucano. Tus matrículas serán pagadas, pero habrás de ser frugal.

Lucano ocultó una sonrisa y dijo:

—Señor, estaría agradecido con un camastro en el suelo de un establo y mis necesidades serán pequeñas. A cambio, te ruego que me permitas servirte. Y si no, que pueda pagarte luego con lo que gane como médico.

Diodoro se sintió complacido ante esta austeridad. Había tomado a Lucano por la mano y la apretó.

—Tonterías, tonterías —dijo generosamente—. Sólo deseo que aprecies tu fortuna. Desde luego, después de que te gradúes permanecerás con la familia. Keptah será entonces viejo; también él recibirá un generoso estipendio, que mi padre, Prisco, le dejó. ¡Qué hombre tan extraño y elíptico!

Detrás de ellos, desapercibido incluso para el agudo oído del soldado, un joven centurión les seguía, escondido entre los árboles en la distancia y con la espada desenvainada para protegerles. Por fin llegaron a la vista de la casa de Eneas y Lucano rogó a Diodoro que no siguiese más lejos. Entonces echó a correr hacia la casa, deteniéndose un momento para decir adiós con la mano, y un poco triste, a su benefactor, que correspondió al saludo con indulgencia. “Si —pensó Diodoro—, éste es el hijo que yo debía haber tenido”. Por un momento se sintió invadido de tristeza. Se detuvo. Lucano entró corriendo a la casa. Ahora estaba todo en silencio, excepto los pequeños cantos de los grillos y el misterioso susurro de las palmeras y los árboles.

Diodoro no sabía porqué se había detenido y porqué sentía una repentina desolación en su pecho. La única lámpara encendida en la casa de Eneas vaciló. Entonces la puerta se abrió y apareció Iris sola. La luz de la luna daba un aspecto de plata flotante a su vestido blanco. Anduvo como una diosa hacia un árbol y se reclinó en él, ignorante de la presencia de Diodoro allí cerca. Su dorado cabello caía suelto sobre sus hombros.

Diodoro contuvo la respiración. Apenas podía distinguir el perfil de la muchacha en la plateada y difusa luz. Pero podía ver que ella miraba en dirección de su casa y permanecía tan quieta como una estatua. La mano apoyada en el árbol y el brazo extendido eran perfectos y esbeltos, más blancos y radiantes que la misma luna.

Por un momento los oídos de Diodoro zumbaron. Pasaron unos instantes e Iris aún miraba hacia la casa del tribuno, estaba tan inmóvil, que Diodoro pensó en una aparición. Entonces percibió el sonido de un llanto suave y quedó perplejo. Iris se cubría el rostro con las manos.

Diodoro dio un paso hacia delante en su dirección, luego se detuvo. Deseó gritar, pero no pudo. Tan sólo tenía que acercarse a Iris y tomarla entre sus brazos; su carne sentía un incontenible deseo. Podía sentir el cuerpo de ella contra el suyo, sus manos hundidas en aquel maravilloso cabello, con el que tan descuidadamente había jugado cuando era un muchacho. Sería como seda dorada, perfumado con flores recién cortadas.

Pero no se movió, a pesar de que su apasionado deseo hacía temblar sus brazos y palpar su corazón con violencia. Bajó la cabeza y silenciosamente, retrocedió, pasó a paso, se retiró entre los árboles y se alejó de allí.

CAPITULO V

El maestro griego de Rubria y Lucano era un joven activo y pequeño, con un rostro oscuro y travieso y modales grotescos. Era esclavo y valioso, porque poseía mucho saber. Le había costado a Diodoro quinientas monedas de oro, una extravagancia que de cuando en cuando producía al tribuno un estremecimiento. Se llamaba Cusa, un nombre que a Diodoro le parecía pagano, ni griego ni romano, y tenía los rasgos de un sátiro joven y una lengua picante e impúdica. No temía a nadie ni a nada excepto a Diodoro, y aunque era juguetón y a veces tramposo y alborotador con los otros esclavos, poseía un ingenio brillante y cualidades de poeta. Sobre todo odiaba el analfabetismo y la estupidez y se metía con ellos en un lenguaje tan sucio que hacía reír a Diodoro aunque reprendía a su esclavo.

—Por todos los dioses —le había dicho en una ocasión—, creí, por ser soldado, que conocía todas las palabras, pero tus inventivas, mi querido Cusa, han superado a todas.

Cusa la tomó con Lucano desde un principio. Como muchacho feo que era, envidiaba la belleza apolínea del chico. Como esclavo, consideraba que Lucano, hijo de padres que habían sido esclavos, era una imposición sobre él. Pero el amo era un hombre caprichoso y había que obedecer sus órdenes. A pesar de todo, Cusa se proveyó de una pequeña fusta que usaba sobre Lucano más a menudo de lo necesario, cuando, en opinión de Cusa, el chico hacía alarde de evidente estupidez. Hacía esto en ausencia de Rubria o cualquier otro que pudiese informar al tribuno, y Lucano, aunque indignado y fastidiado, no se quejaba. Pero algún día, se prometió a sí mismo, “cogeré la fusta y la usaré sobre los hombros de Cusa para que escarmiente”. Cusa veía a veces un brillo de orgullo en los azules ojos del muchacho y hacía una mueca. “Soy bajo de estatura —pensaba—, y tú eres más alto que yo, mi querido ignorante, a pesar de tu edad; ¡pero el amo aquí soy yo!

La habitación de clase era pequeña, amueblada con una sola mesa, tres sillas y una estantería llena de libros enrollados. Cusa dejaba la puerta abierta y algunas veces, cuando tenía buen humor y como deferencia a Rubria, dejaba que sus alumnos saliesen fuera y se sentasen en la hierba, Rubria sobre un cojín para protegerla de la humedad. En estas ocasiones solía decir:

—Los filósofos vagabundeaban por entre columnatas y se reclinaban sobre piedras.

Entonces ordenaba a Lucano que se sentase sobre una piedra particularmente incómoda y manifestada socarronamente:

—Hemos de aprender a ser estoicos; es excelente para el alma y la disciplina de la mente.

Pero como él no era nada estoico extendía su rojo manto de lana sobre la hierba para sus propias posaderas.

En cierta ocasión dijo a Diodoro:

—Señor, te ruego que no te sientas contrariado. Ese chico puede que sea hermoso, pero su cabeza es como el mármol que parece.

—Enséñale a ser carne y cerebro —dijo Diodoro comprendiendo bien a Cusa—. Te aconsejo que lo prepares para Alejandría tan rápidamente como sea posible.

Estas palabras hicieron que Cusa aborreciese a Lucano más que nunca. « ¡Ah! —Decía para sí— la única cosa que hace falta para atraerse un benefactor es tener el pelo amarillo y la piel blanca. Tú, mi buen Cusa, pareces un camello o un mono, y esto es tu desgracia.»

Sin embargo, a lo largo de las horas, semanas, meses, y, al final, de dos años de contacto, tuvo que reconocer y respetar, aunque involuntariamente, la rapidez con que Lucano aprendía, su poder de concentración y la casi milagrosa captación de conocimiento que el muchacho tenía. El chico poseía una mente devoradora; datos, poemas y lenguas eran captadas, asimiladas y hechas suyas. Hacía mucho tiempo que

había dejado a la pequeña Rubria muy atrás, y ella le miraba con admiración y aplaudía sus éxitos. Por ser muchacha no se esperaba de ella una inteligencia desacostumbrada; su padre deseaba que aprendiese lo bastante para que pudiese disfrutar de la poesía y de los libros menos pesados. Diodoro, sabiendo, por su hija, los progresos de Lucano, solía decir:

—Ahora es cuando ese sinvergüenza de Cusa empieza a ganar el dinero que gasté en él.

A pesar suyo, Cusa empezó a encontrar placer enseñando a Lucano. El chico le mantenía siempre excitado y las horas de enseñanza dejaron de ser aburridas como cuando sólo había tenido a Rubria por discípula. Intentó llegar a los límites de la capacidad de Lucano enseñándole intrincadas lecciones, muy superiores a la que correspondían a su edad, pero Lucano siempre iba un paso más allá y con facilidad. Cusa, que era un verdadero maestro, sentía un secreto y anonadado orgullo por su discípulo, aunque su sarcástica lengua no lo dejase traslucir jamás.

—Serás un buen contable —decía con frecuencia—. Pero, ¿qué fantasía te persuade de que llegarás a médico? Nada sabes sino es de memoria y lloro ya por tus futuros pacientes.

Su fusta estaba siempre a punto. Al cabo de dos años Lucano podía discutir con Diodoro sobre los principales poetas y filósofos, con gran contento por parte del tribuno. Diodoro abrió su valiosa biblioteca al muchacho y Lucano estudiaba allí después de las horas de clase y sólo la oscuridad le arrancaba de aquel lugar. Pasaba también algún tiempo con Keptah y las horas con él eran para Lucano las más compensadoras de todas.

Cuando estaban juntos nunca hablaban de la inevitable muerte de Rubria. Era cierto que su juvenil cuerpo empezaba a redondearse con la dulzura de la próxima pubertad, pese a que era dos años más joven que Lucano. Su hermosa cara morena estaba más llena y vivaz, con la alegría de ser joven y mimada y su apetito había mejorado e incluso podía jugar vigorosamente con Lucano, aunque breves momentos. Pero Keptah sabía que su mortal enfermedad tan sólo estaba contenida.

Para Lucano era bastante estar con Rubria, tocar su pequeña y cálida mano, cambiar miradas divertidas a expensas de Cusa, correr sobre la hierba o coger una enorme y húmeda flor roja para tirarla contra Rubria. Se tiraban pelotas uno a otro, reían y gritaban. Imitaban el canto de las aves y miraban con asombro e interés a los pequeños seres silvestres de los árboles. En algunos momentos se sentían tan llenos de inexpresable alegría que tan sólo podían permanecer mirándose a los ojos con un radiante y tímido gozo. Día, tras día aumentaba la belleza de Rubria y también el amor que su compañero de juegos sentía por ella. Lucano pensaba en ocasiones:

«Sin duda que Dios no puede arrebatarme este tesoro, esta amada mía, hermana y corazón de mi corazón. Sin Rubria no habría canciones, ni delicias, ni ternura, ni razón de existir.» Jugaba con el cabello de Rubria como Diodoro lo había hecho con el de Iris, y se alegraba en sus sedosas trenzas impregnadas de frescura y oloroso olor de vida. Algunas veces se abrazaban, incapaces de hablar, y la impresión de la mejilla de Rubria junto a la suya le invadía de un reverente éxtasis. Sostenía a Rubria entre sus brazos y sentía como si el mundo entero estuviese lleno de belleza y suavidad.

Keptah veía esto y ya no hablaba a Lucano de la inevitable desolación que tendría que llegar. Se creía a sí mismo en la presencia de algo santo y lleno de inocencia. En ocasiones se preguntaba tristemente: «¿Da Dios sólo para quitar?» ¿Arrebata con el único propósito de hacer que el corazón humano vuelva a él?

Una tarde Cusa descubrió a Rubria y Lucano que habían salido de clase. Lucano tejía una guirnalda de flores para Rubia y ella le contemplaba con un atento placer. Tenía sobre su hombro un pájaro amaestrado rojo y jade, que picoteaba su oído. De cuando en cuando, ella se volvía y besaba su amarillo pico. El maestro, que siempre tenía a punto un comentario cáustico sobre la pérdida de tiempo, se sintió repentinamente silencioso. Les contempló desde alguna distancia y le invadió la melancolía. Los dioses envidiaban celosamente la belleza, juventud y felicidad de los mortales. Aquel muchacho era como Febo, el dios del sol, y ella una doncella de dulce y piadosa virginidad. Cusa, cargado de tristeza, se alejó de allí. Aunque era un escéptico, aquella noche rogó a los dioses que no sintiesen envidia de tanta hermosura y sincera dulzura. A la mañana siguiente, dijo, a Lucano con doble intención:

—Si has de ser erudito y médico, te aconsejo que no juegues descuidadamente con las muchachas jóvenes. Esto es para el vulgo y la plebe. ¡Atención! Esta mañana volveremos a los diálogos de Sócrates. Estás muy obtuso con ellos, chico.

Aquel fue un verano delicioso, todo serenidad. La solicitud que Diodoro había enviado pidiendo el traslado a Roma no había sido contestada aún, pero tenía buenas esperanzas. Cultivaba asiduamente el trato con su esposa y esto le proporcionaba bastante serenidad. Evitaba a Eneas cuanto podía y no volvió a acompañar a Lucano hasta su casa. Iris permanecía en su mente como el recuerdo de la mañana, pero evitó con firmeza los encuentros con ella. Era un sueño, para ser recordado como un sueño. Si un hombre era incapaz de controlar con rigor sus pensamientos no era un hombre y mucho menos un hombre romano. La vida exigía disciplina de cuerpo y mente y muy particularmente del corazón. Recibía libros de Roma y se sumergía en su lectura. Aquellas filosofías de hombres ascéticos, llenos de sabiduría, tenían ahora para él un significado especial que levantaba solemnes notas de paciencia y fortaleza. Sumergido en filosofía eterna, olvidaba la corrupción de Roma, y el fétido y alborotado presente. «Que el mundo entero se pierda. La verdad es eterna.» «La gente estúpida acude a Roma —se decía a sí mismo—, pero el hombre encuentra refugio en la verdad.»

Rubria alcanzó la pubertad y Aurelia se sintió llena de alegría. Se ofrecieron importantes sacrificios en el templo favorito de Aurelia, el templo de Juno. Encomendó a su hija a la esposa de Júpiter, la guardiana de la

salud, la familia y los niños. Miraba los ojos luminosos de Rubria, puros e inocentes, y soñaba con nietos. Aún existían familias romanas que tenían hijos fieles, devotos de los dioses y de su patria. Podía tener nietos, ya que no había tenido hijos. Recogió el cabello de Rubria con cintas y le aconsejó modestamente. Le enseñó el arte de la cocina, del gobierno de la casa y cómo una esposa puede mejor complacer a su marido. Escribió a sus amigos de Roma comentando la creciente belleza y madurez de Rubria.

—Te estás precipitando —dijo Diodoro una tarde—. La niña sólo tiene once años.

Tenía celos del joven que se llevase a su hija y gozase de sus risas y dulzura, que la uniese a su vida e hiciese que ella olvidase a su padre.

Aurelia, ocupada laboriosamente con una tableta cubierta de cera en la que estaba escribiendo a una amiga muy querida, madre de apuestos muchachos, preguntó distraídamente:

— ¿Cuál será la dote de nuestra hija? Diodoro, te ruego que olvides tus bancos. Debemos tener en cuenta la fortuna de Rubria. En menos de tres años estará dispuesta para el matrimonio. «Tres años. Soy un viejo», pensó Diodoro con resentimiento. Luego contestó:

—Estás precipitando las cosas. La chiquilla juega en la hierba y es todavía una niña.

Aquella noche acunó a la niña en sus brazos, cantando canciones hasta que se durmió; luego se sentó a su lado y contempló las sombras de sus pestañas proyectadas sobre las sonrosadas mejillas y observó la dulce curva de su boca. "Querida mía —pensó—, querida de mi corazón. Sin duda que nunca a existido una doncella tan hermosa, inocente, cálida y querida. Una Hebe nacida para servir a los mismos dioses." Apartó este pensamiento con repentino terror. "¡Que los dioses tengan otros servidores! Son dioses y disponen de multitudes", mientras que él sólo tenía a su hija.

Una tarde Keptah entró en la sala de clase y dijo brevemente a Lucano.

—Vente.

Cusa frunció el ceño y le contestó:

—El muchacho estudia en este momento a Platón.

—Vamos —repitió Keptah, ignorando al tutor que, a fin de cuentas, era tan sólo un esclavo. Lucano, sin una palabra, se levantó y abandonó la habitación con el médico. Pero en el dintel, se detuvo; e hizo una reverencia a Cusa, pues sabía que los esclavos y siervos son muy sensibles.

Diodoro había puesto un asno al servicio de su liberto Keptah.

—Un animal innoble —decía el médico en tono vejado—. Pero me consuela haber oído decir que los asnos son con frecuencia más sabios que los hombres y que tienen además un gran sentido del humor.

Tomó prestado otro para Lucano.

—Hoy vamos a Antioquía —dijo—. Bien, aquí llega tu animal del establo. Es una suerte que no hayamos pedido caballos, porque nos hubiéramos sentido decepcionados. A pesar de ser romano, nuestro señor no se deja impresionar por la raza equina y todos sus animales están comidos de pulgas. ¿Para qué sirve el dinero si no es para disfrutarlo? Hay, sin embargo, hombres que gozan más con el pensamiento de sus cofres que con el de aprovecharse de ellos.

La mala intención de Keptah hizo sonreír a Lucano. Los asnos estaban rollizos y tenían la piel brillante y miraban al médico y al muchacho con ojos arrogantes.

—Tampoco se dejan impresionar por nosotros —dijo Keptah montando. Sus largas y huesudas piernas colgaban casi hasta el suelo y Lucano se echó a reír. Por su parte, se instaló en el asno que le habían asignado y acarició el cuello del animal, que cerró los ojos aburrido. Iniciaron un trotecillo por la carretera que conducía a Antioquía y Keptah mantenía un silencio desacostumbrado. Había cubierto su cabeza con la capucha, más con el propósito de permanecer en soledad que para protegerse de los intrusos rayos del sol. De vez en cuando Lucano arreaba a su burro hasta conseguir que galopase, disfrutando del aire y del sol, que no parecían afectar su rubia piel. Con el dorado cabello suelto cantaba feliz. No sabía adonde le llevaba Keptah, pero le bastaba estar libre en plena luz, ser joven y poder contemplar las múltiples agrupaciones de flores silvestres azules, granates y escarlatas que adornaban el estrecho camino. Y soñaba.

Antioquía, como siempre, era un tumultuoso crisol de colores, olores y calores. Flotas recién llegadas de Oriente y de otros lejanos países estaban ancladas en el intenso azul del puerto, con sus velas blancas y verdes resaltando contra el cielo. En las estrechas, pendientes y tortuosas calles sonaban voces extrañas, y en todas las puertas, parajes y galerías aparecían voraces rostros oscuros y resonaban con exclamaciones blasfemas, gritos y risas. Las tiendas eran hormigueros. Los gritos de los mercaderes ensordecían. Los camellos gruñían; cruzaban carros y rebuznaban asnos; un fuerte olor agrio de carne cocida caliente, vino y especias reinaba en los cálidos rincones de las calles. Judíos, sirios, sicilianos, griegos, egipcios, tesalonicenses, negros, galos y bárbaros inclasificables, vestidos con los más raros atuendos, paseaban o alborotaban por todas las calles, levantando nubes de blanco polvo que brillaban a la luz del sol. Aquí o allá surgían acaloradas discusiones y querellas; edificios pálidos y brillantes se alzaban en el aire. Bandadas de niños jugaban en el paso de los vehículos y animales, maldecían a los conductores o mendigaban limosna con rostros impertinentes y tostados por el sol.

A Lucano le gustaba la ruidosa ciudad y se sentía excitado. Veía a hombres y mujeres que entraban en pequeños templos de columnas con palomas y niños pequeños en los brazos. Contemplaba las brillantes banderas y aspiraba el fuerte olor a polvo o el cálido olor del heno. Esperaba que Keptah le llevase a la taberna favorita del médico, pero pasaron ante ella sin que éste se dignase ni mirarla. Soldados romanos cortejaban a muchachas vestidas con atuendos de vivos colores y se sentían especialmente atraídos por las doncellas

cubiertas con velos. Asediaban a las mujeres jóvenes y los ojos, negros brillaban con destellos a la luz del sol. El polvo era palpable en el sobrecargado aire de la ciudad y, por encima de los demás olores, prevalecía un fuerte olor a estiércol y ajo. Diodoro hablaba de Roma, la Ciudad Imperial, pero a Lucano le parecía que ninguna otra ciudad podía tener tales olores y semejante atracción. Muchas mujeres se asomaban a los balcones de sus casas. Del interior de algunas surgía el alborozado ruido de música y risas. Jardines interiores, protegidos por altas paredes, exhalaban perfumes de rosas y de naranjos en flor hacia las polvorientas calles.

Keptah mantenía el trote de su asno, aislado y remoto, a los ojos de Lucano como una figura deprimente en medio de tanto color. Un grupo de marineros vestidos tan sólo con taparrabos y con grandes anillos dorados en las orejas, reñían en una esquina con gestos vehementes y rostros morenos, fieros y violentos. Sus voces extrañas hablaban una lengua que Lucano no pudo reconocer, resonaban en el cálido ambiente y un cuchillo brilló de pronto. Keptah continuó su camino como si fuese solo y Lucano suspiró. Había más que ver en la vida que en la filosofía. Cuerpos calurosos se apiñaban alrededor de su asno, y un acre olor a sudor reinaba por doquier. Palmeras secas y cubiertas de polvo aparecían a intervalos en las calles. Vendedores ambulantes con bandejas de manzanas en dulce, cubiertas de moscas, gritaban sus mercancías o corrían tras el hombre de morenos pies descalzos que les robaba, y luego, casi siempre, incapaces de darle alcance, le maldecían a gritos. Infinidad de mendigos permanecían sentados contra las paredes, gimiendo, agitando sus platos, cubiertos de barbas enmarañadas y sucias. Mujeres ofrecían flores en cestos y viejos caminaban en medio del alboroto como ciegos, igual que si ya no perteneciesen a este mundo. Un grupo de cabras conducidas por un muchacho interrumpió el paso momentáneamente, balando, saltando y moviéndose inquietas. Lucano, como siempre, estaba encantado. Se echó a reír al ver un mono insolente sobre el hombro de un hombre y quiso inspeccionar una tienda de loros.

Las calles por las que transitaban ahora estaban más quietas y menos llenas, y Lucano empezó a ver que había menos gente y menos vehículos en ellas. Los edificios eran viejos y decadentes y presentaban un aspecto ruinoso. Los ruidos de la ciudad disminuyeron. Los aullidos de los perros dejaron de oírse. Lucano, más tranquilo, cabalgó junto a Keptah y preguntó.

— ¿Dónde vamos? Nunca he estado aquí antes de ahora.

—Tranquilidad —respondió Keptah en un tono de voz débil y áspera que parecía salir de su capucha—. He estado esperando durante mucho tiempo respuesta a un mensaje y hoy mismo ha llegado.

El aire de aquella parte de la ciudad era más fresco, los guijarros del suelo estaban húmedos y brillantes como si hubiese llovido, y las paredes de las casas cerradas y sombrías. Los cascos de los asnos despertaban ecos y levantaban un polvo áspero. Un reguero de agua de desagües corría sobre las piedras, oscuro, brillante y maloliente, produciendo un ruido ahogado. A ambos lados de la cerrada calle se alzaban paredes de piedra oscura y de ellas no procedían voces ni ruidos. Pero una o dos veces Lucano oyó el suave maullido de invisibles gatos que le sugirieron el pensamiento de Isis, la venerable diosa de los egipcios, de ritos ocultos y de los misterios de oriente. El muchacho se estremeció; un helado sudor enfrió su cuerpo y deseó haber traído con él una capa.

De pronto Keptah detuvo su asno gris e hizo un gesto al muchacho. Se había detenido ante una elevada pared de basalto, negra y lisa. Ninguna ventana se abría sobre su impresionante y poderosa vaciedad. Ningún sonido de vida procedía de detrás de su altura. Sólo una pequeña puerta se abría en aquella fachada repelente. Keptah sin decir una palabra, llamó a la puerta como con una señal. La llamada despertó ecos entre las dos paredes de la calle. Keptah esperó; luego volvió a llamar de nuevo. Esta vez hubo un sonido de cadenas y corrimiento de cerrojos. La puerta se abrió con quejidos de bisagras. La abertura se ensanchó y apareció un viejo, vestido con una tosca túnica gris, un hombre increíblemente bajo con una barba blanca y los ojos más brillantes que Lucano había visto en su vida, ojos de niño sonriente y asombrado. De su cinturón de cáñamo colgaba un manojito de tintineantes llaves; sus pies estaban descalzos.

Habló a Keptah en una lengua incomprensible, rápida y con acento de bienvenida, y luego hizo una profunda reverencia... Durante todo este tiempo sus ojos se posaban en Lucano con curiosidad. Abrió por completo la puerta, hizo otra reverencia y se apartó para dejar paso.

Lucano parpadeó sorprendido. Al otro lado de la puerta se extendía un amplio jardín de afelpada hierba, palmeras de dátiles, árboles brillantes, fuentes, setos de rosas, lilas y toda clase de flores. El jardín, inundado de sol, parecía otro mundo. Grupos de sauces agitaban sus ramas como verdes cataratas en el más suave y dulce aire. Las fuentes parecían cantar y los árboles contestar su canto. A cierta distancia, en medio del brillo y perfume, se alzaba un edificio cuadrado bajo y radiante, construido de mármol blanco y más allá de éste se alzaba otro de granito gris, con ventanas de arcos, cerradas contra la luz y tan silencioso como un sepulcro.

A través del jardín discurrían senderos de piedra amarilla y aquí y allá había bancos de mármol bajo la sombra protectora de algún árbol. Lucano no había visto nunca belleza y tranquilidad semejantes a la que reinaba, con aire de retiro y dignidad, en los jardines, y edificios, el silencio que no rompía ni una sola voz y la ausencia absoluta de personas visibles en el jardín o alrededor de los dos edificios. El muchacho estaba asombrado. Permanecía incierto mientras la puerta se cerraba tras él y Keptah, y ni se dio cuenta cuidadoso cierre de cadenas.

—Ven —dijo Keptah, y Lucano le siguió por sobre la suave hierba. Pájaros de todos los colores le miraban desde las brillantes ramas. Las fuentes murmuraban. Las rosas se mecían y exhalaban una suave fragancia. Los lirios alzaban sus blancos cálices y emitían su sagrado perfume mientras las abejas volaban sobre ellos y

sumergían sus dorados cuerpos en la profundidad de las copas. De pronto Lucano se percató de un sonido que no había percibido antes; apenas era perceptible para el oído. Ni cántico, ni canción, sino una débil combinación de ambas cosas. Formaba parte del aire brillante, de las fuentes y de la brisa, y, sin embargo, era una voz humana.

Keptah condujo a Lucano en silencio a través de la hierba hacia el edificio cuadrado de mármol, que carecía de ventanas y de pórticos. Una puerta de bronce grabada con extrañas figuras resaltaba, en medio de tanta blancura y una vez abierta Keptah dijo:

—Entra.

Pese a su asombro, Lucano se sintió picado por la curiosidad. Ninguna mano había abierto la puerta; parecía haberse movido por su cuenta y sin crujido de goznes. Lucano se detuvo en el umbral y vaciló antes de entrar. Keptah murmuró:

—No hables nada, ni hagas preguntas. Te voy a dejar por un rato.

La puerta se cerró ante el y Lucano quedó solo. Aunque no había ventanas y la puerta no estaba abierta, la desnuda blancura de la gran habitación emitía una insegura y perlada luz que aumentaba y disminuía su intensidad, se difuminaba y volvía de nuevo a brillar. Era imposible ver el origen de aquella luz que palpitaba como un corazón tranquilo. Estaba perfumada con un olor parecido al incienso que procedía de todos los sitios y de ninguno en concreto. Lucano sintió al instante que estaba en un templo, Pero no sabía qué clase de templo, y por alguna razón inexplicable empezó a temblar.

En el centro de la habitación se alzaba el objeto más extraño que había visto en su vida, pero era algo que llenó de un repentino temor el alma del muchacho. En una ancha plataforma central compuesta de tres blancos escalones de mármol, se alzaba el gran símbolo del objeto más infamante en el mundo, el símbolo de la más vil de las muertes y del crimen: Era una enorme cruz hecha de algo que parecía transparente alabastro, y se elevaba casi hasta el techo plano de piedra. El temor de Lucano fue transformándose en expectación y asombro. La cruz se erguía solitaria, y no había en el templo más que su sencilla e impresionante majestad, ni sonido alguno que turbase el absoluto silencio.

La luz vacilaba y palpitaba mientras la cruz permanecía invariable. Lucano se mantuvo durante mucho tiempo contemplándola, notando en los oídos el latido de su corazón. Unas pocas veces, muy pocas, había visto como crucificaban a un hombre en una de las colinas cercanas a Antioquía, y se había sentido emocionado hasta el llanto por una indescifrable ira. También había visto la cruz de oro en la mano de Keptah la noche de la Estrella, hacía unos dos años, pero casi lo había olvidado.

Con timidez, andando despacio a fin de no turbar aquel sagrado silencio ni acelerar el ritmo de la fluyente radiación, se acercó a la cruz y se detuvo al pie de las deslumbradoras escaleras, mirando hacia arriba. Sus grandes brazos se extendían abiertos en lo alto. Tenía una cualidad expectante y misteriosa, ultraterrena y fría. Su cuerpo era firme y poderoso, y, sin embargo, parecía menos pétreo para el muchacho, como si fuese algo eterno y vigilante, inconmovible en su grandeza, esculpido en majestad.

Lucano permaneció en quieta contemplación, incapaz de retirarse de allí. No sentía nada aparte de un indefinido sentimiento de anticipación. Sintió oprimida la garganta. Sin que su voluntad interviniese, las rodillas se doblaron y quedó arrodillado en el primer escalón, con las manos unidas y sin dejar de contemplar la cruz. Se alzaba sobre él y percibió su impresionante presencia y como los brazos se extendían protectores sobre su cabeza. La luz del templo aumentó de intensidad, como un reflejo de luna sobre grandiosas alas.

Lucano no pensaba, ni sentía la presencia de la carne, sólo un sentimiento de profundo asombro y algo como gozo mezclado con tristeza. Se mantuvo de rodillas durante largo tiempo, con la vista fija en la cruz y las manos unidas.

No supo en qué momento la cruz aumentó su fulgor ni cuándo empezó a teñirse de un tinte rosado de tonos pálidos. Parecía como si su alma se hubiese dado cuenta antes de que su mente adquiriese conciencia de ello, por lo que no sintió alarma. Percibía también, como entre sueños, una invisible presencia, que era una misma cosa con la cruz, con la luz y con el mármol. La presencia era como un rayo de profunda luminosidad, lleno de masculina ternura. Lucano exclamó en voz alta, moviendo sus pálidos labios: "¡El Dios Desconocido!"

Durante los dos últimos años, la abundancia de su vida, el apasionado goce del saber, las ambiciones, el intenso amor por Rubria, su sentimiento de pertenecer al mundo y a aquellos que le amaban, su dedicación a la medicina, su entrega a Keptah, la vivacidad y gozo propios de la edad, su exuberante salud y deleite en todas las cosas, habían oscurecido y difuminado cuanto conocía o sentía como niño. Incluso el Dios Desconocido había venido a ser uno más en el panteón; y las leyendas, benevolencia y aspectos de los dioses habían intrigado su joven corazón con tremendas fantasías de belleza. Sus días, durante más de dos años, yacían ante él, delante y detrás, como un río de vivos colores lleno de promesas. Cusa era escéptico y Lucano había adquirido el hábito de considerar todas las cosas bajo un aspecto humorístico, incluso los sueños y misterios que había conocido de niño. Como si se diese cuenta de este fenómeno, Keptah había hablado con él cada vez con menos frecuencia del Dios Desconocido y se había limitado a darle lecciones de medicina. Algunas veces su rostro desconfiado y ausente había hecho que Lucano sintiese un incierto sentimiento de culpabilidad.

Pero en aquellos momentos, su vida parecía una sombra, la vida de un muchacho muy joven, y se encontraba de nuevo en presencia del gran Milagro, que no le reprochaba nada, sino que le daba la bienvenida. No comprendía el significado de la cruz en su mente; tan sólo su corazón comprendió, pero carecía de palabras para expresar sus intuiciones.

Quedó sumido en un éxtasis, como si ante él se hubiesen abierto visiones magníficas aunque dolorosas, con dolor sobrenatural, más allá de la comprensión humana.

Los destellos de la cruz se hicieron más profundos en matices, y más intensos, en tal forma que las blancas paredes, techo y suelo, palidieron como nubes y adquirieron un tono tenue. Lentamente, momento tras momento, el sonrosado y variable matiz fue pareciéndose a sombras de sangre que cubrían y se extendían por todo el enorme cuerpo de la cruz. La leve luminosidad que inundaba el templo se movió con mayor rapidez, como si presencias etéreas ganasen intensidad y concentración. El muchacho notaba que no sentía temor; tan sólo un creciente asombro y un amor tan profundo que apenas si su cuerpo podía soportarlo. Los reflejos escarlatas de la cruz se reflejaban en su rostro, en la blanca túnica, las manos unidas, los ojos y sus dobladas rodillas.

Lentamente, como movido por un encantamiento, se puso en pie y ascendió los bajos escalones hasta quedar al nivel de la cruz. Era un árbol de rojo y blanco intermitente, palpitante con una vida desconocida para él. Se atrevió a colocar la mano sobre ella y tocarla; el tacto era frío y, sin embargo, vibraba ligeramente. De repente se sintió poseído por una pasión indescriptible, transportado al mismo corazón de la cruz. Sus piernas se debilitaron y cayó sobre la plataforma rodeando el cuerpo de la cruz con sus brazos y reposando su rostro contra ella y, sin la menor conciencia de lo que ocurría, todo su cuerpo empezó a temblar con adoración y la paz más profunda que había experimentado se adueñó de él. Cerró los ojos; se sentía en el mismo centro del universo.

La puerta de bronce se abrió silenciosamente, como movida por una mano invisible, y cuatro hombres aparecieron en el umbral, uno de ellos Keptah. Se detuvieron y a través de la abertura vieron al postrado muchacho, con sus brazos abrazando la cruz, las mejillas sobre su base. Tres de los hombres, mucho más altos y anchos que el propio Keptah, sonrieron tiernamente y se miraron entre sí. Se acercaron a la plataforma con pasos que parecían deslizarse sobre terciopelo y se detuvieron para contemplar la cruz en silencio por varios momentos. Después los cuatro se arrodillaron, inclinaron las cabezas sobre el pecho y cerraron los ojos. Sus labios empezaron a moverse en una oración.

Tres de los hombres iban vestidos como majestuosos reyes, por que eran reyes en verdad. Sus túnicas y mantos brillaban con granate, azul, blanco y el más delicado jade. Cinturones de oro labrado, incrustados de piedras preciosas y raras, ceñían sus cinturas. Tocados de pura y blanca seda cubrían sus cabezas, adornados con gemas que brillaban con luz celestial. Alrededor de sus cuellos llevaban grandes collares de oro y plata, de varias vueltas, y adornados con otras preciosas joyas de varios colores. Sus desnudos brazos morenos llevaban anchos y enjorados brazaletes por debajo de los hombros y alrededor de las muñecas, y sus pies iban calzados con sandalias de oro. Sus rostros orientales estaban tostados por el sol de los desiertos y sus cortas barbas eran viriles y brillaban con el reflejo de aceites perfumados. Bajo sus espesas pestañas brillaban unos ojos que despedían destellos como estrellas, sus narices aguileñas, ganchudas y majestuosas, les daban un aspecto indomable, confirmado por la firmeza de los labios.

Lucano no supo en qué momento se percató de la presencia los extranjeros y de Keptah. Pero no le pareció extraño que estuviesen allí y les miró con una tranquila expresión confiada, esperando, mientras sus brazos se mantenían aún alrededor de la cruz. Cuando ellos se levantaron él no se movió, porque parecía como si le hubiesen olvidado o no lo viesen. Abandonaron el templo y Lucano volvió a quedar sumido en un estado de sueño o inconsciencia que no pudo después explicarse a sí mismo. Sentía una gran resistencia a abandonar la cruz; mientras permanecía allí le parecía estaba seguro, en paz y con todos sus deseos colmados.

Keptah se mantuvo separado de los extranjeros mientras éstos hablaban entre sí, escuchando atentamente al que hablaba y gestos de asentimiento llenos de la más profunda gravedad. Hablaban una lengua que ni el mismo Keptah entendía, aunque sus tonos tenían para él una resonancia familiar, como si oyese ecos de su niñez.

Luego, como si hubiesen llegado a una conclusión, sonrieron Keptah con afecto; uno de los extranjeros se le acercó y, cuando Keptah se arrodilló ante él, puso sus manos sobre su cabeza en gesto de bendición. Después habló y Keptah pudo entonces comprender sus palabras:

—No estás equivocado, hermano —dijo—. Tienes razón. El muchacho es uno de los nuestros. Pero no puede ser admitido en la Hermandad, aunque no puedo atreverme a decirte porqué. Existe para él otro camino y otra luz, aunque a través de largos y desolados lugares, grises y áridos, y él debe encontrarlo. Dios tiene para él una tarea que deberá realizar antes de que haga su último viaje, y un mensaje único que darle. No te sientas desolado ni llores. Has obrado bien y Dios aprueba tu labor. Muchos serán llamados desde los más remotos lugares de la tierra, pero cuándo y cómo son escogidos no está en nuestras manos sino en las de Dios. Enséñale lo que puedas, después déjale marchar, pero ten la seguridad que no estará perdido en las tinieblas y de que volverá de nuevo a la cruz.

Uno de ellos miró pensativamente hacia el jardín, como si viese una lejana visión. Luego murmuró:

—Irás a ella y se sentará a sus pies. Ella le hablará de las cosas que guarda en su corazón y acerca de las cuales no hablará a ningún otro hombre. Apenas si es mayor que el propio Lucano en edad, y también sufrirá la angustia que aceptó la noche de la anunciación angélica. Él verá su belleza y dulzura y oírás su dulce voz. Pero todo esto ocurrirá en el futuro y no está dispuesto para ahora.

—He deseado verla y tocar su manto —dijo Keptah con voz temblorosa—. He tenido sueños en los que la he visto con el infante en los brazos.

—La verás —dijo uno de los extranjeros en tono bajo—. Si no aquí, en el cielo.

—Misteriosos son los caminos de Dios —manifestó aún otro de ellos—. No podemos hacer más que obedecer.

—No tengo nada que dar —dijo Keptah.

—Estás dando tu vida. Eres fiel y estás lleno de sabiduría.

Keptah se levantó e inclinándose besó las gemas de las túnicas de los extranjeros, mientras sus ojos se cegaban con lágrimas. Ellos se alzaron, le abrazaron y partieron en dirección del edificio de granito.

—Dadme sabiduría —murmuró Keptah mirando en su dirección.

Lucano atravesó la puerta abierta parpadeando, cegado por la luz, y encontró a Keptah solo. El muchacho y el hombre se miraron frente a frente, demasiado llenos de pensamientos para poder hablar por el momento. Después Lucano dijo:

— ¿Quiénes son esos hombres? Parecen reyes.

—Son reyes —dijo Keptah suavemente—. Son los Magos.

Tomó la mano helada de Lucano y le condujo hacia la salida.

—No me hagas preguntas, que no puedo responder. No me está permitido hablar.

CAPÍTULO VI

Uno de nuestros grandes sabios en Babilonia, o Caldea, declaró en cierta ocasión que el hombre que se privaba a sí mismo de las cosas buenas del mundo, que Dios y los hombres toleran, será llamado a cuenta con severidad —dijo Keptah—. Esto es algo que los ascéticos moralistas de largos rostros y los intelectuales fariseos judíos niegan y, posiblemente, también lo negaría nuestro buen señor tribuno. Sin embargo, es la realidad. Esta forma de pensar no está reñida con la afirmación de Sócrates de que el desear lo menos posible es acercarse más a Dios. Se trata, como siempre te he dicho, mi joven Lucano, de interpretaciones individuales y lo que para un hombre es la felicidad, la moral o el bien, puede resultar para otro una cosa odiosa.

Lucano se echó a reír.

—No es extraño, Keptah, que Diodoro se queje siempre de que eres un sofista capaz de hacer una afirmación placentera y otra desagradable y que ambas resulten igualmente ciertas.

—Mi pequeño griego —dijo Keptah con indulgencia—, te lo he dicho otras veces: soy un hombre tolerante y por eso parezco complicado a los simples y a los maliciosos e indigno de confianza. Para ser un hombre sabio no sólo se deben conocer los argumentos propios, sino los de los demás: Me complace ver que puedes entender que una afirmación repugnante a nuestras propias creencias, puede ser tan cierta como otra que nos resulte completamente agradable. Todo esto, sin duda, pertenece a los negocios de este mundo, que yo, por mi parte, encuentro infinitamente divertidos.

Estaban sentados en la taberna favorita de Keptah, un lugar muy alabado por los hombres de negocio, los estudiantes, eruditos y comerciantes de las infinitas razas que habitaban en Antioquía. Fuera, en la calle empedrada con cantos negros, la luz brillaba hiriente y su estrechez palpitaba con blancas nubes de polvo, gruñidos de camellos y rebuznos de asnos, voces de hombres rudos, tableteo de ruedas y pasos de una multitud apresurada. Enfrente de la taberna se alzaban unos cuantos edificios de color amarillo blancuzco, que reflejaban el calor y la luz como un tembloroso espejo y ante los cuales desfilaban mujeres y hombres ataviados con los más diversos atuendos, rojos, negros, amarillos, verdes y escarlatas. Pero en la taberna reinaba la frescura y la tranquilidad, y el local, sombreado y lleno de olor a Vino, buenos quesos y excelentes pastelillos calientes, se mostraba acogedor. Escudillas de madera, llenas de picantes, negras y diminutas aceitunas de Judea, reposaban sobre las fregadas y blancas mesas, junto a uvas de las viñas locales —purpúreas y resplandecientes incluso en la semioscuridad—, granadas como globos de rojo fuego, pilas de dátiles que rezumaban miel y otras muchas frutas. Las toscas paredes de la taberna habían sido pintadas por un artista local que, aunque carecía de técnica, composición y delicadeza y lo había hecho con una cierta crudeza, compensaba estas faltas por medio del uso de un vivo colorido y una inocente ingenuidad. El suelo de ladrillos rojos contribuía a la frescura del lugar ya refrescar los acalorados pies de Keptah y su discípulo, mientras saboreaban sendas copas de vino fresco. La cabeza de Lucano era un halo de esplendor en la sombreada frescura de la taberna y atraía la atención de hombres morenos que estaban —instalados en otras mesas de la tienda. Uno de ellos, en especial, alto y atezado, tocado con un turbante al estilo oriental, parecía encontrar grandes atractivos en el muchacho. Su rostro delgado, astuto y vital, iluminado por un par de ojos de extraordinaria viveza y enmarcado en una fina y corta barba, parecía prendado en la contemplación del joven griego. Sus vestidos, rojo pálido y delicado verde, manifestaban a cualquier observador que era un hombre de buena posición confirmada por los muchos y deslumbrantes anillos que llevaba en los dedos. Sus criados permanecían cerca de la puerta abierta, bebiendo copas de Vino y bien armados con dagas. Tenían un aspecto decidido y las piernas que asomaban por debajo de sus multicolores vestidos denotaban firmeza.

El extranjero se dirigió finalmente a Keptah, que ofrecía un raro contraste con él, vestido de una larga túnica de blanco lienzo, y expresándose en griego, con acento execrable, dijo:

—He estado oyendo tu discurso, señor, con gran interés. Permíteme que me presente a mí mismo: Soy Linus, el mercader de Cesárea, en Judea, y trato en sedas, jades y marfiles de Catay. Mi caravana está de paso hacia Roma.

Hablaba a Keptah, pero sus inquietos ojos permanecían con deleite fijos en Lucano, que, dándose cuenta de su presencia por primera vez, se ruborizó involuntariamente bajo aquella mirada codiciosa. El muchacho se movió con inquietud.

Keptah estudió a Linus fríamente y con deliberación, apreciando en particular su hipnótica mirada sobre Lucano. Pareció reflexionar. No era demasiado pronto, decidió finalmente, para permitir que Lucano aprendiese algo de los aspectos más repugnantes y oscuros de la vida. En consecuencia, respondió con cortesía:

—Yo soy Keptah, el médico del tribuno Diodoro, procónsul de Siria. —Vaciló un momento y luego continuó—: Has dicho que eres de Judea, ¿eres judío, señor?

El rostro de Linus Cambió momentáneamente de expresión cuando se enteró de la posición de Keptah. El procónsul tenía una reputación muy mala entre los mercaderes que viajaban por las riberas del Gran Mar, y resultaba que éste era Keptah, su médico. Compuso el gesto y adoptó una expresión de respeto que no era del todo fingida. Sin embargo, se sintió complacido. Aquel muchacho de cabellos como el sol, era sin duda el esclavo del apreciado médico y por lo tanto la cosa aún podría ser tratada como había sospechado.

—¿Puedo ofrecerte una botella de vino, maestro Keptah —preguntó Linus—, junto con mis respetos?

—Sí, si te unes a nosotros —respondió Keptah con gravedad.

Linus se puso en pie rápidamente; era un hombre de gestos elegantes, alto y ágil. Al abrirse un poco sus ropas, Keptah pudo apreciar un collar de oro macizo, de delicado y extraño trabajo, colgando de su cuello, a la moda egipcia, pero que estaba ahora imponiéndose entre los jóvenes romanos más elegantes. Lucano, aún sonrojado y violento sin saber porqué, corrió un poco su silla para hacer sitio al mercader y mientras hacía esto sintió un pellizco en su rodilla, que interpretó como un mensaje de Keptah, que también le dirigió una rápida mirada como una orden, mandándole contener la lengua bajo cualquier circunstancia.

Para Linus no era sorprendente que un esclavo se sentase con tanta familiaridad con su señor, puesto que aquel muchacho era sin duda alguna. El preferido del señor, el mimado y regalado, empleado sólo para ciertos propósitos. Ahora que estaba más cerca de él, se sintió aún más interesado. Conocía precisamente el senador romano que encontraría a este muchacho delicioso y no pondría reparos a su precio. Mil sextercios no sería mucho. Linus sonrió y la canina blanca de sus dientes resaltó contra la morena oscuridad de su astuta e inteligente cara.

—No, maestro Keptah, no soy judío —dijo—. ¡Que Baal lo impida! Soy de una raza más antigua: babilonio, aunque otras razas orientales importantes han contribuido también en la formación de mi sangre.

Lucano miró a Keptah, quien de nuevo pellizcó por debajo de la mesa.

—Muy interesante —respondió imperturbable.

El tabernero se acercó a la mesa y Linus, con gesto señorial, pidió que trajese el mejor vino que tuviese, a lo que Keptah asintió aprobadoramente, diciendo a continuación:

—El Abraham de los judíos era babilonio. ¿Quizás has oído hablar de él; señor Linus?

—Oh, sí —respondió éste con descuido, y de nuevo hizo un guiño—. Cuando estoy en Judea soy judío, cuando en Siria, sirio; cuando me encuentro en Roma, soy romano, y cuando en Grecia, griego.

Se echó a reír con ligereza.

Keptah se sirvió unas cuantas aceitunas negras y respondió:

—Y cuando estás en Africa sin duda serás negro.

La sonrisa de Linus desapareció bruscamente. Su enojada mano descendió rápidamente hacia la daga. Keptah, con toda tranquilidad, escupió los huesos de las aceitunas sobre la palma de su mano y luego los arrojó al suelo. En seguida añadió, con una excesiva admiración:

—Un hombre inteligente es un camaleón. Todas las cosas para todos los hombres. Veo que eres filósofo, como yo mismo cuando no me dedico a destilar pociones o atender a la familia del ilustre Diodoro. —Miró hacia arriba y sus enigmáticos ojos se fijaron en los del mercader, cuya mano se retiraba lentamente del puñal—. ¿Creo que he mencionado que soy el médico de la casa del procónsul de Siria, un romano de gran influencia y virtud? Y especialmente dispuesto para la disciplina y la espada.

Linus, que había estado dos o tres veces bajo la atención de Diodoro por causa de sus actividades poco legales, sonrió con tolerancia:

—Espero que te pague bien —respondió con cierta insinuación.

Keptah mantuvo su rostro inescrutable.

—Ah, sí. Tan bien como un caballero avariento puede permitirse a sí mismo, y mi señor es famoso por su tacañería. Es uno de los romanos "antiguos". Permanezco con él a causa del cariño que siento por su casa, aunque he recibido excelentes proposiciones de otras personas.

Linus respiró aliviado y se reclinó en la silla con un gesto elegante. Miró de nuevo a Lucano, que encontraba esta conversación incomprensible. El tabernero llegó con una botella de excelente vino cubierta de polvo que el hombre conservaba con reverencia, e hizo una inclinación. Keptah y Linus inspeccionaron la botella con ojos críticos, y luego hicieron un gesto de conformidad. El vino fue escanciado en copas de plata apropiadas, por su rareza, para la ocasión. Keptah sirvió un poco en la copa de Lucano y el muchacho pudo percibir la delicada fragancia de la bebida.

—En la casa de Diodoro no encontrarías un vino como éste. ¡Que los dioses bendigan su avaro bolsillo y bárbara lengua! —exclamó Keptah.

Linus, que conservaba desagradables y memorables recuerdos del procónsul, creyó descubrir cierto desprecio en el tono de Keptah y se sintió más confiado aún.

—Sin embargo —añadió el médico con una furtiva e irónica mirada hacia Lucano— es cuidadoso con los que le sirven bien y especialmente con su médico. Sentimos un mutuo respeto y nos apreciamos nuestro respectivo valor. Es por eso que ha designado para mi protección cuatro robustos y bien armados esclavos que esperan al alcance de mi voz ahí fuera, en la calle, guardando mi litera.

Los rojos labios de Lucano se abrieron asombrados ante esta mentira, pero Keptah saboreaba en aquel momento su vino con aire complacido de un epicúreo. Las oscuras cejas de Linus se alzaron en un gesto de repentina sorpresa, pero ni por un instante dudó de la veracidad de Keptah. "Este hombre es importante —pensó—; tiene un aire elegante y seguro, propio sólo de aquellos que están muy bien considerados." El tabernero, en atención al vino que habían solicitado, llevó un recipiente de bronce y un plato que colocó sobre la mesa.

—Ah —dijo Keptah en tono de aprecio—, cogollos de girasol en aceite y vinagre, con un discreto condimento de cebolletas y salsa. Éste es uno de los pocos platos romanos que puedo soportar. —Tomó un pedazo de pan y lo sumergió en el recipiente, llevándose luego a la boca lo que pudo extraer de él y comiéndolo con un gesto elegante—. Es cierto que los romanos no son gente civilizada, pero de cuando en cuando tienen sus inspiraciones.

Linus empezaba a impacientarse. Era un mercader y, por lo tanto, amigo de pocos rodeos. Extendió un dedo hacia Lucano y dijo:

—Maestro Keptah, ¿este muchacho es griego sin duda? El dorado cabello y la blancura del cutis, esos ojos azules, todo el aspecto de su expresión son encantadoramente griegos.

— ¿Has visto muchos como él en Grecia? —preguntó Keptah afectando sorpresa—.

No, los griegos son una raza baja de estatura y de complexión morena. Adoraban a los seres rubios por esta razón y los han immortalizado en sus estatuas. Puedes estar seguro de que el ideal del hombre nunca se parece a sí mismo excepto en sueños. Sin embargo, este muchacho es griego, aunque sin duda sus antepasados descendieron a Grecia procedentes de las frías regiones del Norte o de la Galia, donde los hombres viven en bosques primitivos, se visten con pieles de animales y se adornan con sus cuernos. ¿Verdad que el chico es hermoso y a la vez de una infantil virilidad?

Lucano no podía comprender a su tutor y maestro y se sentía humillado e indignado. Además no sólo temía a Linus y le disgustaba su actitud sino que ahora le detestaba.

La forma de hablar de Keptah, como si Lucano no fuese humano y pudiese hablarse de él como se habla de un excelente caballo o perro, convenció a Linus de que el muchacho era un esclavo y el criado de Keptah.

—Un hermoso muchacho —contestó con complacida satisfacción—. ¿Cómo se llama y qué edad tiene, maestro Keptah?

Keptah continuó bebiendo su vino entornando los ojos con reverencia, Linus esperaba. Sus joyas brillaban en la penumbra de la taberna.

—Tiene sólo trece años, aunque para esta edad es muy alto, como suelen ser los paganos. ¿Verdad que es un chico agradable?

Linus se sintió cada vez más complacido. El muchacho tenía trece años, por lo tanto, no había alcanzado la edad de la pubertad. El viejo senador romano quedó de pronto olvidado. Había señoras patricias, hartas de sus mandos y amantes, damas de gran riqueza, que encontrarían delicioso inducir al muchacho en la pubertad y luego introducirlo en sus propias camas para iniciar su inocencia en las artes del amor. No sería imposible conseguir que pagasen dos mil sextercios por un tesoro así para distraer su aburrimiento. Conocía a la esposa disoluta de un muy distinguido augustal, por ejemplo, bien entrada ya en la madurez, que se perdía por tales muchachos; quedaría fascinada por tal belleza y sería incapaz de resistir la compra. Linus se inclinó hacia Keptah y dijo en voz baja, pero que no se escapó a los oídos de Lucano:

—El noble tribuno es un hombre notable, como has dicho, por su tacañería. Permaneces con él por razones virtuosas, tales como la devoción y lealtad a su familia. ¿No es este muchacho uno de sus esclavos?

—No —dijo Keptah—. En cierta forma me pertenece. El tribuno lo ha dejado en mis manos como premio a lo que tú, amablemente, has llamado mis virtudes.

Los labios de Lucano volvieron a abrirse con una nueva ola de indignación, luego parpadeó a causa del pellizco que Keptah le proporcionó. Linus estaba radiante.

—Quizá, Keptah, podamos llegar a un acuerdo. Tengo clientes en Roma que se mostrarían encantados con este muchacho.

— ¿De veras? —Dijo Keptah—. ¿Un señor acaso, o alguna señora que ha explotado todos los deleites y se siente aburrida? —Se volvió hacia Lucano y preguntó con tono afectuoso—. ¿Te gustaría ir a Roma, Lucano?

—No —contestó Lucano.

Pero Linus le mandaba ya en tono perentorio sacudiendo su dedos.

— ¡Levántate, chico! ¡Quiero examinarte mejor!

Lucano, incrédulo ante un tono de voz que nadie había empleado con él antes y asombrado, se refugió en un extremo de la silla miró a Keptah. Pero el médico le devolvió la mirada en la forma alusiva e impenetrable que sólo él era capaz de adoptar y refugiado en su sombría expresión no dijo nada. Fue esta expresión lo que confundió por completo a Lucano y le hizo ponerse en pie más como un primer movimiento de huida que obedeciendo a la orden de Linus. El rostro de Keptah continuó inexpresivo; apoyó uno de sus largos y enjutos brazos sobre el respaldo de su silla, y los pliegues de su toga cubrieron el brazo contorneando un perfil que parecía cubrir un miembro de hueso.

Linus se acercó a Lucano, y los demás mercaderes, estudiantes y eruditos que se hallaban en la taberna, prestaron franca y curiosa atención al muchacho. "¡Por Venus! —pensó un romano tratante en aceites y perfumes— es ciertamente el mismísimo Adonis con cabello como el sol y unos ojos parecidos al invernal cielo azul del Norte, Es como una estatua, con la dulce firmeza de la juventud en el rostro y la delicada severidad de la inocencia en su boca. ¡Y qué frente! Parece hecha de mármol; esos pies están arqueados como pequeños puentes y su estatura sin duda proviene de los dioses."

El propio Linus se sintió sorprendido ante la estatura de Lucano y un poco desconfiado. Pero la corta túnica blanca del muchacho estaba bordeada con la pálida púrpura de la pre-adolescencia, y los ojos escrutadores de Linus, después de un momento de examen, vieron con claridad que a pesar de la estatura y anchura de hombros el muchacho era muy joven. Lucano miró violentamente cuando Linus extendió su morena mano y levantó la túnica para palpar las posaderas. Sus ojos azules relampaguearon con ira, y, sin embargo, un nuevo orgullo le mantuvo quieto y rígido, como si fuese una estatua.

—Ah —murmuró Linus pensativamente—. Pensaba en un califa rico como Cresos si las posaderas hubiesen sido un poco más suaves y redondeadas. Pero esto es a todas luces un hombre en embrión, no un objeto de juego para un caballero persa.

Manejó a Lucano con el grosero interés de quien inspecciona un animal de raza que está a la venta.

Lucano, pese a que en su mente reinaba la confusión y la ira, se percató, por primera vez en su vida, de un mal profundo e inexpresable a causa de su infinita vileza. Oía los murmullos de Linus a medida que continuaba su examen y su carne se estremeció, quedó helada y hubiese sido incapaz de moverse por cuenta propia, como no hubiese podido hacerlo la estatua de mármol a que se parecía. Pero sintió su corazón encogido y su espíritu enfermo a causa del horror que sentía. Percibió abismos que nunca antes había pensado existiesen y las ardientes profundidades de obscenidad que reinan en el espíritu del hombre. En el hogar del virtuoso tribuno nunca había encontrado estas cosas ni había soñado que pudiesen existir. Tampoco se daba completa cuenta de las implicaciones que aquello comprendía, ni las entendía por entero. Era como un niño que corriendo y riendo por una gruta, descubre de pronto una escena licenciosa y aunque sin comprenderla por entero, recibe la impresión de que hay algo vergonzoso y secreto y se siente aterrado.

Las manos de Linus, a medida que palpaban, pellizcaban e inspeccionaban, ejercían sobre el muchacho un monstruoso efecto hipnótico. Se sentía degradado e incapaz de repeler la degradación; sintió que su humanidad era insultada, su integridad asaltada. Y, sin embargo, como una víctima muda, carecía de poder para resistirse. Tan sólo podía continuar mirando ciegamente a Keptah y sentir las náuseas de aquella increíble traición, el fuego de la ignominia y una furiosa ira en su pecho.

Linus, con una deslumbradora sonrisa, volvió a su asiento y dijo a Keptah:

—Quinientas monedas de oro. —Extrajo su bolsa de uno de los grandes discos de oro que formaban su cinturón alrededor de la estrecha cintura. Sacó de ella un brillante montón de deslumbrantes monedas. Seamos breves. Comprenderás, maestro, que no puedo escoltar a este muchacho por las calles a la luz del día. —Tosió e hizo un guiño al críptico médico—. He tenido alguna pequeña diferencia con esos malditos soldados del procónsul y no deseo encontrarme con ellos otra vez. Aquí tienes cien sextercios. Entrégame el muchacho esta noche en la posada, en la calle de las Doncellas, y recibirás las restantes cuatrocientas monedas.

Todo el cuerpo de Lucano se estremecía como si hubiese sido rociado de fuego, y los pulsos en sus sienes palpitaban visiblemente. Uno de los mercaderes exclamó:

— ¡Quinientos sextercios! Es un robo, señor. Yo te ofrezco mil —Medio se levantó en su silla en su excitación.

Entonces Keptah habló con suavidad.

—El muchacho no está a la venta.

Linus se sonrojó indignado, e inclinándose hacia él dijo:

— ¿Qué no está a la venta? ¿Qué no vendes este esclavo... por una fortuna? ¿Estás loco?

—Mil sextercios —repitió el otro mercader, acercándose a la mesa.

Los demás clientes de la taberna aplaudían, silbaban, protestaban y reían. Al oír la conmoción, el tabernero salió a la tienda a toda prisa, llevando con él una bandeja de pastelillos recién salidos del horno. Keptah, haciendo un gesto con el dedo para que se acercara, le dijo:

—Mi buen Sura, ¿Quieres acercarte, por favor, hasta la próxima calle y decir al joven capitán Sextus que Keptah, el médico del noble tribuno Diodoro, requiere su presencia aquí inmediatamente?

El tabernero hizo una reverencia y salió corriendo hacia la calle. Linus se puso al instante de pie jurando. Agitó su puño bajo la inmóvil nariz de Keptah. Los restantes parroquianos quedaron de pronto en silencio, esperando ver qué pasaba.

— ¡Maldito egipcio! —Gritó Linus—, ¡Haré que te corten el cuello! —Hizo un gesto furioso y sus criados acudieron con presteza junto a él con los cuchillos desenvainados y dispuestos. Keptah, sin perder la serenidad respondió:

—No soy egipcio, mi querido amigo de muchas, abominables y desconocidas sangres. Ni soy hombre que desee la sangre de otros. Date prisa y desaparece de aquí antes de que llegue el capitán con sus hombres. No has comprendido. El muchacho es la niña de los ojos del procónsul, que le trata como si fuese su hijo y ha nacido libre en la casa de Diodoro.

Los demás parroquianos, desaparecieron de la taberna a toda prisa sin querer estar presentes cuando llegasen los soldados y temerosos de su brutalidad. Linus quedó solo con sus criados. Miró a Lucano, y sus

delgadas manos se abrieron y cerraron en movimientos inconscientes como si desearan apoderarse de él y llevárselo de allí al instante. Respiraba entrecortadamente. De pronto dio media vuelta y desapareció de la taberna con la velocidad del viento, sus ropas flotando alrededor de él y seguido por sus criados. Keptah y Lucano quedaron solos. El muchacho se sentó lentamente, su pálido rostro estaba perlado con gotas de sudor y una mirada helada brillaba en sus ojos airados.

Keptah, sin aparentar la más mínima preocupación, tomó un puñado de dátiles y empezó a masticarlos con aprecio. La pila de monedas de oro permanecía sobre la mesa y brillaba en la azulada penumbra. La atención de Keptah se dirigió entonces al muchacho, a quien sonrió:

—Ese mercader sinvergüenza, no se entretuvo en pagar la cuenta —comentó—. Sin embargo, dejó generosamente el dinero y yo la pagaré y me guardaré el resto. Sin duda que él dispuso las cosas así y yo no soy hombre que rehúsa un regalo.

— ¡Cómo te atreves! —Exclamó Lucano, y de nuevo era un niño a punto de echarse a llorar—. No sólo eres un embustero, Keptah, sino también un ladrón y un malvado.

Empezó a llorar y secándose las lágrimas con el dorso de la mano gimió:

—Me has traicionado. Me has avergonzado y degradado. Y yo creía que eras mi amigo y maestro.

—Escúchame, Lucano —contestó Keptah en tono duro y tranquilo. Lucano retiró las manos de sus ojos y miró al médico—. Ya no eres un niño, porque has visto, oído y sentido el mal. Es bueno que lo vayas conociendo, porque el conocimiento del mal nos hace hombres, nos aparte de él. Ahora ya estás armado. —Movié unas cuantas monedas con un dedo— has nacido en un hogar virtuoso donde los esclavos son tratados con gran consideración. Nunca has visto que los tratasen con crueldad sino tan sólo con justicia. Este trato es excepcional. La casa de Diodoro no es, en este concepto, un hogar corriente.

Un brillo feroz y frío apareció en los ojos semi-cerrados por entornados párpados.

—Te han avergonzado; tu humanidad ha sido tratada ignominiosamente; tu dignidad de hombre, insultada. Has visto las cicatrices en las manos de tu padre, que fue antaño un esclavo y como, niño las has aceptado con serenidad, como algo corriente. ¿Has preguntado alguna vez a tu padre qué significa ser esclavo, ser tratado como algo inferior a lo humano, inferior incluso a un perro o caballo valioso? ¿Le has preguntado alguna vez por su propia juventud ignominiosa, su vergüenza y amargura y por la época cuando su propia humanidad era pisoteada? ¿Sabes tú lo que es ser esclavo?

Lucano permaneció quieto. Una o dos lágrimas quedaban aún en sus pupilas. Luego dijo en voz baja:

—No, no. Perdóname. No comprendía. Era un niño y no comprendía. Me has enseñado.

Keptah sonrió tristemente.

—Aprender cuesta lágrimas, dolor y sufrimiento. Esto es justo porque el hombre no puede comprender a Dios cuando es joven, feliz e ignorante. Sólo puede conocer a Dios por medio del dolor, el suyo propio y el de los demás.

—Ningún hombre será para mí, a partir de ahora, esclavo, sino un ser digno. Odiaré la esclavitud con toda mi alma y corazón —respondió Lucano con voz temblorosa.

Keptah colocó su mano sobre el hombro del muchacho con un gesto protector.

—Te he expuesto al mal para que nunca más te encuentres sin defensa. He dejado que la vil atmósfera de la esclavitud te tocara para que nunca más transijas con ella. Y ahora, aquí tenemos a nuestro buen Sextus con dos de sus excelentes soldados. Ah, Sextus, espera un momento, por favor, y bebe un poco de este excelente vino con nosotros. Hemos sido molestados por un despreciable individuo y corremos algún peligro. Quisiéramos tu escolta. Nuestros asnos están atados a alguna distancia de aquí y seguramente las pobres bestias estarán ya impacientes.

— ¿Qué diablura has suscitado hoy? —preguntó el joven capitán de buen humor y con tono algo cínico. Se sirvió una copa de vino y la bebió de un solo trago, mientras la boca de Keptah se torcía en un gesto de censura.

—Bebes este vino como si no estuviera destilado de las propias viñas del cielo —dijo—, como si fuese el vino barato de tus cuarteles.

Sextus chasqueó la lengua, pensó un momento y luego contestó:

—No tiene un gusto demasiado excelente. Eres un malabarista, Keptah. —E hizo un guiño a Lucano. Después, percibiendo la palidez del muchacho preguntó:

— ¿Está el chico enfermo?

—Muy enfermo —respondió Keptah levantándose—, pero no morirá de esta enfermedad.

El tabernero se acercó tímidamente a él, y el médico, con un gesto espléndido, pagó su cuenta y la de Linus, añadiendo una moneda de oro extra como propina. El tabernero se sintió encantado.

—Bueno, señor —dijo—, siento que te hayan molestado, pero no ocurrirá otra vez.

—No hagas promesas imprudentes —contestó Keptah—. Hemos pasado una tarde muy instructiva.

Llenó su bolsa con las restantes monedas de oro y dijo:

—Y ahora, Lucano, vámonos.

CAPÍTULO VII

Diodoro Cirino despertó bajo el peso de tres enojosas impresiones: el marido de la hermana mayor de Aurelia, el senador Carvilio Ulpiano, era un desagradable huésped en la casa. Había llegado la noche anterior, y adoptado un aire de paternal protección porque, al parecer, había olvidado que, aunque miembro de una familia muy antigua y noble, se había casado con Cornelia por causa de su dinero. Este dinero no sólo había contribuido a que llegase a senador (gracias al soborno, decía Diodoro con furor), sino que le había permitido dedicarse a su pasión por el arte egipcio. Había oído hablar de unos jarrones y pequeñas estatuas que databan de la segunda dinastía, y estaba de camino hacia Egipto para tratar de adquirirlas.

El segundo hecho miserable que Diodoro tenía ante sí aquella mañana consistía en que aquel era el día señalado para celebrar sesión con los magistrados sirios en la Casa de Justicia, escuchar las quejas de los nobles locales; de los propietarios y jefes, acerca de los impuestos que se recogían en la provincia y especialmente de los que pesaban sobre ellos, y para recibir los informes de los perversos cobradores de impuestos, a quien Diodoro odiaba más que a ninguna otra clase de hombres. Para Diodoro, un cobrador de impuestos, aunque aparentemente necesario en aquellos degenerados días, era más despreciable que el más sucio chacal y tenía algo que recordaba los hábitos de los chacales, sobre el cual Diodoro maldecía en alta voz en compañía de sus oficiales y en los términos groseros de los soldados. Esto, invariablemente, animaba a las víctimas de los cobradores de impuestos.

Su tercera miseria era que le dolía la cabeza. Conocía aquellos dolores de cabeza que le atormentaban particularmente en días como aquél, y todo el arte de Keptah apenas si podía aliviarle. Se había despertado con un repentino y deslumbrador relámpago de luz ante los ojos. Luego había sentido náuseas; después la aguda disminución de la visión y la temporal pérdida de vista y, por último, aquel maldito dolor de cabeza en uno de los lados. El hecho de que Keptah le dijese en tono doctoral que era una migraña y que Hipócrates había escrito un largo y exacto tratado acerca de ella, no disminuía su dolor ni el martilleo en el lado izquierdo de su cabeza, ni la sensación de que la muerte no sería a fin de cuenta una visita desagradable.

— ¡Que el infierno trague a tu Hipócrates! —Decía furiosamente a Keptah—. No, no más infusiones ni más pociones.

Pero invariablemente se sometía a las infusiones y a los brebajes y después triunfalmente vomitaba ante Keptah y le miraba con mirada acusadora. La migraña no le abandonaría hasta el atardecer. Tan pronto como dejase Antioquía, de regreso a casa, desaparecería todo, excepto la agradable debilidad que anticipaba los amantes cuidados de Aurelia y su preocupación. Sometido a los cuidados de su esposa, diría a Keptah:

—Ves, las manos de una mujer son más sabias que las de cualquier médico.

A esto Keptah sólo sonreía. Había dicho una vez a Diodoro que los dolores de cabeza eran una protesta contra los magistrados y los cobradores de impuestos a quienes detestaba, pero Diodoro se había sentido tan enfurecido ante la insinuación de mujeril histerismo, que Keptah nunca más había repetido la indiscreción. Diodoro, el romano virtuoso, creía que los miembros de un hogar responsable debían levantarse antes del amanecer. El senador no se levantaba al amanecer y Aurelia, que sentía afecto incluso por su cuñado, no permitía que los esclavos hiciesen el asalto habitual y bullicioso con escobas y estropajos sobre las columnas, suelos y paredes hasta que el senador hubiese pedido su desayuno en cama. Esto, para el tribuno, era degradación sobre degradación. ¡Una casa sucia y el desayuno en la cama! Era el típico caso de la moderna Roma, por supuesto. El séquito del senador, esclavos consentidos y secretarios (siempre estaba escribiendo cartas, incluso cuando visitaba a Diodoro «asegurándose de que sus clientes no olvidasen mantener sus cofres llenos durante su ausencia», eran instalados invariablemente en las mejores habitaciones de la parte de la casa dedicada a los esclavos. Normalmente traía dos jóvenes y hermosas esclavas, lo cual aumentaba la ira de Diodoro que terminaba cerrando a las muchachas enojado.

—En esta casa no habrá orgías —decía al indulgente y sonriente senador, que siempre se sorprendía ante las hermosas esclavas que habitaban aquella casa y que nunca despertaban el interés ni la mirada del dueño.

Además, el senador usaba agua de colonia y aceites perfumados, ante lo que Diodoro exclamaba en voz alta:

— ¡No sólo una casa sucia y el desayuno en cama, sino perfumes!

Encontraba al senador insufrible, lo cual convenció a éste de que Diodoro debía permanecer en Siria a pesar de sus cartas a Roma. Esto era una cuestión sobre la cual el senador aún no había hablado con su cuñado. Pensó que necesitaba antes un prolongado descanso. Todo el viaje hasta Antioquía lo había pasado mareado. Además, Diodoro era un hombre difícil.

El dolor de cabeza era extraordinariamente severo aquella mañana, y Keptah, mezclando pociones mientras su señor gruñía que no las tomaría, comprendió que Carvilio Ulpiano representaba una tortura extra que añadir a su enfermedad. Dio la copa a Diodoro y dijo suavemente:

—Un estudiante de Hipócrates preguntó en cierta ocasión al gran médico: ¿Un asesinato consentido no calmaría los sufrimientos de un paciente? A lo cual Hipócrates respondió: Sin duda alguna”.

— ¿Estás insinuando que si yo cometiese un asesinato, digamos de alguien elegido a capricho y sin sentir repugnancia, mi dolor de cabeza desaparecería? —preguntó Diodoro enfurecido y sentándose en la cama.

Keptah asintió. Diodoro empezó a jurar, luego sonrió con añoranza pensando en su cuñado.

— ¡Agua de rosas! —murmuró—. ¡Uf!

Se hundió de nuevo entre las almohadas y se dedicó a fantasear placenteramente. La migraña perdió un poco de intensidad y esta vez Diodoro no devolvió la poción. Sin embargo, aún estaba en malas condiciones y de muy mal humor cuando salió de la casa a la fresca y brillante mañana, sin haber desayunado, porque no

podía comer cuando le afligía el dolor. Este descendiente de una larga línea de cerdos podía por lo menos haber traído a Cornelia con él —pensó—, para que visitase a mi esposa en lugar de traer cartas de su parte.» Pero Cornelia, tan sencilla, simple y poco imaginativa como Aurelia, hubiese inhibido algo las diversiones del senador. Diodoro se consoló a sí mismo pensando que las visitas del senador eran pocas y muy espaciadas.

La migraña, después de un primer momento en el que la vista disminuía, siempre hacía que Diodoro viese las cosas con una claridad anormal, demasiado agudamente, en forma tal, que el ver ya era de por sí doloroso. Esta intensa conciencia de las cosas le deprimió. Oyó reír y parpadeó, llevándose una mano a la cabeza. ¿Quién podía reír mientras el dueño de la casa estaba muriendo de dolor y temiendo el ruido, los crujidos y repiqueteo de la cuádriga que pronto llegaría para llevarle a Antioquía? Murmurando palabras que nunca usaba con nadie, salvo con los cobradores de impuestos, dejó el patio y salió a los jardines. Su hija Rubria y Lucano jugaban a la pelota con dos jóvenes esclavas y hacían un ruido capaz de despertar a los mismos muertos. «Esto es —pensó Diodoro— bastante para despertar a cualquiera, excepto al perfumado y aceitado senador.»

Era un cuadro agradable, el de la doncella de oscuros ojos vestida con una larga y sonrosada túnica corriendo para coger la pelota que Lucano o una esclava tiraban, sus mejillas rosadas y su negro cabello flotando al aire. Lucano parecía un rubio y juvenil dios, contrastando con ella; las esclavas, vestidas con la misma sencillez que su joven señora, e igualmente encantadoras, parecían ninfas; sus blancos pies estaban salpicados de rocío, las rojas y morenas trenzas flotaban detrás de ellas cual banderas. Alrededor de los jóvenes, el jardín parecía recién salido de las manos de Ceres; las palmeras se inclinaban y murmuraban en el perfumado aire; brillaban las estatuas, las fuentes saltaban como nítida plata y la bóveda celeste estaba teñida del más inefable azul.

Por un momento el mal humor de Diodoro se suavizó. Contempló a las muchachas y al chico y pensó: « ¡Qué maravilloso es ser inocente y bello! » Después volvió de nuevo a estar enfadado. Nadie tenía derecho, ni incluso una doncella y un chico, a ser inocentes en un mundo podrido, compuesto de perfumados senadores, viles cobradores de impuestos, magistrados, oficiales y césares que no contestaban a cartas urgentes.

«La niña tiene catorce años ahora; debiera estar ya prometida y preparándose para el matrimonio», pensó Diodoro con resentimiento. El hecho de que el senador hubiese mencionado discretamente a uno de sus propios hijos, que tenía diecisiete años y estaba dispuesto para el matrimonio, y de que esta mención hubiese hecho que Diodoro apareciese como un verdadero Marte con ojos enrojecidos por el furor, fue completamente olvidada por el tribuno. Rubria, aunque aún demasiado grácil, y propensa a repentinos ahogos y a una blancura excesiva alrededor de sus labios cuando se cansaba, tenía ya un pecho redondo, y sus piernas, que brillaban inmodestamente bajo su flotante túnica, eran indiscutiblemente las piernas de una mujer. Diodoro se sintió abatido ante este nuevo aspecto de su hija y ante el hecho de que aún no estuviese prometida. Se sintió enfurecido con Lucano por alguna oscura razón. Alzó la voz y con tono estentóreo dijo:

— ¿Qué es este juego? ¿No es acaso la hora de la escuela? ¿Por qué este desenfreno?

Las esclavas le miraron aterrorizadas y huyeron hacia la parte de atrás de la casa como pétalos esparcidos por el viento. Rubria, aún sonriendo, quedó de pie con la pelota en sus gráciles manos morenas, y Lucano se ruborizó.

—No es la hora, padre —dijo la niña, y corrió a besarle. Enrolló sus brazos alrededor de su cuello y él no pudo evitar el responder a sus caricias. Pero miró con el ceño fruncido a Lucano.

— ¡Dieciséis años —exclamó— y jugando con chicas! ¿No puedes encontrar compañeros de juego mejores entre los de tu propio sexo?

Rubria le besó de nuevo en la forma en que lo hacía su madre, pero el padre siguió mirando a Lucano con el ceño fruncido y sombrío, por encima del hombro de su hija. El joven permaneció en silencio, su dorada cabeza alzada orgullosamente y su rostro frío y remoto.

— ¿Y con quién va a jugar? —preguntó Rubria, mientras sus manos acariciaban los brazos de su padre. No se sentía turbada, había aprendido de su madre a tratar a Diodoro como un querido pero, de cuando en cuando, furioso niño—. Ninguno de los esclavos tiene su edad, y no hay familias que tengan hijos cerca de nosotros —dirigió a Lucano una sonrisa y una maliciosa mirada—. Además, es demasiado serio.

—No demasiado serio para descuidar sus lecciones y entretenerse en tonterías de niño —dijo Diodoro. No le gustaba el joven aquella mañana—. ¿Acaso hay que esperar que el reloj de arena haya dejado caer el número exacto de granos antes de empezar a estudiar? ¿En tal irresponsable debo gastar mi dinero?

Lucano le miró con unos ojos azules claros y duros y abrió la boca para responder furiosamente, pero entonces vio que Diodoro tenía un color amarillo enfermizo y que no se había afeitado. Su barba era oscura sobre la gruesa piel. Lucano recordó que éste era el día de los magistrados y cobradores de impuestos y que en tales días Diodoro inevitablemente tenía mal humor. La barba sin afeitar era un signo tan seguro como la lectura de un reloj de agua. Por lo tanto, respondió con suavidad:

—Haces bien en reprobarme, señor. —Después se alejó de allí andando con movimientos graciosos, y Diodoro le vio marchar más deprimido que nunca.

—Vete con tu madre —dijo a su hija con una rudeza desacostumbrada. La cuádriga se acercaba. Podía oír su infernal ruido y repiqueteo, y parpadeó de nuevo mientras emitía un quejido. Rubria le besó, acarició su rostro, le dirigió una mirada de cariñosa conmiseración y se alejó de allí. Diodoro la siguió con su mirada hasta que se perdió de vista y sintió que el corazón le dolía. Ayer era una niña, en el pecho de su madre; hoy ya era una mujer, y pronto abandonaría a sus padres. Era una de las más insoportables trampas de la naturaleza. Pensó de nuevo en Lucano y otra vez su incomprensible furor volvió. Había visto la ardiente mirada que Rubria

dirigía al muchacho y cómo Lucano había respondido con una profunda sonrisa. Diodoro azotó a sus caballos y se sintió atemorizado. Si a él no le era posible marchar de aquel lugar, enviaría a Rubria a Roma e incluso el hijo del senador, que era un frágil y estudioso muchacho, no precisamente el ideal para Diodoro, haría un yerno soportable. Por lo menos algo del dinero volvería a la familia, pensó Diodoro, que consideraba ofensivo que Carvilio Ulpiano pudiese gastarlo.

Un viejo orgullo volvió al romano, y su corazón se endureció con la afrenta. Le molestaba ahora que Lucano, el hijo de un liberto, pudiese siquiera mirar amorosamente a su hija. Olvidó, en su creciente y negra ira, que Lucano era el hijo de Iris, a quien no había visto desde hacía mucho tiempo y cuando la veía era únicamente pasar a distancia. Diodoro decidió tener una seria conversación con Aurelia aquella misma noche. Él, Diodoro, mantendría la promesa de educar al joven, a fin de que éste pudiese servir a la familia humildemente; una esclava de alguna categoría, modesta y hábil en las artes de la casa, sería liberada y su matrimonio con Lucano arreglado. El señor romano tan sólo tenía que mandar y sin duda mandaría. Que Lucano llevase a su esposa a Alejandría con él y que ella cuidase de la humilde casa para su esposo estudiante, cociese su pan y le sirviese el vino inferior que propiamente le correspondía. «He sido suave y débil», pensó el tribuno, mordiéndose el labio inferior y castigando con el látigo a sus caballos. «He olvidado, en esta sofocante, suave y depravada provincia., que soy romano. He tratado a mis esclavos como si fuesen mis iguales.»

Había olvidado también muchas otras cosas. El rostro de Eneas se alzó ante él —aquel insignificante, dulzón, suave de palabras, imitación de hombre—. La ira le cegó los ojos por unos momentos y su corazón palpó como si hubiese sido humillado más de lo que podía soportar. Luego una vieja angustia, indescifrable, volvió a morder su pecho. Estaba en un humor vengativo cuando llegó a Antioquía. Nunca había matado a un hombre, excepto en batalla, pero ahora deseaba matar. Si él fuese Hércules, destrozaría aquella ciudad con sus manos desnudas. Su nariz, asaltada por los olores de la ciudad, percibió el olor predominante que flotaba en ella: olor de orina. «Una ciudad que parece un urinario...» ¿Y qué hacía un procónsul romano conduciendo él su cuádriga como un pobre mercader? ¿No se le respetaba? ¿Dónde estaban sus oficiales, sus soldados? Olvidó que él mismo había dispuesto las cosas así y que con frecuencia afirmaba que era un soldado sencillo, no un afeminado como los que vivían en la moderna Roma y que Cincinato había cabalgado por la ciudad imperial sobre el lomo de un asno, sin ningún ayudante salvo aquellos pobres granjeros como él. ¡Habrá que hacer un cambio!», se prometió a sí mismo Diodoro en un silencio amenazador.

Fue recibido por Sextus y una tropa de soldados, cubiertos con yelmos y escudos, armados, como era costumbre el día que se administraba justicia. Diodoro gritó a Sextus, con su rostro congestionado por la ira.

— ¿Es ésta la hora más temprana en que puedes salir de la cama y venir a mi encuentro para escoltarme? ¿Soy acaso un perro provinciano o un magistrado indigno de honores y de escolta, y debo conducir mi carro como el más pobre campesino desde mi propia casa?

Sextus estaba acostumbrado al mal humor del tribuno en días como aquél, pero no a tales ataques contra su integridad de soldado y de oficial valioso y leal. Por lo tanto, se sintió anonadado.

No se refugió en una reserva militar y obediente, como había aprendido debía hacer cuando fuese azotado por la lengua de un superior, sino que exclamó en respuesta:

—Noble Diodoro, me he limitado a obedecer tus expresas órdenes. Constantemente has rehusado la escolta, has ordenado que ningún soldado permanezca cerca de tu casa. —Miró a Diodoro con desmayo y sus soldados mantuvieron rostros inexpresivos, y se miraron unos a otros mientras alzaban las fasces y las banderas.

Diodoro detuvo sus caballos con tanta violencia que éstos se encabitaron y estuvieron a punto de patear el rostro de Sextus. Sin embargo, éste no retrocedió. Sus juveniles ojos brillaron con reproche y excitación.

— ¡Vamos, por Zeus! —Gritó Diodoro azotando a sus caballos—. ¿Dónde está tu discreción militar? — Consiguió controlar a los caballos y juró contra ellos—. ¡No sólo me acompañarás hoy a la Casa de la Justicia, sino que volverás conmigo a mi casa y permanecerás allí presto a mis órdenes!

Partió a galope y Sextus hizo un gesto de desmayo. Después, volviéndose hacia los soldados, dio una orden seca de seguir tras el tribuno. La cuádriga de Diodoro estaba ya al final de la empedrada calle, envuelta en una blanca nube de polvo calizo. Sextus y sus soldados iniciaron un trote militar tras él y la humillación del joven soldado fue completa ante la mofa de los transeúntes. Rechinó los dientes con ira.

Bien porque los magistrados fuesen más aburridos que de costumbre, o los informes de los recaudadores de contribuciones más tediosos, o los mercaderes locales más quejosos que otras veces, el caso es que para Diodoro aquel fue el peor día que recordaba. Gritó, golpeó con el puño sobre la mesa esparciendo papeles; denunció, insultó y adscribió vergonzosas ascendencias a los magistrado, jueces, nobles y cobradores de impuestos por igual. Tenían cabezas de asno; sus madres habían estado entregadas a innumerables obscenidades desde la pubertad; eran analfabetos y habitaban el más despreciable y depravado país del mundo. Tenían inteligencias de mosquito. Antioquía era una cloaca, y ellos habitantes dignos de tal lugar. Les despreciaba en el lenguaje más descriptivo que podía usar. En alguna ocasión, sin duda, había ofendido en forma imperdonable a los dioses porque de otro modo no estaría allí. Les envió a todos a Plutón; puso en tela de juicio su honradez, sus decisiones y sus informes. Eran unos ladrones, mentirosos, idiotas e inútiles. Aunque sus muñecas estaban sujetas con muñequeras de cuero se dislocó una mano de tanto golpear con el puño sobre la mesa de madera, y su rostro, congestionado y escarlata, parecía a punto de estallar. No quiso comer nada, y cuando le ofrecieron vino expresó su opinión sobre él y escupió con desprecio.

Cuando por la tarde salió de allí una tempestad de dolor rugía en su cabeza y los músculos del cuello se contraían en espasmos dolorosos. Quienes quedaron detrás estuvieron de acuerdo por primera vez. El tribuno estaba loco, sin duda alguna, y era un bestia como todos los romanos. Mercaderes y cobradores de impuestos unieron sus cabezas y conferenciaron unos con otros. Los magistrados expresaron con murmullos su ferviente esperanza, no sólo de que el tribuno descendiese pronto al infierno, sino también que Roma le siguiese.

Sextus se había agenciado caballos para él y tres de sus oficiales jóvenes, y galoparon tras la cuádriga de Diodoro. Apenas si podían conservarse a la altura del tribuno. «Conduce como Apolo —pensó Sextus—; con habilidad, pero sin la belleza de Apolo. Debería acudir a las carreras del circo. ¡Dioses, va a matar a esas pobres bestias!» Pero su corazón militar estaba lleno de consternación. El tribuno se hallaba aparentemente enfermo y, por el momento, fuera de sus cabales. Sextus invocó a Marte, mientras galopaban tras de Diodoro por la mal pavimentada carretera.

El húmedo calor era intenso y bajo las armaduras los hoscos soldados sudaban sintiendo que los escudos pesaban demasiado. Uno o dos de ellos se preguntaban qué clase de castigo les esperaba por unas faltas que desconocían.

El senador Carvilio Ulpiano estaba elegantemente sentado en el pórtico exterior de la casa con su cuñada Aurelia, paladeando uno de los vinos más caros de Diodoro y comentando su calidad para sí en un lenguaje muy expresivo. Aurelia, como buena ama de casa, cosía con hacendosidad, un hábito vulgar que también tenía su hermana Cornelia, la cual nunca llegaría a ser una dama elegante. Fueron sorprendidos por el tronar de cascos de caballo y la visión de una gran polvareda luminosa en la distancia. El senador se puso en pie al tiempo que sus blancas ropas caían a su alrededor, y exclamó:

— ¡Por Mitra! ¿Es el Minotauro que se acerca o Plutón que sale violentamente de debajo de la tierra?

— Probablemente es Diodoro —respondió Aurelia imperturbable. Este es siempre un mal día para él. Pero, ¿no vienen otros caballos con él?

Apartó su costura y permaneció en pie mirando y escuchando. Era una mujer joven y optimista y nada que se saliese de lo corriente le parecía amenazador.

— ¿Traerá huéspedes con él para cenar?

— Si son huéspedes no hay duda que deben ser corredores que se entrenan —contestó el senador, cubriendo sus ojos con la mano para protegerlos del sol del atardecer y tratando de ver a lo lejos.

De pronto rompió a reír al ver a Diodoro azotando a sus caballos y de pie en la cuádriga como un corredor, y los soldados a galope tras él envueltos en una radiante nube de polvo. Empezó a aplaudir y gritar con entusiasmo, como alguien que estuviese añorando a los corredores del circo.

— ¡Lo conseguirá! ¡Llegará el primero a la puerta!

— ¡Dios bendito! Con este calor —murmuró Aurelia— y con su dolor de cabeza. ¿Por qué vienen Sextus y los otros con él?

— ¿Soy su esposa para saber lo que suele hacer Diodoro? —preguntó el senador aún riendo.

Diodoro llegó como un trueno a la puerta, saltó de la cuádriga y arrojó las riendas a un lado. Sus seguidores frenaron violentamente y apenas si tuvieron tiempo para evitar estrellarse contra el carro. Sus caballos se movieron, bracearon y se encabritaron alrededor de él, relinchando de cansancio. La luz del sol se reflejó en las armaduras y cascos de los soldados y la espuma que cubría los caballos. Diodoro cruzó por la puerta con rapidez y luego por el patio exterior. Miró al senador e ignoró a su esposa.

— ¿Cómo? ¿Todavía estás aquí? —preguntó en tono áspero—. ¿No empiezas aún a echar de menos a tus bacantes y corifeos, ni sientes ansiedad por tus gladiadores y actores favoritos?

Estaba jadeante, con las sienes enrojecidas y chorreando sudor.

— Querido —empezó Aurelia, asombrada por la rudeza y el aspecto de su esposo. Dio un paso hacia él, pero el tribuno la apartó con un gesto.

— Vete a tus habitaciones, mujer —dijo sin mirarla, y Aurelia recogiendo sus labores desapareció tras las columnas de la casa con lágrimas en los ojos. Diodoro nunca le había hablado en aquel tono.

El senador no perdió la calma. Se mantuvo allí de pie, mostrando su alta elegancia y con un gesto de humor en el rostro. Pensó que Diodoro era un grosero, un militar imbécil cuyo temperamento, como el de todos los militares, era más propio de un animal que de un hombre. Alzó las cejas, sonrió y contemplando enigmáticamente la copa que sostenía en su mano respondió:

— Baco desdeñaría tal vino, mi querido amigo y hermano, y, por lo tanto, aunque los echo de menos, a mí alrededor no acuden las bacantes.

El sutil insulto hizo estremecer a Diodoro. Se mantuvo en pie ante aquel suave patricio de manos delicadas y elegante toga como la figura selvática y oscura de un bárbaro militar, cubierto de polvo, con ojos brillantes y rostro enrojecido y convulso. Su jadeo era claramente audible en la tranquilidad del atardecer. Se quitó el casco y lo tiró sobre las piedras del suelo. Carvilio Ulpiano tomó un delicado sorbo de vino y movió su cabeza con un gesto de censura. El casco rodó y repiqueteó sobre el pavimento.

El senador volvió a sentarse con un gesto elegante. Sus sandalias eran de plata y cintas de oro.

— Siéntate —sugirió, con el tono de un hombre que recibe en su propia casa a otro de inferior condición—. Toma un poco de vino; te refrescará. ¿Sigue el dolor de cabeza siendo tan intenso? Mi médico, que está aquí conmigo, tiene una medicina muy beneficiosa. ¿Quieres que requiera sus servicios?

Sentado en la silla tenía el aspecto de una figura majestuosa y cómoda que contrastaba con el crudo pórtico y frente a una casa que él creía plebeya en extremo y apropiada sólo para un superintendente de esclavos.

— ¡Que Mercurio maldiga a tu médico! —Respondió Diodoro—. Se dejó caer en una silla y empezó a secarse el sudor de la frente con las manos. Cuando el senador le ofreció su propio y perfumado pañuelo para que se enjugase, lo rechazó con un juramento. El senador se echó a reír.

—Debe haber sido un día muy excitante en la Casa de la Justicia —comentó sirviéndose una fruta almibarada de una bandeja de plata que reposaba en una mesa junto a él. Miró alrededor en busca de un criado. Era esperar demasiado que en aquella bárbara casa hubiese un criado a mano, por lo tanto, el propio senador escanció una copa de vino para el tribuno y se la ofreció con una leve reverencia. Diodoro quiso rechazarla, pero su boca estaba seca y áspera de polvo y fiebre, por lo que cogió la copa y la vació de un largo trago. Empezaba a sentirse embarazado por haber insultado a su huésped, aunque éste fuese su cuñado. Estaba sentado, con las piernas separadas y su poderoso y enjuto cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza un poco caída. Contempló el interior de la copa vacía y dijo sombríamente:

—Todo mi cuerpo es una pura y dolida irritación.

Carvilio Ulpiano se preguntaba dónde estarían sus propios criados. La plebeya libertad y falta de costumbres de aquella casa sin duda les había contagiado, y andarían criticando con los demás esclavos de la casa. Sin embargo, se sintió cómodo. Encontraba el aire de Siria tranquilo y la temperatura gratamente cálida para un hombre poco sanguíneo como él.

El senador comprendió que Diodoro se disculpaba ante él menos que por sentirse furioso, como por haber cometido una falta grave contra las buenas maneras, sería incluso para un soldado. Adoptó una expresión aristocrática, agradable y comprensiva, y sus pequeños ojos, pálidos, de color indefinido, adoptaron el aire benigno que usaba cuando trataba con sus clientes, especialmente con aquellos propietarios de los que espera un favor particular o una tarifa respetable.

El tribuno se puso en pie y se quitó la coraza, aflojó el cinturón de cuero y se desprendió de la corta espada, dejándolo todo sobre una silla. Se mantuvo en pie, cubierto sólo con la túnica de tejido casero color rojo tierra que la industriosa Aurelia había hilado, tejido y cosido para él. Sus musculosas piernas, brazos y pecho, cubiertos de crespo vello negro, exhalaban tal fuerza, masculinidad y sudor que el senador cerró sus delicados ojos. «Los soldados —reflexionó— son inevitablemente violentos y estúpidos, y Diodoro no es una excepción.» Aunque Cornelia, aquella simple mujer, afirmaba que los libros que el senador estaba constantemente obligado a mandar a Antioquía eran para el uso personal de Diodoro, el senador no lo creía. Él, su padre y todos sus ascendientes tenían en Roma reputación de absoluta integridad, honor, virtud y cualidades militares. Esto, consideraba el senador, eran sus cualidades: faltos de imaginación, groseros y poco inteligentes. A pesar de todo, aunque los augustales se reían de Diodoro e incluso el frío César Tiberio sonreía a la mención de su nombre, tenía influencia en Roma entre aquellos que eran igual que él, y nunca se podía desestimar el poder de los tribunos y los militares, pese a su falta de inteligencia.

Diodoro llenó de nuevo la copa y un poco de vino cayó sobre sus manos. La rojiza luz del sol se reflejaba sobre las blancas paredes de la casa y transformaba las columnas en sonrosados pilares. Un perfume dulce y cálido procedía del jardín en la parte de atrás de la casa y las palmeras murmuraban. Todo estaba tranquilo y en paz, y aquella quietud era buena para los nervios de un caballero que acababa de llegar de Roma, donde el mismo aire que se respiraba estaba cargado de intrigas. Diodoro volvió a sentarse, y repitió en un tono menos agresivo, pero más firme:

—Todo mi cuerpo es una pura y dolida irritación.

El senador suspiró y contempló sus enjoyadas manos pensativamente. No podía evitarlo, pero lo intentó.

—Seguramente que no es —dijo— a causa de esta tranquilidad y del poder que tienes en toda la provincia. César está muy satisfecho de ti. Me dijo un poco antes de partir: «Mis saludos a nuestro buen Diodoro y dile que no conozco otra provincia que esté mejor gobernada.»

—Quiere decir —respondió Diodoro con rudeza— que yo no soy un ladrón ni un embustero, que le envío las contribuciones puntualmente y que manejo los asuntos de la provincia con tanta justicia como es posible para evitarle dolores de cabeza.

El senador suspiró de nuevo. Tenía una cabeza estrecha y delgada, cubierta con escaso pelo oscuro. Su boca era demasiado afeminada y excesivamente roja para un hombre. Diodoro continuó, y su voz tembló un poco:

—Recuerdo a mi antiguo camarada de armas, Cayo Octavio, a quien vuestros petimetres llamaban Augusto. Cuando me escribiste que había muerto en Nola, el ancestral hogar de sus padres, y en brazos de su esposa, sentí que mi corazón se rompía. No reconozco a su sucesor como a mi César, por lo menos en mi corazón, y a pesar de que vosotros habláis de él como una divinidad, ¡divinidad!

El senador miró a su alrededor con rápido gesto. Esperaba que nadie les estuviese espiando, alguien que pudiese repetir afirmaciones tan peligrosas. Tosió y murmuró:

—Un hombre debe ser discreto. No te muestres tan airado, mi buen Diodoro. Si no recuerdo mal, en las cartas que me dirigías te quejabas de que tu «viejo camarada de armas» había finalmente destruido la República Y extinguido las libertades políticas. Quemé aquellas cartas porque eran muy peligrosas.

—Absurdo —contestó Diodoro, con ira y acento sombrío—. Le escribí a él mismo en relación con este asunto. Los viejos amigos, los antiguos compañeros de armas, son honrados unos con otros. Yo era como un hijo para él. Discutimos acerca de los honores que había aceptado y mi padre discutió también con él por las mismas razones. Sí, la República murió con él y no fue únicamente por su falta. Era un excelente soldado, mejor, en mi opinión, que el propio Julio César. Al buen soldado se le pueden perdonar muchas cosas, aunque

no, por supuesto, la usurpación de poder, y, por lo tanto, yo mismo le reprendí muchas; veces y él me dijo, cuando ya era un viejo lleno de sabiduría: «Los ciudadanos corrompidos incuban gobernantes corruptos y es la multitud la que, al fin de cuentas, decide cuándo ha de morir la virtud.»

En contra de su voluntad, el senador se sintió sorprendido y por primera vez, empezó a sentir respeto por Diodoro, capaz de reprender a un César con impunidad y recibir de él una respuesta de excusa.

—Ese indeseable que ahora está coronado con hojas de laurel y que es un individuo de sangre fría, puede ser técnicamente mi emperador, y yo le sirvo como soldado, como mi padre sirvió a Cayo Octavio, pero no tengo por qué pretender que le adoro y le considero como uno de los dioses. —Diodoro se movió inquieto en la silla—. Además, deseo volver a mi granja cerca de Roma y olvidar vuestras malditas multitudes, toda vuestra política y depravación, y quedarme con mi familia bajo mis árboles frutales.

— ¿Y olvidar también que eres un soldado, mi fiero Marte?

Diodoro vaciló.

—Si Roma me necesita como soldado, deberé responder: No soy necesario en Siria. Enviad aquí a uno de vuestros sinvergüenzas que ocupe mi plaza; él encajará en este condenado lugar mejor que yo. —Suspiró profundamente—. Por lo menos, mi César era un hombre virtuoso y su esposa fue querida hasta su muerte durante más de cincuenta años. ¿Es Tiberio un hombre así?

El senador frotó su barbilla y su mirada recorrió el pórtico y la abierta puerta. Con mucho tacto respondió:

—Soy un hombre a quien no gustan las discusiones; mi tarea es la política y aunque veo con frecuencia al César, nunca discutimos cosas que puedan dar pie a controversias.

—En otras palabras: Tiberio no ha hecho caso de mis cartas y tú no las has discutido con él. —Los vehementes ojos de Diodoro destellaron.

—Paciencia, paciencia —murmuró el senador, mientras se preguntaba cuándo servirían la cena. Empezaba también a sentir dolor de cabeza. Luego añadió, esperanzado:

— ¿Habrá invitados a la cena?

Unos invitados producirían un efecto tranquilizador sobre aquel intratable soldado.

— ¡Invitados! —Exclamó Diodoro—. No. ¿Acaso vaya invitar en mi casa a mis inferiores? No conoces Antioquía te lo aseguro. Es aquí donde me irrito. Si no visitase una vez o dos al año al procurador de Judea, me moriría de aburrimiento e ira. ¿No esperarás un banquete como los que estáis acostumbrados a celebrar en Roma con Tiberio?

«¡Oh, dioses!», pensó el senador con desmayo. Pero dijo en voz alta, con acento razonable:

— ¿Por qué estás en contra de Tiberio? Después de todo, es un magnífico soldado: ha disminuido los impuestos tanto como ha podido en nombre de la economía; es, relativamente, un hombre honrado y un caballero honorable; es justo en el trato con las provincias y ha consolidado el Imperio. En cuanto a los banquetes, como soldado, Tiberio no disfruta de ellos. ¿Te crees que es un Baco?

—Estuve con él en una campaña —dijo Diodoro sombríamente y frotándose su dolorida frente—. No puede compararse a Cayo Octavio —añadió en tono defensivo—. Es un espíritu silencioso y un hombre frío. Tiene demasiadas deferencias con vosotros los senadores; consiente que demasiadas lenguas sueltas anden libres, y esto no es propio de un emperador. No impone disciplina...

—Sin embargo, al contrario que tu querido Octavio, es un romano de tu propia clase. Cuando ascendió al trono había menos de cien millones de sextercios en el tesoro. Ahora la cantidad aumenta día por día. Es muy frugal...

—Sin embargo —repitió Diodoro—, usa perversos espías e informadores, lo cual no haría ningún soldado. Cuando un hombre desconfía de sus propios compatriotas y teme el asesinato, habría que examinar a tal hombre. —De nuevo miró al senador con ira—. ¿Por qué no contesta mis cartas?

—Porque estás administrando esta provincia a su completa satisfacción. Si no lo hicieses te llamaría abruptamente. Te lo aseguro: Tiberio y tú sois de la misma clase.

—Esto no me enorgullece —dijo Diodoro. Se levantó—. Si yo fuese el César os pondría a vosotros los senadores en el lugar que os corresponde.

—En otras palabras: serías un tirano —dijo el senador sonriendo.

—Impondría disciplina —respondió Diodoro ajustándose el cinturón de su túnica—. Apoyaría a los hombres «nuevos», las clases medias en Roma; a los hombres ilustres del campo, a los mercaderes, comerciantes, abogados, médicos y constructores. Ya sé que ellos no son patricios, pero tampoco lo soy yo. Muchos de ellos proceden de antiguas familias etruscas. —Sus ojos brillaron—. En cuanto a lo que a mí respecta, daría Italia a los etruscos y les dejaría, a ellos, a los «nuevos» hombres romanos, que tratasen a la canalla romana, y no la adulasen como hacéis vosotros, los senadores, para lograr sus indignos favores. Tampoco llenaría mi palacio con gladiadores, sinvergüenzas y libertos, ni les llamaría mis clientes. ¡Canalla!

El senador se sentía bastante divertido.

—Tiberio no es Catilina, y en cuanto a mí se me alcanza, los hombres «nuevos» no han conseguido ningún nuevo Cicerón.

Diodoro empezó a alejarse, gruñendo su desdén. Se detuvo un momento y dijo:

—Recordarás, mi buen Carvilio, que cenamos cuando suena el gong. Entre tanto, voy a lavarme el polvo pegajoso de Antioquía de mis manos y cara.

El senador quedó solo en la purpúrea y decadente luz del atardecer; se reclinó hacia atrás en su silla y suspiró con satisfacción. Unos pocos días más aliviarían por completo su nerviosismo. Aquella casa, aunque

bárbara, con pocos muebles y carente de toda clase de lujos y distinción y en especial de marfiles, cristales valiosos, con pocas estatuas buenas ni aún de los dioses, sin candelabros de bronce corintio, ni pinturas de mérito, y a pesar de que los dormitorios eran simples agujeros destinados al sueño primitivo y animal y no al placer, respiraba un reposo sencillo. Mejor aún: nadie esperaba de él ningún favor y no había necesidad de mantenerse en guardia. Los bárbaros eran en ocasiones, dignos de ser admirados. También consideró que en Roma no le perjudicaba lo más mínimo estar asociado por matrimonio a la respetada y antigua familia de Diodoro. Incluso Tiberio sonreía a Carvilio Ulpiano con más frecuencia que a sus colegas, y aunque su sonrisa era invariablemente apenas perceptible y ácida, por lo menos era una sonrisa. Además preguntaba por Diodoro con cierta regularidad.

Las fuentes en el jardín de detrás de la casa, murmuraban un claro y musical sonido en el silencioso atardecer y los pájaros coreaban esta música. Desperezándose de placer, el senador se levantó y se dirigió hacia los jardines. Tenía su propia finca fuera de las puertas de Roma, pero no podía recordar que fuese tan tranquila, como aquella, ni que las fuentes murmurasen tan armoniosamente ni reflejasen igual la dorada curva de la saliente luna. El oeste se había transformado en una serie de pequeños lagos de fuego rodeados por un deslucido y difuminado tono verde, como un prado celestial. Las blancas columnas de la casa, sencillas y de estilo jónico, y las lisas columnatas, parecían nieve esculpida, salpicadas aquí y allá, con los últimos reflejos anaranjados del sol.

El senador llegó a los jardines. Todo el recinto reflejaba la luz del heliotropo, callada y secreta, pero el agua de las fuentes brillaba como la plata. El perfume del jazmín flotaba en las alas de la suave brisa del atardecer y las palmeras agitaban sus abanicos contra el cielo oscuro del color de la amatista. Miró a su alrededor con placer, gozando del silencio que sólo rompía el sonido del agua y las lánguidas voces de las aves. De pronto quedó sorprendido.

Nunca había percibido aquella bella estatua de mujer, de tamaño natural, que permanecía cerca del centro de la fuente con un niveo brazo extendido en tal forma que los dedos podían tocar las fantásticas aguas en la taza de mármol. ¿Dónde había conseguido Diodoro; que nunca apreciaba una obra de arte, creación tan maravillosa? El senador se estremeció de envidia. Probablemente en Sicilia. Los sicilianos coloreaban sus estatuas y algunas veces lo hacían con delicadeza. La estatua tenía el cabello dorado, iba vestida a la moda griega, y en encantador y curvado perfil color rosa estaba tan perfectamente logrado que casi se podía jurar era carne viviente. La túnica admirable de alabastro envolvía un perfecto y bellissimo pecho, que casi parecía respirar en aquella tenue y misteriosa luz, y los pliegues de la túnica, sencillos y nobles, caían desde la cintura rectos como una vara y se adaptaban sobre las torneadas caderas. El senador nunca había visto una cosa tan adorable. Plaxíteles jamás había modelado una forma tan gloriosa y de tan exquisita perfección.

De pronto, para terror del supersticioso augustal que no creía en los dioses, pero los temía, la estatua se balanceó un poco y empezó a moverse. Retrocedió un paso, mojándose los labios. No le hubiese sorprendido que la móvil estatua hubiese alzado su plateada frente y le hubiese dirigido una flecha contra su corazón por haber pretendido mirar a la propia Artemisa en su virginidad. Fue entonces cuando vio a Diodoro, de pie en medio de uno de los arcos de las columnas, sin ver a su huésped entre las purpúreas sombras cada vez más oscuras. Diodoro estaba mirando a la escultural muchacha, que, con la cabeza baja, marchaba lentamente hacia la puerta del jardín.

La absoluta inmovilidad del tribuno llamó la atención despierta del senador. Contempló el rostro de Diodoro, y su oscura intensidad podía ser apreciada aun en la oscuridad del atardecer. Vio su perfil, contraído por algún dolor intenso y desesperada nostalgia. La muchacha, sin haber visto a los dos hombres, llegó a la puerta, la abrió y desapareció en la oscuridad. «¡Vaya, por Jove! —Pensó el senador, intrigado por la actitud y expresión de su cuñado—. Después de todo no es invulnerable. Ésta no es la expresión de un esposo virtuoso ni de un soldado olvidadizo. Es la de un hombre enamorado Y no se lo reprocho. Esa esclava suscitaría el éxtasis del propio Júpiter.» tuviese.

Oyó el corto suspiro de Diodoro, que sonó en el atardecer como un sonido terrible, Y percibió las velludas manos del tribuno apoyadas en sus lados. Más intrigado que nunca, el senador tosió y luego se acercó a su cuñado. Diodoro se sintió sorprendido Y miró a su huésped inexpresivamente, mientras el dolor se iba borrando lentamente de sus fieros ojos. Pareció no ver al senador por un momento o dos.

—Bien —dijo Carvilio Ulpiano con una expresión de genial felicitación—, es la más bella esclava que he visto en mi vida. Por un momento pensé que era una estatua y que podría comprártela. En realidad, mi oferta sigue en pie.

Diodoro no respondió; parecía que hubiese perdido el habla temporalmente. Tan sólo podía mirar al senador con aquella falta de expresión, como si hubiese sido profundamente turbado. Carvilio Ulpiano le palmeó afectuosamente en un hombro.

—Afrodita nunca estuvo vestida de semejante belleza —añadió—. ¿Qué mercader te vendió esa mercancía y dónde está ese ejemplar? ¿Tiene otras delicias semejantes? ¿Posees un establo de tales eurídicos, de semejantes encantadoras formas y rostros olímpicos? —Chasqueó los labios delicadamente. Estaba sofocado por el deseo y la envidia. Luego continuó:

—Aunque es posible que haya perdido su virginidad —y al decir esto tosió— estoy dispuesto, mi querido Diodoro, a hacerte una espléndida oferta por ella.

Se sintió anonadado por el gesto de Diodoro al volverse hacia él, una expresión de tan salvaje furor, sufrimiento Y afrenta que el senador retrocedió precipitadamente y se preguntó si no estaría frente a un loco.

Pero cuando Diodoro habló lo hizo en voz baja y ronca, como si se estuviese ahogando: —Estás equivocado. Esa mujer no es esclava. Es mi liberta.

— ¿Que has dado la libertad a una criatura tan gloriosa? —preguntó el senador con un asombro que superaba a su anterior excitación.

—Era como una hija para mi madre —dijo Diodoro, su voz, aún contenida—. No es una muchacha. Es una mujer de casi treinta años de edad, la esposa de mi contable, Eneas, un liberto. —Respiró pesadamente—. Además es la madre de mi protegido Lucano, a quien estoy educando para que sea médico.

El senador, desilusionado y sofocado, movió la cabeza.

—Hubiese jurado que era una virgen joven. Es una calamidad que sea libre. Hubiese proporcionado una fortuna a su dueño. —Se rascó la barbilla descuidadamente con una cuidada uña—. ¿Te estaba esperando acaso, Diodoro, y he venido a molestarte?

—No —contestó Diodoro, casi en un susurro—. No sabía que estuviese aquí. Es evidente que se ha retrasado.

Sus ojos adquirieron un oscuro brillo de tristeza; se volvió y desapareció en el interior de la casa. En aquel momento sonó el gong y el senador, tratando de tragar heroicamente su disgusto ante la rudeza de su cuñado, que le había precedido sin una sola palabra, le siguió con elegantes movimientos.

CAPÍTULO VIII

El vino servido durante la cena no podía ser del agrado del delicado paladar de Carvilio Ulpiano. Apicius, cuyo libro de cocina era usado incluso en las cocinas de Tiberio, había descrito setenta y cinco maneras distintas para preparar alubias, todas ellas delicadas. Pero Aurelia y sus cocineras aparentemente sólo conocían una, la más grosera, propia tan sólo para esclavos de galeras. El patricio senador miró su plato de alubias, bien sazonado con ajo, al cual habían añadido una carne de aspecto dudoso, de cabra o de las partes menos delicadas del cerdo. El pan estaba duro, las legumbres flácidas, y el único plato que no producía náuseas al delicado Carvilio Ulpiano eran las pequeñas y saladas aceitunas negras de Judea. Había olvidado lo repugnantes que eran las comidas en aquella casa. Diodoro le miraba con ironía bajo la débil luz de las humeantes lámparas de estaño, y no de plata. El tribuno tocó la base de una de ellas y dijo:

—Pareces turbado, hermano. Siento que estas lámparas no sean de cristal de Alejandría. Si lo fuesen, podrías ver tu comida más claramente.

—Siempre que te visito dices las mismas palabras —contestó el senador pacientemente. ¿Qué clase de grasa era la que había sobre el pan? Tenía un aspecto extraño, y el senador, que a pesar de todo era un hombre valeroso, sonrió y se llevó un pequeño trocito a la boca. Era también un hombre educado y hubiese murmurado algún cumplido sobre la cena si aquel pan no le hubiese producido una náusea repentina.

— ¡Por Hécate, Diodoro! —Exclamó agitado—. ¿Es necesario vivir así? Eres tan rico como Creso. Podrías cubrir tu mesa con cristales tallados y llenar tus lámparas con un aceite que no produjese arcadas. Podrías tener copas brillantes de oro y piedras preciosas y música de laúdes por las tardes. Y también podrías tener una cocinera con algo de talento.

Diodoro, cuyo oscuro rostro estaba aún lívido a causa de alguna emoción pasada, miró agriamente al senador.

—También podría tener divanes sobre los cuales reclinar me durante las comidas, y muchachas chipriotas para bailar danzas abominables y ungir tus pies con bálsamo. Yo, sin embargo, no soy ciudadano de la urbe. Soy un soldado sencillo y vivo como tal.

— ¡Qué actitudes más odiosas! —Dijo el senador—. Julio César era también soldado y lo mismo tu querido Cayo Octavio. En campaña vivían con austeridad. Pero cuando estaban en Roma, vivían como romanos, no como pugilistas.

Diodoro empezó a sonreír. Comía el pan con fruición y un oscuro parpadeo brillaba bajo sus gruesas y negras pestañas.

—Quizás —dijo— es que prefiero ahorrar mi dinero —llevó a la boca un gran bocado de alubias— a fin de dotar debidamente a mi hija, que está ya a punto para el matrimonio.

El senador, que no sentía la menor aversión por el oro, y que tenía cuatro hijos, perdió repentinamente su mal humor.

— ¡Ah! —dijo—. Éste es un asunto que me interesa. La pequeña Rubria es de constitución delicada, pero, sin embargo, parece haber ganado una salud considerable en este agradable clima. También tiene una belleza vivaz, casi oriental.

—Sí —contestó Diodoro pensativamente—. Estoy considerando la posibilidad de enviar a Roma a Aurelia y a la niña en un futuro próximo. No hay ninguna familia romana en Antioquía que tenga un hijo digno de ella ni de la edad apropiada.

—En tal caso —dijo el senador—, es posible que Tiberio, que es un hombre justo aunque tenga agua helada en sus venas, te reclame.

—Sí —respondió Diodoro. Los dos hombres estaban solos, sentados en el comedor y como al tribuno no le gustaba la molesta presencia de esclavos, tenía una campanilla de bronce en la mano por medio de la cual podía llamarlos si era necesario. Acarició con un dedo el poco valioso relieve de la campanilla.

—Hoy he pensado mucho —lanzó al senador una aguda mirada—, y también —añadió— he tenido dolor de cabeza. —Al senador este comentario le pareció totalmente inoportuno.

Carvilio Ulpiano sentía aún curiosidad por Iris, que era, pensó, lo bastante hermosa para conmover al propio y frío Tiberio y crear en Roma una verdadera conmoción. Era liberta, y, sin embargo, no habría ningún augustal ni patricio que no se sintiese dispuesto a llevarla a su cama e inundarla con todo el oro de sus cofres. El senador pasó la lengua por los labios mojándolos con un gesto elegante.

—Sin duda llevarás contigo toda tu casa, si te mandan volver.

Diodoro no contestó. Su dolor de cabeza no había desaparecido y maldecía a Keptah en su fuero interno. El senador, impulsado por el deseo y el recuerdo de Iris continuó:

—Incluido tu contable y su familia; él debe ser de un valor incalculable para ti. ¿Dijiste que en un tiempo fue esclavo de tu padre Prisco y que se sentía muy complacido con él?

—Sí —respondió Diodoro con voz sombría—. Sin embargo, Eneas es tan frugal como yo, y ha sabido ahorrar dinero. Ha comprado un pequeño huerto de olivos no lejos de Antioquía que cultiva medio de dos de mis esclavos. Ha aprendido a arreglar las aceitunas como lo hacen los judíos y son bastante agradables. Además, tiene un respetable rebaño de ovejas y vende su carne en los mercados de Antioquía y a mí. Dudo de que quiera regresar a Roma conmigo.

La conversación languidecía. Cuando el senador comentó que sin dudas Eneas se mantendría leal a su señor y aceptaría sus deseos como los deseos de los dioses, Diodoro movió la cabeza con gesto negativo.

—No le impondré esa lealtad, si es que él la tiene —replicó.

—Además, la lealtad es una palabra con la que los griegos están poco familiarizados.

Nunca más vería a Iris. Pensaba en ella con terror. Cuando la había visto en el jardín, tan cercana, tan próxima, como hacía años que no la había visto, su corazón había dado un vuelco. Se había controlado a sí mismo para evitar correr hacia ella y tomarla en sus brazos y hundir su rostro en su dorado cabello. Un grito mezclado de angustia y gozo había sonado dentro de él. Sintió que la desolación le abrumaba.

El senador contemplaba las pasiones y desánimos que reflejaba el vital y sencillo rostro del tribuno y sonrió para sí. Una pena escondía en la cara de la joven mujer griega, recordó. Venus nunca había tenido unos devotos más reacios. Diodoro era un imbécil. ¿Por qué no se castraba y acababa de una vez? El tribuno miró involuntariamente hacia arriba y vio la sutil sonrisa brillando en el rostro mundano del senador y se sonrojó. Llenó de nuevo su sencilla copa y bebió el vino de un trago. Luego dijo:

—Puede que te sorprenda, Carvilio, saber que soy un esposo virtuoso.

—Desgraciadamente no es una sorpresa —dijo el senador. Se sentía un tanto sorprendido ante la percepción de Diodoro, le vio bostezar y esto le sorprendió aún más. No era hora de retirarse. De pronto recordó que en aquella bárbara casa todo el mundo se retiraba a dormir temprano. Reflexionó tristemente que no sería confortado por una de sus bonitas esclavas en su dura cama. ¿Cómo había podido pensar que podría pasar varios días en tal lugar? Se marcharía en cuanto fuese posible, después de llegar a un acuerdo con Diodoro acerca de Rubria. Antes de acostarse, Diodoro pasó por las habitaciones de su esposa. Aurelia, cuyas morenas y sonrosadas mejillas mostraban huellas de recientes lágrimas y cuyos amables ojos estaban enrojecidos en los bordes, permitía que una esclava peinase su largo y oscuro cabello. Se hallaba sentada ante una mesa, vestida con un atuendo nocturno de blanco lino y, bajo el vestido, su voluptuosa figura tenía un inconfundible aire maternal. Cuando vio a Diodoro torció en un gesto sus rojos labios y sus ojos se iluminaron. Se contuvo al instante y dio a su rostro un aire frío.

Diodoro hizo una muda indicación a la esclava, pero Aurelia, por primera vez desde que estaban casados, dijo con un acento poco común a causa de su agudeza.

—No te vayas, Calliope. No has terminado de peinar mi cabello y además hay otras cosas que hacer.

—Sí, señora —respondió Calliope. Tenía una voz tosca y desagradable que hería el oído, una voz demasiado fuerte para una chica tan pequeña y bien formada.

Diodoro siempre estaba algo desorientado sobre los criados que había en la casa, y rara vez se daba cuenta de su existencia. Pero, puesto que ahora tenía algo en la mente, miró de cerca a Calliope y dijo con su acostumbrada falta de tacto:

—Calliope, ¡y con esa voz!

La muchacha se ruborizó e inclinó la cabeza.

—Sí, señor.

Diodoro la estudió. Evidenciaba tener unos diecisiete o dieciocho años, un rostro vivo e impertinente, no bello, pero tan animado que le proporcionaba cierto encanto; un aire arisco y competente y un cuerpo de considerables encantos, con largas trenzas brillantes que caían hasta sus caderas. Diodoro percibió un brillo, aunque pálido, bajo las morenas pestañas. Miró a sus manos. Estaba acostumbrada al trabajo duro bajo la dirección de su señora. Evidentemente era muy apropiada para lo que el tribuno tenía en la cabeza.

—¿Te gustaría casarte? —le preguntó de pronto.

—¡Oh, sí señor! —Le miró imprudentemente con las pestañas entornadas.

—Bien. Tengo un excelente marido para ti —dijo, concluyendo aparentemente el asunto. De nuevo hizo un gesto para que se marchase y, esta vez, la sorprendida Aurelia no dio la contraorden de que se quedase.

Cuando la muchacha hubo salido y corrido la pesada cortina de lana azul que cubría la puerta, Aurelia dijo en un tono de ofendido pesar:

—Creo que es una prerrogativa de la señora arreglar bodas para sus esclavas y muchachas.

—Sí, sí —respondió Diodoro con impaciencia—. Pero en este caso se trata de una ocasión especial.

Aurelia alzó su espejo de plata y pretendió estar ocupada contemplando su rostro. Diodoro finalmente se dio cuenta de que su esposa estaba disgustada con él. Dijo:

— ¿Qué te he hecho?

Aurelia estudió su propio rostro y suspiró.

—Debo ser muy malo —añadió Diodoro— pero no es ésta ocasión de matronales enfados.

Aurelia estaba enfadada. Dejó caer el espejo sobre la mesa y la lámpara de bronce vaciló. Sus débiles rayos hacían brillar la austera cama, sin tallas ni adornos. Era de madera sencilla y las mantas que yacían sobre las sábanas eran de lana marrón.

— ¿Es que acaso soy una caprichosa? —preguntó—. ¿Soy amiga de armar escándalos? ¿Cuándo te he molestado, Diodoro? ¿Cuándo merecí el insulto que me hiciste esta noche delante del esposo de mi hermana?

— ¡Oh! —exclamó Diodoro frunciendo el ceño. Se sentó y contempló sus desnudas rodillas—. No sabía que te hubiese insultado. Suplico tu perdón, Aurelia. Hoy he tenido un infernal dolor de cabeza. —Esperó las acostumbradas palabras de Aurelia expresando preocupación, pero ella tan sólo gruñó un poco y la frialdad de su rostro se hizo mayor.

—Debo haber hecho algo muy malo —repitió Diodoro.

Aurelia empezó a cepillar su cabello y Diodoro intentó contener su impaciencia. Se sentía herido porque su esposa no le compadeciese y porque no abría su caja de unguento para frotar su frente ni le invitaba a su cama a fin de que pudiese sostenerle entre los brazos como solía en tales ocasiones acariciarle hasta que olvidase su dolor o éste desapareciese.

—Quiero decir —dijo el tribuno irascible— que es muy malo que una esposa no muestre solicitud por un esposo. —Aurelia suspiró de nuevo. Las brillantes y largas trenzas de su cabello discurrían por entre sus dedos—. Además —dijo Diodoro en voz más alta— juro por todos los dioses que no sé en que te he ofendido ante ese elegante de la toga. ¿Por qué no usa una toga sencilla en la casa?

—Es un caballero —informó Aurelia a su esposo intencionadamente. Diodoro la miró y ella le devolvió la mirada. Era tan distinta de la amable Aurelia que sentía por todo el mundo un gran y difuso afecto, que Diodoro se sintió sorprendido.

—Entonces yo no soy un caballero —observó.

—Nunca lo has sido. —A pesar de sí misma, un hoyuelo apareció en su morena mejilla. Luego desapareció—. ¿Qué hay acerca de la boda de Callíope? ¿Y con quién?

—Lucano —dijo Diodoro y golpeó sus rodillas como si el asunto estuviese terminado.

Los ojos de Aurelia se abrieron con asombro. Sus gordezuelas manos, cayeron desde el cabello sobre el regazo—. ¡Lucano! —Exclamó—, ¿el hijo de Iris?

— ¿Quién otro? —preguntó Diodoro con excitación.

— ¿Ha pedido él la chica? —preguntó Aurelia con incredulidad.

—No, no he dicho eso. Lo he decidido yo por mi cuenta. Antes de que se case con ella la haré libre y se la daré como regalo. ¿Quién es él para negarse a cumplir mis órdenes?

La boca de Aurelia se abrió incrédulamente.

— ¿Has olvidado que no puedes obligarle a que se case con una chica que tú has escogido para él aunque seas un procónsul y un tribuno? Ha nacido libre. —Se sentía más y más incrédula. Tenía un gran cariño por Lucano, que era el hijo de su amiga Iris y un hermoso joven, compañero de estudios y juegos de Rubria. Pero había creído que Diodoro sentía un excesivo entusiasmo por el muchacho.

—Yo puedo darle órdenes —gritó Diodoro con furor—. ¿Quién es él, sino el hijo de un pobre perro que antes era esclavo, ese Eneas?

Aurelia mantuvo silencio. Después, mirándole de cerca dijo:

—También es el hijo de Iris.

Diodoro abrió la boca para hablar, pero calló de pronto. Aurelia continuó:

—Y no me grites. Puede que te sorprenda, pero a veces yo también tengo mis propios dolores de cabeza, aunque tú pareces no darte cuenta de los dolores de cabeza que afectan a los demás. Déjame continuar. Lucano nació libre. Es orgulloso. No puedes ordenarle que se case con una esclava. No puedes azotarlo o encarcelarlo si te desobedece. Creo que mencionaste con aprobación que el propio Tiberio ha proclamado edictos prohibiendo la violencia y las órdenes ilegítimas.

— ¡Tiberio! —Exclamó Diodoro en un tono que parecía consignar al emperador al peor de los sitios—. Escúchame: hablaré con Eneas y le diré mi deseo. Él, por lo menos, no se atreverá a desobedecerme. Lo he dicho. Está hecho.

—Se levantó con aire de haber terminado. Pero Aurelia no se dejó impresionar.

— ¿Has tenido en cuenta a Iris, a quien estás a punto de ofender profundamente? No puedo permitir este ultraje.

El rostro de Diodoro se llenó de furor ante estas palabras.

— ¡Ultraje! —Exclamó— Doy al chico una esclava para que le atienda mientras yo pago sus grandes gastos en Alejandría, privando a mi propia hija de su dote...

Aurelia se tapó los oídos con las manos. Cuando Diodoro paró, indignado, los destapó y habló con suavidad.

—Sin duda te sientes movido por los más elevados motivos. Sin embargo, regala Callíope a Lucano cuando parta para Alejandría así lo deseas.

—Lo haré —dijo Diodoro.

La curiosidad se apoderó entonces de Aurelia.

—Pero, ¿por qué? —preguntó.

—Lo he dicho. ¿No es bastante?

—No —respondió Aurelia. Empezó de nuevo a cepillar su cabello. Luego movió la cabeza—. No sé lo que te traes entre manos. ¿Sabes que en ocasiones eres siniestro?

—Diodoro estaba a punto de estallar otra vez en furiosos gritos cuando una palabra llamó su atención: Siniestro. Nunca se había considerado a sí mismo así. Por alguna razón el pensamiento le intrigó. Frotó su frente humildemente y dijo en un tono más suave:

—Lo he dicho muchas veces: soy un soldado sencillo. Mis motivos son tan puros como la leche de vaca.

Aurelia parecía saberlo bien y ésto complacía más a Diodoro. Ella dijo:

—Incluso si Callíope fuese una perla de Cos, dotada por las mismísimas gracias, Lucano no la querría. Iris me dijo ayer con mucha tristeza, que ha hecho a los dioses un voto sagrado de no casarse nunca.

—¿No casarse nunca? —Exclamó Diodoro—. ¡Qué tontería! ¿Qué le ha impelido a semejante tontería? ¿No le atraen las muchachas?

Aurelia se encogió de hombros.

—No considero a Lucano como un hijo, tal como con frecuencia haces tú —dijo significativamente. Dejó que esta indirecta penetrara en Diodoro durante un momento—. No tengo su confianza; es demasiado silencioso y reservado para ser tan joven. Sin embargo, un hombre no hace votos sagrados de no casarse si no se siente atraído por las jóvenes.

Esto parecía razonable. Diodoro frunció su fiera frente. Ya no estaba enfadado. Murmuró:

—¡Incomprensible!

Aurelia volvió a encogerse de hombros.

—Tú tienes algo en la cabeza —dijo—. Y siento gran curiosidad.

Un gran alivio inundó a Diodoro; sonrió y dijo:

—Si ha hecho ese voto entonces no lo violará, por lo tanto el asunto está terminado.

—Todavía siento curiosidad —dijo Aurelia.

Diodoro sabía que su esposa no era intelectual ni sutil. Pero era muy aguda. Sentía por Aurelia un gran respeto.

—No soy hombre que satisfaga la curiosidad de una mujer —dijo con ironía, puesto que su dolor de cabeza había desaparecido milagrosamente—. Pensé hacer a Lucano un beneficio, y ésto es todo.

—¡Oh! —dijo Aurelia poco convencida. Bostezó. Había perdido interés en la conversación y olvidado sus heridos sentimientos. Miró hacia la cama, luego sonrió a su esposo inocentemente.

—Hoy has estado sometido a un exceso de trabajo, Diodoro. ¿Estuvieron muy pesados los magistrados, cobradores de impuestos, nobles y los jefes?

—Son unos perros —dijo Diodoro desahogándose. Había percibido la mirada de su esposa hacia la cama. Sus manos empezaron a desatar el cinturón. Aurelia se levantó, sacudió sus trenzas, luego se inclinó y redujo la luz de la lámpara.

Cuando estuvieron en la cama y abrazados, Diodoro dijo:

—He arreglado el matrimonio entre nuestra Rubria y tu sobrino favorito Piso. —Apoyó la cabeza en el pecho de su esposa y sintió calidez y el latido de su corazón. Su frente sintióse aliviada. Se acogió casi con desesperación en la fortaleza de ella y Aurelia le acarició las sienes con suavidad. Cerró los ojos y deseó olvidar a Iris que había desaparecido como la luna desaparece tras las nubes.

CAPITULO IX

Por la mañana Diodoro se despertó de un humor expansivo y una cierta impresión de arrepentimiento. Lucano era tan sólo el hijo de un liberto; sin embargo, Diodoro, que ciertamente le amaba como un hijo, se sentía avergonzado de sí mismo. La culpa era de aquella maldita migraña, desde luego, que ejercía el mismo efecto sobre la razón de un hombre como Medusa sobre la carne. ¿Qué le había hecho olvidar que ninguna doncella romana modesta podía casarse sin el consentimiento de su padre? «Era su joven corazón lo que yo probablemente tenía en cuenta», pensó el tribuno. No deseaba que fuese torturado. Como él había amado a Iris también podía ser que la gentil Rubria amase a Lucano. Este pensamiento hizo que Diodoro se afirmase más que nunca en el propósito de enviar a la niña y a su madre a Roma. Entre tanto, durante el desayuno, concluyó los detalles del matrimonio de Rubria con Carvilio Ulpiano. Regatearon acerca de la dote. El precavido tribuno deseaba asegurarse de que si Piso alguna vez se divorciaba de Rubria, o si ella decidía abandonar su casa, la dote volvería a ella. El senador estaba de buen humor, aunque había decidido a dejar aquel imposible y sencillo lugar a la mañana siguiente.

Aquel sonrosado amanecer Keptah fue a la habitación de Rubria para el examen matinal acostumbrado. Se sintió profundamente afligido. La mortal enfermedad de la muchacha había sufrido un retroceso que había durado más tiempo que ningún caso de los recordados por Hipócrates o sus discípulos. Pero las señales de su vuelta estaban allí. Las suaves mucosas y membranas de la boca y garganta mostraban los bultos fatales de la enfermedad blanca. Una de sus rodillas estaba hinchada y caliente, y de la noche a la mañana había perdido el color de las mejillas y su rostro estaba de nuevo amarillento. Se hallaba lánguida y enfebrecida pero en medio de todo había una buena señal: su espíritu aún se mantenía alegre. Podía producirse un nuevo retroceso si no aparecían hemorragias internas. El médico examinó su orina e hizo ciertas preguntas a la enfermera. En cuanto a las secreciones corporales no había en ellas señales de sangre. Aconsejó Que permaneciese en cama durante algunos días.

Encontró a Diodoro en la escalera. El tribuno tenía una expresión de satisfacción y contento en su feroz rostro.

— ¿Por qué no está la muchacha con su madre? —preguntó.

—Se siente un poco cansada —dijo el médico con voz suave.

Diodoro se detuvo en la escalera.

— ¿Está enferma? —preguntó, y el corazón le dio un vuelco.

El médico vaciló. ¿Cuánto tiempo mantendría al tribuno ignorante de que su hija moriría? Diodoro contemplaba su rostro con mucha atención. Keptah sonrió.

—Creo que ha estado jugando con exceso —dijo— y se ha torcido una rodilla. Debe permanecer en cama hasta que desaparezca la hinchazón. —Luego añadió—: Le he dado una medicina para que duerma a fin de que descanse la parte herida.

La tensa compresión alrededor de la garganta de Diodoro se aflojó. Movi6 la cabeza.

—Es poco comprensible que una doncella de catorce años se comporte como un juguete6n chiquillo de cuatro. Te estaba buscando, mi querido Keptah. Antes de que empiecen las lluvias la se6ora de la casa, Aurelia, mi hija y t6, partir6is para Roma. Acabo de arreglar el matrimonio de Rubria con mi sobrino Piso, hijo de Carvilio Ulpiano.

Keptah se sinti6 abrumado. Dobl6 sus delgadas y oscuras manos sobre la blanca t6nica a fin de que Diodoro no pudiese apreciar su repentino temblor.

—Se6or —dijo—, a6n no es tiempo. Rubria ha hecho alg6n progreso en este clima c6ldo y agradable. Ha estado bien durante unos a6os. Sin embargo, su constituci6n es a6n delicada y exponerla tan pronto a la humedad y los duros inviernos de Roma ser6 peligroso.

—Tonter6as —dijo Diodoro, pero se sinti6 alarmado—. He visto a chicas muy enfermas transformarse en fuertes y robustas mujeres despu6s del matrimonio y particularmente despu6s del nacimiento de hijos. Rubria ha estado demasiado mimada.

Keptah moj6 sus labios y mantuvo los ojos bajos a fin de que el tribuno no descubriese el temor que reflejaban. La muchacha ten6a menos de un a6o de vida; incluso, pod6a morir dentro de un d6a o dos. Alejarla de su padre, de su querido compa6ero de juegos, del c6ldo y perfumado ambiente de Siria, acelerar6a su muerte y la privar6a de su tranquilidad.

—Un a6o, seis meses —rog6 Keptah—, tan s6lo tiene catorce a6os.

—No —dijo Diodoro golpeando enf6ticamente con su mano sobre la blanca pared de la escalera—, dentro de un mes.

Keptah, olvidando su posici6n alz6 la voz y exclam6:

—En el nombre de Dios, Diodoro, no env6es a la ni6a lejos de ti. Su coraz6n es tu coraz6n, te ama m6s que a nadie en el mundo.

—Lo s6 —dijo Diodoro en un tono m6s suave—. ¿Crees que ser6 f6cil para m6 prescindir de ella? Pero si ella y su madre van a Roma, ese C6sar de sangre helada puede que me reclame. Carvilio Ulpiano har6 cuanto pueda; Tiberio siempre escucha a los senadores y Carvilio tiene muchos amigos entre ellos. Quiero paz. Quiero retirarme a mi granja.

Keptah pens6 en el amor que exist6a entre Rubria y Lucano. Hab6a visto la creciente e inocente pasi6n entre la doncella y el hijo de Eneas. 6ltimamente no hab6a mencionado ante Lucano que la muchacha deb6a morir. Que ellos disfrutasen de su propio sue6o de amor, el m6s alegre y dulce de todos, hasta que llegase el momento inevitable. Era Un amor puro; desgraciadamente iba transform6ndose poco a poco en el amor de una mujer por un hombre. Si Rubria no estuviese muriendo, Keptah hubiese suplicado al tribuno que alejase a su hija de una situaci6n que inevitablemente le produc6a tristeza.

Keptah se encontraba ante un doloroso dilema. No pod6a hacerse a la idea de decir al padre que aquella ni6a morir6a inevitablemente dentro de unos meses como m6ximo. Sin embargo, sab6a que ella no podr6a ir a Roma a morir, entre l6grimas derramadas por Lucano y su padre. S6lo una cosa pod6a hacerse. Haciendo una silenciosa reverencia al tribuno, se dirigi6 hacia las habitaciones de las mujeres y pidi6 a una esclava que rogase a Aurelia le concediese un momento de consulta. Aurelia, hilaba industriosamente entre sus esclavas y le llam6 sin detener su trabajo. Keptah la estudi6. Era una mujer de sentido com6n y fortaleza, nunca hist6rica, nunca caprichosa, nunca deprimida e irracional. Sus mejillas aparec6an aquella ma6ana m6s rosadas que de costumbre y sus grandes ojos marrones m6s suaves, como si estuviese so6ando acerca de alg6n placer pasado de amor.

— ¿Puedo hablarte en privado, señora? —preguntó Keptah. Aurelia mandó a sus esclavas que se retirasen inmediatamente, pero sus manos continuaron moviéndose activamente.

— ¿Cómo está nuestra Rubria esta mañana? —preguntó—.

Keptah dijo:

—Hay algo que yo debo decirte, señora, y que no me atrevo a decir al noble tribuno.

Aurelia sostuvo el huso en su mano y su pie se detuvo sobre el pedal. Palideció un poco, pero sus ojos no se oscurecieron ni se agrandaron con alarma. Preguntó con tono tranquilo.

— ¿Está Rubria otra vez enferma?

—Sí, señora. Y no puede vivir. Morirá antes del otoño.

Aurelia palideció bajo la morenez de su piel. Dejó el huso sin un simple temblor en sus manos. Luego dijo con voz apresurada:

—Cuéntame.

Keptah nunca la había admirado tanto como la admiraba ahora. Su fuerza era la fuerza de un roble, azotado por una tempestad pero no derribado por ella. Como Ceres, que había perdido su hija Proserpina en manos del dios de la muerte, Plutón, así ella perdería su hija. En forma distinta a Ceres, Aurelia no maldeciría la tierra, ni andaría de arriba abajo gimiendo. Sus raíces eran profundas y bien afirmadas.

—La pequeña Rubria tiene la enfermedad blanca —dijo Keptah, y no pudo evitar que las lágrimas brotasen de sus enigmáticos ojos. Aurelia las vio y se sintió emocionada. Luego dijo:

—La enfermedad blanca. No hay cura para esto, lo sé. ¿Estás seguro, Keptah?

—Sí, señora; ha sufrido un retroceso durante un cierto número de años, mucho más allá de lo que yo esperaba. Pero ahora la enfermedad ha vuelto. Dios hizo un milagro una vez por causa de sus propios y misteriosos propósitos; esta vez Él no hará otro.

Aurelia cruzó sus firmes manos sobre las rodillas y se quedó contemplándolas.

—No le he dicho al tribuno que estoy esperando un niño. Quería estar segura. ¿Debo decírselo a fin de aliviar el golpe que para él significará la próxima muerte de Rubria?

—Señora puedes hablarle del futuro hijo dentro de dos semanas. Entonces estaremos seguros. No le digas nada de Rubria. Su corazón está en las manos de su hija.

Aurelia asintió. Mantuvo silencio durante un largo tiempo, mientras Keptah permanecía en pie ante ella en aquella desnuda y brillante habitación. Empezó a llorar, pero en silencio. Aceptaba incluso la muerte con fortaleza.

—Dejémosle que tenga paz. Dejémosle que se alegre con su hija y con el hijo que ha de nacer —dijo Keptah honrando a su señora—. Te he dicho la verdad, señora, porque necesito tu ayuda. Rubria no puede ir a Roma. Puesto que ha de morir inevitablemente es mejor que muera junto a su padre.

—Comprendo —dijo— Aurelia. Mecánicamente hizo un gesto como para alzar el huso, pero luego lo abandonó—. Le diré a Diodoro que prefiero permanecer aquí hasta el otoño, y que el verano en Antioquía mejorará más la salud de Rubria. Teníamos que partir dentro de catorce días.

Miró de nuevo a Keptah y su pecho tembló.

—Gracias —dijo con profunda gratitud, y tomó de nuevo el huso.

Keptah interceptó a Lucano cuando el joven estaba a punto de entrar en la sala de clase donde Cusa preparaba sus lecciones.

—Vente conmigo —dijo Keptah.

Tomó del brazo al muchacho y le condujo a través del azul y dulce aire de aquella mañana primaveral. Permanecieron en el centro del jardín, donde nadie podía oírles. Keptah miró al interior de los ojos del joven y le dijo con suave seriedad:

-Tengo muy malas noticias para ti, querido Lucano; la enfermedad blanca ha vuelto a Rubria y la niña morirá antes de que caigan las hojas.

Lucano se puso rígido. Sus mejillas emblanquecieron como el mármol. Durante los últimos dos o tres años había llegado a creer que Rubria viviría. Más aún, le parecía que su propio espíritu se había unido al de ella con la firmeza de los troncos injertados o las almas de marido y mujer que han recibido gracia de los dioses a causa de su gran amor. No había hablado con Keptah de Rubria. Le había dado gran temor hacerla. Cada día que ella florecía, él se alegraba; cada hora con ella, era como el oro recién extraído y prístino. Su risa era más clara y más fuerte, el color de sus mejillas, más brillante, sus miembros más ligeros y veloces de movimientos. Dios había obrado un milagro y aunque Keptah le había avisado al principio que aquello era sólo un retroceso, Lucano había llegado a creer en silencio, que el milagro era permanente.

—No lo creo —dijo Lucano con voz sofocada. Y trató de liberar su brazo de la mano de Keptah. Sus ojos adquirieron una transparencia viva y aterrada y miró a Keptah como a un mortal enemigo. Keptah apretó su mano.

—Yo no miento —dijo—. La chica está muriendo.

—Dios no puede permitir que una cosa tan terrible ocurra —dijo Lucano con odio en la voz. Miró hacia la trasluciente bóveda del cielo—. Él no puede llevarse a Rubria, que no ha hecho mal a nadie, cuyo corazón es puro, que trae deleite y amor incluso en su propia sombra.

Keptah suspiró.

—Si Dios solamente se llevase a los malvados entonces este mundo sería ciertamente un paraíso: Se dice que aquellos a quienes los dioses aman, mueren jóvenes. Dios ama a esta niña. La llevará con Él para que descanse, esperándote en paz, por siempre.

Pero el joven corazón de Lucano se sublevó violentamente. Su mente se llenó de oscuridad y desesperación. La suave brisa acariciando su carne le hizo estremecer. Odiaba a Dios, que podía privar al mundo de Rubria y desgarrar en pedazos su espíritu. Todo cuanto había sabido de Dios, todo el amor que le había dado humildemente, con gozo y entusiasmo, murió de pronto en amargas cenizas que fueron dispersadas por un aire mortal. A menudo había rogado: «No Rubria, Padre, sino yo. Salva a Rubria.» Y había creído que Dios le oía y le concedería su petición. Se dijo para sí distraídamente: «No lo creo, no puedo creerlo. Si Dios se lleva a Rubria entonces es que es malo y no hay en el mundo otra cosa sino el mal. No hay Dios».

Si Rubria hubiese muerto cuando ya una vez había estado a las puertas de la muerte, Lucano lo hubiese aceptado con la simplicidad y tristeza de un niño inocente, y hubiese rogado por el alma de Rubria. Él la amaba ahora como un hombre, con poder e intensidad y con todo el deseo de su alma y su dedicación. Como hombre Como hombre creyó repentinamente que si ella moría, él la perdería completamente y para siempre.

Keptah, contemplándole, vio el odio fiero y la agonía en los ojos del joven, la amarga rebelión, su resistencia frente a tan cruel destino. Con tono de alarma dijo:

— ¿Entonces, has olvidado cuanto sabías, mi Lucano? ¿Has olvidado la Estrella, el amor, la comprensión? ¿Has perdido tu devoción a Dios y el conocimiento que de Él tenías?

La respuesta surgió de entre los secos labios de Lucano.

—He olvidado. Soñé como un niño. Ahora vivo en un mundo de hombres.

—Entonces, como hombre, debes aceptarlo. Rechazar es propio de niños sin conocimiento.

Keptah suspiró de nuevo. Puso su mano sobre el hombro rígido de Lucano. Recordó que los Magos habían predicho que el muchacho debía llegar a Dios a través de un oscuro y solitario sendero. Sin embargo, deseó que el muchacho no hiciese el camino solo.

— ¿Crees que sólo tú has conocido el dolor? —Preguntó Keptah—. El corazón rechaza el dolor y esto es natural. Pero tú has experimentado más cosas que el dolor. Has conocido a Dios. ¿Te es tan fácil olvidarlo?

Lucano permaneció silencioso.

—No rechazar el dolor instantáneamente no es humano —continuó Keptah con vehemencia—. Siéntete feliz porque todos estos años han sido tuyos; porque la tristeza no te ha tocado, porque has tenido el amor de tus padres y de Diodoro; porque tu vida ha sido serena y gozosa, porque has tenido el amor de Rubria. Dios ha sido tierno y amante contigo. Y sin embargo, en el mismo momento en que Él pide de ti que comprendas, que tengas fe, que en la desesperación y la tormenta le aceptes con la misma sencillez que le aceptaste cuando brillaba el sol, la belleza, y la risa, te vuelves con odio y exclamas dentro de tu alma: No hay Dios.

Lucano suspiró profundamente.

—Que Él realice otro milagro.

Keptah movió su cabeza con gesto negativo.

— ¿Eres tú quien va a establecer las reglas de lo que Él debe hacer? —Luego agregó—: He sido tu maestro. Has estado conmigo por todos los lugares de esta gran casa. Has visto dolor, sufrimiento y muerte. Te has arrodillado al lado de los lechos de esclavos moribundos y les has consolado con palabras de paz, amor y fe y has dirigido sus pensamientos a Dios. Pero... Dios no puede tocarte a ti; Él no debe hacer vibrar tu propio corazón. Tú eres tan sacrosanto que no puedes consentir que te impongan el destino común de todos los hombres. ¡Oh, egoísta, hombre de poca fe!

Lucano no respondió. Sus ojos eran como azules piedras. Keptah continuó:

—Una mujer es más fuerte y más sabia que un hombre. He dado la noticia a Aurelia, y ella le ha aceptado con valor y sumisión.

Añadió:

—No se lo he dicho a Diodoro. Él, como tú, carece de fortaleza.

Lucano exclamó:

— ¿Cómo puede existir la fortaleza cuando no hay respuesta al dolor y al sufrimiento? Keptah miró al cielo meditativamente.

—Hubo un hombre llamado Job que hizo esta misma pregunta. Y Dios le dijo: « ¿Dónde estabas tú cuando puse los fundamentos de este mundo?» Y Job tuvo que callar.

—Esto es la respuesta de un sofista —dijo Lucano.

—Sin embargo, es una respuesta más consoladora que cualquier otra.

Lucano apretó las manos sobre sus ojos y Keptah le miró con compasión. Luego le dijo:

—Alégrate con los dones pequeños. Era el deseo de Diodoro que Rubria te abandonase dentro de dos semanas para ir a Roma. Ahora la heroica dueña, Aurelia, le disuadirá porque sabe lo que ocurrirá. No permitirá que su hija muera tan lejos de su padre. Y tan lejos de ti. ¿No puedes tú ser tan noble como una mujer?

Cusa salió al jardín.

—Ah, ¿estás aquí villano griego? —Dijo el tutor—. ¿Evitas tus lecciones, verdad? Date prisa, vagabundo.

Lucano le miró con ira. Pero Keptah sonrió, y tocando su brazo dijo:

—Mi buen Cusa, tu discípulo está a punto. Acabo de completar una lección.

Luego volviéndose hacia Lucano añadió:

— ¿He completado la lección?

Pero Lucano le miró sombríamente. Después se alejó de Keptah que le siguió con la mirada triste.

CAPÍTULO X

Sin duda preferirías seguir a Keptah por entre los camastros de los esclavos llenos de fiebres infecciosas y estar sabiamente examinando sus orinales —dijo Cusa sarcásticamente—. Sin embargo, si has de llegar a Alejandría con algo más que una capa de sabiduría te aconsejo que te apliques a tus lecciones. Aunque —añadió sombríamente— ello no haga mucho bien a uno de tu limitada inteligencia.

Esta era su manera de espolear a Lucano a esfuerzos extraordinarios. Normalmente Lucano contestaba con una de sus tranquilas y austeras sonrisas. Pocas veces conseguía Cusa excitar su ira, pero cuando lo conseguía se transformaba en un ser tan resistente como la piedra y un relámpago amargo y azul brillaba en el fondo de sus ojos.

Lucano estaba sentado hoy en silencio, su mano inmóvil sobre el estilo, los libros enrollados y la cabeza inclinada. Pero cuando Cusa le vituperó miró a su maestro y el helado fuego de sus ojos puso en guardia al tutor. Sin embargo Cusa añadió:

—No me mires tú, que eres hijo de un antiguo esclavo, como si fueses mi dueño y yo te hubiese insultado imperdonablemente. Es sólo la fortuna que te hizo libre. En una casa más sensible estarías fregando las piedras y vaciando los orinales en lugar de estar sentado en una mesa de mármol como un patricio.

—Déjame en paz —dijo Lucano en tono sofocado.

Entonces Cusa vio que el joven estaba sometido a alguna terrible preocupación y que más insultos le incitarían a la violencia. El maestro hacía mucho tiempo que había dejado de pegarle durante las lecciones. En el fondo de su corazón amaba a su discípulo y casi había dejado de envidiarle por su belleza y los favores que Diodoro le dispensaba.

—Bien —dijo Cusa pensativamente y rascándose su barbilla de sátiro.

Estudió a Lucano. Su mente iba de un lado a otro como si fuese una saltarina cabra. Miró a la silla vacía de Rubria. La doncella había estado más sofocada de lo corriente en los últimos días, y una o dos veces había cerrado los ojos como si fuese a desmayarse y sus labios y mejillas habían adquirido una palidez particularmente espectral. Cusa, cuya curiosidad era insondable había pasado muchos años estudiando los libros de medicina de Keptah y algo se deslizó en su ágil mente. Era algo mortal. Reflexionó que Lucano no estaría sometido a una angustia tan grande si la enfermedad de Rubria fuese trivial. Cusa vio que el joven también miraba hacia la silla vacía de Rubria y que su boca se contraía rígidamente. Como Cusa temía, los dioses habían estado esperando en su luminoso silencio para golpear a la doncella en forma mortal y Lucano lo sabía. El maestro aclaró su garganta.

—Rubria no está aquí —dijo, contemplando a Lucano con atención—. Ah, ¡qué debilidad es ser mujer! Ella estará presente mañana.

Pero Lucano sin oírle, tan sólo miraba a la silla de Rubria y su garganta estaba tan rígida como el mármol. Cusa sintió una piedad poco corriente en él.

—Atención —dijo desenrollando un manuscrito. El libro crujió en el silencio—. Diodoro gasta mucho tiempo, esfuerzo y también dinero en ti. Seamos hombres, no niños.

Lucano no contestó. Sus dedos estrujaron el estilo como si estuviesen torturados. Cusa reflexionó. Luego dijo:

—Consideremos por un momento y al pasar a Anacrusio. Observa su filosofía: «Es en los momentos críticos, cuando un hombre demuestra lo que es. Por lo tanto, cuando la crisis te afecte recuerda que Dios, como un entrenador de luchadores, te ha enfrentado con un rudo y valeroso antagonista. ¿A qué fin? preguntarás. A fin de que puedas salir victorioso en los grandes juegos.»

Una sonrisa sardónica y triste cruzó los labios de Lucano. Miró a su maestro.

—Siempre has declarado que Dios era una alegría. Una imaginación de poetas.

Cusa movió su cabeza en tono de reproche.

—Así es. Pero últimamente he estado pensando que es algo más: El elemento vital del universo, como dice Aristóteles.

—Así pronto te veremos sacrificando en algún templo —dijo Lucano con frío desdén.

Cusa se encogió de hombros.

—Se ha dicho que los sacrificios no hacen daño a nadie. Si los dioses existen, los sacrificios les complacerán y esto es bueno. Si no existen, los vecinos comentarán acerca de tu piedad y esto es todavía mejor.

Le había herido el hecho de que su intento de aligerar el sombrío humor de Lucano no hubiese tenido éxito.

—Atención, Anaxágoras declaró que el hombre se hizo inteligente porque aprendió a usar sus manos. Carecía de observación: los monos usan sus manos y sin embargo su inteligencia no es notable. Los conejos del campo alzan las zanahorias con sus patas delanteras y las devoran como lo harían los hombres, pero los conejos son tan sólo un poco menos estúpidos que algunos estudiantes humanos que yo podría mencionar. Aristóteles sostuvo que el hombre aprendió a usar sus manos porque se había transformado en un ser inteligente. También mantuvo que el cerebro es sólo un órgano para enfriar la sangre. Los filósofos orientales

declaran que el cerebro, y no el corazón es el asiento del alma, el ego y la mente. Aristóteles tuvo sus momentos de estupidez, y yo prefiero a los filósofos orientales en este asunto. Sin embargo no es éste el asunto en discusión. ¿Qué filósofo te parece a ti más acertado en este asunto? ¿Anaxágoras o Aristóteles? ¿Y por qué?

El estilo de Lucano se movía perezosamente, pero con mayor velocidad a medida que su mente tomaba el problema en sus invisibles manos y le daba vueltas estudiándole y pensándole. Escribía limpia y concisamente en letras pequeñas. Cusa le admiraba furtivamente. Alguna noticia odiosa había impresionado al joven; sin embargo podía permitir que una idea se adueñase de sus pensamientos. Sólo un rústico se dejaba abrumar por sus emociones. «Sin embargo, reflexionó Cusa con un poco de melancolía, los hombres rústicos gozan de una paz mental considerable, una paz desconocida al hombre educado. ¿Acaso el precio de la inteligencia era siempre el dolor?»

Cusa bostezó; a medida que Lucano, aún muy blanco y rígido, se aplicaba a sus lecciones. El día se había hecho muy caluroso, silencioso y sofocante. El sol brillaba excesivamente, los pájaros estaban callados. De pronto, a pesar del sol, un cavernoso y atronador sonido llenó todo, sacudiendo la casa, y, haciendo estremecer momentáneamente a los árboles que se veían a través de la abierta puerta. Luego siguió un amenazador silencio. Cusa salió a la puerta y miró hacia el jardín. La hierba y las flores, las mismas fuentes parecían haber sido apesadas por una luz absoluta, a la vez extraña y aterradora. Todos los colores habían intensificado sus tonalidades y absorbido vagamente una nota de terror.

Cusa se encontró respirando con dificultad; era como si la tapa de una caldera hubiese sido levantada de pronto. Contempló el cielo. La luz tenía una curiosa tonalidad metálica, oscureciendo el azul. «Ajá, pensó Cusa, vamos a tener mal tiempo». Conocía aquellas rápidas y semitropicales tormentas, violentas y destructivas. Sin embargo, pasaban rápidamente. Pero nunca había visto una luz tan metálica. En un momento la tierra quedó cubierta de color anaranjado. Las mismas palmeras estaban bañadas en una luz ocre. Las hojas de los árboles adquirieron tonalidades amarillas. La hierba un color topacio. Los blancos lirios parecían amarillentos. Una inquietud amenazadora llenaba el aire y el calor aumentó insoportablemente a medida que el sol parecía agrandarse hasta transformarse en el dorado escudo de Zeus, vuelto hacia el mundo, no en nubes, sino en azafranada inmensidad.

«No me gusta eso», pensó Cusa. Como en respuesta de una burla de los dioses, los cielos explotaron con llamarada amarina. La furia se apoderó de los árboles, de las palmeras y de la hierba. Se retorcieron incontrolablemente. Los libros fueron arrojados de la mesa de mármol en la sala de clase. Un terrible chirrido llenaba el aire, como si millones de loros se hubiesen vuelto locos. Todo color desapareció de los jardines envuelto en un brillo amarillento. «El mundo entero se ha vuelto cetrino», pensó el aterrorizado Cusa. Luchó con la puerta, porque la tempestad le azotaba el cuerpo con violentos golpes. Llamó a Lucano en su auxilio, pero su voz fue arrastrada por el viento. Sin embargo, el joven griego estaba junto a él. Fue necesaria la fuerza combinada de los dos para cerrar la puerta y una vez cerrada permanecieron mirándose uno al otro y jadeando. No había posibilidad de hablar. El trueno, continuo y ensordecedor, les envolvía, acompañado por un terrible y constante relampagueo de color de limón. El suelo retemblaba sin parar bajo sus pies. Mantenían sus bocas abiertas, luchando por respirar, ya que el calor era como la llamarada procedente de muchos hornos. Una o dos veces oyeron un ruido salvaje, como el de aguas atormentadas.

Después llegó la lluvia; no caía continua, sino en cortinas de agua aplastante que procedía de los lados y tenía color amarillo. Cusa y Lucano se dirigieron hacia la mesa de mármol, que temblaba bajo sus sudorosas manos. Los labios de Cusa se movían en una frenética oración. Lucano le contemplaba y su boca se contrajo con desagrado. Cusa, pausando un momento en sus rezos, quedó sorprendido por la expresión del joven. Cusa continuó en sus oraciones a toda prisa, porque el sonido de un trueno atronó cual las ruedas de un poderosísimo carro cruzando sobre la tierra. Pero continuó rezando. El inflamado relampagueo iluminaba una y otra vez el rostro de Lucano con un reflejo amarillo y parecía como si se reflejase sobre el de una trágica estatua. Una y otra vez la tierra se estremeció.

El huracán golpeaba contra la puerta de bronce con puños de hierro. La cortina de la ventana, desplegada como una vela, bailaba sin cesar. Deslumbrado por los relámpagos, estremecido en el fondo de su corazón, Cusa se tapaba los ojos. No vio cómo el agua empezó a penetrar bajo la puerta. Primero penetró en pequeñas filtraciones vacilantes. Luego en un ancho y culebreante avance, discurriendo y murmurando, inundó el enladrillado suelo. Cuando llegó a las sandalias de Cusa, éste dio un salto y abrió los ojos. Pero Lucano no se movió. Su cabeza estaba inclinada y parecía como si meditase. «Sin duda esto pasará pronto», pensó el aterrorizado maestro. Pero la tempestad aumentó de intensidad. Parecía como si quisiese devorar la tierra en fuego. Un raro sonido subrayaba el rugido del trueno, susurrante e indescifrable. Cusa perdió la conciencia del tiempo. Si las columnas de la casa hubiesen caído, si las columnatas hubiesen sido sacudidas, él no se hubiese sorprendido. Nadie se acercó a la escuela por la puerta interior. Toda la casa estaba acobardada. De cuando en cuando el continuo estallido del trueno quedaba salpicado de otro sonido y una nueva llamarada, cuando un árbol era derribado. Las blancas paredes de la habitación palpitaban en olas de brillante luz, que se oscurecía momentáneamente para luego quedar otra vez encendidas.

Cusa nunca había visto una tormenta como aquella. Deseó el consuelo humano y el valor. Lucano, sin embargo, no podía ofrecérselo. Aparentemente no percibía los asaltos sobre la tierra de los crujientes y atronadores cielos. Tenía el codo apoyado sobre la mesa y soportaba su barbilla con el pulgar y el índice de su mano izquierda. Parecía más bien un estudiante que estuviese considerando un teorema.

De pronto, con la misma rapidez que había empezado, todo acabó. El relampagueo cesó de blandir su llameante espada sobre la tierra; el trueno paró tan abruptamente como una voz ahogada. Las llamas que habían golpeado las paredes de la habitación desaparecieron. La cortina cayó flácida sobre la ventana. Los oídos de Cusa, sin embargo, continuaron vibrando por muchos minutos más. Pasó algún tiempo antes de que pudiese controlar sus temblorosas piernas, levantarse y pisar sobre las límpidas aguas que inundaban el suelo. Abrió la puerta y nueva cantidad de agua penetró dentro.

Un sol inocente y claro, recién nacido y amplio, miraba sobre la tierra. Palmeras y árboles derribados yacían sobre el suelo como leña. Las fuentes derramaban el exceso de agua en cascadas de plateada luminiscencia. Pero las flores habían sido derribadas como frágiles y coloreados cuerpos. De pronto, el dulce olor de la rosa procedente del suelo y las rotas flores se mezcló con el de jazmín. Los pájaros iniciaron un tímido canto de agradecimiento por su preservación. La voz del río, demasiado cercana, continuaba su agitado diálogo con el cielo. Por todos los sitios brillaba un color plateado, a través de las derribadas hierbas y los caídos árboles y desde los troncos y las hojas.

De la casa empezaron a salir esclavos. Contemplaron la destrucción y empezaron a lamentarse. Cusa les gritó:

— ¿Dónde habéis estado escondidos, cobardes? Traed pan, vino y queso al instante. ¿Hemos de morirnos de hambre en medio de los libros?

Por primera vez Lucano miró hacia arriba y sonrió ligeramente. Pero ya no era la sonrisa de la juventud; era la sonrisa de un hombre cansado. Un esclavo, aún temblando, trajo una bandeja de pan duro, vino barato y un grueso trozo de seco y amarillento queso, junto con unos pepinillos en leche agria. Al llegar dijo:

— ¡Oh, hay mucho daño hecho! Dos de nuestros mejores cerezos han sido derribados, seis manzanos y todas las plantas de granadas destruidas. En cuanto a los olivos, uno se estremece al pensar en ellos. Mucho ganado ha sido carbonizado en los campos lejanos y las ovejas han desaparecido.

Cusa se acercó a la mesa con aire fanfarrón, hundió un dedo en el tazón de los pepinillos y leche agria y chupó uno.

—No está bastante maduro —comentó con tono crítico. Miró al esclavo.

— ¿Eres un niño para temer a la tempestad? Mientras duraba — ¿ha habido una tempestad?— nosotros considerábamos el Fedón. Lárgate.

El agua salía ahora por la puerta. Lucano dijo:

—Me pregunto quién sería el que se acurrucaba junto a mí gritando a la vez imprecaciones y rezos.

—Atención —dijo Cusa—. Vamos a considerar las categorías de Aristóteles.

El ardiente sol secó el agua y el cielo quedó brillante. Ahora todo el jardín, toda la tierra, estaba envuelta en una niebla radiante. El río mugía aún, y Cusa, con cierto temor, se preguntaba si no invadiría la tierra. Todo goteaba; mil pequeñas voces musicales repiqueteaban por todas partes. Las estatuas en el jardín estaban inundadas por una luz aguada. El perfume del jazmín tenía el olor de los blancos lirios que crecían en las orillas del Lete, imponiéndose por completo a los sentidos. Las voces de los esclavos desde fuera llegaban hasta la escuela, llenas de exclamaciones y asombro ante la destrucción de la tempestad.

Cusa comió con alivio, pero Lucano se limitó a beber un poco de vino. Parecía absorbido en sus libros. Transcurrió una hora. Luego otra y otra más. El sol primaveral empezó a descender hacia el oeste. Cusa no podía leer en el rostro tranquilo de Lucano, estaba poseído de una firmeza masiva. El estilo se movía produciendo un suave sonido.

La puerta interior se abrió y Diodoro penetró en la clase mientras Lucano y Cusa se levantaban. El rostro del tribuno estaba blanco y tenso. Se acercó a la mesa de mármol y miró de lleno a los ojos de Lucano. Intentó hablar pero no pudo. Lucano exclamó cogiendo uno de sus musculosos brazos:

— ¡Rubria!... ¿Rubria?

—Ven conmigo —dijo el tribuno y extendió su brazo alrededor de los hombros del joven como un padre.

Iris estaba augusta en medio de su dolor. Aurelia lloraba junto a ella, pero Iris no lloraba. Lucano no podía acercarse a su madre porque a su alrededor había tal majestad que rechazaba todo gesto de consuelo. Se hallaba en pie, en el centro del recibidor de la casa, envuelta en silencio con el rostro ciego y ausente y las manos unidas ante ella. Parecía oír sólo a Diodoro, quien le estaba contando cómo había ocurrido la muerte de su esposo Eneas.

—Mientras otros huyeron como gallinas, él permaneció con sus cuentas en el pequeño cobertizo cerca del río —decía Diodoro en voz baja—. Hay ocasiones en que el valor es una locura, pero ¿quién pondrá en tela de juicio la lealtad y el valor? El no podía llevarse los libros y por lo tanto permaneció allí. Pero el río se desbordó y arrastró a Eneas cuando se retiró.

Sentía profunda admiración y reverencia hacia su liberto, que había intentado guardar sus archivos aún a costa de su vida. No sabía que para Eneas, los archivos, la simple escritura de su mano eran más valiosos, en momentos de desastre, que su propia vida. Habían simbolizado para Eneas la razón de su existencia; en ellos quedaba plasmada la evidencia de que él había sido un hombre importante y en su limpieza una refutación a su anterior esclavitud. Triunfalmente, al fin había visto a Diodoro marchar hacia terrenos más altos, incapaz de arrancarle del lado de sus tabletas, su mesa, sus estilos.

Sólo Lucano, en virtud de una percepción interna, comprendía y se sentía sorprendido. Durante los últimos años él y su padre se habían distanciado más y más y la figura de Eneas se había difuminado ante los ojos de su joven hijo. No había escuchado debidamente cuando Eneas, por las tardes, le había expuesto

pomposamente los filósofos griegos. Lucano sabía más sobre ellos, con más certidumbre y profundidad. A menudo le había irritado observar la superioridad de su padre. Tan sólo la presencia de Iris había evitado que Lucano expresase su impaciencia. Algunas veces había encontrado a su padre insufrible. Le habían enfurecido los corrosivos comentarios sobre la falta de cultura de Diodoro. Decía que el interés del tribuno por Lucano era un reconocimiento de la inferioridad del romano. «Es un tributo que la grosería con poca frecuencia ofrece al razonamiento», solía decir. Lucano abría la boca con un gesto impulsivo, pero el gesto de ternura de su madre y la azul mirada de aviso le hacían desistir conteniéndose.

Para Lucano la muerte de su padre era una tragedia que iba más allá que la misma muerte. No podía llorar. Tan sólo podía permanecer sentado contemplando a su madre. Deseó caer a sus pies, pidiendo perdón.

«He vivido tan sólo en casa de Diodoro —pensó Lucano—. He vivido sólo para Rubria, Keptah y mis libros. Todo hombre desea. Aparecer como un dios ante los ojos de su hijo. He dejado que mi padre sintiese que era un pigmeo. El se ha visto disminuido ante mí. ¡Oh, no podía dejarle creer que era importante, aunque traté de hablarle con acento de respeto! ¡En tal degradación he caído!»

—Cuando el río entregue su cuerpo, haré que le hagan un funeral de héroe —dijo Diodoro, mirando a la bella Iris, que le devolvió la mirada con azul ceguedad—. Yo mismo encenderé la pira. Ordenaré que pongan banderas y trompetas y la presencia de soldados en uniforme de gala; e incienso, sonido de tambores y una túnica roja y blanca.

Aurelia, llorando, pensó en que hubiese sido de ella si Diodoro hubiese sido lo bastante estúpido como para intentar rescatar aquellos inútiles libros y archivos.

—Mañana empezaré sacrificios en el templo de Hércules, el dios de todos los héroes —dijo Diodoro.

Si Aurelia, Lucano y Keptah no hubiesen estado presentes se hubiese arrodillado y besado el borde del vestido de Iris. Deseaba honrarla, a causa de su esposo muerto. El desprecio que sentía por Eneas había sido devorado por su admiración y por su amor a Iris. Su tranquilo y maravilloso rostro emocionó su corazón y deseó exclamar: «Iris, mi compañera de juegos, mi amada, mi vida es tuya con solo que la pidas.»

Keptah había desaparecido tras una cortina que conducía a la cocina. Volvió a salir con un brebaje en una copa, e inclinándose ante Iris, como ante una diosa, puso en su mano la copa. Ella bebió, pero aún miraba a Diodoro con aquellos profundos ojos que, no veían.

—Elevaré una estatua en su memoria —dijo Diodoro desconsoladamente—. Tendrá un nicho de honor cerca del altar de Hércules. En el nombre de Eneas te será pagada una cierta suma cada año, Iris. Es lo menos que puedo hacer.

Aurelia lloró de nuevo con mayores lágrimas. Los libros, después de todo, habían sido arrastrados con Eneas. Su gesto de trágico heroísmo había sido inútil. ¡Oh, la emocionante locura de los hombres, que creen que un gesto es más importante para sus familias que sus propias vidas! Los hombres eran héroes; pero las mujeres eran sensibles. Aurelia se sentía muy apenada por Iris, que tenía un héroe por esposo.

—No le amaba como a mi esposo, sino como una madre ama a un hijo —dijo Iris hablando por primera vez. Aurelia comprendió y asintió entre sollozos. No estaba sorprendida ante su honradez.

—Era para mí como mi hijo, digno de mi ternura y de mi protección —dijo Iris en tono débil y soñoliento—. Era un hombre trágico.

—Sí, sí —dijo Diodoro sin comprender nada—. Pero la tragedia es el destino de los héroes.

Estaba muy cansado y cubierto de barro. Había trabajado durante horas para salvar lo que pudo ser salvado. Tres barcos cargados con los mejores productos de Siria se habían hundido. Había nadado junto con sus oficiales buscando el cuerpo de Eneas en vano. Cuando vio que Eneas era arrastrado, se había lanzado con sus sandalias, espada, coraza y todo en las rugientes y amarillas olas. Su único pensamiento había sido Iris.

—Creo —dijo Keptah con voz muy suave— que será mejor que el ama Aurelia condujese a Iris a su dormitorio. El brebaje está haciendo efecto.

Iris había empezado a vacilar irresistiblemente. Aurelia se puso en pie y colocando sus brazos alrededor de su amiga, la condujo. Al marchar dijo a su a través de la cortina hacia el dormitorio. Al marchar dijo a su esposo:

—Permaneceré aquí algún tiempo. Cuando vuelvas, Diodoro, envía aquí a mi esclava especial, Maia, para que guarde y vele a Iris durante la noche.

Los tres hombres quedaron solos. Diodoro miró a Lucano, quien en su dolor estaba sentado en presencia del tribuno. Diodoro puso su mano sobre el hombro del muchacho.

—Que la nobleza y el sentido del deber de tu padre sea una perdurable lección para ti —dijo en tono mesurado. Keptah dobló sus manos sobre su túnica y cerró los ojos.

—No he sido un buen hijo —respondió Lucano.

Diodoro palmeó sus hombros.

—Siempre nos reprochamos cuando aquellos que amamos nos son arrebatados —dijo—. Pero si meditamos podemos ver cómo ellos pueden inspirar nuestras vidas, hacer nuestros años más significativos, gracias a sus lecciones.

—Ruego tu perdón, señor, pero no comprendes —dijo Lucano, abatido a causa de su pena.

—Nunca entiendo; esto es lo que todo el mundo me dice —dijo Diodoro con un poco de irritación. Su cansancio le hacía débil. De nuevo palmeó los hombros de Lucano— Permanece con tu madre. Consuéla. Anima su espíritu, porque es la esposa de un héroe.

Lucano se levantó y acudió a la habitación de su madre. Iris yacía en su cama como una blanca estatua caída. Tenía los ojos cerrados. Se arrodilló al lado de ella mientras Aurelia colocaba las mantas sobre sus

helados pies. Lucano besó una flácida mano. Iris abrió sus ojos y le miró y sus labios se movieron. Por primera vez lloró y Lucano inclinó su áurea cabeza contra su pecho y la mantuvo allí en un mudo y dolorido abrazo.

Su corazón era como una inmensa piedra. Deseó rezar por el alma de su padre que estaría vagabundeando en algún espiritual campo de Elíseo, clamando débilmente y solitario. Pero no podía pensar, incluso entonces, sino en Rubria, la brillante, tierna y adorable joven que pronto recorrería también aquel odioso sendero hacia las profundidades de la muerte y a quien él perdería para siempre.

CAPÍTULO XI

Rubria se recobró un poco, lo bastante para ser bajada al jardín, bajo un árbol en la cálida luz de primavera. El pálido aspecto de su rostro adquirió un color débil. Keptah había dicho a Diodoro que la joven frecuentemente tendría estas recaídas de parcial invalidez. El devoto padre no sabía que las largas mangas que la niña usaba, y los vestidos de lana a pesar del calor, eran para ocultarle las dolorosas hemorragias visibles bajo su delgada piel y para calentar aquel débil cuerpo. Aurelia y él habían acordado que ella y Rubria no marcharían a Roma hasta el otoño. Entretanto, se cruzaban calurosas cartas entre él y el senador acerca de la dote.

Cusa permitía tanto como podía y cuando Lucano le complacía particularmente que éste tuviese sus lecciones en el jardín, cerca de Rubria, a fin de que el joven pudiese estar con la doncella. Rubria ya no estudiaba; su vacilante fuerza, su delgadez y repentinas caídas en una gran debilidad, prohibían todo esfuerzo, pero sonreía con infinita dulzura cuando Lucano recitaba sus lecciones. Reía amablemente ante alguna de las salidas de Cusa. Él siempre se había creído a sí mismo ingenioso. En favor de la muchacha, Cusa con frecuencia permanecía en vela toda la noche, inventando agudezas o historias alegres. El corazón del hábil griego se hacía de mantequilla en presencia de Rubria. Él que creía que todos los hombres eran malos, incapaces de motivos verdaderamente desinteresados, de naturaleza de lobos, disolutos en sus pensamientos, se asombraba de sí mismo. Ante aquella muchacha se sentía inspirado tan sólo por el amor.

En la casa había esclavas más bellas que aquella doncella. En comparación con Iris, lo bastante mayor para ser su madre, ella era como una mortal comparada con una deslumbradora diosa. Y sin embargo, Cusa empezó a creer que nunca había nacido una criatura tan perfectamente amorosa. A medida que su moreno y grácil rostro adelgazaba, sus oscuros ojos se hicieron enormes, brillantes y llenos con una luz sobrenatural, húmedos de ensueños y de amor. Su boca, se decía Cusa a sí mismo, era cual una flor. Su largo y negro cabello parecía tejido de cristal, cayendo en cascada sobre sus hombros y sus añiados pechos. Cuando se reclinaba hacia atrás en la silla con las piernas y pies cubiertos con mantas de lana, incluso en los días calurosos, los contornos de su cuerpo tomaban un aspecto impalpable, como los contornos de un espíritu. Cuando dormía, parecía no respirar. Se despertaba tan repentinamente como había caído en la modorra y miraba a su alrededor con ardiente tristeza y cariño. A pesar de ser una doncella romana, de noble familia, trataba a los esclavos con la misma cortesía que si fuesen sus iguales. Abrazaba la vida con cariño y reverencia. A medida que su vida mortal declinaba, su alma tomaba unas dimensiones más allá de la comprensión de los hombres.

Cuando se estaba con ella, parecía que toda la existencia era buena y estaba llena de poesía y significado. Sus pájaros favoritos acudían sobre sus hombros para comer el pan o la fruta que ella sostenía entre sus labios para ellos. Se colgaban en uno de sus delicados dedos y se inclinaban hacia ella con intensidad, como para aprender de ella algún inefable secreto. Incluso el sol parecía ser más brillante cuando ella estaba presente, y brillar más cálidamente. Si sufría, nadie, excepto Keptah, lo sabía. La tranquilidad y serenidad le rodeaban como un aura; no tenía temor. Durante los últimos meses, desde que la enfermedad se había apoderado de ella de nuevo, se transformó en una mujer y, según la humilde creencia de Cusa, en una divinidad. El sabía que ella estaba muriendo; todos lo sabían excepto el apasionado y devoto padre. Cusa sospechaba que Rubria también lo sabía. Su sublime paciencia, su ternura, la forma de mirar el jardín que se extendía a su alrededor y los rostros de aquellos que la rodeaban con tranquila intensidad y delicia, afirmaba en él la creencia de que ella comprendía que pronto abandonaría todo esto, antes de que el invierno llegase. Y sin embargo, nunca se quejaba: tan sólo sonreía como si poseyese algún divino secreto.

Y diariamente Lucano se hacía más duro, más frío, excepto cuando estaba con Rubria. La austeridad de su rostro parecía haber llegado hasta los mismos huesos. Estaba triste por su padre, y Rubria lo sabía. Ella había visto pocas veces a Eneas, pero sufría por Iris y Lucano. No hablaba del muerto, pero algunas veces suspiraba mirando a su viejo compañero de juegos. Era un requisito específico impuesto por ella que Lucano comiese con frecuencia con ella y sus padres, cuando tenía fuerza suficiente para bajar al comedor. A fin de ahorrar ansiedad al padre, descendía andando lenta y débilmente hasta su lugar en la mesa. Cuando estaba allí, toda su atención era para Diodoro, que no dejaba de mirarla amorosamente. El creía que mejoraba. Keptah evitaba sus más agudas preguntas con respuestas evasivas y suaves.

Diodoro, feliz porque Carvilio Ulpiano había finalmente prestado su consentimiento a los términos de la dote, se sintió inspirado en la creencia de que su hija mejoraba lenta y seguramente. También le excitaba la perspectiva de que Aurelia le proporcionase un hijo.

—Naturalmente —decía con orgullo a su esposa—, será un chico. ¿Acaso no he sacrificado bastante a los dioses? Ayer mismo sacrificué una hecatombe. ¡Con los precios que cargan estos sirios, los muy ladrones! He dedicado el chico a Marte. Deberá nacer en Roma, desde luego, no en esta malvada tierra.

Aurelia sonreía. Cuando algunas veces él descubría su llanto, ella le decía tristemente:

—Debes recordar que las mujeres tienen estas debilidades cuando esperan un hijo. Pon tu mano sobre mi vientre, querido; nota cómo el niño salta como un cordero. ¡Ah, es fuerte! Es casi digno de su padre.

Un día, al final del verano, Rubria y Lucano estaban solos bajo la sombra de un gran y susurrante árbol verde. Lucano estaba sentado junto a ella, que permanecía un poco amodorrada, estudiando sus lecciones Y desarrollando los libros de referencia. De pronto una temerosa debilidad le envolvió y la sensación de una insufrible desesperación se apoderó de él. Dejó a un lado las tabletas Y el estilo. Miró a Rubria a sus largas pestañas negras que sobresalían de sus pálidas mejillas como sombras; sus manos dobladas tan transparentes como alabastro. Tenía el aspecto de la muerte, de una suprema rendición Y su pecho apenas se movía. Entonces supo, con absoluta certidumbre, a pesar de su rebelión, a pesar de sus exclamaciones y algunas veces blasfemas oraciones, a pesar de su lucha contra la voluntad de Dios, que ella moriría y que moriría muy pronto. Los huesos de su rostro eran como marfil bajo la piel sin carne; su garganta era como un tallo. Lucano dejó caer la cabeza lentamente sobre sus rodillas, cerró los ojos Y se abandonó a la tristeza.

«Cuando muera, me marcharé —pensó—. Me transformaré en un vagabundo sobre la faz de la tierra. Me iré en la noche y me iré a los últimos extremos del mundo donde nadie conozca mi nombre. No hay nada para mí sin la amada de mi corazón, nada de cuanto ciertamente yo he amado.»

Los pájaros cantaban y revoloteaban, pero no los oía. El sol danzaba sobre las hojas de cada flor, pero tan sólo la oscuridad se extendía ante sus ojos. Era joven y ardiente; pero se sintió viejo, y frío como la muerte. Todo deseo de vivir le había abandonado. Cuando la oscuridad de la tumba o la pira funeral devorase a aquella muchacha, también le devoraría a él. Una débil paralización corrió su carne Y se sintió mortalmente enfermo, como si él también fuese a morir. Un débil gemido surgió de su garganta.

Una mano ligera como una hoja, tocó la cima de su dorada cabeza y le hizo mirar hacia arriba. Rubria le estaba sonriendo con la tierna sabiduría de una mujer. Sus ojos brillaron llenos de amor y de comprensión. Él tomó una de sus manos y la besó con una fuerza de desesperación. Podía percibir su fragilidad, su frialdad, su casi espiritual vaporosidad.

Entonces ella habló:

—No debes apenarte, querido Lucano —dijo en voz baja e infinitamente tierna.

El corazón de Lucano dio un vuelco. Entonces, la muchacha lo sabía. Era posible que lo hubiese sabido desde hacía mucho tiempo. No podía sufrir que un ser joven y bello hubiese conocido la verdad y la hubiese aceptado sin el temor natural, sin pena, tan sólo con un valor sublime. Maldijo a Dios en su interior y pensó: «Cuando ella muera, iré con ella, porque no hay nada para mí sin ella.» Una gran tranquilidad le inundó y le aquietó.

—No te apures —repitió, y su voz sonó con mayor suavidad—. Me siento feliz. No estaré separada durante mucho tiempo de ti y mi padre. Los dioses son buenos; ellos no odian el amor entre los mortales.

«Pero Dios es malo», pensó Lucano. Puso de nuevo su cabeza sobre las rodillas de Rubria y la belleza del jardín que les rodeaba se transformó para él en algo fantasmal, lleno de formas agónicas.

Rubria habló de nuevo débilmente.

—Siento en mi corazón lo que estás pensando, querido. No debes pensar así. Dios tiene un gran destino para ti. Él es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos. ¿Crees que Él nos inflige dolor y pena sin un propósito? Nos hubiese llevado con Él.

—No —dijo Lucano—. Si Él es como tú dices, Rubria, que te alce de esta silla, ponga sangre en tu rostro y fuerza en tus miembros.

Su garganta se cerró en un angustioso espasmo.

La doncella suspiró.

—Seguramente Él sabe lo que es mejor. Seguramente que la paz que siento es por Su gracia y Su bondad. Hoy no tengo ningún dolor. Anoche dormí como un niño y mis sueños fueron maravillosos, más allá de todo lo imaginable. Me sentí llena de gozo y el gozo está conmigo hoy. El mundo es hermoso, pero el lugar donde yo voy es más hermoso aún y allí no habrá separaciones.

Alzó su cabeza de la almohada y contempló el grave rostro de Lucano, su rígida boca, y el brillo amargo en sus azules ojos.

—Ah, tú has olvidado —dijo— Cuándo éramos más jóvenes eras tú quien me decías todo esto.

«Pero es mentira», pensó Lucano. No podía hablar; no podía privar a la joven de su último consuelo, aunque éste fuese falso.

Rubria le miró con gravedad.

—Es verdad —dijo—. Todo cuanto me dijiste cuando éramos niños, es verdad. Mi alma lo dice así, y no hay mentiras al borde de la sepultura. Voy a Dios. —Llevó la mano a su pecho y extrajo la cruz de oro que Keptah le había dado y la puso en la palma de la mano de Lucano. Luego miró al cielo—. Keptah es un hombre extraño y lleno de sabiduría, Lucano. Él me ha dicho que Uno que morirá sobre esta cruz está viviendo con nosotros en el mundo ahora, apenas más que un niño. Donde Él vive nadie lo sabe, y quién es Él sólo lo sabe Su madre. Su nacimiento fue profetizado por los sacerdotes de Babilonia hace miles de años, y Él ha venido. Él nos conducirá a la vida eterna, y allí no habrá más muerte, sino únicamente gozo.

Lucano repentinamente pensó en la gran cruz blanca que había visto en el templo secreto de los caldeos de Antioquía. Y se sintió ridículo, abrumado de ira, odio y disgusto. Los sacerdotes eran notorios farsantes, con sus oráculos, sus profecías, sus conjuros, sus engaños, su lenguaje misterioso. Se reían en secreto ante la ingenuidad de aquellos que creían en ellos. Engordaban de los sacrificios. Cometían abominaciones. Llenaban sus cofres con el oro de los fatuos. Ante la presencia de la muerte sus grises rostros se difuminaban y sus voces quedaban silenciosas.

La cruz de oro brilló en la mano de Lucano. Deseó apasionadamente arrojarla lejos de él y maldecir por la falsedad que era. Pero Rubria, inclinándose en su silla, colocó gentilmente sus dedos alrededor de ella.

—Es mi regalo para ti.

El sol poniente se mantuvo en el cielo occidental, un mar de escarlata y oro, lleno con las verdes tonalidades de dispersas nubes. La brisa gentil desapareció; el olor de las flores y de la tierra fértil se elevó como un incienso. Rubria dormía y Lucano estaba sentado junto a ella, con la cabeza sobre su regazo, y las manos de ella sobre su dorado cabello. No supo cuanto tiempo habían permanecido así. Los bordes de la cruz cortaban sus manos, pero no lo sentía.

Por fin alzó la cabeza, y la mano de la doncella cayó de ella pesadamente. Una sonrisa iluminaba el rostro de Rubria, como si hubiese despertado a un gozo y serenidad completa. Sus mejillas y sus labios habían palidecido hasta alcanzar una absoluta blancura y su frente brillaba. Sus pestañas caían sobre sus mejillas proyectando una suavísima sombra.

Lucano se levantó lentamente y el peso de la edad cayó sobre él. Se inclinó sobre Rubria y emitió un solo, vibrante y terrible gemido.

CAPÍTULO XII

Los cipreses aún se alzan ante la puerta de la casa de Diodoro y de ésta —dijo Iris a su hijo—. Un padre desesperado llora por su hijo y una madre con el corazón roto está inconsolable. Y yo..., yo, que soy tu madre, recuerdo a tu padre. ¡Pero sólo tú sufres! No oyes más gritos de lamento que los tuyos. Eres, sin embargo, un hombre Y debieras dejar las cosas de niño. ¿Creíste que el mundo era un sueño de dulzura y felicidad? Éste es el sueño de los insensatos, de aquellos que serán siempre niños, de quienes temen la noche y quisieran tener siempre a su lado a los ruiseñores, como Aedon, cantando eternamente para no oír la voz de la tragedia. ¡La felicidad! Quienes dicen que existe, que debiera existir, que los hombres tienen derecho a ella, simplemente por haber nacido, son como niños idiotas cuyos balbuceantes labios están untados de miel.

Has cerrado la puerta a ese pobre esclavo, tu tutor, Cusa, y al médico Keptah. Has cerrado tu puerta ante mi propia cara. Te vengas del mundo porque aquella a quien amabas te ha abandonado. Te vengas de los dioses. Te quieres marchar y todos se sentirán desolados, crees tú. Pero te aseguro que Diodoro se sentirá consolado cuando le nazca el hijo y se olvidará de ti, o pensará en ti con desprecio. Tu tutor tendrá otro discípulo. Tan sólo yo me acordaré de ti, yo, tu madre, a quien tú no has visto como una mujer sin esposo y sin hijo.

Tembló a causa de su ira. Fuera de las ventanas y puertas los vientos y lluvias de otoño murmuraban quejumbrosos. Iris había entrado en el dormitorio de su hijo; la triste media luz le mostró sentado ante la mesa con la cabeza entre las manos, pero por primera vez desde hacía mucho tiempo, escuchaba. Finalmente alzó su rostro, miró hacia su madre y la vio. Su macilento rostro se contrajo con dolor inexpresable.

— ¡Oh —exclamó Iris—, has sido tan favorecido! Has estado rodeado de amor. No eres esclavo. Eres un hombre libre, que ha nacido libre. ¿Qué sabes tú de la terrible agonía y dolor del mundo? Eres joven y has sido mimado. Pero no eres capaz de soportar tu dolor y llevarlo como un hombre. Igual que Orfeo has de llorar por siempre jamás.

—He visto la muerte y el sufrimiento muchas veces —respondió

Lucano con la voz ronca de quien ha pasado muchos días sin hablar—. No me son desconocidos. —Sus hundidos ojos brillaron en la penumbra y contrajo los puños sobre la mesa—. ¿Acaso puedes saber lo que he pensado durante todas estas semanas? Dios es un torturador; el mundo un circo donde los hombres y las bestias son llevadas a la muerte salvajemente, sin razón y sin consuelo.

Iris se alegró de que su hijo mostrase al fin alguna emoción. Pero respondió con severidad:

—Es malo blasfemar contra los dioses.

Pero las palabras brotaban de Lucano como las aguas de una presa puestas en libertad.

— ¿Para qué nace el hombre? Nace tan sólo para marchitarse en el tormento y luego morir tan ignominiosamente como ha vivido y en la misma oscuridad. Clama a Dios, pero no recibe respuesta. Apela a Dios, pero apela a un verdugo. Sus días son cortos y nunca están libres de tormento ni dolor. Su boca se extingue con polvo y descende a la tumba y el terrible enigma de su ser permanece. ¿Quién ha vuelto del sepulcro con un mensaje de consuelo? ¿Por qué no ha dicho Dios nunca «levántate y aligeraré tu carga y te conduciré a la vida?» No, no ha habido un tal Dios ni nunca le habrá. É es nuestro enemigo.

Se quedó contemplando sus puños, luego los abrió y miró las palmas y dedos de las manos. Su rostro se endureció y ensombreció a causa de la ira.

—Aprenderé a derrotarle —murmuró—, le arrancaré Sus víctimas. Quitaré Su dolor de sobre los desamparados. Cuando extienda Su mano para alcanzar a un niño, golpearé esa mano para que se retire. Donde Él declare muerte yo declararé vida. Ésta será mi venganza sobre Él.

Se levantó. Estaba débil a causa de los pocos alimentos tomados. Vaciló y se sostuvo en el borde de la mesa. De pie miró a su hermosa madre y vio lágrimas en sus ojos. Empezó a llorar también y cayó sobre sus rodillas abrazando la cintura de su madre y reclinando la cabeza sobre su cuerpo. Ella puso las manos sobre su cabeza y silenciosamente le bendijo; luego se inclinó sobre él y besó su frente.

—Hipócrates ha dicho que esta vil cosa algunas veces se cicatriza espontáneamente —dijo Keptah—. Una vez afirmó que era una señal de los dioses. Si así fuese, no serían mejor que los hombres. Recomienda infusiones y destilaciones de ciertas hierbas para aliviar el agudo tormento, y aconseja compresas empapadas en vino y pociones para aliviar a las mujeres que son afligidas por esa enfermedad, la cual devora las partes internas. Para los hombres aconseja cauterizaciones y castración. Cree que es una enfermedad de las partes privadas, aunque vacila en algunos de sus asertos. ¿Es una sola enfermedad o varias? Un discípulo suyo pensó que era parecida a la lepra, cuando ataca la piel. ¿Es la misma cosa cuando una mancha alarga su negrura y mata rápidamente? ¿Es también la enfermedad blanca? ¿La enfermedad que destruye la sangre y la hace pegajosa como una jalea? ¿Es esto lo que hace decaer los riñones, pulmones, hígado e intestinos? Hipócrates no está seguro. Pero yo lo estoy. Es el mismo mal, en manifestaciones diferentes, y el peor de todos los males porque llega como un ladrón en la noche y al final hace que la víctima pida y ruegue la muerte cuando el cuchillo mueve y remueve sus entrañas.

Él y Lucano se hallaban en el pequeño hospital establecido para los esclavos. Cinco camas estaban ocupadas por hombres y mujeres que gemían y se removían. Tres esclavos les seguían con recipientes de bronce, aceites y vendas de blanco lienzo. Otro esclavo llevaba una bandeja de pequeñas botellas llenas de líquidos. El médico y Lucano habíanse detenido junto a la cama de un hombre que se ahogaba en la más completa agonía. El lado izquierdo de su rostro estaba comido como por una monstruosa larva, la carne, ensangrentada y lacerada, el labio hinchado y supurando sangre. El esclavo miró al médico que le contemplaba con lástima. Lucano permaneció de pie y le miró con la más amarga desesperación. Murmuró a Keptah:

—Seguramente será piadoso darle una poción que le proporcione la paz y la muerte.

Keptah movió la cabeza con lentitud en forma negativa.

—Hipócrates ha declarado que está prohibido. ¿Quién sabe qué instante el alma reconocerá a Dios? ¿Mataremos al sufriente esta noche, cuando el reconocimiento llegaría a la mañana siguiente? Además, el hombre no puede dar la vida. Por lo tanto, no tiene autoridad para dar la muerte. Sólo Él, que es desconocido para nuestras naturalezas y que se mueve en misterios, tiene derechos sobre ellas.

— ¡Mátame! —gimió el esclavo, revolviéndose en la cama. Tomó el brazo del médico en su mano esquelética—. ¡Dame la muerte! —Su voz quedó ahogada por un vómito de sangre.

Keptah se volvió hacia Lucano, que miraba con horror al paciente. Tocó su brazo y Lucano movió la cabeza y miróle con severidad como en un ruego.

— ¿Hubieses privado a Rubria de una hora de su vida? Y puedo asegurarte que ella sufrió tanto como éste, o incluso más.

Empapó unas compresas en un líquido blanco que vertió de un recipiente. Lucano rechinó sus dientes con odio. ¿Qué había hecho aquel pobre esclavo, un jardinero, contra los dioses para merecer aquello? Era un alma inocente y sencilla, que se gozaba en las flores, orgulloso de sus setos, que amaba sus lirios y velaba como un padre por sus rosas. Existían millones menos dignos de paz que aquél. El mundo estaba lleno de monstruos que comían, bebían y reían, y cuyos niños danzaban en los gratos jardines de sus hogares y que no conocían el dolor.

Keptah, con gran delicadeza, tomó la mano desolada del esclavo y la sostuvo con firmeza.

—Escúchame —dijo—, porque eres un hombre bueno y me comprenderás. Hay otros que tienen esta enfermedad, pero en su espíritu, y te aseguro que sufren más que tú. Cuando tu boca supura sangre sus almas supuran violencia y veneno. Donde tu carne es despedazada, ellos tienen sus corazones despedazados. Pero te juro; Niger, que tú eres más afortunado que ellos.

El esclavo dejó de quejarse, y sus ojos se agrandaron y pacificaron. A través de su sangre suspiró:

—Sí, señor.

El violento escarnio era para Lucano como un ácido. Miró a Keptah mientras colocaba el empapado lino en la horrible y desfigurada cara. El esclavo jadeó. Los otros esclavos, menos graves, contemplaban la escena desde sus lechos. Por fin apareció en los ojos del esclavo una niebla de alivio, un trémulo descanso. Una lágrima corrió desde el extremo de su pestaña. Keptah tomó una copa y puso su brazo bajo la cabeza del esclavo y le alzó tan tiernamente como una madre alza a su hijo, puso la copa en los retorcidos labios y, lentamente, Niger bebió con emocionante obediencia. Después Keptah volvió a colocar su cabeza sobre al almohada. Niger había caído en un profundo sueño, quejándose suavemente. Keptah le contempló enigmáticamente por largos momentos. Su oscuro rostro y penetrantes ojos eran ilegibles.

—Ha invadido ya la laringe —murmuró—. No vivirá mucho. —Se volvió hacia uno de los esclavos—: Dale esta poción siempre que él no pueda ya soportarlo, pero nunca antes de cada tres horas, de acuerdo con el reloj de agua.

— ¿Y esto es todo lo que puedes hacer? —exclamó Lucano.

—No. Si hubiese venido a mí cuando la primera pequeña, dura y blanca irritación apareció en el interior de su mejilla, podía haberla quemado con un hierro al rojo. No acudí a mí hasta que era muy difícil para él tragar y las partes interiores de su boca ya estaban supurando, corrompidas y desprendidas. Recuerda que tanto si se trata de una enfermedad del espíritu como de una de la carne, es mejor buscar consuelo y ayuda desde el mismo principio. Después todo está perdido.

Se trasladaron al lecho de una joven esclava que sufría casi tanto como Niger. Su cama hedía a causa de las evacuaciones de su vagina. Keptah se volvió hacia un esclavo y exclamó:

— ¿No te he dicho que mantuvieses los lienzos secos y limpios? Esto es el veneno que la deja. Informaré al capataz, así que prepárate para unos Cuantos azotes.

—Señor, tengo otros deberes —gimió el esclavo.

—No hay mayor deber que curar o aliviar el sufrimiento. Ciertamente, la medicina es un arte divino. Basta ya. Trabaja mejor y olvidaré los azotes.

La esclava, a pesar de su inconsciencia y fiebre, era hermosa y llamativa. Keptah tocó su frente, notando su calor. Dijo a Lucano:

—Intentó abortar con un sucio y primitivo instrumento que usan los salvajes. Aquí tienes el resultado.

—No podía tener un hijo nacido en la esclavitud —gimió la muchacha. Keptah respondió sombríamente:

—El pensamiento era virtuoso: la acción no. Debieras haberte mantenido virtuosa. ¿Tienes un dueño malo? Si le hubieses pedido un marido te hubiese dado uno. Ésta es una casa virtuosa. Pero tú te has divertido, y has seguido tus deseos y lujuria. No tienes excusa. Te enseñaron a leer y a escribir, a hilar y coser, a guisar y hacer otros servicios valiosos. No eres como las esclavas de Roma a quienes sus dueños obligan a acostarse con ellos a capricho. Bien. Veamos cómo estás.

Pero primero se lavó las manos con agua y luego las frotó con un aceite oloroso. Entonces examinó a la llorosa muchacha y tocó sus inflamadas y supurantes partes.

— ¿Voy a morir, señor? —exclamó Julia aterrorizada.

Keptah no replicó. Con un trozo de lienzo hizo un pequeño cono blanco y lo introdujo en uno de los recipientes. La muchacha palideció. Pero Keptah con firmeza separó sus piernas e introdujo el cono en su cuerpo. Ella gimió. El aire quedó lleno de un olor aromático.

—Que la compresa permanezca hasta la noche —instruyó Keptah a su ayudante esclavo—. Luego quítala y destrúyela. Está infectada y es peligrosa. Después lava las partes con agua corriente y limpia, haz otra compresa y que la muchacha misma se la ponga. Para entonces será menos doloroso.

Golpeó suavemente las manos de la muchacha y le dio algo a beber. Luego le dijo:

—No morirás, espero. Me temo que vivirás para pecar más.

Miró a Lucano.

—Visítala al anoecer. Haz que mis órdenes se cumplan.

— ¿Por qué reprochas a esta pobre niña? —Preguntó Lucano con resentimiento—. ¿Es ella mayor que su naturaleza con la cual Dios la dotó? Él le dio los instintos naturales.

—Cuando los instintos naturales pueden ser peligrosos, entonces deben ser controlados —dijo Keptah—. ¿Y qué es lo normal? ¿El mundo? Se debe disciplinar uno mismo para derrotar las pasiones del mundo, o un hombre no es más que una bestia.

La muchacha, un tanto aliviada, sonrió a Lucano, con coquetería. Él se volvió, avergonzado y asqueado.

Las ventanas estaban abiertas y el frío aire invernal de las brisas llenaba la habitación.

—El aire y la luz son los enemigos de la enfermedad —decía Keptah, contra el consejo de los demás médicos—. La limpieza es también un enemigo, sin mencionar el respeto propio y la estima por la carne que viste al espíritu.

Se pararon junto a la cama de una joven y apuesta mujer que tenía un vientre enormemente hinchado. Junto a ella se hallaba agachado un joven y hermoso esclavo, su esposo, cuyo rostro estaba mojado por las lágrimas. Se alzó rápidamente y miró a Keptah con brillantes y suplicantes ojos.

— ¡Ah, señor! —Dijo—. ¿Sin duda está encinta y el niño está a punto de nacer?

—Keptah suspiró.

—Te lo he dicho, Glauco. No es un niño sino un gran tumor. Hay que quitárselo o no vivirá. Lo he dejado en tus manos, aunque pude haber operado antes. Tú has esperado, y así reduces sus posibilidades de vida. No puedo esperar por más tiempo, decídetelo ahora.

—Señor, soy tan sólo un esclavo. Tú tan sólo debes mandar —dijo —Glauco llorosamente.

Keptah movió la cabeza con gesto negativo.

—Ningún hombre es esclavo, por muy atado y encadenado que esté, hasta que admite que lo es. Eres un hombre. ¿Salvo a tu esposa ahora o esperas y la dejas morir? Ella morirá sin la operación; puede vivir si la realizo.

Se volvió hacia Lucano y dijo:

—Palpa el vientre.

Lucano sentía profunda piedad por aquella joven y estoica mujer que no se quejaba y sonreía con valor.

Alzó su ropa. El vientre estaba liso y se notaban las venas como las vetas de un mármol, y brillaba a causa de la distendida tensión. Lo reconoció cuidadosamente cerrando los ojos para concentrar mejor toda su

atención en la punta de sus delicados dedos. En el lado derecho palpaba un objeto duro como una piedra, pero estaba lleno de líquido y tenía un tacto esponjoso, a medida que sus dedos se corrían hacia el ombligo.

—Estoy seguro de que no es carcinoma —dijo a Keptah, que asintió con un gesto complacido.

—Es un tumor lipóide de suero —dijo el médico—, muy común. Debiera haber sido suprimido hace muchos meses, pero esta pareja deseaban un hijo y creían que el tumor lo era, después de tres años de matrimonio. Está cogido al ovario derecho y deberá ser también suprimido.

—¿Entonces no tendremos ningún hijo —gimió Glauco—, ni siquiera una niña?

—No seas tonto —reprobó— Keptah. Aristóteles desechó la antigua teoría de que un ovario produce un niño o una niña y que un testículo produce sólo un sexo. Tu esposa conservará su ovario izquierdo, y está en la misteriosa mano de Dios el que ella tenga después un hijo o una hija.

Puso unas hojas frescas en un filtro, añadió un poco de vino y se lo dio a Hebra, que lo tomó obedientemente. Keptah dijo a uno de los esclavos:

—Permanece con ella, dale una gran copa de vino y después otra. Cuando duerma llámame.

Los ojos de Hebra empezaban a cerrarse mientras su esposo la contemplaba temerosamente. Lánguidamente levantó su amable mano y acarició su rostro con un gesto de consuelo.

—Las mujeres, observa, tienen menos miedo a la muerte y a la vida que los hombres —dijo Keptah a Lucano mientras se dirigían a otra cama—. ¿Es la fe o es que las mujeres, más realistas que los hombres, aceptan la realidad con mejor espíritu?

Lucano le miró sombríamente. «Quizá —pensó— todos estos comentarios van dirigidos a mí en esta primera mañana de mi vuelta a la casa de Diodoro y a sus lecciones.» Y eran pequeños dardos de reproche que herían su sensibilidad. Se sintió enfadado y avergonzado.

El hombre que yacía en el lecho siguiente estaba muy grueso y tan blanco y flácido como la escarcha. Miró a Keptah con un silencioso resentimiento. Keptah contempló la pequeña mesa que había junto a él, en la que se hallaba una botella de agua y un vaso,

—¿Has bebido toda esta agua hoy, amigo?

El hombre murmuró algo en su garganta. Un olor de manzanas, o heno, surgía de su pesado aliento.

—Te aconsejé hace muchos meses que limitases tu amor por los pasteles, los panecillos y las mieles —dijo Keptah con severidad—. Tienes la enfermedad dulce y si no prestas atención harás que tus músculos y huesos salgan de ti en un río de orina. Pero veo que no te has limitado a comidas ligeras de carnes suaves y vegetales, de los cuales hay abundancia en esta casa, en la que reina la creencia de que son suficiente comida para sus esclavos. Si no controlas tu apetito de cerdo morirás pronto entre convulsiones. Es tuya la elección. Decide tú.

Se volvió hacia Lucano y le dirigió un pequeño discurso sobre aquella enfermedad:

—Siempre es del hombre su propia enfermedad. Aquel que sufre la enfermedad dulce, en el cual hasta la misma orina es sacarina, a menudo resulta ser un hombre de temperamento tolerante consigo mismo, que tiene su origen en un egoísta rechazado de complacer a otro que no sea a sí mismo. De esta forma los demás no le aman y para satisfacer sus deseos de amor humano, se alimenta de las dulzuras de la tierra en vez de las dulzuras del espíritu. Hay otras manifestaciones de esta enfermedad, especialmente entre los niños, que invariablemente mueren de ella. Sería interesante hablar con esos niños que, incluso en sus tiernos años, posiblemente tienen una disposición sibarita, cuidándose tan sólo de sí mismos. No podemos hacer nada, sino prescribir las comidas más sobrias, los vegetales y frutas menos dulces y restringir u omitir los dulces y los alimentos compuestos de almidón. Sin embargo, poco se consigue aparte de la prolongación de una vida restringida a menos que el paciente tenga un espíritu despierto y sea capaz de amar más allá de sí mismo.

Miró huraño al esclavo que le había estado contemplando con unos ojos que parpadeaban rápidamente.

—Cuida de tu vida con amor —amonestó—. No digas: «ella me pertenece y me servirá...» Di mejor a tu corazón: ésta es mi esposa querida, y ¿qué puedo hacer yo para que sea la más feliz de las mujeres a fin de que diga que se ha casado con el más noble de los hombres?

A medida que se alejaban, Lucano preguntó:

—Entonces, ¿esto no es una enfermedad orgánica?

Keptah se detuvo y consideró la pregunta. Por fin, respondió:

—No hay separación entre la carne y el espíritu, porque es por medio de la carne que el espíritu se manifiesta. Te preguntarás cómo es que algunas personas contraigan enfermedades durante las epidemias y otras no. Hipócrates habló de una inmunidad natural de quienes escapan. Uno de sus discípulos creía que aquellos que escapan poseen en sí mismos alguna esencia que rechaza la enfermedad, pero, ¿por qué? ¿Puede ser que ciertos temperamentos resistan la infección, mientras otros no? ¿Inmunidad? Si es así, entonces es la inmunidad del espíritu, aunque otros médicos no crean en esto. No estoy hablando del bien y del mal. Hablo simplemente del temperamento.

Llegaron a la última cama. Yacía allí un joven con fiebre alta, su pierna derecha contraída en tal forma que los músculos sobresalían como cuerdas. Tenía un rostro oscuro y agudo que reflejaba inteligencia poco corriente, ojos atrevidos y expresión de enfado. Keptah miró a uno de los esclavos auxiliares.

—He dicho que esta pierna debe estar constantemente envuelta en compresas calientes de lana, día y noche, y tan calientes como pueda soportarlas. No me deis excusas. —Enfadado, alzó la mano y golpeó el rostro del esclavo—. ¿Tenemos aquí hombres y mujeres que buscan tan sólo su placer y satisfacción? Vete.

Miró al joven que reposaba sobre la cama y dijo a Lucano:

—Aquí tenemos a un joven de naturaleza altanera, orgulloso, inconsiderado, hinchado con su propia estimación y arrogancia. Desprecia la ignorancia y la vulgaridad. Posee una mente aguda y afilada como la hoja de un cuchillo. Desprecia sus prójimos, que raramente tienen su inteligencia. Carece de paciencia y de amabilidad. Le he enseñado a leer y escribir; tiene acceso a mi biblioteca, va y viene a voluntad. Nunca piensa con el corazón sino con el cerebro. Descubrirás que quienes son como él están propensos a coger esta enfermedad paralizante. Descubrirás también que cuanto más estúpidos y bovinos, más libres se ven de ella, incluso entre los niños.

Diomedes sonreía con una mezcla de orgullo y mal humor.

—Gracias, señor, por tus palabras acerca de mi intelecto —dijo.

Evidentemente sufría un gran dolor, pero su orgullo no le permitía expresarlo.

—No te estoy adulando —dijo Keptah—. Era casi inevitable que sufrieses esta enfermedad, que, me temo, está destinada a dejarte cojo de una pierna.

—Me preocupo poco por mi cuerpo en tanto pueda alimentar mi mente —dijo Diomedes.

Keptah miró a Lucano.

—Observarás las mismas señales —en gente afligida como éste. ¿Por qué debe un hombre despreciar su carne y la carne de los demás, cuando es una maravillosa invención de Dios y puede ser más bella que ninguna otra cosa viviente? Es por medio de la carne que nos comunicamos con otros. Los hombres como Diomedes no desean comunicación. Sólo desean adulación y obediencia a sus excelentes inteligencias. A los padres que tienen hijos como éste yo les digo: «Enseñad a vuestros hijos a amar, a dar, Y educarles en la obediencia de Dios.»

Los labios de Lucano se curvaron, pero continuó callando. Keptah dirigió la palabra a Diomedes y le dijo:

—Haré que te envíen algunos libros esta tarde. Veo que has terminado los que te mandé previamente. Pero existe esa doncella, Leda, que a menudo escribe cartas para el ama Aurelia. Es una hermosa muchacha, inteligente, amable y que te adora. Toma su amor, pero devuélvelo con todo tu corazón. Sé que tal cosa será dura para ti, pero tú puedes amar a otros si lo deseas. Nada es imposible con una mente despejada, determinada e inquisitiva. El ama Aurelia se siente tan atraída por esa muchacha que ella me ha dicho que cuando desee casarse recibirá su libertad. ¿Le privarás de un don como ése?

Diomedes empezó a gruñir. Luego su rostro se suavizó, y repentinamente lo escondió contra la almohada.

Sus hombros empezaron a agitarse. Keptah dijo suavemente:

—Se han salvado más almas por medio de lágrimas humildes que por todas las pociones que existen en el mundo.

Lucano dijo para sí mismo con tono de desafío: «Simplifica demasiado» Pero se sintió conmovido por los sollozos de Diomedes, que no podía controlarse pese a los esfuerzos que hacía con sus músculos. Keptah dijo:

—Date prisa y ponte bien, Diomedes. Te necesitaré como mi ayudante cuando seas capaz de sentir compasión y amor por los demás. —Diomedes apartó el rostro lleno de lágrimas de la almohada y el gozo brilló en sus ojos. Tomó la mano de Keptah.

—¿Me dejarás ayudarte, señor? —exclamó incrédulamente. Keptah respondió:

—Serás un excelente ayudante, Diomedes: cuando ames, tengas compasión y sientas el dolor de los demás en tu propio cuerpo.

Volviéron a la cama de Hebra, que estaba dormida y respirando suavemente. Keptah ordenó que fuesen colocados unos biombos alrededor de la cama. Hizo salir a Glauco del recinto Colocó una bandeja sobre una pequeña mesa, y sobre la que reposaban agujas, suturas y tres escalpelos, uno grande y dos pequeños. Dijo a Lucano:

—Es la hora de que veas la primera operación. Si vomitas, usa este cubo, por favor, pero no digas nada. Si te desmayas te dejaré caer. Hay una vida que salvar. Necesitaré tu ayuda. Toma este paquete de lienzo y sumérgelo en aceite oloroso. La infección llena hasta el mismísimo aire.

Lucano empezó a temblar. Pero obedeció silenciosamente las órdenes. Miró hacia la intoxicada muchacha, que tenía un aspecto dulce en su inconsciencia. Se sintió lleno de una apasionada conmiseración. ¿Por qué un dios cualquiera afligía a una criatura que sólo deseaba tener hijos, el amor de su esposo y una vida tranquila? ¡Oh, tú que haces este mal a los hombres, te desprecio!... ¿El hombre más bajo del mundo no era más compasivo?

Keptah dejó al descubierto el brillante e hinchado vientre de Hebra. Lo palpó con cuidado. Luego, con seguros trazos de su escalpelo, como si estuviese dibujando un cuidadoso diagrama, hizo correr el cuchillo sobre la blanca carne. Su camino quedaba trazado por una roja línea, que se ensanchaba y abría, como una boca hambrienta. Lucano se sintió enfermo, pero continuó mirando. Los brillantes y rojos músculos fueron expuestos, nervudos, trenzados con palpitantes venas. Keptah los apartó diestramente, con suavidad, y dijo:

—Ahora usaremos estos ganchos egipcios para ligar los vasos sanguíneos y mantener el campo de operación tan libre como sea posible a fin de evitar que se desangre. Observa estos vasos, y los pulsos del corazón que bombean en ellos. ¿No es todo perfecto? ¿Quién puede mirar esto y no sentir reverencia hacia Dios en su corazón? Él ha diseñado al hombre en forma maravillosa, como ha creado los soles y los planetas. ¡Ah, ten cuidado! Usa tan sólo pequeños lienzos para mantener la herida abierta. No dejes que tus dedos toquen ninguna parte de la herida, porque hay veneno en tus dedos y en el aire. Los egipcios sabían esto hace muchos cientos de años, pero los griegos y los romanos lo han despreciado preguntando: « ¿Dónde está el

veneno?», no podemos verlo. Hay millones de cosas en el universo que el hombre no puede ver; y sin embargo existen.

Hebra empezó a gemir y a hablar incoherentemente.

—Es su carne violada la que habla —dijo Keptah—. El espíritu también protesta de la ignominiosa pasividad a que está sometido por efecto de la droga. Hay quienes dicen que las drogas someten al espíritu; no es así. ¿Siente ella el dolor? Sin duda. Pero cuando se despierte no recordará que ha sufrido. Dirá: «Es como si hubiese dormido en medio de una tormenta.»

Lucano, lleno de compasión hacia la muchacha, dijo en lo profundo de su alma dirigiéndose a ella: «Descansa, súfrelo, ten valor. Te salvaremos, querida niña.»

Dirigió toda la fuerza de su mente hacia ella para infundirle seguridad. Quizá fue tan sólo por efecto de las drogas que había tomado y del vino estupefaciente, pero de pronto respiró y pareció relajada. Los tensos músculos se aflojaron y no volvieron a tensarse.

Los brillantes intestinos, de un color rojo grisáceo, quedaron expuestos. Allí estaban, convulsos y deslizándose masa tras masa. Palpitaban y se estremecían un poco y Lucano les habló suavemente en su mente y quedaron flácidos. Con el más exquisito cuidado Keptah los apartó y una enorme vejiga opalescente ascendió de debajo, como un mal que florece de pronto, apartándolos rudamente; una transparente brillante vejiga, supurando corrupción y rápidos ramalazos de sangre. Se agitó inquieta sobre los intestinos. Estaba unida por debajo con un tejido de color más oscuro.

—Éste es el momento vital —dijo Keptah, trabajando con manos seguras—. Ahora miraremos el ovario cuidadosamente. Al más ligero descuido explotará esta vejiga y llenará todo su vientre de muerte.

—Expuso el blanco y amarillento ovario—. Bien —dijo Keptah—, está sano. Después de todo, la salvaremos. Estás demasiado preocupado. Usa más lienzos, mantén la carne aparte con firmeza.

De pronto, toda la escena se difuminó y vaciló ante los ojos de Lucano. El olor de sangre casi le ahogaba. Sus piernas temblaron violentamente, y una arcada seca y poderosa llenó su estómago. Se dijo para sí: «Si yo fallo a esta muchacha, si me desmayo, ¿quién la ayudará?» Miró la malvada e inquieta vejiga y trató de calmar su natural y humana repugnancia. Intentó ver las capas de grasa sobre el peritoneo, amarillentas y húmedas como la grasa de oveja. Presionó los lienzos con más fuerza contra la abierta boca de la herida. Sus músculos se tensaron y tembló. Keptah estaba atando limpiamente los tejidos que sujetaban la vejiga en varios lugares, tensando el hilo de lienzo. La opalescente corrupción adquirió un color lechoso; las señales de sangre se oscurecieron; entonces, con un lento movimiento del escalpelo, Keptah cortó el cordón. La vejiga quedó; quieta sobre los intestinos.

Con el máximo cuidado y lentitud, Keptah la alzó y la dejó caer sobre una bandeja. Los ojos de Lucano estaban llenos de agua y gotas de sudor caían sobre su rostro.

—Contempla cómo coso estas capas ahora, con tanta limpieza como una modista —dijo el médico—. No debe cometerse ningún error en las suturas.

Empleaba un tipo de cosido en cruz, usando un hilo de color claro que, explicaba, estaba hecho de tendones.

—El cuerpo absorberá esto con el tiempo Y los tejidos quedarán tan firmes como antes. Algunos médicos usan hilo de lienzo, que el cuerpo no absorbe y que, posteriormente, causa dificultades.

La vejiga, sobre la bandeja, era tan grande y estaba tan arrugada como un niño recién nacido. Con infinitos cuidados, el médico fue uniendo los diversos tejidos del vientre y cosiéndolos con firmeza.

—La grasa es difícil; algunas veces se separa del hilo o se rompe. Bien. Aquí la tenemos ahora. Y ahora vamos por la piel, que es muy fuerte. Ahora usaremos hilo de lienzo, que cortaremos dentro de una semana.

El vientre se había aplanado milagrosamente. La muchacha gimió una y otra vez, respirando con desesperadas boqueadas.

—Se está una despertando —dijo Keptah. Ató el último y experto nudo. Sumergió una tela en agua caliente y la puso sobre el corazón de la muchacha; luego mojó otro pedazo de lienzo y lo colocó sobre sus pies y otro sobre sus muñecas. Se inclinó sobre el pecho de la muchacha y escuchó su corazón.

—Rápido, pero firme. No tendrá conmoción, cosa que hay que temer. Coloca el cubo cerca de su boca y sostén la cabeza.

Vendió el cuerpo con largas tiras de tela, con la misma firmeza que si la estuviese embalsamando. Después se puso en pie y miró a la muchacha con satisfacción. Estaba muy tranquilo. Miró a Lucano, y vio que la túnica del muchacho estaba húmeda y goteaba. Se rió suavemente.

—Lo has sufrido muy bien. Te felicito. Bebe este vino tan rápido como puedas. Puedo incluso decir que me siento orgulloso de ti.

La muchacha abrió sus inexpresivos ojos. Keptah se inclinó sobre ella.

—Todo ha pasado ya, niña. Estás bien.

Ella gimió y empezó a llorar. Keptah exprimió más hojas ácidas e introdujo la poción en su boca y luego le dio agua. Ella lo tragó febrilmente. Estaba tan blanca como la muerte.

—Duerme —le dijo—, el sueño cura más enfermedades que el arte de cualquier doctor.

Hizo un gesto hacia Lucano.

—Me he dado cuenta, con placer, que has llevado la cuenta de los lienzos usados para contener la sangre. Ahora puedes limpiar todo eso y la visitarás dentro de unas cuantas horas.

—Gluco —murmuró la muchacha. Keptah corrió el biombo y llamó al esposo, que se acercó con la rapidez del viento. Se arrodilló junto a su esposa y puso su mejilla junto a la de ella sollozando.

—Es mucho más duro para el esposo —observó Keptah.

Dejó a Lucano el sucio y repulsivo trabajo de limpiar todas las evidencias de la operación. Las manos de Lucano se movían con debilidad y temblores. Limpió los escalpelos y los volvió a colocar en la bandeja. El olor de la sangre y los efluvios del cuerpo violado le ponían enfermo. ¿Por qué no podía hacer un esclavo aquella labor? Se sentía irritado. Cuando salió de entre las cortinas encontró a Keptah conversando genialmente con los otros pacientes y dando órdenes. Keptah le dijo:

—No siempre tendrás un ayudante. Con demasiada frecuencia un cirujano debe permanecer solo y hacerlo todo él.

Miró a Lucano y rápidamente tomó un cubo, y Lucano vomitó tan violentamente que parecía que las propias entrañas, el estómago y el hígado iban a salir por su agitada boca. Keptah demostró paciencia.

—De nuevo te felicito, mi Lucano. Es mejor abandonarse a uno mismo después de una emergencia que durante ella. Vete y échate hasta que estés listo para ir con Cusa.

Lucano limpió su agria boca.

—Prefiero ir a casa.

—No —dijo Keptah—, pensarías demasiado en lo que ha ocurrido.

Contente a ti mismo; continúa con tu trabajo.

Los vientos de otoño gemían como las voces de una multitud de palomas cuando Lucano abandonó la escuela. Las lluvias grises caían sobre las palmeras y los árboles y goteaban sobre las columnas de la casa de Diodoro y repentinamente la voz de la brisa marina agitaba todas las hojas, todas las ramas y troncos, blanqueaba la hierba; un silencioso gemido surgía de la tierra, un sonido doloroso. Lucano se echó la capucha del manto sobre la cabeza y miró sombríamente al blanqueado y marchito jardín. Las fuentes se quejaban con tristeza; las estatuas dejaban correr sobre ellas las aguas grises; las flores inclinaban sus cabezas en dócil sufrimiento. Lucano era joven; olvidó que mañana todo estaría de nuevo sonriente y cálido, las palmeras brillarían, los pájaros volverían a cantar y el cielo estaría azul. Así como estaba ahora, estaría siempre, siempre para él; roto con torturada angustia, replicando febrilmente al viento que rugía desde el mar, inclinándose infinita y desesperadamente como las hierbas de un fantasmal campo elíseo.

«Todo está muerto —se dijo Lucano—, todo vencido y gris; todo inundado, marchito, hundido y perdido. Lo que he amado se ha ido.» Lucano secó su mojado rostro con la punta de su manto y sintió la más aterradora desolación en sí mismo. Una angustia, una vaciedad, en la que no había ni un solo sueño ni una sola esperanza, le abrumó. Su carne joven pesaba sobre sus huesos como si fuese vieja, seca y unida a la tierra. Miró al vaporoso cielo, tan descolorido como la misma muerte, y deseó llorar, pero no había lágrimas en él, sólo aridez en la que nada crecía ni nada se movía.

Deseó estar en casa y, sin embargo, se sintió estremecer ante el pensamiento. Iris, su madre, estaría allí con su bello rostro blanco y silencioso de dolor; le miraría interrogadora y él no tendría respuestas que ofrecerle. Ella era vieja, tenía treinta y un años. Los viejos carecían de sabiduría, tan sólo tenían quejas; sólo la juventud tenía respuestas, podía responder cuando era feliz. «En verdad—se dijo Lucano a sí mismo—, no hay respuesta para la nada. Y nada es cuanto existe.» Luego se sintió lleno de una salvaje y tumultuosa ira y se levantó, sus puños cerrados, contra el cielo.

— ¡Yo te derrotaré! —exclamó—. ¡Te privaré de tus sacrificios!

La violenta galerna del mar golpeó su rostro y su cuerpo y sintió que era como una burla de desafío. Empezó a cruzar los jardines, temblando de furor, y llegó ante el abierto pórtico, frente a la casa. Las puertas mirándolas de bronce y le parecieron esculpido estaban cerradas. Permaneció hacia ante ellas mirándolas y le parecieron impenetrables. Se dirigió hacia ella sin pensar y las golpeó con su puño. Cuando se abrieron dijo al esclavo:

—Deseo hablar con tu dueño Diodoro.

El portero de la casa le contempló con descaro.

—El señor está en la biblioteca. No ha hablado durante muchos días. ¿Deseas importunarle, Lucano? No te verá. Ha rehusado ver a sus amigos romanos. ¿Verá al hijo de un liberto?

Lucano empujó la puerta y la abrió por completo; apartó al esclavo hacia un lado. La espectral y aguda luz del cielo cayó sobre el blanco y negro mármol del portal y Lucano avanzó por él haciendo que sus sandalias despertasen ecos, mientras su blanco manto flotaba a su alrededor con fantasmales pliegues. El frío y oscuro aire de la casa parecía el aire de una tumba, impresionante y muerto. Ningún movimiento ni voz rompía el silencio, excepto el ruido de los pasos de Lucano. El arco de entrada a la biblioteca estaba cerrado con una gruesa cortina y Lucano la apartó. Tan sólo cuando estuvo dentro de la biblioteca se preguntó repentinamente el por qué y para qué había ido y qué estaba haciendo allí.

Diodoro se hallaba sentado ante una mesa de mármol, con muchos libros enrollados a su alrededor, las manos sujetando su cabeza. Estaba tan quieto como una estatua esculpida en oscuro bronce, porque incluso su túnica era de color oscuro. Cuando oyó el ruido de la cortina dejó caer sus manos pesadamente y alzó su rostro sin luz y miró ciegamente a Lucano; Lucano, a quien no había visto desde la muerte de Rubria.

Lucano quedó anonadado por la apariencia de su señor, el color ceniciento de sus mejillas, la sequedad de su boca, las ojeras en las que sus oscuros ojos se hundían sin luz ni interés. La misma carne del tribuno parecía haberse marchitado. Sus hombros caían pesadamente y cuando se movía lo hacía como si le costase un gran esfuerzo. Lucano, de pronto, sintió su propia juventud, la fuerza de su cuerpo, la flexibilidad de sus

miembros, la vitalidad de su sangre, a pesar de su pena y de insondable furor. Aquí, como su madre había dicho, estaba la desesperación absoluta, más allá de toda consolación.

— ¿Qué? —murmuró Diodoro como si no reconociese al joven. Contempló como Lucano se acercaba a él y con un completo desinterés vio como éste se arrodillaba junto a él, la cabeza inclinada sobre el pecho. Un sonido sofocado salió de Diodoro, un gastado e insondable sonido. Después dejó caer otra vez la cabeza entre sus manos y olvidó a su visitante.

Las palabras surgieron en los labios de Lucano involuntariamente:

—Señor, hay una vieja historia que mi padre solía contarme. Un hombre anciano perdió a su único hijo, y sus amigos llegaron hasta él Y le dijeron: ¿Por qué lloras? Nada puede devolverte a tu hijo. Y el anciano respondió: Por eso lloro.

De una de las altas ventanas de la biblioteca procedía una insegura y crepuscular luz, sombría y vaga. El silencio llenaba la habitación. El joven permanecía arrodillado junto al hombre y ambos estaban absolutamente inmóviles. Después, Diodoro, lentamente y con vacilaciones, puso su mano sobre el hombro de Lucano. Luego dijo con voz ronca:

—Tú también la amabas. Pero tú no eras su padre.

—Perdí a mi padre —dijo Lucano, volviendo su mejilla de manera que descansase sobre la mano de Diodoro. Sus palabras brotaron de él con ronca precipitación.

—Mírame, noble tribuno. Soy un hijo que aunque no llegué a odiar a mi padre, le desprecié un poco como a hombre de poco conocimiento y muchas pretensiones. Me hice arrogante e impaciente y condescendiente. Olvidé todo lo que había sufrido, todo cuanto había conocido. No encontraba sus alardes emocionantes; los encontraba risibles. No perdí a mi padre en aquellos años, sino que mi padre perdió un hijo. Y ahora el hijo ha perdido a su padre; no puedo llegarle hasta él y pedirle su perdón por mi crueldad, impaciencia y el orgullo de mi juventud.

La mano de Diodoro descansaba aún sobre el hombro de Lucano y por primera vez la vida y la comprensión volvieron a los ojos del tribuno. No podía ver el rostro de Lucano, escondido en la sombra y la oscuridad. Pero dijo suavemente:

—Seguramente los dioses no rechazan la contrición y sin duda las sombras en las regiones de los muertos se dan cuenta del arrepentimiento.

Pero Lucano movió su cabeza, incapaz de hablar.

—Yo honré a mi padre —dijo Diodoro compasivamente—. No soy un hombre sin comprensión. Puedo imaginar lo que debe ser recordar que uno ha despreciado a su padre. —Se detuvo un momento—. Eneas era un hombre bueno y honrado y yo confiaba en él sin reservas. Si él ansiaba la sabiduría esta ansia no era despreciable. Tan sólo cuando un hombre no desea superarse es cuando es menos que un buen perro. Honremos a aquellos que saben en sus corazones que no son grandes, porque ellos respetan y reverencian la grandeza.

—Sí —dijo Lucano—, pero esto no me absuelve.

Diodoro mantuvo silencio durante algunos momentos, luego habló como si pensase en voz alta:

—Es bueno vivir en tal forma que cuando uno de los que amamos muere, no sintamos arrepentimiento. Pero, ¿quién no siente arrepentimiento? ¿Quién no ha sido rudo, duro e insensible a veces? ¿Quién no ha sido humano, con todas las faltas? Por lo tanto, ¿por qué castigamos a nosotros mismos? y exclamar en voz alta: « ¡Si lo hubiese sabido, si sólo hubiese tenido cuidado, entonces quizá podría haber detenido la negra muerte con mis manos desnudas antes de que hubiese sido demasiado tarde!»

Una luz débil de asombro brilló en su atormentado rostro. Luego continuó:

—A menudo me he dicho a mí mismo que he sido poco vigilante, que no velé por mi niña con demasiado cuidado; que si hubiese sido más cuidadoso quizás ella no hubiese muerto. Pero ahora veo que los dioses tienen sus horas escogidas. No podemos hacer nada, sino rogar por las almas de los que nos han dejado; que ellos tengan paz y que sepan que nosotros les hemos amado y les continuamos amando.

Pero la sequedad interior de Lucano, se hizo más árida aún, y lo que Diodoro había dicho sonó en él como un eco sin significado.

—Sí, sí —exclamó Diodoro—. ¿Por qué me he apartado de la vida? ¿Por qué he sido menos que un bruto, que se lamenta, pero después vuelve a vivir? Sea como los dioses lo han querido. No necesitan respondernos, porque su naturaleza está más allá de nuestro entendimiento. —Movió su cabeza con vehemencia. Su mano apretó el hombro de Lucano—. ¡He dejado que mi pobre esposa lllore sola en su cama y ella es la madre de mi hija y además espera un hijo! La he abandonado y cuando vino a consolarme me aparté de ella. ¿Ha sufrido ella? Lucano, sin duda los dioses compasivos te han enviado hoy. Si hubiese continuado meditando por más tiempo acaso me hubiese lanzado sobre mi propia espada.

« Yo la vengaré —murmuró Lucano para sí mismo—. La vengaré durante toda mi vida.»

Diodoro miró al arrodillado joven, cuyo rostro pálido y blanco estaba escondido con la capucha, y al tribuno le pareció que era un mensajero del Olimpo. Puso sus vigorosos brazos de soldado alrededor de los hombros del joven, como un padre que abraza a su hijo.

—No debemos pedir por más tiempo el ser absueltos de nuestros crímenes contra los muertos, sino de nuestros crímenes contra los vivos —dijo Diodoro—. Levantémonos, pues, como hombres, atendamos a nuestros negocios en la vida. Los vivos nos esperan.

Después, como Ulises y su hijo, lloraron juntos, y mientras las lágrimas de Diodoro le curaban de su pena, las de Lucano eran como un ácido que producía mayor irritación.

Lucano se dirigió a casa a través del húmedo bosque mientras decía para sí incrédulamente: « ¿Qué le he dicho? ¿Qué mensaje le llevé? En verdad no dije nada. Hablé acerca de mi padre, por quien yo verdaderamente no me lamenté, sino por quien siento solamente pesadumbre, pero cuando hablé mis pensamientos estaban con Rubria y no con Eneas, mi padre. Y es a ella a quien yo vengaré contra cualquier Dios que exista.»

Diodoro acudió a la habitación de su esposa, donde ella yacía tristemente en su cama. Aurelia se levantó cuando entró su esposo, y al ver su rostro se arrodilló en su cama con un grito sollozante y extendió sus brazos hacia él, que la cogió entre los suyos mientras exclamaba:

—Perdóname, querida —y sus lágrimas se mezclaron con las de ella.

Iris, de pie ante su puerta en la tenebrosa y nebulosa oscuridad del atardecer, vio acercarse a su hijo y le esperó sin saludarle de lejos o darle la bienvenida. Él entró en la casa y se quitó la capa, y ella vio la palidez de sus labios, la dureza azul y pétreo de sus ojos; y le dijo:

— ¿Has visto a Diodoro? Había rogado que fueses a verle, porque has recordado que él es para ti como un padre. Dime, ¿Está aún quebrantado por la pena?

Los ojos de Lucano parpadearon:

—Hay algo que no comprendo y que quizá comprendía cuando era un niño no endurecido. Hablé con Diodoro. Hablé con él, pero no de Rubria, sino de mi padre. Y él se alzó y pareció como un hombre renacido. No me preguntes lo que le dije porque no lo recuerdo.

Iris había encendido una lámpara. Volvió su rostro hacia su hijo y a éste nunca le había parecido tan bella, tan vestida de dorada luz, tan parecida a una estatua esculpida por Fidias. Ella se acercó a Lucano y colocó suavemente una mano sobre sus mejillas.

—Aquellos que reciben un mensaje de los dioses no siempre comprenden el mensaje —dijo; y por primera vez desde que Eneas había muerto sonrió—. Otros escuchan y sus corazones responden.

Lucano nunca había respondido a su madre con rudeza, pero entonces lo hizo:

—Hablas neciamente —dijo—; hablas como una mujer, y las mujeres muchas veces hablan por nada. ¡Ah! —Exclamó, y su voz cambió de tono—. Lo siento; no llores, madre. Tienes un corazón muy tierno. Pero yo no siento nada si no odio y deseo de venganza. Y alcanzaré a vengarme...

Se dirigió a su habitación, no desorientado, sino con un propósito definido. Tomó los rollos de libros de sus estanterías, encendió una lámpara y empezó a estudiar.

CAPITULO XIII

«ARQUÍMEDES —pensaba Cusa—, afirmó que con una palanca apropiada podría moverse el mundo. Pero, ¡Oh, diosa de Cipro, la más poderosa de todos los inmortales, tú puedes no sólo mover el mundo, sino los mundos y a los dioses mismos; puedes alzar la vida de los mismos brazos de Plutón, dar a los hombres una estatura que pueda desafiar al Olimpo con un solo juramento que será oído por la más lejana estrella!»

Miró con oculta conmiseración a Lucano, el cual ya no parecía dormir, sino que devoraba las lecciones como si tuviese todos los ojos de la Hidra. En cierta ocasión había dicho a Lucano con una sonrisa, pero también con alarma:

—Virgilio ha dicho que la prerrogativa de dioses y hombres es la risa. Tú nunca ríes ahora. ¿Es que odias? Recuerda que el odio consigue victorias pírricas.

Pero Lucano respondió con una breve mirada y desenrolló otro libro e inclinó su dorada cabeza sobre él, como si Cusa hubiese hecho el más asnal de los comentarios.

Cusa con alguna irritación:

—Virgilio también afirmó que la humanidad hacía reír a los dioses. ¿Sería porque los hombres son demasiado serios, especialmente cuando son jóvenes? ¡Por Atenea, pronto me dejarás sin material que enseñarte!

En otra ocasión dijo:

—Hay otras muchas cosas en el mundo aparte de la medicina. Espera que llegues a Alejandría. —Movié su cabeza con gesto de lástima—. Claudio Vesalio está allí, una persona baja y cortante, te meterá en razón con las matemáticas, acerca de las cuales sabes tanto como un mono.

Caminando solitario a través de los bosques, o a lo largo del río, o en los jardines, o tendido en su lecho, bebiendo o comiendo austeramente, trabajando en sus lecciones, o ayudando a Keptah, Lucano sólo tenía una enorme pregunta: « ¿Dónde está Rubria? » Toda la luz, color y maravillosas formas de flores, árboles y hierbas; de pájaros, animales, insectos, mariposas, abejas y estrellas, habían desaparecido de la vista de Lucano. Todo su trabajo era un medio para alcanzar un fin vengativo, y la belleza había desaparecido para sus observadores e inteligentes ojos. No respondía a nada sino a los gritos de dolor. Cuando un esclavo moría se sentía inconsolable durante días. Ninguna mano era más amable o compasiva que la suya y ninguna mirada más amarga cuando Keptah era incapaz de ayudar a un sufriente.

—Si esto es todo cuanto puedes hacer, entonces no puedes hacer nada —decía. Keptah respondía suavemente, pero con cierta severidad:

— ¿Son los hombres inmortales?

Desconsolado, Lucano se preguntaba a sí mismo: « ¿Si nosotros no somos inmortales entonces por qué hemos nacido? Si al menos pudiese creer que no hay Dios. ¡Pero creo en Él y de Él he de arrancar sus víctimas o su respuesta! Él me persigue. Persigue a todos los hombres para satisfacer su odio.»

Antaño el mundo le había parecido iluminado por alguna luz profunda que no procedía del sol, luna o estrellas, sino de una emanación que yacía debajo y, sin embargo, rodeando su apariencia física y dentro de ella. Ahora el mundo, para él, estaba iluminado por un fiero brillo que hería sus ojos, llevando con él una incandescencia infernal. A medida que los días pasaban, su ira y angustia no decrecían. Era como un fuego alimentado continuamente; cada noche, cuando dormía, se sentía abrasado hasta las cenizas; por la mañana se alzaba en aquellas cenizas como un fénix, herido de agonía. Keptah, al contemplarle con disimulo, pensaba: «Es como Jacob, inquieto, luchando con el ángel, pero mi pobre discípulo lucha sumido en odio y tormento. No tiene la visión de la escalera por la que los ángeles se elevaban hacia Dios. Su escalera tiene eslabones de fuego que conducen a regiones infernales. Como el rey de Nemi, camina entre las tumbas de ira con una espada desenvainada, esperando al destructor.» Y Keptah rogaba: « ¡Oh!, Tú el más santo, el más misericordioso, divino, compasivo, que caminas por esta tierra hoy, en un lugar desconocido y en la forma de un niño. Mira con compasión sobre uno que es un poco mayor en la carne que Tú.... Como Jacob gritó por ti, así grita en su corazón, y aún no ha oído Tu voz. ¡Sé misericordioso, Señor, sé misericordioso...!»

Cuando Lucano era un niño había preguntado las cosas más sencillas e inocentes: « ¿Estás ahí, o allí?» Pero ahora que se daba cuenta de las cosas, todo lo que preguntaba era: « ¿Dónde está Rubria?» El único alivio de su dolor era cuando atendía a algún sufriente. Los esclavos le veían acercarse y Keptah se maravillaba del repentino brillo y esperanza reflejado en sus rostros, de cómo sus quejidos cesaban cuando Lucano les preguntaba amablemente y de cómo contestaban humildemente y con esperanza. Tan sólo tenía que poner su mano sobre una frente enfebrecida para que la fiebre desapareciese y diese lugar a que el pobre esclavo se durmiese. Sus ojos azules habían adquirido una profunda y penetrante suavidad y una apasionada ternura. Ayudaba a Keptah en los partos y sostenía a los pequeños en sus brazos como un padre, cerca de su pecho, como protegiéndoles. Los esclavos olvidaron que era el hijo de un anterior esclavo. Los mayores olvidaron que en un tiempo le habían ridiculizado por sus pretensiones y habían corrido tras él cuando era un niño y le habían azotado y envidiado, e incluso abofeteado. En pocas semanas se había transformado en un libertador, alguien santo que podía aliviarles, cuyos ojos podían hacer que los suyos se cerrasen con descanso, cuyas manos tenían una extraña cualidad de consuelo, cuya voz alejaba el terror o la conciencia de la culpa. «Apolo le ha tocado», murmuraban entre ellos. Le consideraban con una expectación supersticiosa, con miedo y reverencia. Cuando un esposo, una esposa o un niño moría, los parientes cogían la mano de Lucano y le rogaban, desconsolados, que les consolase. Tan sólo tenía lágrimas que darles, pero veían aquellas lágrimas y pensaban de ellas lo que se piensa de las lágrimas misericordiosas de los dioses, y se sentían consolados. Keptah no se sentía sorprendido ante estas manifestaciones y el mágico poder de curación que Lucano poseía. Su única preocupación era el propio Lucano. Cuando estaba alejado del pequeño hospital, la suave luz de su rostro juvenil desaparecía; adquiría un tono de dureza, austeridad y lejanía.

Un día Keptah llamó a Lucano a sus habitaciones. El médico estaba sentado ante su mesa, con muchos libros desordenados a su alrededor y un rostro grave y sombrío.

— ¿Te das cuenta, por supuesto, Lucano, de que tienes un don de curación? ¿Te sientes sorprendido? No lo estés. Basta, no puedo discutir esto ahora. Estamos ante una grave dificultad. —Alzó un frasco que contenía unos turbios orines—. Dime, ¿qué es lo que ves aquí? Lucano tumbó el frasco, olió su contenido, dejó que éste resbalase sobre el interior del claro cristal. Luego dijo:

—Este hombre está muy enfermo; su orina está llena de veneno, condensado, malo y de color oscuro. Creo que veo la presencia de sangre. Sus riñones están peligrosamente comprometidos. —El rostro juvenil se animó—. Tenemos que ordenarle grandes cantidades de agua y prohibirle la sal y prescribir baños de vapor en seguida para que sude profundamente.

Keptah dijo:

—No es un hombre. Esta orina procede de una mujer que pronto dará a luz. Tiene una endematosi alrededor del vientre, el rostro y las ingles.

—Entonces debemos retirar el fluido —dijo Lucano en tono de pregunta. Examinó de nuevo el frasco y añadió—: Puede morir.

—Sí —dijo Keptah, y suspiró profundamente—. Faltan por lo menos seis semanas para que el niño esté a punto para nacer. Sin embargo, debo precipitar el nacimiento inmediatamente. El niño seguramente morirá por prematuro. Es una elección terrible la que debo hacer. La única oportunidad para salvar a la madre ahora, que está siendo envenenada por su propio feto, es un rápido nacimiento. En verdad, no hay elección posible. La situación es desesperada.

— ¿Y el niño no puede vivir?

—Hay muy pocas posibilidades. —Keptah se cogió la cabeza entre las manos y suspiró casi con un quejido.

Lucano se sintió preocupado por él y por la pobre mujer y más aún por el niño inevitablemente condenado a morir tanto si nacía como si no. Luego se dijo a sí mismo: «Y, sin embargo, ¿es bueno vivir?» Dijo a Keptah:

—La mujer podrá tener otros hijos y puede perder éste. ¿Ha tenido hijos previamente?

Keptah le miró con una mirada extrañada:

—Sí, uno. Y aquel niño murió. La mujer no es joven; ha esperado a este niño durante muchos años y ahora se sentirá inconsolable cuando éste muera también. Y el esposo se sentirá mucho más apenado, mucho más, porque ha deseado durante largo tiempo un heredero.

Lucano se sentó repentinamente y su rostro empalideció. Después sus manos cogieron con fuerza la mesa.

—Aurelia —murmuró. Keptah respondió:

—Todo ha ido muy bien hasta hace cinco días. Es una toxemia de embarazo, una cosa mortal. Lo temía cuando el ama Aurelia empezó últimamente a tener dolores de cabeza y algo de fiebre. Has observado su orina. Sabes lo que todo esto significa. Necesito tu ayuda. He enviado un esclavo a buscar a tu madre. Es una suerte que el noble tribuno no haya ido a Antioquía hoy.

Se levantó y miró a Lucano con severidad.

—Aurelia ha tenido dos convulsiones esta mañana. Le he dado un sedante, y sus enfermeras están con ella, sin dejarla ni un momento. Pronto le haré una sangría, y necesitaré tu ayuda. —Se detuvo y la mirada hacia el joven adquirió mayor firmeza—. ¿Cómo es esto? ¿Te sientes como si la muerte se hubiese apoderado de ti? —Alzó la mano con un gesto de prohibición—. Hay un serio trabajo a realizar y si tú me fallas aconsejaré a Diodoro que está malgastando su tiempo y malgastará su dinero en tu educación. ¡Vamos!

Keptah precedió en el camino desde sus habitaciones a través de la casa, hacia la biblioteca donde Diodoro le estaba esperando con impaciencia. Sus fieros ojos estaban iluminados por el miedo.

—Bien —exclamó—. ¡Ya era hora, por todos los dioses! Me enviaste un mensaje para que permaneciese en casa esta mañana en relación con Aurelia. ¿Qué es lo que ocurre?

Lucano le miró con piedad y temor. No amaba exactamente a Diodoro, porque su natural temperamento austero y reservado rechazaba la fuerte violencia y las emociones expresadas con vehemencia, y era muy raro que él se manifestase airado o furioso. Para él, Diodoro era demasiado impulsivo en sus reacciones, demasiado feroz, amenazador, y con frecuencia alarmante, en sus tumultuosos cambios de humor. Sospechaba que Diodoro era un ser inestable, aunque le honraba por su sabiduría y por el amor que sentía por la belleza de un poema escrito o prosa de alta calidad y por su vasta, y algunas veces para Lucano increíble, sabiduría. Lucano sabía que el procónsul le amaba, no como a un hijo, pero quizá como a un sobrino favorito y se sentía agradecido de modo tranquilo e intentaba siempre devolver aquel afecto hacia él con respeto y simpatía. Sin embargo, para tristeza suya, no podía devolver una medida correspondiente al afecto que Diodoro mostraba por él.

Se había sentido menos impresionado ante el pensamiento del trabajoso laborar o posible muerte de Aurelia que a la repentina reaparición de su dolor por Rubria en una casa que había conocido la muerte hacía poco tiempo. Para Lucano no era Aurelia en sí la que estaba en peligro, sino la madre de Rubria.

Pero cuando miraba en silencio a Diodoro su corazón se estremeció y sintió el amor de un hijo por un padre y deseó caer de rodillas, como si fuese su hijo, ante el procónsul y reclinar la cabeza contra su mano y cubrirla con sus lágrimas. Instantáneamente supo que el romano de nariz aguileña y ojos fieros estaba otra vez a punto de sufrir la agonía del dolor, sino por su esposa, de nuevo por un hijo; y hubiese dado su propia vida en aquel instante por evitar a Diodoro aquella inexpresable tortura.

Keptah dijo:

—Señor, tengo malas noticias para ti. Debo acudir inmediatamente junto al ama Aurelia, pero, sin embargo, debo prepararte. He de precipitar: el nacimiento del niño al instante, o tu esposa no vivirá. —Se detuvo, y su oscuro rostro se puso lívido a causa de la emoción.

Diodoro cayó pesadamente sobre una silla. Trató de mojar sus gruesos labios. Después se hundió en un paroxismo de seca tos, como si se ahogase. No podía ni mirar al médico, que permanecía junto a él como a una descarnada estatua de dolor vestido con una túnica de lienzo gris.

Keptah continuó con rapidez:

—No tengo elección posible, señor. No puedo decirte: Salvaré a la señora, o salvaré al niño. A menos que nazca, ella morirá y no podrá llegar el niño a buen término porque morirá en su cuerpo. Deseaba prepararte para el hecho de que el bebé será prematuro cuando nazca, y probablemente morirá al instante. Y ahora debo partir.

Diodoro cogió un pliegue de la túnica de Keptah y la apretó con mano trémula; en su rostro se reflejaba la más profunda desesperación.

— ¡Salva a Aurelia! —rogó con una voz ahogada. Miró salvajemente, casi cegado, al médico y se colocó sobre el borde de la silla mientras su poderoso cuerpo temblaba violentamente.

— ¿Para qué quiero un hijo si mi esposa muere? ¿Qué me son una docena de hijos?

Las venas de sus sienes adquirieron un tono púrpura y se congestionaron, y sus poderosos pulsos se hincharon en su morena garganta.

— ¿La salvarás? ¡Debes salvarla!

Su voz quebrada dejaba traslucir un ruego y una creciente angustia.

Lucano se acercó a él rápidamente y puso su mano sobre el ancho, hombro. Luego dijo en una voz clara y firme:

—Has sido un padre para mí, señor, y como un hijo déjame que te consuele. Te doy mi fuerza. ¡Daría mi vida por ti!

Keptah, mientras se alejaba, miró por encima del hombro a Lucano y sonrió débil y extrañamente. Pero Diodoro, que acababa de soltar la única, volvió la acongojada faz hacia Lucano aunque era muy evidente que no le veía ni le comprendía.

—Vamos —dijo Keptah—. Necesitaré tu ayuda y no podemos detenernos ni un solo instante.

— ¿No puedo permanecer con él?

—No. ¿Crees que es una mujer? Es un hombre.

Keptah salió rápidamente de la habitación envuelto en su flotante túnica, sus pies calzados con sandalias deslizándose rápidamente sobre el suelo de mármol. Lucano vaciló. Gotas de sudor, como grandes y húmedas piedras, descendían pesadamente de la frente de Diodoro y quedaban intactas sobre el pecho de su túnica o rodaban hacia abajo. Lucano corrió hacia la mesa, llenó una copa de vino y la acercó a los resecos labios de Diodoro. Como si estuviese estupefacto, e incapaz de ofrecer resistencia, el tribuno bebió obedientemente, a tragos cortos y seguidos.

« ¡Si al menos pudiese orar! », pensó Lucano, y un helado terror se apoderó de él, y se dio cuenta completa, por primera vez, de lo que la ayuda de Dios significaba para un hombre en sus horas supremas, y percibió su horrible soledad. Pero no se ruega en la aflicción a un dios que no se preocupa de trabajo humano sino que más bien lo ha ordenado.

Diodoro murmuraba sordamente:

—Si ella muere, yo no podré vivir, porque la he sido infiel en mi corazón, y ella es la más amable y tierna de las esposas, la más sacrificada, la más querida.

Lucano se dio cuenta de que el abatido tribuno apenas si percibía su presencia más que la que hubiese percibido de una sombra. No podía soportar aquel seco murmullo de un gemido, y dijo:

—Señor, permíteme: has sido el mejor de los esposos Y los... dioses... no te abandonarán. Sin duda vivirá.

Los ojos de Diodoro carecían de lágrimas; todo lo que podía dar procedía de su sudorosa frente. Pero Lucano lloró, inclinando su cabeza sobre el tribuno en tal forma que su mejilla yacía sobre su rudo y erizado cabello. Diodoro oyó aquel sonido de lamento y se movió vaga e inquietamente Y vio a Lucano por primera vez.

— ¡Ah!, eres tú —murmuró—. Me consolaste antes; me consuelas ahora, Lucano.

Lucano dejó la copa vacía, arrimó el brasero de ardientes brasas más cerca del tembloroso tribuno, tomó una túnica de lana de una silla y la colocó sobre aquellos arqueados hombros, porque era un día helado, de sol pálido y sin color. Diodoro permitió aquellos pequeños servicios de amor, y un débil asombro se filtró a través de su rostro para quedar reemplazado por una mirada vacía.

—He de ir a ayudar a Keptah —dijo Lucano, Y sintió de nuevo su terrible soledad. Sin mirar hacia atrás corrió fuera de la habitación, con lágrimas aún en las mejillas.

Keptah había encontrado a Aurelia un poco adormecida a causa de la droga que le había administrado. Pero gemía en su cama, un terrible color azul cubría su rostro. Había alzado las piernas bajo las mantas, y tenía colocada una mano con fuerza contra su vientre dolorido. Sus músculos se retorcián por todo el cuerpo como si estuviesen poseídos de una vida independiente. Su hinchada lengua medio salía de entre sus labios congestionados Y en los bordes tenía una espuma sanguinolenta. Su respirar estentóreo llenaba la habitación. Fijó sus ojos en Keptah con brillo vidrioso y fijo. Las enfermeras informaron al médico que hasta hacía unos pocos momentos la pobre señora había permanecido tranquila Y aparentemente dormida.

Keptah tomó su pulso; inclinó su oído contra el pecho y escuchó su corazón. Se movía con rapidez y palpitaciones. Alzó la cabeza y Aurelia empezó a estremecerse contra los mullidos cojines que la rodeaban, que habían sido colocados allí para evitar que se arrojase de la cama durante una convulsión. Sin embargo, fue adquiriendo mayor conciencia a medida que su cuerpo se retorcía. Dijo a Keptah:

—Debes salvar al niño. Estoy muy enferma. Posiblemente moriré. Esto no importa. Salva al niño para mi querido esposo.

Medio se alzó en la cama, tomó su enjuto brazo y sus oscuras húmedas trenzas cayeron retorcidas sobre sus hombros y pecho.

Keptah cogió una bandeja que una enfermera le alargaba y vertió un dorado líquido, viscoso y brillante, en una pequeña copa. Con respiración entrecortada Aurelia le miraba ausente, con la cada vez mayor aprehensión de los que están casi moribundos.

— ¿Salvarás al niño? —rogó con tono lastimero.

El médico la honra demasiado para mentirle. Por lo tanto, dijo:

—Señora, ¿supón que es el deseo de Diodoro que tú vivas, y el niño muera?

Ella entreabrió sus congestionados labios y sonrió tristemente:

—El niño le consolará. Además, tendrá otro consuelo y yo bendigo ese consuelo; y si me es permitido, cuando cruce la Stigia rogaré por su felicidad. Porque él ha sido para mí más que padre y madre, que hermano y hermana y que un hijo.

Keptah hizo una inclinación hacia ella, con la reverencia que se tiene a una diosa, sostuvo la copa en sus manos, y ella bebió su contenido de un trago doloroso, porque su garganta estaba inflamada. Entonces, por encima del hombro de Keptah vio a alguien y sus vidriosos ojos se llenaron de atención, con un profundo sentimiento de amor y ruego. Keptah siguió su larga mirada y vio que Iris había entrado en la habitación, envuelta en un blanco lienzo contra el frío, sus doradas trenzas caídas casi hasta sus rodillas.

La mujer griega acudió al instante junto a Aurelia y acarició el oscuro y húmedo cabello con una solicitud amorosa, mientras sus ojos azules estudiaban la azulada y congestionada cara de la enferma. Aurelia olvidó a

todos los demás en la habitación excepto a su amiga. Alzó su temblorosa mano y tomó la de Iris, y las manos de las dos mujeres parecieron intercambiar un elocuente e inaudible mensaje.

Entonces Aurelia volvió a caer sobre sus almohadas y miró en derechura a Keptah:

—Se dice que Julio César fue cortado del vientre de su madre moribunda a fin de salvar su vida. ¿No puedes hacerme caso? ¿Qué es mi vida comparada con la felicidad de mi esposo?

—Lo que te he dado producirá un efecto casi inmediato, señora —dijo el médico—. He visto sobrevivir a niños más prematuros.

Lucano entró en la habitación y permaneció junto al médico. Su rostro conservaba aún la evidencia de sus lágrimas.

Él y su madre llenaron la habitación con la belleza y serenidad de estatuas. Incluso el alto y patricio Keptah quedó disminuido. El helado y último viento invernal alzó la cortina de la ventana. Recipientes de bronce, cerrados y llenos de calientes brasas envueltos en lana habían sido colocados alrededor del convulso cuerpo de Aurelia. Su mente se aclaraba a medida que la muerte se acercaba. Iris se arrodilló junto a ella, porque Aurelia no soltaba su mano. Dijo a la liberta con voz débil:

—Todo lo que tengo te lo dejo a ti. No llores. Has sido mi amiga, y las amigas son más que la sangre, son más que el nacimiento, más que el dinero, más que la posición social, incluso más que la propia Roma. Ruego de ti lo que en cualquier situación darás: devoción, amor y todo tu corazón.

Lucano, de pie, mirando a Keptah que esperaba, se sintió confusamente sorprendido. ¿Qué es lo que Aurelia decía a su madre? ¿Qué significaba aquella extraña y críptica conversación y por qué su madre tan sólo lloraba y no hacía preguntas? Después olvidó toda su apasionada preocupación por Aurelia porque un cambio se había apoderado en su rostro, una rigidez como si estuviese escuchando algo que sólo ella podía oír en su alma. El hinchado cuerpo quedó instantáneamente rígido, y ella alzó sus brazos y arqueó la espalda en una repentina convulsión. Su cuello se tensó, sus hombros se alzaron, y sonó en la habitación un vasto y subterráneo gemido que más bien parecía surgir de un lugar profundo de su carne, que proceder de su garganta. Sus ojos se abrieron desmesuradamente, su lengua mojaba continuamente sus enrojecidos labios.

—Atención —dijo Keptah en voz baja a Lucano.

Separó las mantas de la cama y levantó el atuendo nocturno de Aurelia. El inflamado y azulado vientre, recorrido de venas como mármol, palpataba con fuerza. Olas musculares le recorrían. Después, del canal de nacimiento, surgió un continuo chorro de agua mezclado con sangre, y la habitación se llenó de su olor. Keptah introdujo sus largos y delgados dedos en el cuerpo de la pobre señora y ésta gimió de nuevo, e Iris tomó ambas manos estremecidas y las sostuvo con firmeza. Una de las enfermeras empezó a gemir y las otras dos cayeron sobre sus rodillas en una oración desesperanzada. Aurelia se abandonó a un continuo gemido hasta que éste pareció formar de la misma habitación y del aire invernal.

Lucano sabía lo que debía hacer. Presionó con ambas manos la parte alta del vientre y rítmicamente ayudó a los músculos en sus intentos de separar el niño de la carne de su madre. Pero los músculos estaban contraídos a causa de las convulsiones de Aurelia y se resistían como acero en las manos de Lucano. Cerró sus ojos y dejó que sus sensitivos dedos y manos hiciesen su oficio; cuando una ola muscular se debilitaba, él le prestaba su fuerza.

Las convulsiones causadas por la enfermedad de Aurelia impedían que el niño surgiese, pero Keptah vacilaba antes de la terrible cosa que él sabía ya que tenía que hacer. Tenía que tomar una terrible decisión. El niño posiblemente moriría al nacer o nacería muerto; sin embargo, existía forma viable para que naciese y una insignificante posibilidad de que el niño sobreviviera. A fin de que esto pudiese ocurrir, sin embargo, el convulso canal debía ser agrandado por el cuchillo y el niño ser extraído por fuerza. Aurelia entonces moriría de hemorragia, con sus partes dañadas. La cabeza del niño no podía ser alcanzada por fórceps en la presente condición, porque aún no había descendido a la boca del vientre a causa de su prematuridad y también debido a las convulsiones del cuerpo de Aurelia. Para mayor desgracia Keptah vio, después de un nuevo examen, que el niño se presentaba, además, de culo.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró en voz alta.

A una señal de Keptah, Lucano colocó su oído junto al agitado pecho de Aurelia. Miró con alarma al médico porque el corazón de la señora se percibía muy débil, aunque palpataba como si estuviese aterrorizado. Más aún, la agonía de Aurelia estaba transformándose en algo más de lo que podía soportar. Cuando Lucano vio la oscura y temblorosa mano de Keptah alargarse para tomar un corto y agudo cuchillo, movió sus labios con fuerza y se sintió lleno de una furiosa e impotente ira.

Entonces se inclinó sobre Aurelia y tomó su helado rostro entre las manos.

Por la fuerza de su voluntad hizo que los ojos de ella se volvieran hacia los suyos y empezó a murmurar hipnóticamente:

—Tú no sufres dolor, el dolor se ha ido. Estás somnolienta y cansada. El dolor se ha ido, estás somnolienta..., estás relajada..., el dolor se ha ido..., duermes ahora...

Aurelia vio sus ojos y oyó su voz. Sus ojos eran como brillantes lunas para ella, sumergidos en oscuridad. Llenaban todo el universo, iluminándolo instante por instante. Y todo giró alrededor de su voz; ella sentía que flotaba en un mar ligero pero infinitamente consolador y sin dolor. Una tranquila sensación se apoderó de ella. Una ligereza y libertad de la angustia. Todo estaba explicado, todo comprendido, todo era gozo y paz. No sintió el cortar del cuchillo en sus partes vitales, ni la catarata de su sangre. Estaba sin cuerpo. Sonrió y su sonrisa

parecía venir de algún lugar profundo que salía a su encuentro, una profundidad llena de amor, ternura y compasión.

—Mamá —dijo débilmente y con cariño; luego se quedó quieta.

Lucano alzó su cabeza y miró a Keptah, y se sintió invadido por una corrosiva ola de amargura.

—Se ha ido —dijo.

Pero Keptah estaba sacando las delgadas piernas del niño del cuerpo de su madre, piernas dobladas grotescamente, pequeñas como las de un muñeco y azuladas. Después apareció un diminuto vientre con mayor rapidez, luego su pequeño pecho y por fin la cabeza empapada de sangre, no mucho mayor que una manzana. Su rostro parecía de cera, salpicado de sangre, igual que todo su cuerpo; los ojos de muñeco estaban cerrados y no parecía respirar.

Cuando el niño quedó echado entre las piernas muertas de su madre, tan inmóvil como ella, en medio de un charco de su sangre, Iris puso su cabeza junto al inmóvil pecho de Aurelia y sus sollozos llenaron la habitación, donde el gemido había cesado, como la continuación de su lamentable sonido.

Todo había acabado. No se había salvado ninguna vida. Keptah se cubrió el rostro con las manos y se arrodilló al pie de la cama. Lucano se irguió rígido. Su mismo cuerpo parecía estallar con helada furia, despecho y coraje. Dos habían muerto sin ningún significado y por ningún propósito; dos, de nuevo, habían sido llevados salvajemente a la muerte por la mano de Dios.

— ¡No! —gritó Lucano vehementemente—. ¡No!

Corrió al pie de la cama y tomó al niño que no respiraba en sus brazos. Por un instante su ligereza le sorprendió. Pesaba menos que aquella muñeca que él había dado a Rubria hacía muchos años. Su carne estaba fría y pálida, su rostro azul, su cabeza caída. Lucano forzó los labios infantiles, los abrió e introdujo un dedo en la garganta. Extrajo un coagulo de sangre y moco. Nadie le miraba cuando tomó una manta caliente y envolvió al niño en ella. Abrió de nuevo la increíblemente diminuta boca, alzó al niño hacia su rostro y forzó profundas aspiraciones en su garganta y pulmones. Concentró toda su atención, toda su voluntad, en el bebé. Iris continuaba quejándose; Keptah, arrodillado, lloraba por las dos almas que habían abandonado aquellos cuerpos; las enfermeras, lamentándose, estaban postradas en el suelo.

— ¡Vive! —mandó Lucano al niño, mientras grandes gotas de sudor caían de su frente y mojaban sus vestidos.

Su fuerte respiración entraba y salía por la garganta del infante como la misma vida, firme y llena de propósito, decidida a no ser rechazada. Sus dedos presionaban el pecho del niño con suavidad y firmeza, contrayéndolo y dilatándolo, sosteniendo al pequeñito contra su corazón con la mano izquierda y respirando sin cesar en su garganta.

Iris cubrió con una colcha el rostro tranquilo y yerto de Aurelia y sus gemidos murieron cuando vio la débil y plácida sonrisa en los labios de su señora. El trozo de cielo gris, visible a través de la ventana, se oscureció a causa de una tormenta que se acercaba hasta allí llegaba el distante sonido del trueno, y luego el fulgor del rayo. Las esclavas continuaban llorando y gimiendo y rogando por los muertos. Keptah se sentó sobre las piernas, su cabeza caída. El trueno y el sonido del viento se mezclaban con sus voces.

De pronto Keptah se alzó con rapidez. Había un nuevo sonido. En la habitación, débil e inseguro como el grito de un pajarillo. Se apagaba, luego sonaba con más fuerza. Keptah corrió hacia Lucano y exclamó con asombro:

— ¡El niño vive! ¡No está muerto!

Pero Lucano no le veía ni le oía. Sus dedos se movían continuamente; proyectaba su respiración y su voluntad y su vida sobre aquel infinitesimal cuerpo. El niño se estremeció contra su corazón; frágilmente, como un pájaro que luchaba. El ensangrentado rostro perdió palidez, se coloreó profundamente. Una mano, increíblemente diminuta, se crispó bajo la manta de lana.

— ¡Vive! —exclamó Keptah inundado de gozo—. ¡Respira, es un milagro de Dios! Nadie sino Iris vio a Diodoro entrar en la habitación, vacilando como un borracho. Ella se dirigió hacia él y cayó sobre sus rodillas ante él, y tomó sus brazos, sus piernas y lloró en voz alta.

CAPITULO XIV

LUCANO leía el séptimo libro de Herodoto, en el que decía que Jerjes había llorado el día de su victoria. Entonces Artabano, tío de Jerjes, se había acercado a él y dicho: «Señor, primero felicítate a ti mismo y luego llora», a lo que Jerjes había replicado: «Me sentí invadido de piedad ante el pensamiento de la brevedad de la vida humana, al percibir que de todas estas multitudes, ni un solo individuo vivirá dentro de cien años.»

Artabano había replicado: «En la vida tenemos otras experiencias menos lastimosas que ésta. El tiempo de nuestra vida es ciertamente tan breve como dices y, sin embargo, no hay un solo individuo que sea tan completamente feliz como para que en el transcurso de su vida, breve como es, no desee, no una vez sino muchas, el estar muerto y no vivo.»

Sí, Lucano dejó el libro e inclinó la cabeza contra la mano contemplando sin ver el rayo amarillo y caluroso de un sol de verano que caía sobre sus pies vestidos de sandalias. En aquel tiempo estudiaba mucho en casa, huyendo de la clase tan pronto las lecciones acababan, para escapar de los esclavos, que persistían en

inclinarse ante él, o tocar sus vestidos, o caer de rodillas ante él implorando su intercesión ante los dioses. Le horripilaba y repelía que él, extraño y desesperanzado en cuanto a Dios, fuese rogado que actuase de intermediario entre los sufrientes y Él. Huía de los ojos que le adoraban y de las manos alzadas. Deseaba gritar: « ¡Os digo que Él os odia! Nos da la vida para que muramos en la oscuridad. Nos da la vida para que veamos la fealdad de la muerte. Nos da el amor a fin de que pueda destruirnos; ¡Mejor adorar a Caronte que a Él!»

Pero no podía decir aquello aunque se estremecía desesperadamente en su corazón. Desde que había salvado la vida del pequeño Prisco, los esclavos creían devotamente que había sido tocado por la divinidad. Ya no podía ir al hospital, ni visitar esclavos enfermos en compañía de Keptah. Las cosas estaban así desde hacía seis meses. Pronto partiría para Alejandría, donde sería uno entre los muchos anónimos y desconocidos estudiantes, el hijo de un antiguo esclavo, el protegido de un romano de buen corazón. Entretanto mantenía su puerta cerrada contra aquellos que se acercaban humildemente a ella; se tapaba los oídos con las manos para no oír las inoportunas palabras que le dirigían a su madre y sus tristes y compasivas respuestas. Estudiaba dibujos de anatomía muerta con Keptah, pero no oía a los vivos. Cuando en una ocasión Keptah le había reprochado, exclamó frenéticamente:

— ¿Debo deciros lo que creo, que Dios es su enemigo? Sin duda diré esto si me presionas a que hable con ellos... Y ¿Para qué les servirá? No soy un embustero.

—Eres como un arquero parto que, retirándose, lanza dardos envenenados hacia atrás —dijo Keptah—. Te digo que Él te persigue y no escaparás a Él. Tus dardos no le herirán, pero Él persigue impulsado por amor, no por odio.

Sin embargo el médico comprendía con la más profunda piedad.

Una abeja entró zumbando a través de la abierta ventana y se posó sobre un libro cerca de la escuálida mano de Lucano. Sus doradas alas temblaban; atrevidamente exploró el rollo. Sus patas delicadas se movían nerviosamente. De pronto se lanzó y se posó sobre la parte de encima de los dedos de Lucano. Él vio sus enormes y brillantes ojos y suspiró. Se levantó gravemente y con lentitud se acercó a la ventana y dejó que la pequeña criatura volase desde allí siguiendo su brillante vuelo hasta que desapareció. Un gran dolor le dominaba y tenía los ojos secos. ¡Oh, los inocentes, que viven sólo para poder morir! Lucano apoyó la frente sobre el alféizar de la ventana y sintió una tremenda compasión y amor por todo lo que vive, es torturado, se machita y cae en el polvo, desde una abeja hasta un hombre, desde una hoja a un niño, desde un árbol a un buey; desde una estrella a una araña. Deseó abrazar la vida con sus brazos, consolarla, murmurar amor y consuelo, y sosteniéndola así, retar a su Destructor.

Se dio agudamente cuenta de los sonidos de la casa. La risa de una niña. La niña era muy joven, la hija de la esclava que amamantaba al pequeño Prisco. Iris era ahora el guardián del hijo de Diodoro. Le había llevado a su casa pocas horas después de su nacimiento, junto con la nodriza y otra esclava. Era Iris quien mimaba a Prisco y le atendía, no dejándole ni un momento durante el precario mes de su vida. Fue Iris quien vio su primera desdentada sonrisa y oyó su primer murmullo afectivo. Le mecía sobre sus rodillas; dormía junto a su pequeña cuna. El menor ruido hacía que acudiese corriendo junto a él. Tejió sus vestidos y los cosió. Mecía su cuna cuando estaba inquieto, se inclinaba sobre él tranquilizándole. Lavaba su diminuto cuerpo. Nunca se separaba de él.

Lucano oyó la voz de su madre, y la gutural respuesta del pequeño niño. Frente a la ventana de Lucano pasó la aureolada cabeza; llevaba a Prisco en los brazos, cogido firmemente contra su pecho. El rostro del niño aparecía por encima de los hombros de Iris y sus ojos se encontraron con los de Lucano. El joven se estremeció porque el pequeño rostro era como el de Rubria y no podía soportar su vista, Prisco giró sus ojos alegremente, porque era un alma feliz, lleno de afabilidad hacia todos. A su pesar Lucano sonrió en respuesta. El niño echó hacia atrás su cabeza balbuceando feliz y tocó el oído de Iris. Ella le llevaba al fresco y pequeño jardín en la parte de atrás de la casa. Allí se sentaba bajo un gran árbol, murmurando y cantando hasta que el niño se dormía. El sol descendía hacia el oriente. Un aire claro difuminado con oro, se llenaba de susurros de vida secreta. El aroma de la tierra, las flores y la hierba se mezclaba con suave luz y en algún lugar de la casa una esclava canturreaba mientras hacía sus deberes. Las palmeras sonaban y se estremecían y los pájaros saltaban de árbol en árbol, reflejando la luz del sol en sus alas como oro.

Lucano salió al jardín. Iris había cogido una flor blanca y Prisco, sobre sus rodillas, estaba activamente examinándola. Era aún muy pequeño para su edad, pero tenía un cuerpo inquieto y atento, y sus ojos negros brillaban con el deleite de ver y existir. Estaba desnudo excepto un blanco pañal; su pequeño pecho era ancho y moreno. Unos rizos negros se curvaban alrededor de sus orejas, cuello y frente. A pesar de ser tan pequeño tenía una fuerza casi increíble para un niño de tan corta edad y nacido prematuramente. Parecía un diminuto guerrero, aunque su sonrisa era la sonrisa de Rubria, ganadora y dulce, con un toque de malicia en la expresión de sus ojos, cariñosos e inquisitivos como los de Rubria. Por esta razón, Lucano evitaba normalmente al niño. Prisco le vio antes que Iris y gruñó de nuevo feliz y agitó la flor como dándole la bienvenida.

Iris sonrió a su hijo, ocultando su constante ansiedad por él.

—Mira —dijo—, ¿no es como un arquero, o un luchador, o un corredor? Sus músculos son verdaderas armaduras.

La boca del niño tenía aún las huellas de la leche que acababa de tomar y jugueteaba sobre las rodillas de Iris a fin de que ésta riese y le sujetase. Lucano alzó un dedo frente a Prisco y éste lo cogió, lo examinó con

intensidad Y luego se lo llevó a la boca. Lucano sonrió. Sentía hacia el niño afecto de padre. Después frunció el ceño.

—Es extraño que Diodoro permanezca en Roma tanto tiempo. Da la impresión de que no piensa en su hijo.

Luego exclamó:

— ¡Ay, tiene dientes!

—Cuatro —dijo Iris orgullosamente—. ¿No es maravilloso?

Su rostro era tan sonrosado y puro como el de una joven. Tras un momento añadió en forma abstraída:

— ¿Diodoro? Sí, hace casi seis meses. Esta vez no volverá hasta que consiga permiso para abandonar Antioquía. Así me ha escrito. Me imagino —añadió con una débil sonrisa— que estará mareando a Carvilio Ulpiano sin piedad y acosando al Palatino. Ya no puede soportar Siria por más tiempo y está determinado a retirarse a sus posesiones. Creo que se ha transformado en la sombra de César porque es un hombre obstinado y tiene considerable influencia.

Acarició la ágil cabeza del niño. Diodoro había llevado las cenizas de su hija y su esposa a Roma para enterrarlas en el cementerio familiar. Iris sabía que aquél había sido un viaje doloroso y sin consuelo. Diodoro, después de la muerte de Aurelia, se había enmudecido, había partido para Roma, y pasado muchas semanas antes de que escribiese brevemente para contarles acerca de sus planes y preguntar por su hijo. Su pregunta había sido indiferente, sólo había visto a Prisco unas pocas veces y no había manifestado ninguna emoción. Pero su última carta había sido más interesante. Estaba convencido de que Siria era maléfico para su familia. Cuando volviese sería tan sólo a fin de recoger su casa e instruir a su sucesor y luego abandonaría aquella maligna tierra para siempre. Su hijo sería educado en la tierra de sus antepasados, frente a la vista de las siete colinas, bajo la protección de sus dioses.

Había escrito sólo una línea respecto a Iris: «Confío que tú, mi antigua compañera de juegos, mi hermana espiritual, consentirás en volver conmigo, para continuar el cuidado maternal de mi hijo».

Iris suspiró. Esperaba mucho más que aquello. Su propio hijo estaría lejos, en Alejandría; aquel hijo tan torturado, atormentado, tan poseído por un dolor sin remedio, tan sombrío y desolado. «Ah, pensé, pero es joven, y tiene mucho que estudiar y que aprender.» Se dio cuenta de que Lucano era como ella tanto en naturaleza como en apariencia: Paciente, delicado, profundo y calmamente amante, reservado en el habla y la acción, viviendo una oculta aunque profunda vida, disciplinado y un tanto rígido de temperamento. Aún no había adquirido su presente flexibilidad, su gentil resignación, y profunda fe en que Dios era bueno y no malévol.

Siempre se habían comprendido más que hablando por medio de elocuentes miradas, una ligera sonrisa, el más pequeño gesto, la menor inclinación de cabeza. Entre los dos, había siempre existido la más profunda comprensión hasta que Rubria murió. Desde entonces Lucano se había retirado incluso de su madre y había permanecido frío y alejado a distancia. Hasta aquel día había rechazado interesarse por el niño que él había salvado, aunque Iris sospechaba tiernamente que era menos frialdad que temor a verse envuelto una vez más en un amor personal por algo, porque en el amor, creía él, existía un constante peligro y una amenaza de desastre.

Se sintió intensamente emocionada cuando Lucano repentinamente se inclinó a fin de poner su rostro a nivel con el del niño. Prisco se sintió encantado. Alzó la mano y cogió la nariz de Lucano.

—Tiene la mano de un gladiador —exclamó el joven— y unos talones de águila.

Prisco balbuceaba de alegría. Soltó la nariz de Lucano y cogió el rizado cabello que caía sobre la frente del joven y tiró de él. Lucano se maravilló de su fuerza. He aquí un niño que sólo seis meses atrás había yacido en sus brazos como una rota marioneta, sin respirar y azul, flácido y tan blando como la cera. De pronto Lucano se sintió lleno de orgullo y afecto. Extendió sus brazos hacia el muchacho, y Prisco rápidamente se echó en ellos. El cálido, pequeño y firme cuerpo rompió el corazón de Lucano; besó los desnudos y morenos hombros, acarició los brazos y los codos. Besó los ojos, tan parecido a los de Rubria, y luego, muy tiernamente, la boca que era una pequeña réplica de la de ella. Sus párpados se sintieron invadidos por las lágrimas y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. « ¡Oh, que pueda amar de nuevo!», rogó a una deidad sin rostro.

Volvió el niño, pese a sus protestas, a los brazos de Iris; se alzó repentinamente y se alejó. Iris le siguió con una larga y triste mirada; sin embargo se sintió consolada.

A la mañana siguiente de llegar Diodoro a Antioquía, el tribuno ordenó que Keptah se presentase ante él. El médico penetró en la biblioteca de su señor y sus penetrantes ojos apreciaron instantáneamente el estado mental y físico de aquél. El rostro de Diodoro estaba gastado y más pálido. Los años parecían haberse acumulado sobre sus rasgos; aunque toda su persona parecía rodeada de una triste inquietud y parecía haber adquirido una madurez más dura. Era más romano que nunca, y menos sencillo que jamás había sido.

—Tengo buena salud —dijo abruptamente antes de que Keptah pudiera, ni siquiera saludarle—. No es necesario que tus médicos ojos me examinen de arriba a abajo. Dentro de cuatro semanas partiré para Roma con toda mi casa. Ya no eres un esclavo. Tengo entendido que has comprado viñas y olivos en los alrededores y que has efectuado algunas inversiones en la propia Roma. No tengo tiempo que perder. No te puedo mandar puesto que eres un liberto. Sólo puedo preguntarte: ¿Volverás conmigo a Roma?

— ¿Es necesario preguntarme esto?, señor.

Diodoro no respondió durante unos momentos. Luego dijo con una nueva quietud en su voz.

—He aprendido una sola cosa en todos estos meses pasados en Roma: Un hombre nunca puede fiarse de otro; si lo hace es a costa de su propia seguridad y quien niega esto es o un mentiroso o un estúpido. ¿Quién fue el filósofo que dijo: «Sé amigo de todos pero no tengas intimidad con ninguno?» No es sólo, como algunos me han dicho en Roma, que el hombre es intrínsecamente malo y no es el mismo hombre hora tras hora, de día en día. Mi pregunta no era un insulto para ti. Estaba simplemente interrogando. Keptah no respondió. Se sentía lleno de compasión hacia aquel hombre más delgado y menos vehemente, cuyos fieros ojos estaban aún sumidos y llenos de dolor. La animación había desaparecido del tribuno y su vitalidad estaba en decadencia. Sin embargo, aún quedaba ferocidad y sombría expresión en él.

—Pensé, cuando partí para Roma, que volvería a reunirme con mis viejos camaradas y que ellos me recordarían con afecto. No puedes imaginarte lo idiota que fui. Es cierto que me saludaron con afecto y mucho placer. Esto es debido a que se acordaron de que tengo mucha influencia incluso con ese Tiberio que por lo menos recuerda que soy un soldado excelente, aunque no parece que recuerde que soy un ser humano. Creí que encontraría algún alivio en Roma...

Hizo una pausa y una sombra oscura recorrió su rostro. Se levantó y llenó una copa de vino, luego hizo un gesto a Keptah de que se sirviese.

—En resumen, señor —dijo Keptah, después de haber bebido respetuosamente su copa de vino—, has descubierto que los hombres no son diferentes en Roma de lo que son en Siria, en Bretaña, en la Galia, en Judea, en Egipto o en Grecia.

Diodoro dejó su copa lentamente y sin hacer el gesto violento que solía. Se notaba la ausencia de su anterior énfasis y violencia en sus maneras y voz. Respondió:

—Tienes toda la razón. Pero estaba ausente de Roma desde hacía mucho tiempo y había olvidado. Te hablaré de esto más tarde.

Empezó a pasear abajo y arriba de la biblioteca con un pesado y arrastrado ruido.

—¿Por qué son la inteligencia y el intelecto tan raros? ¿Por qué hay que buscar estas cualidades como si buscáramos oro?

—Los dioses —dijo Keptah sombríamente— aún están celosos de la sabiduría. Es el fuego de Prometeo, que cuando arde en algún hombre los dioses le castigan, aunque sus prójimos le castiguen más aún. Se ha dicho también que no puedes enseñar al hombre nada; sólo puedes ayudarlo a que lo encuentre dentro de sí mismo. Si carece de inteligencia entonces todas las exhortaciones, todas las lecciones, todo intento de mejorar sus medios, todo sacrificio y todo ideal no le arrancarán de su bestialidad. Porque si presumimos de que es inteligente porque tiene forma de hombre se volverá y lo negará con sus actos. Encuentro en esto una retribución justa.

Diodoro le miró con interés. Llenó otra copa de vino y la bebió de un trago. Después miró al fondo de la copa vacía y parecía dirigirse a ella al hablar, más que a Keptah.

—Necesito una madre para mi hijo.

El rostro de Keptah adquirió un aspecto de alarma.

—¿No has encontrado tal señora en Roma, señor?

Pensó en Iris con tristeza. Pero Diodoro era romano de pies a cabeza.

—He cometido una vil acción —dijo Diodoro como si Keptah no hubiese hablado.

Volviese hacia el médico y su rostro había adquirido un tono de dureza

—¿Por qué confío en ti, un hombre que puede traicionarme mañana? ¿Tendré que sobornarte para asegurar tu lealtad y evitar que me critiques y difundas esto por todo Roma? ¿Puedo estar seguro de que no será repetido en los oídos de alguna prostituta Cuando hayas bebido, si es que alguna vez bebes más de la cuenta? ¿Puedes garantizarme que no serás mi enemigo este año o el que viene? Después de todo creo que es mejor para ti que no vuelvas a Roma conmigo.

—Como tú quieras, señor —respondió Keptah, y en su voz vibraba una nota de ira.

Diodoro dejó la copa con algo de su antiguo fuego.

—Después de todo —dijo—, ¿Quién aceptaría la palabra de un antiguo esclavo contra la palabra de Diodoro?

Keptah cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Es verdad —dijo—, por lo tanto no necesitas confiarte en mí, señor. No he pedido tu confianza. Para tu propia paz mental, prefiero que no me la des.

—Sin embargo, me sentiré más seguro contigo como mi médico en Roma. ¡He oído tales historias!... Pueden, o no ser ciertas, pero se dice que Tiberio se ha librado de algunos hombres intransigentes e incluso de dos senadores, sobornando a sus médicos. Probablemente es mentira; Tiberio puede que sea un hombre de cabeza muy fría, pero el veneno no es la forma en que un soldado trata con enemigos, incluso si emplea espías. Sin embargo, lo sé por buenas fuentes, muchos ricos depravados, indeseables que ocupan altos cargos en Roma, han sobornado a los médicos de hombres, con cuyas esposas habían adulterado o de quien habían conseguido posesiones o alguna ventaja política.

Dirigió a Keptah una mirada sombría.

Cuando el escándalo se filtró, no fueron los sobornadores quienes recibieron el castigo. Los médicos fueron hallados en el Tiber un poco tiempo después.

Keptah no pudo evitar el sonreír para sus adentros.

—El Tíber no me atrae como el lugar de mi sepultura, señor.

Diodoro rió sin alegría.

— ¡Que las furias carguen contigo! No has comprendido aún. Necesito un amigo. ¡Y debo acudir a mi liberto par tenerlo! ¿No es esto irónico?

— ¿Y tú no has encontrado amigos entre tus camaradas de armas, y entre los de tu rango, señor? — preguntó Keptah.

—No —respondió Diodoro, se sentó y contempló por entre sus piernas el suelo de mármol.

—Veo que has respondido a mi pregunta. Sin embargo, para asegurar tu presencia con mi casa en Roma y mantenerte fiel, triplicaré tu estipendio y te daré una casa propia en mis propias posesiones.

—No —dijo Keptah—. No estoy en venta, señor.

Su voz se alzó con dura frialdad.

—Observo que Roma no te ha probado. Te ruego que recuerdes que confiaste en mí implícitamente antes de volver allí, que tu padre confió en mí y estaba profundamente unido a mí. Que el ama Aurelia me introdujo en su confianza y que nunca te he engañado, ni una sola vez en tu vida, excepto cuando creí, por razones de afecto que la verdad podría herirte. ¿Puedo retirarme, señor?

—No —dijo Diodoro.

Continuó mirando al suelo. No era propio de un romano excusarse ante uno de menor rango que él, pero, sin embargo, dijo:

—Lo siento.

Keptah se sintió conmovido y asombrado. Tomó una de las manos de Diodoro y la besó y dijo:

—Señor, tú sabes cuán profundamente honro a Dios. Si puedo ayudarte a que confíes en mí, aunque prefiero que no lo hagas por tu propio bien, juro por su más santo nombre que nunca te traicionaré, que en el mismo instante en que me hagas tus confidencias las olvidaré.

Diodoro le estudió sombríamente.

—Entonces debo contarte la vil acción que he cometido, la mentira que he dicho en Roma, no sólo porque eras mi amigo, sino porque estoy confuso y porque...

Se detuvo y respiró profundamente.

—Hay un senador que es amigo de Carvilio Ulpiano y sólo su riqueza y la despiadada reputación de vengativo y cruel de que goza, mantiene su secreto desconocido para todos, excepto para Carvilio. Tuve que discutir un cierto asunto con mi cuñado y durante la discusión me confió el secreto del senador. Sospecho, debo añadir, que el senador tiene alguna clase de poder sobre Carvilio que le arruinaría si no guardase silencio. ¿Te das cuenta de lo suspicaz que me he hecho?

Keptah se mantuvo esperando y en silencio. Diodoro se ruborizó lentamente.

—Hice lo que el senador había hecho. Él amaba a una esclava de su casa, una de las que tenía en sus posesiones de Sicilia. La libertó. Su mujer era estéril y por lo tanto se divorció de ella. Después solicitó que un genealogista inventase un buen árbol genealógico para su liberta y se casó con ella con todos los honores; hoy es una gran favorita en Roma y una matrona digna.

Keptah frunció el ceño.

—Comprendo, señor. Tú has solicitado los servicios del mismo genealogista y has inventado una descendencia griega distinguida para Iris.

Se sintió enormemente aliviado.

—Sí —dijo Diodoro sombríamente.

Keptah recibió la primera alegría que había sentido durante muchos meses. Luego su rostro se oscureció.

—Olvidas, señor, que toda tu casa sabe que Iris fue anteriormente una esclava. ¿Cómo puedes asegurarte que no trascenderá?

—En ese árbol genealógico —dijo Diodoro ignorando el comentario—, he hecho escribir que Iris fue raptada de su distinguida familia en Cos por tratantes de esclavos, que se sintieron atraídos por su infantil belleza, y que sólo después fue descubierto quién era ella realmente. Sus padres murieron de tristeza; después de su muerte se descubrió que habían dejado a su raptada hija una fortuna considerable.

Keptah consideró estas palabras críticamente.

—Bien, señor —dijo al fin—. Entonces no necesitabas haberme confesado que el árbol genealógico ha sido inventado. ¿Por qué lo has hecho?

Diodoro movió su cabeza lentamente.

—Ha habido sólo un hombre a quién no he podido mentir o a quien no mentiría. Extraño es que hayas tenido que ser tú... Prefiero, por causa de alguna perversión, que sepas la verdad.

—Y mientras deseabas confiarte en mí, me estabas amenazando.

Diodoro le miró con la irascibilidad que había sido característica de antaño.

—Para ser un sabio, eres muy obtuso. —Se puso en pie y anduvo de arriba abajo—. Carvilio Ulpiano también sabe la verdad. Pero no la diré, ni siquiera a Comelia, la hermana de mi difunta esposa. Por muchas razones.

Diodoro detuvo sus paseos. Habló con la espalda vuelta a su médico y en tono de voz muy bajo.

—

He amado a Iris desde que éramos niños y estábamos juntos. Ella puede aún tener hijos. No puedo concebir el casarme con otra mujer, ni siquiera con una mujer de la mejor familia de Roma. Tú no conoces a las mujeres romanas. Han perdido toda su feminidad. Se han transformado en hombres fraudulentos y disolutos. Se

mueven por Roma en sus literas doradas sin compañía y pueden citarte los últimos precios de la banca con la facilidad de banqueros... Muchas de ellas prefieren no casarse, pero tienen muchos amantes. ¡A tal degeneración ha llegado Roma! No deseo manchar mi boca con la lista de sus abominables prácticas. — Colocó sus manos atrás—. He tenido muchos sueños extraños en los que Aurelia se acercaba a mí sonriente; no como una sombra, como nos ha enseñado, sino en plena y juvenil plenitud, con amor en sus ojos y consuelo en sus manos. Me ha instado a que me case con Iris, a quien ella llamaba su hermana. —Se volvió hacia Keptah y le retó con sus agresivos ojos—. ¿Crees que soy supersticioso? ¿Aseguras con las palabras oscuras que sueles usar, que los sueños son tan sólo el cumplimiento de secretos deseos?

—Creo, en este caso —dijo Keptah seriamente—, que no eres supersticioso, que no estás tratando de racionalizar un deseo profundo por el cual te atormentas con conciencia de haber pecado. Antes de que Aurelia muriese, Iris se acercó a ella...

Y contó a Diodoro lo que Aurelia le había dicho a su liberta con tanta prisa y tanta esperanza.

Mientras Keptah hablaba el rostro de Diodoro cambió y palideció. Cayó sobre una silla. Después inclinó su cabeza sobre sus manos y gimió. Keptah se sintió alarmado. Había esperado alegría y alivio, pero Diodoro parecía haber recibido una mortal impresión.

—De modo —dijo con voz quejumbrosa— que a fin de cuentas no engañé a mi pobre esposa. Ella supo siempre que en el fondo de mi corazón yo le era infiel. Pero ella no supo cuanto luché contra ello; no supo cuánto la amé. ¡Lo que ella debe haber sufrido! ¡Qué soledad y tristeza! No fue bastante que su hija muriese. No fue bastante que ella tuviese que morir dándome un hijo. Yo debí quitarle lo que es más querido a una mujer. Y sufrió todo esto en silencio, con devoción y ternura.

—Estás equivocado —exclamó Keptah acercándose a él—. El ama Aurelia puede que no fuese una mujer instruida y sutil. Pero ella comprendía todo cuanto había que comprender. Era una mujer buena.

Deseó con excitación y piedad que Diodoro fuese menos complicado, menos inteligente y un hombre menos difícil, menos dado al hábito mórbido de inspeccionarse a sí mismo críticamente. Inventaba culpabilidad para sí mismo cuando no existía la menor culpabilidad.

Diodoro dejó caer pesadamente las manos desde su rostro, que quedó marcado con señales rojizas dejadas por la presión de sus dedos y, aunque no había llorado, sus ojos estaban congestionados. Muy quedamente dijo:

—Todo está bien. Pero ahora veo que nunca podré casarme con Iris. Mi conciencia no me lo permitirá. No la llevaré a Roma conmigo. Todo ha acabado. La vida ha terminado.

CAPÍTULO XV

DIODORO llamó a Iris ante su presencia aquella misma tarde. En el camino, acompañada por una esclava y por el niño, se dirigía mentalmente a Aurelia desde lo más profundo de su alma: «Me ha llamado a su presencia, señora; tú sabes cuánto nos hemos amado, y que nunca te fuimos desleales porque te amábamos a ti. Puedo ir ahora a él y decirle: donde tú estés, Cayo, allí estoy yo, Caya. Querida amiga, te recordaremos con amor y con la más preciosa de las memorias. Si somos bendecidos con hijos, llamaremos a la primera niña como tú, la más amable de las amigas.»

Su gozo era tan exuberante que su bellissimo rostro brillaba con luz. Se había recogido el dorado cabello con blancas cintas y su estola estaba cuidadosamente plegada, los bordes caídos sobre sus blancos pies. Estaba radiante y joven como una diosa y su cuello tenía un tinte rosado causado por la rapidez del pulso de su sangre. A causa de su excitación tenía que dominarse para no correr.

Entró sola en la biblioteca, y el azul éxtasis de sus ojos era como un relámpago del cielo. Diodoro, de pie ante su mesa, sintió una insoportable agonía y desesperación, pasión y amor al verla y pensó que Afrodita, surgiendo de entre las olas, no tendría un aspecto tan radiante, una belleza tan perfecta para asombrar al mundo. No había recordado por entero la maravilla de su cabello, la blancura de su carne, la moldeada nieve de sus brazos, la iridiscencia de su carne. Pero no era sólo su belleza lo que le producía asombro; ella emanaba algo, para él, algo divino envuelto en luz, incontaminado de infección humana. Mostraba su maravillosa belleza tan simple e inocentemente como un lirio y poseía la misma pureza.

Se mantuvo de pie frente a la mesa, vestido con su corta túnica militar y armadura; su espada, corta y ancha, ceñida al cinto. El casco reposaba junto a él sobre la mesa y era evidente que estaba a punto de partir para Antioquía. Le rodeaba un aire de prisa y rudeza, de frío militarismo, de lejanía. Y fue este aire lo que detuvo a Iris repentinamente en el pórtico y la contuvo de caer sobre sus rodillas ante él y besar su mano. Un agudo sentimiento de calamidad se apoderó de ella y la luz desapareció de su rostro. Aquel hombre gastado y más delgado, aquel hombre formidable y amenazador, no era el Diodoro que ella conocía, era un extraño.

—Saludos, noble señor —murmuró y el sentimiento de calamidad se profundizó en ella—. Espero que hayas tenido un viaje agradable hasta aquí.

—Entra, Iris —respondió él, y volvió su rostro dejando su perfil claramente destacado ante ella e Iris pudo ver la férrea voluntad de contenerse que le dominaba—. No te detendré por mucho tiempo. He sido informado del tierno y maternal cuidado que has dado a mi hijo, por lo cual ningún oro bastaría. Pero esto es todo cuanto tengo para ofrecerte.

Iris le miró con una sonrisa que experimentaba su desilusión.

—No me debes nada, señor —dijo desmayadamente—. Ha sido un gozo hacer de madre de tu hijo, que es como un joven Marte, lleno de alegría.

Se detuvo. Sintió que un dolor agudo se apoderaba de su pecho y garganta.

Mirando el rostro desesperanzado de él sintió una profunda opresión y ansiedad, olvidándose de sí misma. ¿Estaría enfermo? ¿Por qué aquella expresión de profunda angustia, aquella pálida dureza en sus labios, aquella amarga arruga en su frente? Exclamó con temor:

—Señor, no te encuentras bien... ¿Contrajiste las fiebres en Roma? Se acercó a él, con su corazón temblando de amor y temor, y sus ojos azules se fijaron intensamente en él, recorriendo los detalles de su perfil. Él no la miraba. Tenía la mano apoyada sobre el casco y los tendones se contraían sobre él. « ¡Pobre Diodoro!», exclamó ella para sí. « ¡Alma de mi alma! ¿No sabes que daría mi vida gozosamente por ti? Dime, ¿qué es lo que te atormenta?»

Diodoro aún no se atrevía a mirarla. Percibió la fragancia de su carne, cálida y juvenil, dulce como una flor. Su mano se contrajo en un espasmo de aguda angustia. Habló como si ella no hubiese hablado.

—En mi última carta a ti, Iris, te preguntaba si volverías a Roma conmigo cuando me vaya para siempre de este maligno lugar a fin de que cuidases a mi hijo —se detuvo. La carne grisácea que rodeaba sus ojos se distendió— pero ahora no puedo pedirte eso. Tu hijo parte dentro de tres semanas para Alejandría. Desearás permanecer junto a él. Como un don, y como una señal de estima hacia ti, te doy a Cusa, que ayudará en la educación de Lucano en Alejandría, y Calíope, que es ahora su esposa, para que te ayude. Mas aún; depositaré cinco mil sextercios de oro para ti a fin de que puedas vivir confortablemente en alguna casa cerca de la universidad y todos los meses de diciembre la misma cantidad te será entregada. Comprendo, desde luego, que todo esto es un pago pobre por lo que tú y tu hijo habéis hecho por mí, pero es todo cuanto tengo.

El terror, el abandono y desmayo se apoderaron de Iris, Miró a Diodoro incrédulamente.

— ¿Me envías lejos de ti, señor?... ¿para siempre? —Ella exclamó, y presionó sus manos contra el pecho de él—, ¿para siempre, Diodoro? ¿Soy tan odiosa a tus ojos? —Las lágrimas empezaron a descender por sus blancas mejillas.

—Estoy intentando ser justo —dijo Diodoro en voz ronca—. Pensé que preferirías estar cerca de tu hijo. Comprendo que será duro separarte de Prisco, para quien has sido como una madre, como mi propia madre fue para ti. Pero la vida es una continua partida —había percibido en su voz la tortura, su incrédulo tormento e incredulidad—. No debes creerme ingrato.

Después volvió su rostro rápidamente hacia ella y éste cambió.

— ¿Crees que esto es fácil para mí? —preguntó rudamente—. Sin embargo esta es mi voluntad porque no hay otra forma.

—Entonces, de alguna forma imperdonable, yo he debido disgustarte terriblemente —exclamó Iris—. «Él ya no me ama», pensó con profunda y abrumadora desesperación y desmayo. «Ha encontrado alguna dama en Roma con quien casarse. Soy un inconveniente y un entorpecimiento para él. Olvidará incluso que he existido.»

Se sintió débil; deseó echarse sobre el suelo y quedar inerte o morir. Una aridez, como el polvo en la boca de un hombre moribundo, secó sus labios y su lengua, y su corazón palpité con un aplastante dolor. «Déjame ir como la más humilde esclava en tu casa», imploró silenciosamente. «No me dejes ni siquiera aparecer ante tu vista. Pero no me alejes de ti, por el nombre de todos los dioses. Será bastante bueno vivir bajo el mismo techo que tú, contemplarte de lejos, oír el eco de tu voz, ¿cómo puedo vivir de otra manera?»

—Iris —dijo y de pronto se detuvo.

No podía cambiar de opinión. No se atrevía a volver a ver nunca más a aquella mujer. Pensó en Aurelia y le pareció que ella le miraba con severidad pidiendo este tremendo sacrificio para limpiar su culpabilidad.

Colocó el casco sobre su cabeza. No podía volver a mirar a Iris porque sus brazos se sentían débiles y vacíos y sabía que debía huir de aquella habitación si deseaba salvarse a sí mismo.

—Desearás preparar tu viaje y el de tu hijo —dijo, mirando ciegamente al suelo—. Iris, no nos veremos nunca más. He ordenado que mi hijo vuelva a esta casa mañana por la mañana con su aya. —Hizo una pausa—. Iris, te deseo todas las bendiciones de los dioses y toda felicidad. Ella cogió una silla y se sentó, su cabeza caída sobre el pecho, sus brazos flácidos, luego empezó a hablar en voz baja pero muy clara.

—Señor, no puedo aceptar nada de ti. Lo que he hecho, si es de alguna importancia, fue hecho por amor..., por amor a Aurelia y al niño... tomar el más pequeño de los dones sería insultarles a ellos y a mí.

Diodoro empezó a caminar hacia la puerta. Luego, abrumado por una terrible desolación, pena y deseo, se detuvo de espaldas a ella.

—Sin embargo —dijo suavemente—, soy romano y debo expresar mi gratitud de algún modo.

Iris alzó su cabeza y le miró como a un igual que le había ofendido imperdonablemente. Él notó su fuerza e involuntariamente se volvió y la miró frente a frente. Parecía una noble estatura allí sentada, cubierta con la blanca estola caída sobre su pecho y su perfecta cintura, reposando sobre los elevados arcos de sus pies. Estaba tan privada del color como el mismo mármol. Estaba envuelta en dignidad y orgullo y sus pálidos labios se curvaron con desprecio.

—Diodoro —dijo con voz firme y enojada—. Hay algo que debo decirte. Yo no soy una mera criada que pueda ser despedida o arrinconada. He guardado un secreto durante mucho tiempo por el deseo de tu madre, el ama Antonia, porque pensó que te ofendería profundamente..., ¡como romano que eres! Sin embargo me dio permiso para contarte este secreto cuando yo lo creyese necesario y ahora encuentro que es necesario.

Después que tu padre murió ella me adoptó legalmente, pero en secreto, como hija suya. El pretor así lo escribió en Roma, antes de que tú volvieres de Jerusalén y en Roma hay mucho dinero depositado para mí, que no he usado hasta ahora. Mi esposo nunca supo nada de esto. Me miras como si estuviese mintiendo... Sólo tienes que hacer una visita al pretor en Roma.

Se levantó lenta y graciosamente como la estatua de una diosa esculpida por Escopas. Llenó la biblioteca de luz y quieto poder.

—No creas —dijo amargamente— que yo voy a decir esto a nadie nunca para humillarte. Nunca me cruzaré contigo en Roma o en cualquier otro sitio pidiendo que me reconozcas como tu hermana. Nunca diré: «El noble tribuno Diodoro es mi hermano adoptivo», porque conozco cuán terriblemente orgulloso eres. Tu madre me amaba con tanto cariño como a una hija. Aunque tú no lo sabes, ella no deseó que me casase con el pobre Eneas. Pero yo te conocía, Diodoro. Sabía que entonces me amabas y que siempre me habías amado y que como romano nunca considerarías en casarte conmigo, una anterior esclava. Para terminar para siempre con tus deseos y luchas internas me casé con Eneas. Antes de la adopción, hubiese consentido en ser tu amante, ser la mujer más baja, llevar la leña para tu baño, pero después ya era la hija de tu madre y no podía ofender su memoria.

Diodoro retrocedió hasta la mesa, quitó su casco y se mantuvo mirándola. Se sentía enfermo de vergüenza. Abrió los labios trató de hablar pero no pudo. Tosió secamente y se pasó la mano por la frente.

—Déjame hablar —dijo casi inaudiblemente— y después separémonos.

Continuó mirando a su yelmo.

—¿Sabes lo que sufro? ¿Sabes cuánto te amo y siempre te he amado? ¿Sabes que la única cosa que me sostuvo cuando llevé las cenizas de mi esposa y de mi hija a Roma eras tú? ¿Sabes que mis noches más oscuras fueron iluminadas por la visión de tu rostro? —Se detuvo y tosió de nuevo—. Pero he sabido que Aurelia conocía mi pasión por ti. Recuerdo lo que ella debió haber sufrido a causa de esto. Soy culpable ante ella. Debo hacer penitencia.

—¡Oh! —Exclamó Iris, y de nuevo se echó a llorar, pero su rostro era como el sol tras la lluvia—. ¡Oh, tú, tonto romano, tú querido, amado tonto! Claro que Aurelia lo sabía. Lo supo en el mismo momento en que entró en tu casa. Te amábamos las dos, y ella era feliz porque era una dama sensata no un hombre de dura cabeza. ¡Ni una sola vez se sintió turbada! Tú eras su esposo y eras un hombre honorable. ¿Es tu alma tan pequeña que se atreva a insultar a la gran y gentil alma de Aurelia, mi amiga? Mientras esperaba a tu hijo tuvo presentimientos de muerte y se confió a mí. Y antes de morir me pidió que permaneciese contigo para siempre, te consolase y te hiciese feliz; sin embargo tú la insultas.

De nuevo se sintió enfadada. Dio un paso o dos hacia la puerta. Diodoro dijo:

—Espera... amor mío... Tengo algo peor que decirte. Mientras estuve en Roma inventé un árbol genealógico para ti a fin de que pudiese casarme contigo con honor.

Ella se detuvo y le miró con los ojos muy abiertos y luego, con ternura, después con una sonrisa y por fin con un repentino y dulce gesto. Corrió hacia la puerta y llamó al ama de cría que esperaba afuera.

—¡Trae al niño! —exclamó. Y cuando el niño les fue entregado los sostuvo en sus brazos y lo acarició, mientras el niño jugueteaba con Iris.

—¡Tu hijo! —Dijo a Diodoro—. El hijo que has descuidado y apenas visto porque creías que había causado la muerte de su madre. El querido niño que es como tú y Aurelia. ¡Mírale! No te conoce, fiero romano.

Luego colocó al niño en los brazos de su padre y echando su cabeza hacia atrás rió como una niña. Prisco gruñó felizmente y tiró del pelo de Diodoro. El tribuno miró a Iris y toda el alma liberada y su amor brillaron en sus ojos.

—No —dijo Iris y su sonrosada cara se ruborizó—. Primero debes besarle a él...

SEGUNDA PARTE

Si un hombre mira con amor compasivo a sus doloridos prójimos y a causa de su amargura pregunta a los dioses: ¿Por qué afligís a mis hermanos?, sin duda será mirado por Dios con más ternura que el hombre que le felicita por su misericordia y prospera feliz y sólo tiene palabras de adoración que ofrecer. Porque el primero habla a causa del amor y la piedad, atributos divinos y cercanos al corazón de Dios, mientras que el segundo habla por causa de un satisfecho egoísmo, un atributo bestial, que no tiene lugar en el ambiente luminoso que rodea el espíritu de Dios.
HORACIO

CAPÍTULO XVI

IRIS escribió a su hijo Lucano en los siguientes términos: «Hace ya casi cuatro años desde la última vez que nos vimos, mi amado y querido hijo, y tú has inventado continuamente excusas para no venir a Roma que, lo confieso, no es tan hermosa como Siria. Sin embargo vivimos pacíficamente en nuestras posesiones y gozamos de la paz de los atardeceres, y del brillante cristal de las mañanas. Para mí es bastante. Tu hermana, Aurelia, tendrá pronto tres años, y es la luz de nuestras almas, con su dorado cabello y sus ojos castaños suaves como el corazón de una margarita. No hay nada que pida, en su Infantil insistencia, a su padre, Diodoro, que no se lo consienta inmediatamente a pesar de mis protestas. Tu hermano Prisco, el mejor compañero de juego de Aurelia, es su tirano. Es un estado de cosas que perdura con el más afable de los contentos. Tu nuevo hermano, Cayo Octavio, a quien hemos puesto el nombre del viejo compañero de armas de tu padre, tiene ya casi un año, es un chico serio, con mis ojos azules y la sombría expresión de su padre. Ríe y prefiere arrastrarse sobre la hierba inspeccionando hoja tras hoja con interés. Es ciertamente un filósofo. Si tan sólo mi hijo Lucano, estuviese con nosotros, seríamos los más felices de los mortales. No escaparás de nosotros. Dentro de tres meses carecerás de excusas, porque dejarás Alejandría transformado en médico.

«Durante el pasado año, Diodoro se ha inquietado. Es un hombre de acción y a la vez un hombre de pensamiento. Durante mucho tiempo estaba contento con su biblioteca, sus olivares y palmeras; su jardín, sus campos y su familia. Nos visitó Filón, el filósofo judío, que es muy admirado y estimado en Roma y los dos hablaron incesantemente hasta el amanecer. Desde entonces Diodoro ha empezado a preocuparse y a visitar Roma por lo menos cada siete días, de donde vuelve con el más irascible de los genios y con un nuevo sentimiento de ofensa. No es posible, le digo, que un hombre solo pueda salvar al mundo o enderezarlo, pero esto sólo sirve para hacerle más irritable aún. Con frecuencia le oigo maldecir en su biblioteca, y en cierta ocasión lanzó unos cuantos libros contra la pared y pateó pesadamente arriba y abajo en ella durante horas. Pero es amable como una paloma conmigo, su esposa, y con los tres niños. Quizá cuando nos visites, (y te ruego que te quedes con nosotros) podrás aligerar su sombría expresión y solazarte.»

La carta respiraba su tierno amor y contento y su solicitud por la familia. Lucano podía percibir estas cosas, moviéndose inquieto en el gran jardín, cerca de la columnata principal. El suelo de la columnata era de un mármol amarillo oscuro, pero la doble hilera de columnatas brillaban como bruñida nieve desde el suelo, de donde se alzaban hasta el blanco techo. Dos hombres paseaban arriba y abajo en aquel atardecer; uno era un respetuoso estudiante alto, el otro maestro de matemáticas, bajo y de rostro afilado, Claudio Vesalio. La dorada luz les iluminaba mientras paseaban entre las columnas. Algunas veces Claudio Vesalio se detenía para gesticular vehementemente y su aguda voz mujeril turbaba a los pacíficos pájaros y, muy especialmente, turbaba a Lucano. Al maestro no le gustaba ninguno de sus estudiantes; en particular no le gustaba que Lucano, el joven mejor matemático en la universidad, se empeñase insistentemente en hacerse médico. Lucano sonreía pensando en esto. Cada uno de los maestros creía que su propio arte era el más importante de todos y que los demás carecían de significado, con excepción de José ben Gamliel que creía que sólo Dios era la única cosa importante, y todas las artes, ciencias y conocimientos, como las carreteras de la omnipresente Roma, sólo servían para conducir a una mayor comprensión de Dios y a la Ciudad de Dios. Pero José ben Gamliel era judío.

La universidad ocupaba ocho acres de terreno; un ágora de forma cuadrada alrededor de unos inmensos jardines tropicales, y sus cuatro costados eran columnatas como la que se alzaba frente a Lucano. Cada facultad tenía su propia puerta de entrada, que daba a los jardines y a las columnatas. Había facultades de democracia, filosofía, medicina, matemáticas, arte, arquitectura, drama, ciencia, poesía, didáctica y elegíaca, gramática, lenguas y filología, leyes, historia y astronomía, y literatura. Había también una facultad de gobierno para los jóvenes romanos que aspiraban a los cargos públicos, un museo guardado por vigilantes profesores

egipcios, la biblioteca más famosa del mundo, un odeón o sala de conciertos, y más allá del ágora, un teatro para esperanzados jóvenes dramáticos y un panteón. Cada profesor creía que su propia stoa albergaba el conocimiento más profundo, y a los más estúpidos de los estudiantes indignos de ser enseñados por tal maestro. Sólo José ben Gamliel poseía humildad, Y su stoa de religión oriental era el único lugar pacífico, inviolado por voces estentóreas e imprecaciones contra los estudiantes de cabezas de asno, que eran enviados regularmente al infierno y aconsejados para que estudiaran albañilería o incluso oficios más bajos. No tenía importancia que un maestro dijese violentamente: «Mis estúpidos estudiantes y yo nos parecemos a Laoconte y, ¿quién me libraré de las serpientes?» Pero José ben Gamliel decía con amabilidad: «contemplemos a Dios juntos y tratemos de descubrir Sus más santas intenciones.»

Pensando de nuevo en su maestro, Lucano se movía inquieto en el banco de mármol del centro de los jardines. Tan sólo él no encontraba paz en la stoa de José ben Gamliel. A menudo se preguntaba sombríamente porque el profesor le buscaba con frecuencia para hablar con él en los jardines.

Los edificios de la escuela, tras la columnata, ocultaban el mar, pero Lucano podía oír su eternamente inquieta voz, hablando a la dorada luz de los cielos. ¿Por qué no se iba Claudio Vesalio, cuya aguda voz vibraba continuamente ante el silencioso estudiante, a fin de que los jardines pudiesen traer a Lucano la única quietud que conocía? Los grandes jardines se extendían a su alrededor, llenos de sonidos musicales procedentes de las fuentes, con brillantes setos de flores, susurrando dulcemente con el ruido producido por las palmeras, invadidos por los murmullos del viento que procedía del mar, armoniosamente vivos con las llamadas, canciones y adormecedor gorjeo de los pájaros. Los esclavos negros que iban hacia las fuentes a coger agua, llevando cestos para recoger los dorados racimos de dátiles de las palmeras, o los que trillaban los rojos senderos de arena entre las flores, no turbaban a Lucano. Eran parte natural de la flora y fauna. Sus oscuras pieles contrastaban bellamente con las muchas estatuas de los dioses, y diosas, eruditos y filósofos que se alzaban con blanca y poderosa gracia entre los setos y miraban sobre los jardines con dignidad y majestad. El perfume de las rosas, lirios y jazmines, y otros olores más punzantes, se extendían como redes de fragancia invisible en el aire del cercano atardecer. De pronto un lorito empezó a parlotear y un esclavo se echó a reír y alargó un dátil al pájaro, que descendió volando desde unos árboles para desplegar un aleteo de escarlata, verde y amarillo sobre el hombro del esclavo. Comió el dátil complacido y con un aire de tolerante elegancia.

—Golfo —dijo el esclavo en egipcio.

El pájaro dirigió al esclavo una mirada humorística y sabia, con ojos alertas, cínicos y brillantes, en el dorado aire del atardecer. Lucano se sintió impulsado a reír. Como si el lorito sintiese la diversión, emitió un único y ronco sonido que parecía un juramento. Volvió la cabeza y miró hacia el joven sentado en el banco de mármol, después se elevó para practicar su juramento sobre la rama de un árbol.

El esclavo rió suavemente, y luego, burlona y disimuladamente, miró a Lucano que reposaba con sus cartas sobre las rodillas. Todos los profesores, estudiantes y esclavos se daban cuenta de la belleza y la aristocracia del joven griego y secretamente se maravillaban por ello. Su rubio rostro, que ni el fiero sol podía siquiera oscurecer, poseía suaves y firmes rasgos como si estuviesen esculpidos en blanca piedra. Sus ojos azules, tan perfectamente cerúleos, eran como joyas y poseían la misma frialdad. Su rubio cabello caía hacia atrás de su nivea frente en ondas brillantes, y se rizaba tras sus oídos. Su garganta era una columna, sus hombros, perfectos bajo su pálida túnica. Sobresalía en las carreras, en el lanzamiento del disco, en la lucha, boxeo, salto, lanzamiento de la jabalina, natación y en todos los deportes requeridos a los estudiantes.

«Una mente sana no puede existir excepto en un cuerpo sano, y un cuerpo sano no puede existir excepto en una mente sana», decía el director de la escuela.

Lucano tomó la carta de Diodoro llegada aquella mañana de Roma. Le gustaban las cartas del tribuno; podían ser fieras, picantes y llenas de airados juramentos, pero poseían vitalidad y una saludable furia y elocuencia. Vertía su ira ante su hijastro, comprendiendo que en él tenía un oyente comprensivo.

«Saludos a mi hijo, Lucano», empezaba la carta formalmente. Luego continuaba:

«Todo va bien en casa; tu madre reina entre sus hijos como Niobe y es un espectáculo digno de ver. Diferente a como era Niobe, es infinitamente sabia y un constante consuelo para mi corazón, que frecuentemente se inflama después de las visitas a la ciudad. Cada año que pasa la encuentro más digna de ser amada, como si la propia Venus la hubiese tocado con el don de la juventud y belleza inmortal. ¿Qué he hecho yo para merecer tal esposa y tan adorables criaturas? Siento que debo hacerme digno de tal felicidad. De aquí mis frecuentes visitas a Roma y mis furiosas discusiones con los senadores calzados de rojas sandalias, que contemplan complacidos como nuestro mundo descende rápidamente al infierno. A causa de mis relaciones y por medio de los oficios de Carvilio Ulpiano, que cada día se hace más gordo de cuerpo y más flaco de cara, se me permite algunas veces hablar en el Senado. ¡Escuchan sin aburrirse, te lo aseguro!

«Prefieren la tranquilidad al pensamiento; largas, vacías disertaciones sobre sus intereses particulares a reflexiones serias sobre el estado de nuestra patria. Muchos de ellos son generales de sillón, a quienes les gusta sentarse en sus terrazas por la tarde, con una copa de vino en sus manos, discutiendo con sus amigos las campañas de algún general, comentarlos con tono doctoral y desaprobándolas. Preparan diagramas de las campañas. ¿Qué saben ellos de la vida en el desierto, o de largas y calurosas marchas, o de batallas con los bárbaros? Son legisladores según afirman. ¡Que se queden con sus leyes y dejen a los soldados solos! Pero en cuanto hay la menor agitación entre el populacho, los senadores son los primeros que hablan de pretorianos

y legiones con voces pusilánimes. Los prefectos de la policía de la ciudad no son bastante para estos golfos. ¡Necesitan la protección militar! Roma algunas veces parece un campamento en armas.»

«Entre tanto, mientras no están dirigiéndose a sus propios compañeros de senado sobre la necesidad de tener más baños públicos o más circos, o más casas para las indefinidas turbas de Roma, o más comidas gratis para las masas que no gustan de trabajar, supervisan furtivamente negocios, tales como la confección de uniformes y armamento para los militares, fábricas de tejidos o de mantas, o ayudan a que parientes suyos metidos en estos negocios consigan subsidios, o inclinan contratos del gobierno en su dirección. No he visto ni un solo senador cuya mano no esté manchada con sobornos, o que no ande tras ellos. El Senado se ha transformado en una cerrada organización de indeseables que saquea el tesoro en nombre del bien general y que tienen tras de sí una multitud de estómagos hambrientos, ladrones y avariciosos que ellos llaman sus clientes y acerca de los cuales se expresan con la más emocionante de las solicitudes. El destino de Roma, el destino de los desesperados contribuyentes, no significa nada para tales hombres... ¡Que la deuda pública crezca! ¡Que las clases medias sean aplastadas hasta la muerte bajo los impuestos, extorsiones y explotación! ¿Por qué crearon los dioses las clases medias sino para servir como bueyes tirando de los carros de los senadores seguidos por multitudes de hambrientos mendigos? Un hombre honesto, un hombre que trabaje y honre Roma y la constitución de la República, no sólo es un idiota, sino que se sospecha de él. Hay que enviar al cobrador de impuestos para que consiga de él nuevos latrocinios... Probablemente no está pagando la parte «justa» de las tasas. »

«Los militares continuamente claman para conseguir apropiaciones para la «defensa» de Roma o contra «el enemigo». Poner en tela de juicio esas apropiaciones es hacer que alcen el grito de denuncia. ¿Soy yo un traidor? ¿Soy indiferente respecto al poderío de Roma? ¿Dejaría yo que Roma se debilitase ante los bárbaros que la rodean? ¿No comprendo que debemos mantener a nuestros aliados fuertes con dones del tesoro, armas y la presencia de nuestras legiones? Esto sin mencionar los consejos de nuestros expertos políticos y militares, cuyos largos y costosos viajes en sus capacidades de consejeros son financiados por el tesoro. Es curioso que Carvilio Ulpiano, que es un egiptólogo y un amante del arte egipcio, se las arreglase para convencer al Senado que era absolutamente necesario que se financiase un viaje suyo para estudiar las actuales defensas de Egipto y que su presencia era necesaria para ese asunto en El Cairo. Fue, por supuesto, acompañado por pretorianos y un gran séquito de hermosas mujeres y esclavos, actores y gladiadores, todos ellos pagados de los fondos del tesoro. Volvió e informó al Senado dándole las tranquilizadoras nuevas de que Egipto era leal a la Pax Romana, aunque el procónsul en El Cairo podía haber enviado las mismas noticias pidiéndoselas simplemente y al coste de un sólo mensajero en uno de los barcos regulares.»

Lucano sonrió involuntariamente, pero la sonrisa tenía un tono de cansada melancolía. La carta en sus manos parecía vibrar con la airada pasión del tribuno. Lucano continuó leyendo:

«Pero hace diez días estuve presente, como invitado, en el Senado. Un senador declaró tristemente, pero con nobleza, que la dirección del mundo había sido puesta sobre los firmes hombros de Roma. «No ha sido nuestra elección» —dijo aquel embustero hipócrita, haciendo resonar su voz heroicamente—, «sino la elección del destino, de los dioses o de las fuerzas misteriosas de la historia» —dando la impresión de que la historia existe en alguna mística forma por encima y aparte de la humanidad que hace la historia— «¿Vamos a rehusar el tomar sobre nosotros lo que ha sido decretado porque poseemos genio para el gobierno, genio para la invención, genio para el trabajo productivo? ¡No, por Júpiter, no!... Aunque la carga sea pesada la aceptamos por el bien de la humanidad...»

«No pude contenerme. Me alcé de mi asiento de huésped junto a Carvilio Ulpiano y permanecí allí con mis pulgares en la cintura, dejándoles ver mi armadura y mi espada. ¡Cómo aman estos afeminados el despliegue del militarismo! Inmediatamente pusieron una expresión seria, aunque me habían visto con bastante frecuencia, ¡Marte lo sabe! «¡Que hable el tribuno!», gritó alguno de ellos, como si ellos hubiesen podido contener al hijo de Prisco.»

«Alcé mi puño y lo blandí amenazadoramente ante sus ruines rostros, ¿y quién —pregunté— ha declarado que a Roma se le ha dado la dirección del mundo? ¿Los civilizados griegos que nos detestan y se ríen de nosotros y de nuestras sangrientas pretensiones? ¿Los egipcios que eran ya dinastía vieja cuando Rómulo y Remo eran amamantados por la loba? ¿Los judíos que tenían su sabio código de leyes cuando Roma no tenía otra ley sino la espada? ¿Los bárbaros de Bretaña, que derriban nuestras fortificaciones tan aprisa como nosotros las construimos? ¿Los galos, o los godos, o los antiguos etruscos, o los germanos, o los millones que no conocen nuestro nombre o que si lo conocen, lo escupen en cuanto lo oyen? ¿Quién nos dio la dirección del mundo sino nosotros mismos, por causa de nuestra fuerza, de nuestra habilidad y amenazas, nuestro deseo de desposeer y robar, nuestra ansia de poder? Somos como un joven, poco familiar pero corrompido por fantásticas fanfarronadas entre hombres mayores o entre niños que se hacen mayores para el futuro por medio de la leche de sus madres.»

Las rubias cejas de Lucano se frunció con repentina ansiedad. Su corazón palpité con un vago temor. Honraba a Diodoro por aquellas valerosas y sinceras palabras, aquellas palabras lanzadas ante los rostros embusteros de políticos y otros indeseables imanados por la ambición. Sin embargo, se sintió atemorizado. Trató de consolarse con el pensamiento de que Tiberio César era también soldado y que respetaba a Diodoro y era, a su manera, un hombre honorable.

«Esperé que me hiciesen bajar a gritos», continuaba la carta de Diodoro, «pero aquellos que estaban más cerca de mí permanecieron sentados en sus puestos y me miraron con sus ceños fruncidos. Uno o dos, más

jóvenes que los demás, se ruborizaron y se miraron las manos. Carvilio Ulpiano evitó mis ojos y se removía en su asiento. Es posible que tenga un recto irritable, por lo tanto le perdono. Esperé pero nadie me contestó.

«Roma no es mi Roma, la Roma de mis antecesores. Los fundadores han sido olvidados o mencionados cuando algún político desea cometer más infamias. Los días de fortaleza, fe y carácter han desaparecido para siempre y también los días de valor y disciplina. ¿Por qué, entonces, lucho yo? Porque es natural que un hombre libre luche contra la esclavitud y las mentiras. Si cae, ha caído en una buena lucha, aunque sea una lucha sin esperanza.»

«Pero basta ya de tanto pesimismo. Volverás a tu familia en un futuro próximo. Recibiremos a nuestro querido hijo con alegría y afecto. Que Dios te bendiga, hijo mío».

Los ojos de Lucano parpadearon secamente a medida que enrollaba de nuevo la carta. Siempre era peligroso decir la verdad. En un mundo corrompido como aquel era fatal. Si Dios se preocupaba del mundo y de los hombres, pensó Lucano amargamente, crearía muchos Diodoros o los protegería cuando ellos hablasen en voz alta y tonos claros.

«Olvidaré mi familia, se juró a sí mismo Lucano, con firmeza». «No debo amar —aunque ame— porque si quedo envuelto demasiado profundamente, las consecuencias serán, como de costumbre, trágicas; y he sufrido ya bastantes tragedias. Si pudiese rezar, sin embargo, pediría que los senadores cerrasen y atrancasen su Senado contra Diodoro, por su propio y vociferante bien, y por el bien de mi madre, mis hermanos y hermana».

Recordó que últimamente había podido adquirir, aunque a considerable precio un rollo traducido de Catay que contenía sabias palabras escritas siglos antes por un tal King Fu Ze o Confucio, como José ben Gamliel le había llamado. El maestro judío se había sentido reacio a separarse de él, pero Diodoro, reflexionó Lucano, podía ser suavizado por aquellas tranquilas palabras, tan calmosas, resignadas, mesuradas y contemplativas. Seguramente afirmaría vigorosamente al leer. «Recordad esto, hijos, que un gobierno opresivo es más fiero y más temido que un tigre.»

El pequeño Claudio Vesalio había llegado a detenerse con su maltratado estudiante muy cerca de Lucano y alzó la voz:

—Las matemáticas son verdaderamente el arte apolíneo —gritó—. Quienes no gustan de él, o lo evitan, o lo consideran como una ciencia menor son monos que tienen la cabeza de metal. Lucano pensó un tanto divertido que aquellas palabras iban dirigidas a él y pretendió estar sumido en la lectura de la carta. El pequeño y ratonil griego se sintió indignado. Continuó dirigiéndose a su estudiante, aunque en realidad hablaba para Lucano.

—Considero a Pitágoras superior a cualquier Aristóteles, Hipócrates o Julio César —exclamó—. O a cualquier Fidias o artista, o a lo que sea. Todas las ciencias y artes están basadas en principios matemáticos definidos. ¡Inducción! ¡Todo son matemáticas! Digamos que deseamos probar que la suma de los primeros Números impares es N^2 esto es, uno más tres, más cinco, más —más $2 \cdot N$ — uno igual a N^2 . ¿No es cierto que N es igual a dos? ¡Sí! Porque uno más tres es igual a cuatro igual a 2^2 . Es también cierto que N es igual a K . En este caso nosotros debiéramos...

Lucano, elaboradamente, bostezó, y al ver esto, Claudio Vesalio, se estremeció. El joven griego se alzó lentamente y se dirigió hacia la más alejada puerta, al otro extremo del jardín. Los dientes de Claudio Vesalio rechinaron. Allí estaba aquél dotado con el arte de Apolo y que prefería manchar sus manos en cadáveres, ensangrentar sus vestidos y oler viles olores en depósitos o enfermerías. ¡Psé! Odiaba a Lucano por aquel mal uso de talento. ¡Al infierno con él! ¡Que ayude a nacer a aquellos que nunca debieron nacer, que corte los riñones para extraer las piedras de aquellos que no podían resistir sus apetitos en la mesa, digna vocación de un tal personaje! Aquel pretencioso joven no recorría las casas públicas de Alejandría como hacían los jóvenes normales, y era excesivamente respetuoso con sus maestros. Sus actitudes eran presuntuosas. ¿Acaso favorecía con su presencia las tabernas, circos o teatros? No, por cierto. Era demasiado valioso para aquello. Siempre tenía un extremado cuidado en proteger aquellas delicadas manos en las prácticas de los más rudos deportes, por temor de estropear un dedo que pudiese sostener un escalpelo.

—Es un joven Hermes —dijo el vilipendiado estudiante con admiración, siguiendo a Lucano con sus ojos. Claudio Vesalio gruñó como un cerdo y le abofeteó con furor.

Lucano dejó los jardines y la universidad. Más allá se extendía un vasto verdor, prados sobre los cuales las palmeras, cipreses; mirtos y sauces proyectaban una sombra esmeralda en medio de aquella brillante y dorada luz. Una dulce tranquilidad se extendía sobre la tierra; el mar, en su insondable misterio, se alargaba hacia el infinito. Lucano estaba solo. Todo permanecía en silencio excepto la incansable voz de las aguas que se proyectaban hasta el occidente.

Repentinamente el crepúsculo descendió y la tierra y el mar cambiaron. El cielo por encima se transformó en un suave e inclinado arco de un azul verdoso. El mar se oscureció hasta alcanzar con rapidez un color de suave púrpura, un rojo con el que el sol teñía las olas. El ilimitado occidente ardía con luz escarlata y anaranjada contra la que se proyectaban nubes negras en forma de galeones romanos, moviéndose en su desconocido viaje, sus velas hinchadas por un insensible, ultraterreno viento. La inmensidad del cielo y el mar empequeñecían la tierra, dominándola, rodeándola, llenándola de expectación, y sin embargo, sombría e impresionante para Lucano.

Involuntariamente recordó a José ben Gamliel, hablando en medio de un atardecer parecido con su suave y, sonora voz; había dicho: «Los cielos declaran su gloria...»

Lucano se sentó en la hierba. Sintió de nuevo el terrible alejamiento entre él y Dios. ¡Ah, pero no se debe permitir nunca que Dios entre en nuestro corazón! Porque con Él traía, en su entrada, órdenes, exhortaciones, temores y tragedias. Una vez posesionado del alma de un hombre se hacía el Rey, y no quedaba nadie aparte de Él.

«Pero con sus órdenes y sus leyes trae también amor, deleite espiritual, paz para el alma y luz en las tinieblas», había dicho José ben Gamliel a Lucano un atardecer. «Sin Él tan sólo se tiene el mundo, la desilusión, el hambre, el polvo y el dolor de una vaciedad que no puede ser llenada por el hombre. Se tiene la muerte, sin el Más Santo, bendito sea Su Nombre. Se tienen las lágrimas, que no pueden ser consoladas. Todo el oro del mundo es incapaz de comprar Su paz, que sobrepasa a todo entendimiento. Te he enseñado los salmos del rey David: "El Señor es misericordioso y lleno de compasión, lento para la ira y grande en misericordia. El Señor es justo en todos Sus caminos y santo en todas Sus obras... No estará para siempre ofendido, ni mantendrá Su ira para siempre porque como los cielos son más altos que la tierra, así es su misericordia para aquellos que le temen.»

«Querido Lucano, Le siento junto a ti. Siento Su presencia tan íntimamente como la respiración. Su mano está sobre ti. No temas, muchacho, vuélvete a Él en tu pena y ansiedad porque Él sabe que éstas te devoran.»

«Él nos aflige —había replicado Lucano amargamente—. No deseo nada de Él. ¿Qué explicación tienes, Rabbí, para lo que yo diariamente veo en las enfermerías públicas y en las casas de cura? ¿Por qué debe sufrir un niño y un hombre ser afligido de la lepra? ¿Cómo han ofendido a Dios para que Él les castigue así? El mundo es un inmenso gemido de agonía.»

José había vuelto sus grandes y luminosos ojos hacia su discípulo iluminados por la compasión.

«Job fue un hombre afligido y lloró por sí y por sus prójimos, reprochando a Dios por lo que le había parecido la más insensata miseria de la tierra. y Dios le respondió en tono de reproche: «¿Has mandado tú a la mañana desde tus días y causado que los días naciesen para conocer su lugar?.. ¿Has penetrado en las profundas fuentes del mar?.. ¿Has visto las puertas y la sombra de la muerte? ¿Puedes tú traer a Mazzaroth en su época? ¿Puedes guiar a Acturo con sus hijos? ¿Conoces las órdenes de los cielos? ¿Puedes tú establecer el dominio sobre la tierra?.. ¿Puedes enviar el rayo y que vaya y que él te diga, aquí estoy? ¿Quién provee de comida a los cuervos cuando sus hijos claman a Dios?.. ¿Aquél que contiene con el Todopoderoso tendrá que instruirle? Quien reproche a Dios, que responda a ésto.»

José ben Gamliel había estado con él en aquel mismo sitio, alto y majestuoso en su delgada transparencia, vestido con ropas oscuras de marrón y rojo, la cabeza cubierta con una tela de algodón grana. Su rostro barbudo, cuya piel tenía un tono perlado, su delicada nariz aquilina y su cariñosa boca, habían brillado en el atardecer como alabastro. Lucano le amaba y le honraba más que a ninguno de sus otros maestros, y, sin embargo, constantemente exacerbaba el corazón del joven. A pesar de esto, buscaba a José sin saber porqué excepto porque podía lanzarle frías y furiosas preguntas cuyas respuestas cariñosas comentaba cínicamente.

En la tarde que Lucano recordaba, había lanzado a su rostro reverente y amable, palabras como piedras. «Si alguna vez has sufrido, maestro, y alguna vez has experimentado la pérdida del ser más querido que tuvieses, más querido para ti que la propia vida, y si alguna vez has contemplado a uno de tus amados morir en aflicción y sin esperanza y visto como la vida dejaba su cuerpo como un invisible arroyo de agua, y si ella hubiese sido para ti la más dulce de las mujeres, entonces no hablarías así. Tú, como Job, hubieses derramado cenizas sobre tu cabeza y hubieses exclamado reproches contra tu Dios... ¿Hablarías entonces de Su misericordia?

El rostro de José habla sufrido un cambio, o quizá fue sólo que el crepúsculo había profundizado su oscuridad. Sin duda había sido el crepúsculo lo que había conferido al rostro del maestro un aspecto de tragedia y cansancio. José nunca hablaba excepto con tranquilidad, como quien ha comido bien y vive con comodidad, sin dificultades ni problemas.

Sí, había sido el crepúsculo que había oscurecido repentinamente y contorsionado su rostro en un sólo instante. Luego había sonreído a Lucano y se había alejado en su forma tranquila, con sus ropas flotando colgantes alrededor. Era fácil para aquellos que no tenían heridas encontrar las heridas de los demás insignificantes y maravillarse ante las quejas que emitían por ellas.

Entonces, mientras Lucano permanecía en aquel nuevo atardecer y miraba al cada vez más oscuro mar y al lejano reflejo de la puesta de sol color naranja y roja, sintió de nuevo su tremenda soledad, su abandono, su eterno e incansable dolor, no sólo por Rubria a quien había perdido para siempre sino por todos los que sufrían y lloraban sin solaz. Su alma se endurecía con resistencia. Nunca más Dios le hablaría porque él había cerrado sus oídos. Lo incontestable no había recibido respuesta ni consuelo.

Un viento frío, salado e inmenso recorrió su carne. Retrocedió, desolado como siempre, para volver a su pequeña casa donde vivía con Cusa y la esposa de éste, Calliope. Volvió en busca de una lámpara encendida, una cena frugal y sus estudios. Era un soldado en campaña, preparándose para el día cercano, cuando, armado adecuadamente, saldría al encuentro del Dios del dolor y le vencería.

—Bah —dijo Cusa a su esposa Calliope, que permanecía ante él con su gordezuela niña descansando sobre su cadera—. Eres sólo una mujer y es notorio que las mujeres no poseen inteligencia.

—Supe lo bastante para conseguirte como esposo, aunque verdaderamente no eres el hombre más hermoso que existe —replicó Calliope con graciosa e impúdica sonrisa en su rostro agraciado—. Fui yo quien te pedí a Aurelia y fui yo quien sugerí a aquella pobre y noble señora que deseábamos ser libres. Ella comunicó mis deseos a Diodoro y así, aquí estamos, libres aunque no hayamos nacido libres.

—Estás equivocada —dijo Cusa con mal humor, pero sonriendo a su hijita que le estaba haciendo gestos cariñosos—. ¿Fue Aurelia quien nos libertó o el tribuno, aquel feroz descendiente de los Quinitas? No, cuando nos ofreció a Lucano fue nuestro griego de ojos azules quien dijo que no nos aceptaría a menos que fuésemos primero liberados, y como el romano le ama como a un hijo y le ha adoptado como tal, su petición fue concedida a fin de que Lucano no estuviese solo en Alejandría. ¿Pensó acaso el tribuno que sin nuestra vigilancia Lucano se volvería un sibarita o un frecuente visitante de las casas públicas, o un jugador? ¡Ya! ¡Tan sólo quisiera que apreciase algo tales cosas! Es una virgen vestal masculina. ¿Carece de sangre, partes, fuego o pasiones, excepto para aprender su maldita medicina?

—Observarás —dijo Calliope, sentándose y empezando a dar de mamar a la niña— que tú mismo estás lleno de dudas a pesar de tus comentarios sobre mi inteligencia. ¿Por qué se priva Lucano de todos los deleites de los jóvenes? ¿Por qué es tan abstemio? Gente menos caritativa le hubiese considerado o un devoto de Narciso o dedicado a indescriptibles prácticas con otros jóvenes. Pero no es ni una cosa ni la otra. Algo come la vitalidad de su espíritu, como una zorra espartana. Tiene poca paciencia con todo el mundo; sus palabras son frías y sombrías. Permanece sentado en la terraza durante horas, con sus libros y con las manos juntas reposando sobre ellos. A veces, si se le molesta, es duro y cortante de palabras. ¿Le has visto sonreír con frecuencia? Sólo nuestra pequeña Mara puede divertirlo. Algunas veces le encuentro pesado. Creo que sobre él ha de pesar algún encantamiento. Ayer visité el templo de Serapis para rogar por él. No es que yo le ame; es imposible amar a un ser tan remoto que parece más una estatua que carne. Más bien pensaba en nosotros mismos.

—Olvidas que fue él quien insistió sobre nuestra libertad.

Calliope se encogió de hombros.

—La libertad es buena para el alma. Así dices tú con frecuencia, y ¿quién soy yo para no estar de acuerdo contigo? Sin embargo, en la casa de Diodoro reinaba la alegría en las habitaciones de los esclavos. Sin duda ahora es aún más alegre en Roma o en las fincas del tribuno. ¿Quién viene a esta casa sino pedantes filósofos y tutores y no precisamente porque Lucano les invite? ¿Tiene Lucano amigos entre los estudiantes? ¿Oímos aquí risas, o la inspirada charla de muchachas y fiestas? ¡No! No somos viejos pero esta casa parece habitada por viejos.

Cusa la miró con el ceño fruncido y un gesto formidable, pero ella acarició sus largas y morenas trenzas diciendo:

—Hum.

—Cuando volvamos a Roma dentro de pocas semanas, Calliope, verás a tus amigas otra vez, y podréis dedicaros a vuestras críticas y vuestras alegrías. Diodoro ha conseguido ya una posición para Lucano como oficial médico en Roma, con un excelente salario. Cuidará también de algunos pacientes privados ricos y a la vez estará ocupado en el sanatorio. Podremos entonces celebrar pequeños banquetes con nuestros amigos. No es por culpa de Lucano que no veamos a nadie aquí: somos extranjeros.

Calliope sonrió.

—Con el generoso estipendio que el tribuno te envía y con tu avaricia podremos comprar nuestra pequeña finca y granja cerca de Roma. ¿Es necesario que tú seas parte de la casa de Diodoro y tutor de sus niños?

—Nunca has oído hablar de la gratitud —dijo Cusa con severidad.

Palmeó sus caderas y continuó—: No, si Diodoro no nos quiere, podremos permanecer con Lucano en Roma y cuidar de su propia casa, porque estoy seguro que tomará esposa allí.

—Ca —dijo Calliope con un gesto significativo—. Te digo que nunca se casará. ¿Ha aceptado acaso invitaciones de las familias de los estudiantes de Alejandría? No. Vive solo, en ese terrible silencio marmóreo propio de él. Piensa sólo en Rubria; nunca la ha olvidado. Para él es una divinidad. En su nombre se priva de dinero, y esto es poco natural en un griego, para dar lo que puede a todos los mendigos que ve. ¿Acaso no visita las prisiones para curar y consolar a los criminales y a los esclavos? Es un escándalo. Soy una mujer con intuición. No ha dicho nada aún acerca de esa plaza de oficial médico en Roma y permanece silencioso cuando la mencionas. Me temo que rehusará...

—No seas idiota —exclamó Cusa con enfado—. Lucano puede que no sea abierto o cordial pero no es imbécil. ¿Para qué ha estado estudiando?

—Por alguna razón propia —dijo Calliope.

Satisfecha porque había conseguido despertar la ansiedad de Cusa, se retiró con su hija para la siesta de la tarde. Pero Cusa se sentía demasiado inquieto para descansar. Paseó de arriba a abajo en la alta terraza murmurando para sí.

La casa no era grande ni pequeña, construida de piedra blanca, con un agradable pórtico exterior, y una sencilla línea de blancas columnas a través de las cuales podía verse el mar. Detrás de la casa se extendía la calurosa y vehemente ciudad de Alejandría, más políglota incluso que Antioquía, y mucho más corrupta. Maldecía, atronaba, gritaba y gemía en innumerables lenguas; era una inquieta corriente de rostros negros, oscuros y blancos de personas de origen desconocido. Sus gastadas y retorcidas calles hervían con caravanas de camellos, caballos, carros y asnos. Los chacales aullaban toda la noche en las afueras de la ciudad. El prefecto de la ciudad no podía estar seguro de cuántos de sus hombres volverían por la noche a sus puestos; el asesinato era frecuente. Incluso las legiones romanas estacionadas allí no podían mantener siempre el orden. Los cobradores de impuestos desaparecían cuando no iban acompañados de soldados; sus cuerpos eran encontrados con frecuencia sobre el río o cuando las mareas los volvían al amplio y multicolor puerto.

Esto no era, para Cusa, el único aspecto agradable de la ciudad, que ardía como si tuviese fuegos internos, día y noche, mañana y tarde. Prostitutas de todas las razas y colores frecuentaban las estrechas y fieras calles a todas horas. Todas las casas de alguna importancia tenían sus propias fuerzas armadas a las puertas y, a pesar de esto, los robos eran tan comunes que pocos hablaban de ellos. Un polvo cálido y amarillo caía sobre la ciudad en tales proporciones que hacía rojizos los suaves cielos nocturnos, bajo la luna y sobre las antorchas colocadas en rejillas a lo largo de las murallas. A media noche se producían choques entre grupos rivales que se maldecían y golpeaban unos a otros con palos y deslumbradores cuchillos. Cada madrugada los callejones aparecían llenos de cadáveres evidencia también de otros conflictos entre otras razas. Aunque los romanos habían establecido un muy adecuado sistema sanitario de desagües que desembocaban en el puerto, la gente usaba las calles como letrinas por la noche. Como consecuencia Alejandría apestaba incluso durante los días más brillantes y secos. En comparación, Antioquía era un limpio sanatorio. El olor de ajo parecía ser un perfume popular; las empedradas calles estaban cubiertas con el estiércol de animales y hombres, a pesar de los ejércitos de esclavos que eran conducidos a la tarea diaria de limpiarlas. Era una ciudad peligrosa y explosiva, una ciudad violenta y agitada, siempre llena de sonidos de persecución y huida. Las epidemias se apoderaban de las casas; las prisiones estaban siempre llenas. Los carros atronaban sin cesar y nunca se sentía uno lejos de su retumbar y de su ruido.

Pero la casa de Lucano estaba en un lugar más o menos aislado, no lejos de la universidad. Estaba rodeada por unos jardines altos y una protectora pared elevada rematada por agudos picos de hierro. Cusa había hecho correr por la ciudad que Lucano no poseía dinero, y que la casa era espartana, sin que hubiese en ella plata, oro o nada digno de ser robado. En consecuencia, tan sólo habían sufrido una docena de intentos de robo en aquellos últimos cuatro años.

Cusa maldecía la ciudad y su inquietud mientras permanecía en la columnata que se elevaba sobre el puerto. El mar poseía el azul más majestuoso, casi de un púrpura imperial, reverberando bajo el ardiente cielo que parecía estar al rojo vivo. Cientos de barcos, pequeños y grandes, llenaban el puerto. Velas azules, rojas, blancas, escarlatas y amarillas colgaban de los mástiles flácidas porque no soplaba viento en el tranquilo y brillante atardecer. Ningún barco se movía; era la hora del sueño durante aquel intolerable calor. La ciudad estaba relativamente tranquila, para Alejandría, y el ruido más débil llegaba al oído de Cusa. Se enjugó el sudor de su frente con el brazo desnudo y suspiró. Aquella casi imperceptible brisa que llegaba del brillante mar era húmeda. Alejandría era tan sólo tolerable cuando el aire seco procedía de los desiertos. Los barcos se balanceaban perezosamente sobre la lenta e incesante marea.

Las palmeras en el jardín estaban cubiertas de polvo amarillo brillante y lo mismo ocurría con la hierba y los lánguidos árboles. Era imposible combatir el calor de África con agua, puesto que las fuentes estaban sucias. Cusa podía oír su débil quejido entre él y el mar. Las flores herían la vista con sus colores demasiado intensos, y más hería aún la luz del cielo y la purpúrea llamarada del puerto. Sin embargo, Cusa se sentó y se entregó a sus turbados pensamientos.

Lucano nunca había sido un alma alegre, ni cuando era más joven, excepto mientras estaba en compañía de la pequeña Rubria o cabalgando locamente sobre el pequeño asno hacia Antioquía con Keptah. Siempre había sido muy reservado, muy tranquilo; un muchacho demasiado contemplativo; y sus enfados, a pesar de ser poco frecuentes, habían sido tan fríos y glaciales como el hielo. Si alguna cálida brillantez o amor había formado parte de su carácter, la había gastado con la hija de Diodoro. Había reído pocas veces y cuando esto había sucedido, había sido en presencia de ella.

Si Lucano había sido bastante difícil en Antioquía después de la muerte de Rubria, en aquellos últimos cuatro años había sido insoportable para Cusa. Miraba a Cusa con una mirada sardónica cuando el tutor estaba en desacuerdo sobre las tareas traídas a casa de la Universidad. (Cusa pretendía ser igual a cualquiera de los maestros allí, y se ofendía cuando Lucano prefería sus interpretaciones a las de él). Hacía hablar a Cusa tomándole el pelo, no con ligereza, sino con una especie de amargo placer.

«No eres Sócrates», le decía Cusa, secretamente herido, «me fastidian estos interminables diálogos que no conducen a nada excepto a hacerme aparecer tonto. ¿Es ésta tu intención?»

Lucano se disculpaba con genuino pesar, pero su rostro permanecía sombrío. «Es como un hombre que muere constantemente con una muela inflamada», pensaba Cusa. «¿Cuándo, por todos los dioses, olvidará a aquella doncella?»

Cusa, sentado bajo la columnata, pensaba en Lucano. Movi6 su cabeza una y otra vez. A pesar de las quejas de Calliope había decidido no abandonarle, a menos que el joven griego le ordenase marchar.

CAPÍTULO XVII

Es una pena, mi buen Lucano —dijo el maestro de arte, Rustrumjee—, que estés tan firmemente decidido a ser médico, porque eres un artista de mérito formidable.

Rustrumjee era un hombre erudito procedente de la India; que cuidaba también del Museo de Arte en la Universidad de Alejandría, y sus gustos eran universales, exquisitos y sensibles. Era un hombre pequeño, gracioso y sinuoso, con una curiosa apariencia de deformidad: tenía un rostro oscuro, unos ojos extrañamente pálidos y una sonrisa sutil. Para Rustrumjee un hombre que no poseyese arte o no apreciase el arte, apenas si

era hombre. Como para la mayoría de los hindúes, no consideraba el arte separado de la religión. Había enseñado también a Lucano sánscrito.

—Como brahmán pertenezco a la casta exclusiva de los sacerdotes y hemos hecho voto de preservar nuestro antiguo lenguaje.

Miró a Lucano con dignidad por un momento, después tomó dos pequeños rectángulos de madera en los que Lucano había pintado retratos. Frunció el ceño con delicadeza.

El maestro había solicitado a Lucano que se quedase después que los otros estudiantes salieran. El joven respondió:

—Señor, soy médico desde mi nacimiento. No puedo concebir otra cosa para mí que la medicina.

Rustrumjee hizo un gesto con la cabeza y suspiró.

—Lo que ha sido ordenado durante el Karma debe ser realizado. Es probable que éste sea otro aspecto de tu Karma, la trasmigración de tu alma, necesaria para completar las necesidades de tu espíritu. A menudo me gusta especular qué pecados has cometido contra tus prójimos durante un previo Karma y que ahora debes expiar para salvarlos del dolor y de la muerte.

Lucano sonrió involuntariamente; los rasgos austeros de su rostro perdieron su normal rigidez y apareció su aspecto juvenil. Luego volvió de nuevo a quedar sombrío. Nunca argüía con Rustrumjee sobre la religión o se enzarzaba con él en discusiones sobre el asunto. Reservaba aquello para José ben Gamliel, que enseñando religión, era compasivo, contrariamente al hindú, que carecía de compasión porque creía que el destino terreno del hombre estaba ordenado antes de infinitas reencarnaciones y no debía ser rechazado. Sin embargo, Rustrumjee nunca mataba ni la más insignificante mosca, u otro insecto, por temor de entrometerse con su Karma preestablecido. El hombre, el mosquito o la rata; todos eran uno y lo mismo para el hindú, ascendiendo lentamente a través de dolorosas encarnaciones en el ser y desde allí hacia el Nirvana, y sin dejar ni recibir piedad humana durante el camino, porque lo que eran lo habían formado ellos mismos, sin la ayuda u ordenación de los dioses, a través de los eones del tiempo, a través de los eones de otras existencias. Lucano encontró las amplias consecuencias de la religión del brahmán, muy fascinadoras en algunos aspectos. Parecía explicar mucho de la agonía de la vida, sus misteriosas calamidades, su aparente anarquía. ¿Y si los desgraciados enfermos en las prisiones y en la enfermería, sufriendo aparentemente inmerecidas torturas, estuviesen sólo expiando anteriores crímenes y deformaciones espirituales? ¿Y si al expiarlas estuviesen alzándose a más elevadas condiciones de vida?

Había discutido esto con José ben Gamliel. El judío le había dicho:

—No. Tan sólo hay que considerar la ilimitada armonía de la naturaleza, que refleja a Dios; sus leyes precisas que nunca se desvían, su exactitud. Dios es la Ley, Y la Ley es perfecta e inmutable. Considera los diez mandamientos, la Ley. El hecho es que cuando el hombre rompe la ley sufre mucho o física o espiritualmente, algunas veces de las dos maneras; y cuando obedece la Ley disfruta de paz, amor y justicia y que si sufre un dolor mortal, su resistencia espiritual demuestra sin duda que la perfección no está fuera sino dentro de su alcance. ¿Por qué pues han de existir continuas reencarnaciones? No. La expiación se realiza en forma espiritual, en el reino de la obediencia donde el alma puede purificarse y limpiarse a sí misma.

Lucano no creía más a José ben Gamliel que a Rustrumjee por la simple razón de que, aunque él no podía rechazar la existencia de Dios, no creía en la inmortalidad del hombre. Convencido de la muerte espiritual y corporal nunca se veía libre de una ira terrible y profunda contra Dios. Rustrumjee dijo entonces:

—Estos retratos son rostros de hombres que has pintado en la enfermería o en la prisión; rostros moribundos. ¡Qué colores tan extraordinariamente apasionados! Casi demasiado vivos, casi demasiado impresionantes; parecen mirar desde la madera. Alguien diría que tales colores no son fieles a la realidad, sino que sólo expresan la emoción que procede de tu propia alma. Hay una cierta distorsión en los rasgos también, que no procede de la realidad del modelo sino, otra vez, de tu emoción personal. ¡Qué agonía! ¡Qué enorme angustia! ¡Qué fantasmagoría de tormento! Estas retorcidas líneas sobresalen en tal forma, que parece como si se pudiesen tocar y surgen elevadas como un relieve. El sudor de las frentes y las mejillas posee una lindez húmeda y uno espera que las gotas caigan rodando. Los ojos dilatados a causa de un pulso sufriente y sangriente; no me sorprendería si se volviesen hacia mí con desesperación y me rogasen alivio. Los otros maestros se sienten horrorizados ante tus dibujos, pero yo no, Lucano; perteneces a la India y siento que en algunas de tus Karmas viviste allí, porque sólo los hindúes piensan así, y por lo tanto son una afrenta para los griegos moderados, que prefieren la belleza olímpica y la armonía a la realidad, el esculpir estatuas de sus dioses o el colorearlas en un color distinto del natural de los hombres. Sin embargo el Zenxis pintó un racimo de uvas tan realista que, según cuenta, un cierto número de pájaros acudieron al lugar de la exhibición para devorarlas. —Miró a Lucano intensamente—. ¿Estás seguro de que no sientes la vocación de artista más que de médico?

—No, señor. Soy médico.

Lucano fue a la enfermería aunque, habiendo pasado dos horas allí aquella mañana temprano, no estaba obligado a ir otra vez. Allí también, había un médico hindú, pero era budista, luchando por aliviar la tortura a fin de que el alma pudiese alcanzar una pacífica contemplación. Había también un médico judío que poseía las manos más delicadas y piadosas para aquellos que sufrían. Asimismo se encontraban allí un médico griego, otro egipcio e incluso un romano interesado en epidemiología, que era su especialidad. Lucano había observado hacía tiempo que en Alejandría los maestros no sentían arrogancia de raza, educación, credos o familias. Ni siquiera el romano había declarado jamás orgullosamente: « ¡Soy romano!» La unidad y

fraternidad, la prontitud en el intercambio de conocimientos entre los maestros; la aceptación mutua y la reverencia que sentían unos por otros fue al principio una revelación para el joven griego. Formaban una hermandad, dedicada a la verdad y al entendimiento. La verdad y su enseñanza era allí lo único que contaba.

Vieron entrar a Lucano y le saludaron con afectuosas sonrisas, sabiendo que para él la medicina era un arte divino, por encima de todas las demás artes, y conscientes de su completa dedicación a ella.

Pero sólo el judío podía comprender su fiera preocupación personal por el dolor y la muerte. Para los demás era un estudiante como ellos, interesado académicamente en los aspectos de la enfermedad y empeñado en la investigación por causa de la misma investigación. Para ellos la muerte era sólo uno de sus fallos, el fallo final, y la discutían con lejana frialdad e interminablemente. Experimentaban por el hecho mismo de experimentar.

La clara y limpia enfermería tenía diez camas. Allí eran llevados los enfermos sin esperanza, procedentes de las prisiones y los barrios bajos de Alejandría, los enfermos crónicos, los afligidos desesperadamente. Puesto que todos los pacientes eran o esclavos o destituidos, la experimentación sobre ellos era despiadada y con frecuencia los experimentos no tenían ninguna relación con la enfermedad misma. Esto, para Lucano, era intolerable y odioso y de nuevo sólo el maestro judío lo comprendía. Los otros se reían amablemente de Lucano.

— ¿No es justificado que un hombre muera a fin de que otros, acaso multitudes, puedan vivir? —le preguntaban. A lo que él respondía mientras el maestro escuchaba con un silencio interesado:

—No. Estoy seguro. Un sólo hombre es tan importante como una multitud. Y quizás incluso más.

Esta curiosa actitud no disminuía el aprecio y afecto de los médicos. Pero cuando Lucano se lamentaba de las enfermedades mortales y trabajaba hasta sudar para aliviar el dolor y salvar un paciente, todos, excepto el judío, se sentían sorprendidos. La verdad, el conocimiento, era el objeto de la medicina. La muerte era el destino de todos los hombres y también el dolor. «Sí, el hombre debe morir» —Lucano decía amargamente—. « ¿Pero no es nuestro deber el preocuparnos lo más que podamos del dolor, incluso cuando el dolor se da en un esclavo? »

No experimentaba por la experimentación misma. Trataba la enfermedad, porque para él, como para Keptah, la enfermedad era del hombre. Fuera de la enfermería estaba el depósito donde los cuerpos de los esclavos, los abandonados y los que morían en las prisiones eran diseccionados. Las leyes de Egipto, contrariamente a las leyes de Grecia o de Roma, permitían tal disección, porque los esclavos y los pobres eran considerados como seres sin alma, y Egipto no se sentía particularmente obsesionado por la carne, excepto cuando era real o aristocrática.

El doctor hindú y sus ayudantes habían enseñado a Lucano el arte de la vacuna contra la viruela. Se dejó vacunar una y otra vez y vacunaba a sus pacientes.

—Eres inconsistente —le dijo uno de sus profesores—. Por eso no debes experimentar sobre ti.

—No es inconsistente —dijo el judío—, tan sólo desea ayudar al paciente si puede recobrase de su actual enfermedad, para que evite la viruela en el futuro. Pero nunca operaría el ojo de nuestra víctima, por ejemplo, cuando este ojo no estuviese enfermo, ni le inyectaría al paciente con otra enfermedad, medicina o veneno, simplemente para observar el resultado, porque el paciente no lo puede resistir. Aliviará el dolor y dará todo tratamiento que crea que pueda contribuir a que una enfermedad particular se cure, pero no infligirá dolor o enfermedad en nombre de la investigación.

El maestro egipcio y sus ayudantes eran especialistas. Trataban la vista, el corazón y varios órganos como parte de todo el cuerpo y Lucano se resistía a la idea de la especialización.

—Si el hígado está enfermo —protestaba—, entonces todo el hombre está enfermo, porque sus toxinas llegan a la sangre, a los ojos, al corazón, al estómago, intestinos y piel. Lo mismo ocurre con las úlceras, las degeneraciones y todas las demás enfermedades. No es sólo el peritoneo lo que está inflamado. Todo el cuerpo está inflamado en consecuencia. El cáncer es una enfermedad de todo el hombre, no solamente de la parte que ataca. Si el hombre padece artritis no la tiene tan sólo en los hombros, en las rodillas, el tobillo o los dedos de los pies o de las manos; sufre la enfermedad totalmente.

Los doctores egipcios se sentían divertidos excepto el médico judío que estaba de acuerdo. El judío había dicho en privado a Lucano:

—La enfermedad no está sólo en todo el hombre sino también en su alma. Un espíritu enfermo crea a un cuerpo enfermo, o una enfermedad del cuerpo causa una enfermedad del alma. No sólo debe tratarse la carne y su enfermedad, sino también la mente. Es muy posible, aunque no esté demostrado, que todas las enfermedades, incluso las epidémicas se originen en alguna secreta habitación del alma.

Los pacientes no eran para Lucano esclavos, destituidos o criminales. Eran hombres, a quienes había que ayudar a derrotar el inexorable odio de Dios por el hombre. Sus sufrimientos le atormentaban personalmente. Tratar a un hombre con una enfermedad del corazón, era sentir los estremecimientos de dolor en su propio corazón. La artritis que retorció e inutilizaba las articulaciones de un paciente, con frecuencia retorció sus propios miembros. Sentía en realidad el cáncer devorador en su propia carne sana cuando trataba a un paciente canceroso. Un tumor del cerebro en un esclavo le producía profundos dolores de cabeza. Era como si la enfermedad enviase hacia él desde el paciente, invisibles filamentos, que le ataban con sus síntomas y agonías.

El maestro egipcio y sus ayudantes a menudo usaban la magia en el tratamiento de sus pacientes en la enfermería. Esto provocaba una gran hilaridad entre los eruditos griegos y los maestros romanos que habían

perdido, hacía mucho tiempo sus creencias nacionales en la validez de amuletos, ritos y encantos. Pero el maestro judío había dicho a Lucano:

—Puesto que el alma está enferma a la vez que el cuerpo puede ser curada, muy a menudo, por medio de los misterios; y puesto que la enfermedad del cuerpo puede tener su origen en la mente, ésta puede ser convencida por la taumaturgia de que está curada, y, por lo tanto, el cuerpo con frecuencia se cura también. — Luego añadió—: Estos egipcios no están tan equivocados como los otros creen. Te darás cuenta de que cuando pones tus manos tiernamente y con amabilidad sobre la fiera resistencia de un paciente, los egipcios se interesan enormemente, aunque los otros se mofen de ti. Porque los egipcios han descubierto, por medio de la observación, que tienes un poder de curación misterioso. Los otros son racionalistas, tan sólo creen en las recetas y la cirugía. Los egipcios, sin embargo, habrás observado, no pertenecen a la escuela de Cnidos, que trataba tan sólo el órgano enfermo. También creen, como nosotros, que el hombre enfermo es parte de la totalidad.

En el momento presente Lucano estaba particularmente interesado en un hombre que sufría de una enfermedad del cerebro. Algunos de los cirujanos habían sugerido un tumor; no era frecuente tener la oportunidad de estudiar un cerebro vivo. Lucano sospechaba que en realidad, no creían que el hombre tuviese un tumor. Ahora que él había terminado sus estudios y era médico podía protestar, lo cual lo le hubiese sido permitido como estudiante. Además era un paciente del médico judío que después de haber escuchado a Lucano, no permitía que sus colegas interviniesen con sus deseosas sierras, escalpelos y trepanadoras.

El hombre era un esclavo, y su dueño le había enviado a la prisión por causa de un pequeño robo. Bajo la ley podía haberle hecho ejecutar y, en realidad, había sido condenado a muerte. El dueño había sido persuadido para que se le enviase a la prisión. Hacía pocos días el maestro judío había comprado a la pobre criatura y se la había dado a Lucano como paciente.

—Si le curas, Lucano, es tuyo.

—Si le curo —había respondido Lucano—, entonces te lo compraré y le libtararé.

—Entonces, te lo daré como un regalo y le libtararé yo mismo. Porque recuerdo que los judíos fuimos esclavos en Egipto.

Lucano se dirigió al instante a la cama del enfermo y los doctores egipcios se reunieron alrededor para observar. El esclavo se llamaba Odilio y era de oscuro origen racial, como muchos de los esclavos en Egipto. Poseía un fino rostro aquilino, ojos profundos e inflamados, boca elocuente y sensitiva, cuerpo alto, con manos inquietas y elegantes y unos pies delicados y largos. Tendría unos veinticinco años de edad. Miró a Lucano en silencio con un gesto implorante, y sus manos se alzaron como en una oración.

Lucano cogió un taburete, se sentó junto a la cama y contempló al esclavo con ansiosa piedad. Desenrolló un papiro y de nuevo leyó los síntomas del enfermo. No sentía un dolor continuo y opresivo como en el caso de tumor. Ninguna señal de parálisis aún. Ninguna impureza ni oscurecimiento del iris. No fallaba de ninguna de sus facultades o sentidos. Pero el hombre estaba en agonía. Ejercía algún control sobre sí mismo, pero con frecuencia gemía angustiado, apretando las manos sobre su cabeza. La presión de la sangre variaba; algunas veces su corazón saltaba y galopaba aunque no había en él nada enfermo orgánicamente. Otras, todo su cuerpo se movía con espasmos. Después de darle un sedante los espasmos desaparecían rápidamente y parecía como si un profundo alivio se apoderase de su sudoroso rostro, tomando un aspecto que emocionaba y conmovía a Lucano. No existían señales físicas de enfermedad en ninguno de sus órganos; su piel, aunque frecuentemente lívida e inflamada, estaba sana. Pero los dolores de cabeza, había dicho a Lucano quejumbrosamente, eran aplastantes, y le producían la sensación de que su cráneo iba a estallar, o a romperse en pedazos, o como si le acuchillasen o ardiese. Variaban de intensidad y modo, pero eran continuos en una forma u otra.

Los otros médicos profesores se acercaron a la cama y contemplaron como Lucano realizaba otro de sus meticulosos reconocimientos.

Vieron como acercaba una vela a los ojos del enfermo y de nuevo examinaba los iris. Observaron como ordenaba a Odilio que elevase sus manos, sus piernas, sus pies, su cabeza. Lucano buscaba reflejos exagerados o perdidos. Todo era prácticamente normal, pero el hombre continuaba retorciéndose en la cama y gimiendo. Era inteligente y podía leer y escribir tres lenguas, y había sido secretario de su dueño.

Lucano cruzó los brazos sobre el pecho y contempló al hombre por largos momentos.

— ¿Qué clase de dolor sufres hoy? —preguntó con tono ausente.

Cerca de su hombro el maestro judío se inclinó observando atentamente.

— ¡Oh, señor —gimió el esclavo—, ¡hoy mi calavera es demasiado pequeña para mi cerebro! Parece como si éste quisiera estallar fuera de su encierro.

—Tumor, evidentemente —dijo el profesor griego con avidez.

Lucano movió negativamente la cabeza sin perder de vista al esclavo.

—Ha estado aquí durante un mes y no muestra pérdida de ninguna de sus facultades o sentidos, ni epilepsia, ni el más ligero o el más insignificante signo de parálisis, ceguera o sordera. Los reflejos son hoy un poco exagerados. No, no es un tumor, que progresa continuamente en la producción de su daño. Dice que ha permanecido en esta situación durante una serie de años, aunque con menos agudeza. No tiene tumor, por lo tanto, ni maligno ni benigno.

Su hermoso rostro se inclinó sobre el quejumbroso esclavo lleno de conmiseración, ternura y simpatía. Tomó una de las manos del esclavo e inmediatamente cesaron los gemidos y Odilio contempló su rostro con una mirada de ruego. Lucano dijo:

—Le daré esencia de opio; no lo bastante para que quede idiotizado, pero sí para aliviar su dolor. Luego le someteré a un interrogatorio. Empiezo a sospechar algo... —se detuvo—, hoy la presión de su sangre es peligrosamente alta.

—Ataque inminente —sugirió uno de los jóvenes estudiantes.

—Es posible que sufra un ataque —asintió Lucano— pero no a causa de ningún tumor y posiblemente tampoco a causa de una enfermedad del cerebro, ni de cualquier enfermedad en alguno de los miembros de su cuerpo. ¿Podría ser que los ataques tuviesen a veces otras causas que las orgánicas? —murmuró para sí.

Al esclavo le fue administrada una porción de opio, que tragó ansiosamente, sabiendo el alivio que le proporcionaría. Lucano esperó. Minuto tras minuto los gemidos disminuyeron. El agarrotamiento de los músculos fue desapareciendo visiblemente y las líneas de agonía borrándose de su delgada y expresiva cara. Odilio sonrió con una sonrisa débil de gratitud y no apartó su vista del compasivo Lucano. Sus ojos empezaron a cerrarse y murmuró:

—Voy a dormir.

Pero Lucano estrechó con fuerza su mano y dijo:

—Vela conmigo Odilio, a fin de que puedas ser curado.

Odilio respondió con un suspiro:

—Señor, no quiero ser curado, porque entonces seré devuelto a mi dueño para ser ejecutado.

Lucano abrió la boca para decirle algo consolador y anunciarle que su dueño ya no le poseía. Pero se detuvo. La sospecha en su mente empezó a tomar forma.

—Antes de que fueses condenado, Odilio, y cuando tu dueño confiaba en ti y tú no habías aún robado, tenías estos terribles dolores. Por favor cierra tus ojos y respóndeme. ¿Es así?

Los semi-cerrados ojos se abrieron en tono de protesta.

—Es así, señor. ¡Ah, déjame dormir! Si al menos —murmuró hubiese tenido el valor de matarme cuando era más joven...

—Ah —dijo Lucano excitado—. Dime, Odilio, ¿durante cuánto tiempo has sido esclavo?

—No lo sé, señor. Mi más remota memoria llega a cuando yo era un niño muy joven, y era conducido a Egipto por un tratante de esclavos persa para ser vendido aquí. No sé si nací esclavo o libre. Mi actual dueño me ha poseído desde que yo tenía tres o cuatro años y no recuerdo quienes eran o dónde pudiesen estar mis padres.

—¿Por qué robaste, Odilio? Tu dueño no era desusadamente duro para contigo y confiaba en ti.

Los ojos oscurecidos del esclavo adquirieron un sombrío fulgor.

—Robé de sus cofres (mi amo era un hombre muy rico y no siempre sabía la cantidad exacta que poseía) a fin de poderme escapar. Intenté coger un saco de oro. Pero él había enviado aquella mañana el dinero al Banco de Alejandría y tan sólo quedaba un pequeño saco de plata. Yo no lo sabía pero lo tomé. Una vez ante sus cofres no pude resistirme.

—¿Por qué? ¡Una cantidad tan pequeña!

—Sí, señor. —El esclavo se mantuvo silencioso durante unos momentos y sus expresivos ojos se velaron con algún profundo y doloroso pensamiento.

—Sin embargo —continuó— era el primer paso hacia la libertad.

Entonces rompió en sollozos y lágrimas con tal intensidad que su agitado cuerpo hizo temblar su catre.

—Incluso si hubiese podido robar oro no me hubiese salvado... —exclamó—; hubiese sido descubierto —cogió la mano de Lucano con sus dedos sudorosos—. Tú no puedes comprender, señor, tú eres un hombre libre. No sabes lo que es ser esclavo... Había muchos en aquella casa a quienes yo hablé de libertad y me respondieron con extrañas e interrogadoras sonrisas. «¿No estamos cobijados, alimentados, vestidos adecuadamente, disfrutando algunos días de fiesta, y cuando complacemos especialmente a nuestro dueño nos da recreo o una moneda de plata? Nosotros estamos mejor que los pobres libres de la ciudad, que duermen en el arroyo o bajo los arcos y mendigan pan o mueren de hambre. ¿Por qué entonces una libertad pesada para morir como perros?»

—Sí —dijo Lucano—. ¡Ah, sí!

El esclavo le miró con un gesto de ruego y vio sus ojos azules humedecidos. Se elevó sobre su codo olvidando a los demás presentes.

—Señor, ahora sé que deseé robar porque yo sabía que sería cogido y ejecutado. ¡Prefería la muerte a la esclavitud! ¿Puedes comprender esto?

—Sí —dijo Lucano—, sí, sí.

El esclavo volvió a echarse sobre el lecho y empezó de nuevo a gemir.

—No me cures, señor. Déjame morir así. Así seré libre para siempre.

Sus manos se alzaron hasta su cabeza y sus ojos se hundieron en las cuencas de su cara a causa de un renovado tormento.

—Opio, señor. Bastante opio para que me mate al instante. Así caeré en un sueño profundo y nunca me despertaré; seré uno en la incontable compañía de los que para siempre son libres.

Lucano alzó la voz para que el esclavo le oyese a pesar de su estupor. Miró a los otros médicos que le contemplaban atentamente.

— ¿Hay en la universidad necesidad de un hombre de toda confianza capaz de desempeñar su tarea con habilidad? —preguntó.

El esclavo abrió los ojos contemplándole con inmensa confusión. Los otros médicos fruncieron el ceño tratando de comprender.

—Es un esclavo, Lucano —dijo un egipcio— y no nos pertenece a nosotros sino a su dueño.

Lucano se echó a reír con suavidad y movió la cabeza. Colocó su mano sobre la mejilla del esclavo como si fuese un hermano.

—No; pertenece a mi maestro Jacob, aquí presente, que lo adquirió de su anterior dueño, pero ahora me pertenece a mí y mañana visitaré al pretor y le libtararé.

El esclavo se sentó repentinamente y emitió un gemido en el lecho. Tendió sus brazos alrededor del cuello de Lucano. Soltó y le cogió las manos cubriéndolas de besos. Gemía y sollozaba; estaba fuera de sí mismo. Su rostro ardía. Gritaba y se levantó. Luego se echó sobre el suelo y abrazó los pies de Lucano apretando alternativamente su frente contra ellos.

Lucano le alzó con el máximo cariño y le colocó de nuevo sobre su camastro, pero el hombre se apoderó de su mano y no quería dejarla. Miraba a Lucano con adoración...

—Mis queridos colegas —dijo Lucano— os repito mi oferta y la oferta de Idilio. ¿Le necesitáis?

—Yo puedo usarle inmediatamente como mi propio oficinista —dijo Jacob— cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

Lucano pretendió dudar y agitó su cabeza con gesto negativo.

—Ah, qué penoso es esto —murmuró— el pobre Odilio está libre pero está enfermo y, ¿quién sabe si se recobrará?

El enfermo se levantó otra vez y el ardor de su rostro era más brillante que antes.

—Señor... ya no estoy enfermo... el dolor ha abandonado mi cabeza... Está clara, fría y suave.....Déjame servirte a ti, te lo ruego...

—Puesto que serás liberado por la mañana y prácticamente ya eres libre ahora y capaz de hacer planes sobre tu propio futuro, no debes decir «déjame» —dijo Lucano con una severidad un tanto burlona.

Idilio cuyos ojos estaban encendidos le miró como quien mira a un ángel. Luego con una sonrisa, dijo:

-Señor, si el médico Jacob desea mis servicios, será mi delicia el servirle como hombre libre.

—Y con un sueldo que discutiremos —respondió el juvenil y barbudo judío.

—Ahora, duerme —dijo Lucano levantándose—. Cuando te despiertes, Idilio no tendrás dolor y el dolor nunca más volverá a ti.

Los médicos rieron un poco y se alejaron con Lucano entre ellos.

Un griego dijo con acento divertido:

—Ahora nos vemos privados de un cerebro vivo para estudiar.

—Pero habéis visto a uno que moría, volver a la vida —Dijo Jacob—. Miradle como duerme, con la sonrisa de un gozoso niño en su rostro. La libertad es más que la vida para los que son como él y hay tantos que forman una legión. Quiera Dios que pronto todos los hombres sean libres a fin de que no piensen en la muerte como único escape.

—Odilio no sufría de una enfermedad del cuerpo o del cerebro respondió Lucano respetuosamente a los pragmáticos griegos. Sufría de una enfermedad del alma y ahora está curado. En vuestro racionalismo habéis olvidado a Hipócrates.

CAPÍTULO XVIII

Un crepúsculo liliáceo se difuminaba por el aire de Alejandría cuando Lucano, exhausto, dejó la enfermería y el depósito. Aquí y allá una salpicadura de sangre seca manchaba su túnica y su cabeza ardía. Encontró a José ben Gamliel que aparentemente le había estado esperando. José dijo:

—Saludos, Lucano. Deseo de ti un favor. Tengo un amigo querido que ha vivido en Alejandría durante dos meses, no por deseo suyo sino porque está muy enfermo y cercano a la muerte. Su nombre es Elazar ben Salomón, un comerciante rico que viaja por todo el mundo. Es un comerciante extremadamente rico y un hombre bueno. ¿Querrás visitarlo?

Lucano respondió con frialdad:

—Lo siento, José, pero no deseo curar a ningún hombre rico en ninguna parte. He decidido viajar por todos los puertos y barcos para atender a los destituidos, a los esclavos de todas las ciudades y de las galeras, para quienes no hay sanatorios en ningún sitio excepto en Roma, en la que, por lo tanto, no me necesitan.

—Nosotros decimos en nuestras Escrituras que la sabiduría con una rica herencia es muy buena —dijo José sonriendo—. No te sofoques así, querido Lucano. Simplemente estoy felicitándote por tener un padre adoptivo rico. De otra forma, ¿cómo podrías vivir en tus viajes a esos puertos? No he oído —añadió José— que los ricos sufran menos en sus enfermedades que los pobres ni que Dios les haya concedido ninguna clase de inmunidad. Un cáncer produce tanta agonía a un César como al más bajo de los esclavos.

—A pesar de todo, no deseo tratar a ningún hombre rico —repitió Lucano fríamente. Luego se sintió furioso—. Aún soy un novato. ¿No ha consultado tu amigo a ninguno de los médicos competentes que hay en Alejandría y que viven ansiosos de honorarios importantes? Podría nombrarte una docena.

José le miró reflexivamente.

—Lucano, creo que podrías ayudar a Eleazar ben Salomón y creo que sólo tú puedes hacerlo. Está muriendo, es posible que no puedas salvar su vida. Tiene también el alma destrozada y tú podrías consolarle.

—¡Yo! —exclamó Lucano, y sonrió tristemente—. ¿Yo, el inconsolable, dar consuelo?

—Esto es lo que haces todo el tiempo —dijo José con gravedad—. Ven como un favor personal hecho a mí, porque amo a Eleazar ben Salomón. Cuando éramos niños vivíamos juntos en Jerusalén, antes que yo viniese a Alejandría.

Su rostro cambió y adquirió un tono de sutil desolación.

—Mi litera está esperando fuera del jardín.

Lucano vaciló. Había algo misterioso en las maneras de José, pensó y a pesar de la repugnancia que el joven griego sentía hacia los ricos y privilegiados, su corazón de médico no podía negarse. Por esto dijo:

—Es posible que tenga una enfermedad en la que yo esté interesado, por lo tanto iré.

José sonrió bajo su barba.

Llegaron a las puertas que fueron abiertas para ellos por esclavos armados... José no poseía esclavos ni los tenía su familia. Empleaban sólo hombres libres a quienes habían comprado como esclavos y luego liberados. Los portadores de su litera eran jóvenes y fuertes que se inclinaron respetuosamente ante su señor. Era un atardecer cálido y el cielo ardía cubierto de un color amatista. José y Lucano se sentaron juntos en la litera, descorriendo las cortinas de lana para aprovechar la menor brisa. De pronto, aquella tierra tropical, quedó cubierta por el manto de la noche que se extendió sobre Alejandría y la luna ocupó su lugar en el cielo.

La ciudad como de costumbre era un crisol de colores, lámparas, voces clamorosas, animales, hombres y mujeres, porque tan sólo en el atardecer adquiría Alejandría toda su viveza. Antorchas ardientes crujían en sus soportes; mendigos gemían y pedían a pocos metros, gritaban, mujeres que reían; música que surgía detrás de blancas paredes sobre las que colgaban flores blancas, rojas y amarillas. La luz de la luna apareció con rapidez iluminándolo todo, haciendo brillar las blancas y bajas terrazas, tan llanas como la tierra. Era tan pálida como el agua al reflejarse sobre aquellas terrazas en las cuales los habitantes de las casas se iban reuniendo en busca del fresco. Sus oscuras formas y morenos rostros se movían de un lado para otro; hablaban, reían y palmeaban solicitando que los esclavos llevasen vino y sonaban voces en muchas lenguas extrañas. De cuando en cuando una arqueada puerta se abría en una pared y se podía contemplar a través de ella los jardines iluminados, dulcemente perfumados, llenos de fuentes y estatuas, sobre las que la luz de la luna resbalaba como un chorro de plata.

José no habló durante el corto viaje. Parecía hundido en una melancolía personal y Lucano no quiso turbarlo. Estaba enfadado consigo mismo; se preguntaba por qué le era siempre difícil negar a José ben Gamliel cualquier cosa que le pidiese. El murmullo y olor del mar se hizo más intenso por lo que Lucano comprendió que la casa a la que iba estaba cerca del agua y por lo tanto era un lugar agradable. La inmensa luna blanca miraba impecablemente la calurosa y poblada ciudad, sin enviar ninguna frescura sobre ella. Llegaron a una suave y blanca pared, elevada e iluminada y uno de los libertos llamó a una puerta arqueada. Se abrió y tras ella apareció un jardín iluminado por la luz de la luna y dormido, lleno de flores, árboles, hierba y fuentes, pero sin estatuas. Un perfume de higos en flor y jazmín salía hasta la calle. La casa, a poca distancia era grande y blanca, con una amplia columnata y balcones a los lados de estilo oriental.

Pero incluso en aquella cálida frescura, el fétido y penetrante olor de oriente se mantenía insistente. No era desagradable, era un olor, a especie e incienso y a una tierra extraordinaria y fecunda.

—Es un lugar agradable —murmuró Lucano pensando en la enfermería de la universidad— Este hombre no ahorra dinero.

—¿Por qué ha de hacerlo? —preguntó José en voz suave—. ¿Puede el dinero ser guardado para siempre?

—Podría ser usado muy bien en ayudar a los que carecen de ayuda, en construir sanatorios para los pobres y cobijo para los que no tienen hogar —dijo Lucano. José suspiró.

—Eleazar ben Salomón es conocido por sus muchas obras de caridad y su bondad, porque tiene un gran corazón. Redime a cuantos judíos esclavos encuentra. No descubrirás esclavos en su casa o en ninguna de las casas que tiene en muchas ciudades. Cuanto más da, más Dios le concede.

Las cortinas de las ventanas estaban corridas a fin de que pudiese entrar el fresco. En los Jardines todo estaba tranquilo y los dos hombres se acercaron a la casa. Los ruiseñores cantaban a la luna con trinos penetrantes y agudos. Se oía el canto de los grillos y, en algún lugar, los loros parloteaban. Pero no se oían voces humanas. Las grandes puertas de bronce permanecían abiertas y el recibidor que se veía tras ellas estaba construido de níveo mármol, lleno de altas columnas e iluminado por muchas lámparas de plata sostenidas sobre candelabros. Había flores por todos los lugares colocadas en jarrones griegos y egipcios instalados en el suelo.

La más hermosa muchacha que Lucano había visto en su vida corrió hacia José, con las manos extendidas en un gesto de bienvenida amoroso. Era más hermosa que Iris, la madre de Lucano, a quien el joven había considerado insuperable hasta entonces incluso por la más hermosa de las estatuas. Parecía tener menos de veinte años y probablemente rondaba los dieciséis, tan ligera y bien formada bajo su azul vestido, que su estatura no era aparente a primera vista. Parecía una reina, y se movía en forma real, deslizándose sobre el

blanco mármol. Su pequeña y majestuosa cabeza flotaba con unas trenzas oscuras sueltas que brillaban como seda y su cabello era tan hermoso que parecía estar formado por un flotante vapor. Su rostro ovalado tenía el color de las perlas traslúcido y brillante como si poseyese una luz interna; sus labios eran de un rojo suave, su nariz delicada y finamente formada, sus ojos de un profundo y brillante color violeta. Llevaba un collar, pendientes y un brazalete de deslumbradoras piedras azules engarzadas en un elaborado trabajo de oro a la moda. Un delicioso perfume, como de rosas, parecía proceder de su nivea carne más bien que de los vestidos o del cuello. Su vestido azul caía redondeado sobre sus pechos de doncella y su esbelta cintura estaba ceñida por un cinturón de oro, cuajado de piedras azul oscuro. La seda descendía sobre su suave cintura y resaltaba sus exquisitas piernas. Calzaba sandalias de piel repujada en oro.

Se sintió gozosa ante la vista de José y su luminosa y blanca garganta palpitó como si estuviese luchando por contenerse y romper en sollozos de alivio y gratitud por la presencia de José. José tomó sus manos encendidas y las sostuvo con calor y miró a sus ojos con amor de padre.

—Mi querida Sara —dijo amablemente—. ¿Confío en que tu padre esté mejor esta noche?

Sara no se dio cuenta de pronto de que Lucano la contemplaba desde el fondo, encantado por la visión de su virginal belleza henchida de primaveral pureza y adorables matices. La sonrisa abandonó su rostro y sus labios cubrieron unos dientes que parecían de porcelana.

—No, no está mejor, José —dijo con voz llorosa y suave como la de una paloma—. Pero se sentirá feliz al verte.

Ella como José, hablaba arameo. Sus largas y negras pestañas parpadearon, y sus oscuras cejas, sedosas y brillantes, resaltaban como flechas sobre la blancura de su frente. No necesitaba artificios, ni botes de pintura o kohl para sus ojos, ni tintes para teñir la punta de sus rosadas uñas. La naturaleza la había dotado con los más exquisitos colores, vivos como los de una flor. José se volvió hacia Lucano.

—Sara —dijo—, aquí está mi discípulo favorito, Lucano, de quien te he hablado con frecuencia. Es un maravilloso médico; le he persuadido para que vea a tu padre.

Lucano estaba de tal modo sorprendido, excitado y asombrado por la vista de una joven de tan sobrenatural belleza, que transcurrió un momento o dos antes de que pudiese inclinarse en saludo reverente. Su sangre griega palpitó con adoración hacia aquella belleza; pensó en una estatua de la joven Hebe que había visto una vez en un templo de Alejandría, porque Sara había nacido para servir al amor y la devoción. Esto era evidente en su aire de ternura, su solicitud y gentil humildad.

—Antes de que veas a mi padre, José —dijo con sus ojos repentinamente fijos con fascinación en Lucano—, los dos debéis cenar y beber algo.

—Beberemos un poco de vino —dijo José siguiendo a la muchacha hacia una habitación tras el recibidor, amueblada ricamente aunque con sencillez y llena de flores de muchos colores. Tampoco allí había estatuas. Las paredes estaban formadas de brillantes mosaicos representando flores en capullo, hojas entrelazadas y estilizadas formas orientales. Las columnas eran de mármol amarillo, las lámparas de bronce de Corinto, el suelo de mármol blanco y negro en cuadros cubierto con alfombras persas que parecían joyas tejidas—. Pero debemos volver a nuestros hogares para cenar. Si no lo hiciésemos, nuestras familias estarían preocupadas por nosotros.

—Ah, sí, así es —dijo Sara, incapaz de apartar los ojos de Lucano que permanecía de pie en el centro de aquella grande y fresca habitación, un poco incómodo, como un alto y hermoso dios. Después de un momento Sara parpadeó, se ruborizó y bajó los ojos; su hermoso pecho se agitó rápidamente y luego quedó quieto. Dio unas palmadas y un criado entró con una bandeja de plata sobre la que descansaban unas copas, cuajadas de muchas piedras preciosas diferentes. La propia Sara sirvió un vino excelente, que desprendía el aroma de soleadas viñas. Como abstraída dio a Lucano una copa antes que a José que era más viejo. Lucano la tomó y sus dedos se rozaron, y el muchacho, a pesar de sí mismo, sintió un estremecimiento eléctrico. Acostumbrado como estaba a las costumbres recatadas de Aurelia, de Iris y de las mujeres romanas de costumbres antiguas, se asombró un poco ante la libertad y ligereza de aquella joven.

Bebió el vino que tenía un gusto y aroma oloroso y se sorprendió al darse cuenta de que disfrutaba de él. José bebiendo también preguntó en voz baja a la doncella por su padre, y ella contestó con notas de preocupación en su voz. Lucano se sintió encantado con los tonos de la voz de la muchacha, tan dulces, variados y elocuentes. De vez en cuando, a medida que hablaba, miraba tímidamente hacia Lucano y cuando sus ojos se encontraban se ruborizaba profundamente.

Finalmente los dos hombres siguieron a la muchacha a través de una abierta columnata, cuyas columnas parecían hechas de brillante plata iluminadas por la luz de la luna. Ella corrió una cortina de pesado tejido oriental y penetraron en un gran dormitorio, que brillaba suavemente alumbrado por lámparas de plata y estaba lleno de un perfume de flores y especies. Sobre una gran cama esculpida en marfil, plata y oro, yacía un hombre de mediana edad, reclinado sobre cojines de seda y cubierto con una manta de claros colores tendida sobre sus pies. Antes de que Lucano pudiese ver su rostro, pudo oír la variable y desesperada respiración del hombre y su instinto de médico le hizo olvidar todo excepto su dedicación profesional.

—Saludos, mi querido Eleazar —dijo José acercándose a la cama seguido de Lucano. José tomó las manos de su amigo y se inclinó sobre él sonriendo con tierna preocupación, y Sara permaneció a los pies sonriendo ansiosamente a su padre.

Eleazar trató de hablar pero su voz, entrecortada por pesadas respiraciones, sonó apresurada y débil. Tosía repetidamente.

—Descansa —dijo José—. He traído al joven médico Lucano.

Se levantó y miró al griego, haciéndole una señal con sus ojos. Lucano se acercó con toda su mente alerta y atenta hacia el hombre enfermo. Inmediatamente, sin hablar, vio que Eleazar estaba in extremis. El comerciante y traficante judío era un hombre moreno, emancipado, escuálido de complexión y que poseía unos grandes y tristes ojos que brillaban aún con vida, a pesar de su condición de moribundo. Sus rasgos le recordaron a Diodoro, porque Eleazar tenía el mismo perfil de águila, la misma agudeza y expresión y Lucano pensó de nuevo en el extraño parecido que existía entre los judíos y los romanos.

Eleazar trató de sonreír con cortesía a Lucano, pero estaba extremadamente inquieto a pesar de su postración. Sus labios, los lóbulos de sus oídos y las puntas de sus dedos estaban amoratados. Un aspecto de profunda melancolía invadía su rostro. Su boca permaneció abierta mientras intentaba respirar y los espasmos de sus pulmones hacían su respiración silbante y ronca. Lucano, sin hablar, levantó la túnica del pecho del hombre, inclinó su cabeza y colocó el oído en la región del corazón. Sí, sonaban sístoles anormales y una fibrilación auricular. Los sonidos del corazón eran sofocados, cortos y débiles, espaciados, con ritmo variable y palpitante. La desplazada palpitación estaba allí, el corto y rápido pulso, el débil pero bien definido primer sonido seguido de otro sofocado. El paciente sufría un grave fallo del corazón. Alzando su cabeza, Lucano estudió de nuevo silenciosamente su rostro, y el color mortecino de su carne, escuchó la tos y vio el tinte sanguinolento en los extremos de sus labios moribundos y la agrandada hinchazón tóxica de la glándula de su garganta. El joven médico tomó un frasco de la dorada mesa de mármol a la cabecera de la cama lo olfateó y examinó su contenido. Frunció el ceño; el estimulante cardíaco era demasiado fuerte. Sin embargo se podía hacer poco ya por aquel sufriente e inmediatamente el alma de Lucano se sintió conmovida y olvidó que Eleazar ben Salomón era un hombre rico. Era tan sólo un hombre que estaba siendo atormentado. Lucano le dijo amablemente en arameo:

— ¿Has tenido los mejores médicos? No hables; simplemente responde con gestos de tu cabeza. Calculo que caíste enfermo hace unas pocas semanas. Has tenido indigestión, has vomitado, náuseas, y diarrea —hizo una pausa y dijo con mayor amabilidad— ¿comprendes tu condición?

Eleazar yacía sobre las almohadas y estudió el rostro de Lucano con gran atención, los bien dibujados, llenos pero ascéticos labios, la larga y cincelada nariz griega, la inclinada frente, los elocuentes ojos azules llenos ahora de piedad, simpatía y amabilidad. Un gran interés cruzó el rostro del hombre moribundo, como reflejo de un esfuerzo en busca de sus últimas energías. Su rígida mirada penetró en el alma de Lucano con la peculiar intensidad de los moribundos y sonrió. Susurró roncamente y con dificultad:

—Sí, lo comprendo, y no siento tristeza por mí excepto por la niña que debo dejar.

Dirigió hacia Sara una profunda y amante mirada y ésta estalló en lágrimas. Se arrodilló ante el lecho y colocó su cabeza junto al hombro de su padre.

—Como médico no puedo hacer nada por ti —dijo Lucano, porque comprendió que ante él tenía un hombre heroico y no debía insultarlo con mentiras piadosas—, tú estás más allá de la ayuda humana, Eleazar.

—Pero no más allá de la ayuda de Dios, bendito sea su nombre —respondió Eleazar.

— Bendito sea su nombre -añadió José con gran emoción.

Se volvió hacia José y dijo:

—No sé porque he sido llamado. ¿Fue tan sólo para repetir lo que otros y mejores médicos han dicho ya de Eleazar ben Salomón?

—No —dijo José— ha sido para oír su historia y hacerle una promesa de ayudarle. Porque yo creo que puedes dar esta ayuda, aunque no lo sé. Nosotros los judíos tenemos frecuentemente intuiciones espirituales misteriosas, más allá de la razón natural, más allá de toda explicación.

Sus ojos se posaron sobre Lucano con gravedad y se acarició la barba.

—Levántame —rogó el hombre enfermo y Sara y José le alzaron sobre las almohadas. Durante la operación no apartó su mirada suplicante de Lucano; parecía como si supiese que la última esperanza estaba allí. Lucano dijo:

—Debiera descansar. No se le puede permitir hablar. —Se sentía profundamente vejado por las palabras crípticas de José; su lógica mente griega rechazaba el sonoro misticismo de los judíos—. Sin embargo, si puedo ayudar a Eleazar lo haré, aunque la forma como puedo ayudarle me es desconocida.

—Quizás no es desconocido para Dios —dijo José, y Lucano ignoró el comentario. Mezcló un poco del elixir contenido en el frasco con un poco de vino y lo llevó a los labios de Eleazar y el mercader lo tragó dolorosamente. La enorme glándula de su garganta parecía a punto de romper su fuerte y curtida piel. Lucano podía sentir el dolor en su propia garganta y la dificultad en tragar y de pronto su cabeza empezó a dolerle. Eleazar dijo:

—Debo hablar, porque tengo poco tiempo y he oído a José ben Gamliel de quien nunca he escuchado un comentario insensato. Hay algo en mí también que me asegura, joven maestro, que tú puedes ayudarme. Acércate a mí. —Se detuvo y luchó de nuevo por respirar, y el rostro de Lucano se puso rígido. Con tristeza ante aquel sonido angustioso.

—Hace dos años —dijo Eleazar jadeando— mi querida esposa Rebeca dio a luz a nuestro primero y único hijo, en esta misma casa. Ella murió en el parto. —Sus ojos se llenaron de lágrimas sangrientas—. Puse al niño Arieih, León, por nombre, y él me consoló, porque ciertamente parecía un joven león, fuerte y hermoso. Era el gozo de mi corazón, porque nunca en todo Israel hubo un niño tan encantador, y yo le dediqué a Dios.

Unió sus delgadas y lívidas manos en un gesto convulsivo de agonizante tristeza.

—Mi tiempo se acorta —susurró—, Sara, no llores. Debo hablar. Joven maestro, no tengo esclavos, sólo hombres y mujeres libres que son devotos a mi persona y familia. Un día dos ayas jugaban con Arieh, mi hijo, en el patio y jardín cerrado de la casa y yo desde mi biblioteca oía la risa del niño. De pronto me di cuenta de que las voces y ruidos habían cesado. Abandoné la biblioteca para descubrir la razón de aquel silencio. Las muchachas yacían sobre las flores con sus cabezas aplastadas y ensangrentadas y mi hijo había desaparecido.

Se detuvo y cerró los ojos, y la tortura de aquel recuerdo perló su rostro con grandes gotas de sudor. Hizo un gesto débil y abrió de nuevo os ojos.

—El prefecto de la ciudad tomó el asunto por su cuenta. ¿Tenía yo enemigos? ¿Quién sabe los enemigos que un hombre tiene entre sus amantes amigos? He tratado de ser un hombre justo, honorable en todos mis tratos, y me he hecho muy rico. ¿Acaso esto inspiró a mis amigos la envidia y furor? Es posible. Un hombre puede guardarse de sus enemigos pero nunca de sus amigos, porque ellos están dentro de su casa. El prefecto, contra mis protestas, arrestó a algunos de mis hombres buenas gentes e incluso les torturó. ¿Cómo, preguntó, era posible que se hubiesen cometido dos asesinatos dentro de las guardadas paredes de los jardines y se hubiese secuestrado a un niño sin el conocimiento de los demás criados? Pero el encargado de la entrada no había visto a ningún extranjero. Los guardianes de las puertas no habían admitido a nadie. ¿Habían sido sobornados? Era muy posible. Mi gente fue puesta en libertad a causa de mi insistencia. Me juraron que no habían estado complicados en el rapto.

Lucano se sintió lleno de ira, olvidando que Eleazar era un hombre rico y sintiendo su angustia en sí mismo.

—Esto ocurrió hace dos meses —dijo Eleazar—. Mi hijo, Arieh, tiene sólo dos años de edad. ¿Qué han hecho con el niño? ¿Está muerto, enterrado en algún lugar solitario del desierto? ¿Ha sido ahogado? No siento en mi corazón que esto haya ocurrido; sé que está vivo y que su rapto fue una deliberada maldad inspirada por el odio. ¿Quién es el amigo que sobornó a un criado para que matase y robase al pequeño? ¿Está algunas veces junto a mi casa murmurando palabras de consuelo y bebiendo mi vino o consolando a mi hija Sara y jurando venganzas contra mis enemigos? Es muy posible. Mis ojos han quedado ciegos observando todos los rostros. ¿Quién es el amigo? Está vestido de maldad y por lo tanto es invisible.

Eleazar alzó su mano izquierda y se la mostró a Lucano. El dedo meñique estaba graciosamente mal formado, doblado agudamente por la segunda falange, en tal forma que montaba sobre el siguiente.

—Este dedo es la marca de los varones de mi familia —dijo—. Mi hijo Arieh, la tiene. Esto le identificará.

Cesó de hablar pero sus apenados ojos no abandonaron en ningún momento los ojos de Lucano.

—Tú encontrarás a mi hijo —y sonrió débilmente—. Mi corazón me dicta esto. Quizá no sea mañana; ni dentro de diez o veinte años. Pero lo encontrarás. He ofrecido una gran recompensa en todas las capitales del mundo, pero aún no hay ninguna respuesta, aunque miles y miles de informadores, ladrones, soldados, marineros, esclavos y hombres de mar andan buscándole movidos por su ansiosa avaricia. Las manos de pequeños niños, multitudes de niños pequeños en todos los sitios, son examinadas furtivamente, en cientos de ciudades y pueblos, poblaciones, calles, callejuelas, cuevas y en los hogares de los ricos y de los pobres. Tengo hombres libres por todo el mundo que investigan los rumores y corren cada vez que tienen alguna información, pero aún así no hay ningún signo de mi hijo.

—Entonces lo más probable es que esté muerto —dijo Lucano con tristeza.

—No —respondió Eleazar. Colocó su mano sobre el pecho—. Mi corazón me dice que vive, quizás escondido, pero ciertamente vivo. Sabría si estuviese muerto. Por lo tanto, tú le encontrarás y tú le llevarás a Jerusalén para que herede lo que le dejo. Mi hijo, con su dedo torcido, mi hijo que parece un león.

Lucano permaneció silencioso, tanto a causa de su compasión como por la ira que sentía contra Dios. Comprendía ahora que Eleazar muriese de dolor y agonía.

—Encontrarás a mi hijo —repitió Eleazar y sonrió con un gozo tembloroso reflejado en su rostro—, tú le devolverás a su pueblo, a su hermana y a las puertas de Jerusalén.

Lucano pensó que aquello era esperar mucho de él. Abrió la boca para protestar, pero quedó silencioso sin saber por qué. Finalmente dijo mientras Eleazar le contemplaba:

—Soy médico y estaré siempre entre los pobres, quienes no tienen amigos ni quien les consuele, ni pueden pagar honorarios. Buscaré a tu hijo. Es todo cuanto puedo prometerte.

—Es bastante —dijo Eleazar y alzó su trémula mano hacia Lucano que la tomó sintiendo su frío sudor. El rostro de Eleazar, bajo el toque de los dedos de Lucano sufrió un cambio extraordinario. Una mirada de maravillosa paz y libertad del dolor se apoderó de él. Sus ojos se cerraron y la difícil respiración se calmó, haciéndose más lenta por momentos mientras Lucano sostenía sus manos. Y de pronto se fue, quedando sólo la débil y desconsolada sonrisa en el rostro firme.

Sara se puso en pie con un sollozo que rompía el corazón y permaneció junto al lecho. Las lágrimas corrían por sus pálidas mejillas. Crispó sus manos y se estremeció.

José ben Gamliel dijo en alta y reverente voz:

—El Señor da y el Señor quita. Bendito sea el nombre del Señor.

—Bendito sea el nombre del Señor —repitió Sara, en medio de sus lágrimas.

Lucano bajó la mano del muerto con un gesto de amor, pero la ira y el dolor rugía de tal modo en su corazón que se sintió enfermo. Miró a José ben Gamliel con fieros y brillantes ojos. ¿Como era posible que un hombre serio y entendido alabase el nombre del enemigo mortal de todos los hombres? Pensó que las palabras de José eran indignas y débiles, las palabras de un esclavo servil bajo el látigo. Se sintió disgustado; su cabeza

hervía con un furioso y torturador dolor. Giró sobre sus talones, abandonó la habitación, atravesó rápidamente la columnata y dejó la casa.

CAPITULO XIX

Era peligroso andar solo por las calles de Alejandría durante la noche y Lucano aflojó la daga que llevaba al cinto. No tenía miedo; era un atleta, alto y fuerte y no estaba lejos de su casa. Mantuvo la mano en el puño de la daga y anduvo rápidamente, lleno de furor y piedad. La capucha de su blanco manto cubría su cabeza, los vestidos flotaban a su alrededor. Caminaba por el centro de las tortuosas calles, evitando basuras, sin ver a nadie que se cruzase con él, percibiendo el mal olor, los mezclados y aromáticos perfumes de la ciudad; su corazón y su mente consumidos por sus pensamientos. Antorchas colocadas en cestas de hierro instaladas sobre las paredes iluminaban su figura con una moribunda y apagada luz roja. Una gran luna ardiente y blanca corría sobre él lanzando rayos de fuego plateado y su aspecto era tan poderoso y formidable, que rostros furtivos, que miraban desde los arcos y las puertas, retrocedían rápidamente como ante la vista de una aparición andante.

Lucano no se daba cuenta de los gritos o exclamaciones lejanos, de la música y de las risas, ni del tumultuoso palpar y sonidos de aquella tórrida ciudad. Tan sólo se daba cuenta de sus turbulentos pensamientos, su pena por Eleazar y la hermosa joven Sara; su ira contra Dios que incansablemente traicionaba y perseguía con espíritu vengativo y constante al hombre. Pensó en el niño Arieih. Estaba convencido de que estaba muerto, asesinado a causa de la malicia y el odio y, por primera vez, Lucano se volvió contra el mal en el hombre, contra su crueldad y falta de piedad, contra su avaricia y envidia, contra su sed de sangre e incontrolada dureza de corazón y contra los crímenes cometidos contra el prójimo. Había otro enemigo además de Dios; el hombre mismo. En aquellos tremendos momentos Lucano odió por igual al hombre y a Dios y se sintió cansado de su propia vida, su propia presencia en el mundo de la humanidad. El universo era malo hasta las entrañas; las mismas estrellas estaban todas con un tinte de vida. Todo aparecía engrandecido, torcido y deformado ante los ardientes ojos del joven griego. Estaba borracho de ira. Cuando un hombre al cruzarse con él rozó su mano, apretó la daga y por primera vez en su existencia emitió un violento juramento, ante el cual el hombre se apartó de él aterrizado viendo la daga desenfundada y sintiendo, más que viendo, una ira sobrehumana, percibiendo la airada mirada, incluso bajo la capucha y percatándose de que era un furor que sobrepasaba el de cualquier hombre.

Las sandalias de Lucano repiqueteaban sobre las piedras como la marcha de un dios. Sin pensar nada concretamente, excepto que buscaba el camino más corto a través de una calleja hacía su casa, torció por una calle estrecha y oscura, iluminada por el resplandor de una sola antorcha en la entrada y el brillo de la luna. Altas paredes oscuras cerraban la calle y repentinamente todo quedó allí silencioso, con una tranquilidad siniestra. El único sonido cercano era el murmullo del agua sucia discurriendo por la cuneta; un olor insoportable llenaba el callejón. Lucano continuó descendiendo por la calle, luego se detuvo. Había llegado frente a una pared alta: la calle carecía de salida. Miró a su alrededor, las impresionantes paredes parecían haberle atrapado. Estaba sólo allí; no podía ver nada, sino las oscuras formas de los pisos finales y sin luz de las casas más allá de las paredes. Nadie hablaba o gritaba; aquél era un lugar muerto.

Jadeando vio que estaba momentáneamente perdido. Tenía que volver sobre sus pasos al final de la calle y mirar a su alrededor. De nuevo emitió un juramento bajo y violento. Quizás habría una puerta en la pared que se alzaba ante él, que le permitiese entrar en el patio y desde allí pasar a una calle menos peligrosa. Con la ayuda de la luz de la luna y sus sensitivos dedos exploró la pared y sólo encontró una piedra ruda y áspera. Continuó explorando y, por fin, al final de la pared, donde ésta se juntaba con la de la calle, su mano percibió una aldaba. La alzó y se abrió una puerta pequeña y estrecha; contempló un patio empedrado rodeado por las sombrías viviendas que albergaban a los más pobres de la ciudad; pero todas las ventanas estaban a oscuras y cerradas, y las puertas atrancadas. En el centro del patio había un pozo común redondo, construido de piedra oscura. Allí no se veían flores. No existía el perfume de la rosa, el jazmín o el lirio, sino tan sólo el agrio olor de pobreza, el miedo y la muerte. Por medio de la luz de la luna Lucano pudo ver que las escuálidas casas circundaban el patio y que no había entrada alguna hacia otra calle o calleja. Cerró la puerta, dejó caer la aldaba y volvió a retroceder hacia el extremo de la opresora calleja. Percibió el murmullo del agua, en silencio, las amenazadoras paredes y mantuvo su mano apretada firmemente sobre la daga. La distante antorcha parpadeaba roja y débilmente en un extremo.

Estaba cerca de la esquina cuando oyó el rápido pisar de unos invisibles pies acercándose a él. Se detuvo abruptamente. El sonido de la huída despertó todos sus instintos guerreros. Consideró que la gente que huía podían ser ladrones escapando de la persecución. De pronto un hombre y una mujer doblaron la esquina y corrieron hacia él, impulsados por un horror palpable, volviendo sus cabezas hacia atrás. Lucano podía oír sus rápidas respiraciones en el intenso silencio, y los tropezones de la mujer sobre las piedras.

Casi se echaron encima de Lucano antes de verle y se detuvieron en la mitad de su huída mirándole con ojos asombrados, brillantes como los de animales atemorizados en medio de la luz de la luna. Si él hubiese surgido del suelo para enfrentarse a ellos no se hubiesen sentido más aterrizados. La capucha de su manto había caído sobre sus hombros y la luz de la luna reveló el dorado fuego de su cabeza y los firmes rasgos de su

rostro, semejantes los rasgos del rostro de una estatua. El hombre y la mujer retrocedieron, porque había algo en la alta figura de Lucano que atenazaba la respiración en sus gargantas, y forzaron su mirada sobre él.

Lucano vio que eran muy jóvenes e inmediatamente supo que no eran criminales, aunque el hombre iba vestido con harapos, sus pies estaban desnudos y carecía de manto o de armas. El vestido de la mujer era bueno, modesto y respetable, de un suave color púrpura; llevaba un cinturón de plata y pendientes del mismo metal con piedras sencillas en sus orejas; en sus brazos tintineaban pulseras de plata y sus pies estaban calzados.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Lucano rápidamente en griego. No contestaron por lo que Lucano repitió la pregunta en egipcio. La mujer estalló en sollozos, luego se echó a los pies de Lucano, cogiendo sus vestidos.

—¡Ayúdanos, señor! —exclamó y empezó a gemir febrilmente.

El joven permaneció aparte sin poder apartar sus ojos de Lucano. Pero se encogía hacia atrás y trataba de cubrir su cuerpo con sus harapos.

Entonces Lucano oyó ruido de muchos pies de perseguidores acercándose por la calle y vio rojas sombras de antorchas que se aproximaban. La joven gimió e instintivamente presionó su frente contra Lucano como si de nuevo le rogase que les ayudase. Pero el joven dijo en una voz curiosamente ronca:

—Asah, vete con ese hombre y te ayudará a escapar y dejadme. ¡Asah vuelve con tus hijos!

La muchacha volvió a gemir.

—No, permaneceré contigo para siempre —sollozó—moriré contigo.

El sonido de los perseguidores que se acercaban despertó a Lucano. Alzó a la muchacha de sus pies y dijo al hombre:

— ¡Venid conmigo! De prisa!

Cogió la mano de la muchacha y corrió con ella hacia la pared de atrás, seguido por el hombre. Encontró la puerta, la abrió e hizo que los dos entrasen diciendo suavemente:

—Permaneced aquí. Yo les distraeré.

Permanecieron temblando los dos por un momento y le miraron y de nuevo se sintieron sorprendidos por lo que vieron. Luego la puerta se cerró y quedaron solos.

—Es como Osiris —susurró la muchacha, unió sus manos y cayó sobre el brocal del pozo. El hombre no se acercó sino que se acurrucó junto al lado de las casas que circundaban el patio y cerró los ojos.

— ¿Viste su rostro? —siguió la muchacha e inclinó la cabeza.

—Silencio, querida —respondió el hombre y se mantuvo lejos de ella.

Lucano volvió a recorrer la calle rápidamente cuando una multitud de hombres aparecieron en la entrada, vacilaron y alzaron las antorchas en alto maldiciendo; el griego redujo su velocidad y se acercó a ellos con calma. Miraron al callejón. Le vieron acercarse y se detuvieron. Él continuó andando con digna seguridad, como andan los nobles, su daga en la mano. Vio a los sudorosos soldados armados y habló en la lengua autoritaria de Roma.

— ¿A quién andáis buscando? —preguntó dirigiéndose sólo al centurión—, soy Lucano, hijo de Diodoro Cirino, de Roma, y médico.

La luz de las antorchas iluminaban las oscuras caras de la muchedumbre que rodeaba a los soldados y Lucano pudo ver los salvajes ojos y las indignas bocas, así como los palos alzados moviéndose alumbrados por una luz rojiza. Un agudo silencio cayó sobre los perseguidores. Después el centurión dio un paso hacia adelante, alzó su mano respetuosamente y habló con una mirada un tanto asombrada.

—Señor, buscamos a un hombre y una mujer; un hombre y su esposa. Corrían delante de nosotros. ¿Los has visto?

Lucano hizo una pausa. Las mentiras le eran extrañas por lo que respondió:

—Ved que estoy solo y que nadie está conmigo. Además, esta calle no tiene salida. Observa la pared de atrás. Volvía a mi casa y me he perdido. Me sentiría muy agradecido si me dices de escolta a uno de tus soldados porque esta ciudad es peligrosa.

Su único pensamiento era alejar a la multitud y a los soldados de aquella calle a fin de que el hombre y la mujer pudiesen después escapar. El centurión le saludó.

—Señor, uno de mis hombres te acompañará. Entretanto debemos buscar a esa gente hasta que los encontremos.

— ¿Son ladrones? —preguntó Lucano. Contuvo su respiración para evitar el penetrante olor de sudor y violencia que rodeaba a los perseguidores.

—No, señor. El hombre está leproso.

— ¿Un leproso? —Lucano les miró.

—Sí, señor, un tal Sira. Fue echado de la ciudad al desierto hace unos meses. Sabes que es obligatorio matar a los leprosos que vuelven una vez han sido expulsados a las cuevas, donde viven. Sin embargo, algunos de sus vecinos le vieron mirando a través de la ventana de su casa, a unas cuantas calles de aquí, y mirando a su esposa y a sus hijos.

—La esposa, Asah, vive con sus padres, y su padre es un tendero de alguna importancia. Los vecinos despertaron a la guardia. Como médico, señor, comprenderás que un leproso en la ciudad no sólo es una amenaza, sino que debe morir, porque ha violado la ley y podría infectar a otros.

—Sí, comprendo —Lucano hizo una pausa poseído por agitados pensamientos. Se estremeció. Luego se encogió de hombros. Y sin embargo su corazón se sintió lleno de una cálida compasión y tristeza al pensar en

el deseo de Sira que sólo quería ver a su esposa y sus niños de nuevo antes del exilio eterno y de la muerte. Dijo:

— ¿Cómo supo la mujer la presencia de su esposo en la ventana?

El centurión respondió pacientemente:

—Oyó los gritos de los vecinos que pedían la presencia de la guardia y salió corriendo de la casa y al ver que su esposo empezaba a huir corrió con él, sabiendo que él debe morir al instante —el centurión movió su cabeza—. Las mujeres no tienen inteligencia, señor.

«No, sólo amor», pensó Lucano.

Enfundó su daga. No sabía que hacer pero debía hacer algo. Pensó que Sira sólo había deseado ver a su familia. Era evidente que no había tenido intención de permanecer en la ciudad ni de permitir que su esposa supiese su presencia. Esto quería decir que si los vecinos no le hubiesen visto hubiese vuelto a partir de nuevo tan silenciosamente y mudo como había vuelto, a aquella muerte evidente y al sufrimiento en el desierto. Era digno de aquella oportunidad aunque la muerte era mejor que la vida del leproso. Más aún, había que tener en cuenta a su esposa. Debía evitar que viese como una vil muchedumbre caía sobre su esposo y le destrozaba ante sus propios ojos. Lucano volvía a percibir el ansia de sangre entre los perseguidores, el deseo de matar, de aplastar, de destruir, de destrozar y fue aquel ansia lo que le decidió. Por lo tanto dijo:

—La situación es muy seria, mi buen centurión. Por lo tanto no te privaré ni de un sólo hombre en esta búsqueda. Como médico comprendo la gravedad del asunto. No vivo muy lejos de aquí. Entretanto el desgraciado está escapando. Vete al instante en su busca.

El centurión vaciló. El hijo de Diodoro Cirino era un hombre importante, honorable y además médico. Debía ser guiado. Pero Lucano se alzaba ante él, alto, joven y fuerte y estaba armado. El centurión sonrió y saludó y hombres y soldados volvieron hacia atrás, iluminados por sus rojizas antorchas, y desaparecieron como un crujiente alud.

Lucano esperó hasta que la calle estuvo de nuevo silenciosa. Ni una sola luz había aparecido en las oscuras ventanas de las paredes, ni un sólo extraño había salido, ni una sola puerta escondida se había abierto, a pesar del ruido. Aquel era un lugar negro y siniestro y los habitantes se habían mantenido quietos discretamente dentro de casas, ventanas y paredes. Lucano volvió cautelosamente la puerta; miró de nuevo arriba y abajo de la calle, levantó la aldaba y entró rápidamente en el patio circular.

Asah estaba sentada en el bajo brocal del pozo, llorando y gimiendo, Sira permanecía de pie a alguna distancia, escondiéndose de la luz de la luna y contemplando con ansiedad a su esposa, a quien trataba de consolar en voz baja y evitar sus lágrimas. Ninguno de los dos se dio cuenta de la presencia de Lucano, que permaneció en las densas sombras de la puerta cerrada.

—Ah, querido mío —gemía la joven—, ¡Si como médico no hubieses intentado curar a los leprosos! Pero tú tan caritativo, tan tierno y amable, debías atenderles y debiste sacrificar por ellos en los templos. Les escondiste de las autoridades en tu desesperada compasión. « ¿Acaso no son humanos, carne de mi carne, mis hermanos, la palpitación de mi corazón?» Esto es lo que tú decías querido mío, pero los dioses y los hombres son crueles y sin justicia, y la terrible enfermedad se apoderó de ti contagiada por aquellos que se sentían afligidos por ella. ¿Tuviste en cuenta a tu esposa y tus pequeños niños? No, me dijiste que como médico estabas dedicado a uno mayor que nosotros, que ha profesado el juramento sagrado de aliviar a la humanidad y suprimir sus sufrimientos. En venganza, los dioses te han afligido con este horror monstruoso y te han separado de los brazos de tu esposa y los besos de tus hijos.

Sira gimió.

—No traicioné mi juramento. Si los dioses me han traicionado, el crimen es suyo.

La joven alzó su pálido rostro a la luz de la luna y su oscuro cabello cayó en desorden sobre sus hombros y sus lágrimas relucieron como brillante plata.

—Ah, sí —murmuró— es cierto que los hombres son a veces mejores que sus dioses. ¿Hubiese yo conseguido separarte de los afligidos? No lo creo. ¿Qué más puede hacer un hombre sino cumplir con su deber? —se levantó y se dirigió hacia su esposo con los brazos extendidos tristemente.

Pero él exclamó:

— ¡Impuro, impuro!

—No para mí, no para mí, Sira. Soy tu esposa. Donde tú vayas yo iré. Donde vivas, allí viviré yo. ¿Qué son los hijos y los padres para una esposa que ama a su esposo? Ellos son como nada para mí; no son ni sombras cuando oigo la voz de mi esposo. ¿Morarás en una cueva? Entonces allí moraré yo. ¿Comerás el pan de caridad? También lo comeré yo. Si duermes con las zorras y los cuervos, también yo dormiré y tu cama será mi cama. Porque no hay nada en el mundo para mí sino tú, y ningún mar, muerte, sangrienta mano del hombre, ni ningún odio de los dioses nos separará.

Sira extendió sus palmas desesperadamente para mantenerle lejos.

—Te ruego, amor mío, que no te acerques a mí. ¡En el nombre de los dioses, mantente lejos de mí! No, no irás conmigo a morir como leprosa, a llamar a las puertas para suplicar la compasión de los demás, a corromperte, sangrar y transformarte en inútil, ciega y llena de heridas. He amado tu dulzura y tu belleza. ¿Moriré recordando lo que podrías llegar a ser por mi culpa?

— ¿Moriré yo, Sira, recordando que te he abandonado, a ti, a quien juré nunca abandonar?

Sus manos se extendieron hacia él, pero él se refugió contra la pared, como un reptil, y, se deslizó a lo largo de ella, produciendo un sonido áspero.

— ¿Me torturas, Asah, con la vista de tu amado rostro leproso? Vete te ruego. Vete y olvídate. Soy uno entre los muertos. He de morir. La corrompida cosa que tú ves ante ti no es tu esposo. Eres joven; cástate otra vez y ten más hijos, y llora por mí, pero no te acuerdes de mí.

—En mi corazón siempre habrá un recuerdo. No me separes de ti, Sira. Déjame abrazarte. Déjame volver a besar de nuevo tus labios.

Asah lloraba, y el débil sonido de su llanto llenaba el patio con ecos más descorazonadores. Siguió tras él lentamente. Una persecución impulsada por el amor y la devoción.

— ¡No! —Exclamó Lucano, y surgió de entre las sombras— ¡Tu esposo tiene razón, y no debes tocarle!

Sira y Asah se sorprendieron ante el sonido de su voz y permanecieron mudos, mirándole. Su cabeza surgía de entre sus anchos hombros como la cabeza de un dios, con una belleza hermosa y terrible. Asah puso sus manos sobre sus labios y permaneció inmóvil mientras el viento nocturno levantaba su cabello como una bandera. Sira le miró desde las sombras y sus ojos se abrieron. Lucano se acercó a él, le tomó de un hombro y le sacó a la luz de la luna y luego le examinó cuidadosamente.

—Soy médico— dijo Sira con voz rota— tengo la lepra.

No había ninguna duda. El aspecto leonino de la enfermedad había ya engrosado los rasgos de Sira. Costras de un color azul rojizo y amarillento marrón manchaban su rostro; aquí y allí, sobre su frente y garganta se abrían lesiones ulceradas que supuraban pus y suero. Su voz ronca traicionaba la invasión de su laringe por la enfermedad. Incluso sus manos revelaban el horror de la enfermedad, y dos o tres de sus dedos estaban gangrenados.

—Que impíos son los dioses —dijo Asah mientras sus brazos temblaban extendidos hacia su esposo—. Mi Sira es el más amable de los hombres, el más delicado, y sin embargo ahora debe morir y no puede escapar de la ciudad sin ser visto. Pero si él debe morir, yo moriré con él, buen señor.

—Señor, llévatela de mí —imploró Sira—, condúcela a nuestro hogar, porque está perdida si permanece aquí por más tiempo.

Lucano se sintió poseído de un éxtasis de furor, desesperación y piedad. Cogió con fuerza los hombros de Sira en sus firmes manos y cerró los ojos, dirigiéndose a Dios en silencio pero con furor:

«Oh, Tú que has atormentado así a éste hombre, que tan sólo deseaba salvar a Tus víctimas de Tu odio... ¿Golpearás siempre a aquellos que ayudan a los afligidos, que son inocentes, que carecen de maldad y de malicia? ¿Debes siempre reservar Tus sonrisas para los viles, y Tus bendiciones deben ser derramadas sobre los injustos? ¿Por qué no nos destruyes y nos dejas tener paz para siempre en la infinita tumba, cubiertos por la piadosa noche, lejos de Tus vengativos ojos? ¿Qué hemos hecho para merecer Tu odio, Tú que no tienes ojos, ni miembros, ni sangre de hombre, ni posees su carne? ¿Sangras Tú como sangra el hombre? ¿Tiembla Tu corazón como tiembla el corazón del hombre? ¿Has sufrido dolor, oh, Tú, que afliges con dolor? ¿Has amado como ama el hombre? ¿Has tenido un hijo a fin de que puedas saber lo que es gemir por él?»

Sira y su esposa permanecían tan quietos como piedras, forzando sus oídos; no oían voz alguna pero débilmente se percataban de que algo terrible sonaba en aquel lugar iluminado por la luz de la luna, en aquel lugar silencioso y fétido. Vieron el rostro contraído de Lucano, sus ojos cerrados, sus labios separados entre los que brillaban sus dientes como mármol.

De nuevo se dirigió a Dios con una salvaje amargura en su corazón.

« ¡Oh, murmuró, si fueses misericordioso en Tu ilimitado poder podrías curar a este miserable hombre y devolverle a su esposa y a sus hijos! Si poseyeses tan sólo un ápice de piedad humana quitarías esta enfermedad de él y le dejarías limpio. ¿Soy yo mayor que Tú; más misericordioso que Tú? Te juro por todo lo que me es querido que si yo pudiese tomar sobre mí estas lesiones y huir para siempre al desierto, recordando que había salvado a un hombre, este hombre volvería con su esposa y con sus niños.»

Sira notó las manos de Lucano sobre sus delgados hombros y le pareció que una extraña y asombrosa fuerza emanaba de los dedos de Lucano como un frío y poderoso fuego. La fuerza penetró, agitándose a través de sus huesos, estremeciendo su carne, y haciendo que su espalda se arquease y sus pelos se pusiesen de punta. Era como si un rayo hubiese caído sobre él. No podía respirar ni moverse; se apoyaba contra las manos de Lucano y su corazón palpitaba en sus oídos como con un sonido de tambores ultraterrenos. Pensó para sí: « ¡Estoy muriendo!» Y la luz de la luna desapareció de sus ojos y todo quedó cubierto por una profunda oscuridad.

« ¡Yo no soy Dios!», exclamó Lucano en su corazón. «Soy sólo un hombre. Por eso tengo compasión. ¡Oh, sé misericordioso! ¡Sé misericordioso!»

Abrazó a Sira contra su pecho y le mantuvo contra él con firmeza, mientras las lágrimas caían de sus mejillas y corrían por la frente del otro hombre. Y Asah comprendiendo vagamente que algo había ocurrido más allá de la comprensión humana, cayó de rodillas a los pies de Lucano y apoyó su cabeza contra ellos.

Después Lucano sintió que una tremenda virtud le había abandonado, como sangre que hubiese escapado de sus venas y una misteriosa debilidad hizo temblar su cuerpo.

Amablemente, con manos temblorosas, apartó a Sira de él suspirando.

—Torna mi manto y capucha —dijo— esconde tu rostro en él. Aquí están mis sandalias —e inclinándose sacó sus sandalias y las colocó cerca de los pies del leproso—, aquí está mi bolsa y mi daga. Nadie te reconocerá. Vete de la ciudad y no vuelvas. Y si hay Dios vete con Su paz.

Colocó su manto sobre los hombros de Sira y puso la daga y la bolsa en sus manos y permaneció de pie ante el esposo y la esposa descalzo y vestido tan sólo con su túnica amarilla. Ellos le miraron incapaces de hablar a causa de su excitación y gratitud y les parecía como si aquel joven fuese el mismísimo hijo de Isis.

Lucano se volvió, abrió la puerta y salió a la oscura calle, mientras las piedras cortaban sus pies sin que sintiese el dolor. Cegado por las lágrimas se alejó vacilando, hundido en tristeza y pesadumbre.

Durante largo tiempo Sira y Asah no se movieron ni hablaron. Permanecieron allí, a la luz de la luna, como estatuas esculpidas, mudos de asombro. Después Asah, se acercó a su esposo otra vez y extendió sus brazos, pero él los apartó de sí. —Impuro— murmuró y dejó que ella viese claramente su rostro y sus brazos a la luz.

Asah emitió un alto y desgarrador grito, después cayó sin sentido sobre las piedras, como si hubiesen descargado sobre ella un golpe. Sira miró sus brazos y vio que estaban completamente limpios y sin postillas. Asombrado les dio vueltas y los examinó y descubrió que no había en ellos ni la más pequeña mancha. Se llevó las manos a las mejillas y frente y sintió que estaban tan suaves como la carne de un niño, cálidas y llenas de sensibilidad.

Miró a la puerta cerrada a través de la cual Lucano había desaparecido, cayó de rodillas junto a su desmayada esposa y alzó sus manos en oración.

—« ¡Oh, tú muy bendito; oh, tú que nos has visitado!...»

CAPITULO XX

Cusa miró a Lucano con consternación.

—No es posible, señor —exclamó, sosteniendo su cabeza entre las manos. Su impío rostro y nariz impúdica, de sátiro habían palidecido con horror.

—Lo siento —dijo Lucano pacientemente—, he tratado de explicarlo. No hay necesidad de otro oficial médico público en Roma, que está lleno de modernos sanatorios. Sí, comprendo que la Asamblea Pública me ha designado muy amablemente bajo la recomendación de Diodoro y con un estipendio considerable. ¿Pero acaso un médico no ha de ir allí donde es más necesario? Hipócrates lo ha dicho así y yo he prestado su juramento. Mi trabajo será entre los pobres, oprimidos y abandonados, los moribundos y los que están desesperadamente enfermos, para quienes no hay ningún cuidado en las ciudades que bordean el Gran Mar. Ministraré a los esclavos y a aquellos que viven en desesperanzada pobreza, y no les cobraré nada, excepto al rico dueño de esclavos. Iré entre los que están en las prisiones y en las galeras, en las minas y en los barrios bajos, en los puertos y en las enfermerías para indigentes. Allí está mi trabajo y no puedo renunciar a él.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Cusa incrédulamente. Lucano estaba sentado sobre su cama, en una austera y blanca habitación donde dormía, estudiaba, y contemplaba sus largas y pálidas manos.

—Te lo he dicho; debo ir donde se me necesita.

Cusa movió la cabeza entre las manos. ¿Estaría Lucano loco? ¿Habrían desordenado las furias su mente? ¿Le habría visitado Hécate en secreto durante la noche? ¡Por todos los dioses, aquello no podía ser ni comprendido ni soportado! Cusa habló con voz que quiso ser convincente y tranquila, como se habla a un hombre que sufre locura.

—Señor, tu familia te necesita; tu padre adoptivo se siente orgulloso de ti y es el más orgulloso de los romanos. Tu madre no te ha visto durante años, tu hermano y hermana ni siquiera te conocen. ¿Qué se dirá de Diodoro, que ha adoptado como hijo suyo a un vagabundo, que cuida de la escoria de la tierra en ciudades bárbaras y ardientes, en los caminos y callejuelas? Esto está bien para un médico esclavo, pero no para el hijo de Diodoro Cirino. ¿Qué dirás a Diodoro y a tu madre? Se sentirán avergonzados ante todo Roma.

Lucano movió la cabeza con gesto cansado.

—No tengo palabras que lleguen hasta ti Cusa, o que disipen la niebla de tu excitación. Basta. Tú y tu familia partiréis mañana conmigo para Roma y las posesiones de mis padres. Allí os sentiréis felices. —Sonrió con afecto a su antiguo maestro.

—Mi falta de comprensión es suave comparada con la falta de comprensión que Diodoro mostrará.

—Lo sé.

Lucano frunció su ceño, luego sonrió recordando al belicoso romano —pero debo hacer lo que debo hacer.

—No sabes lo que es la pobreza, señor. Cuando seas un médico mendigo, que vague de puerto en puerto — porque ciertamente Diodoro no te sostendrá con su bien guardado dinero bajo tales circunstancias—, descubrirás lo que es pasar hambre, estar sucio, sin hogar y en harapos. No te deleitarás en ello, Lucano, porque tu carne ha sido cuidadosamente criada, mimada, vestida con lino del mejor y la mejor lana. Lucano explícame, ¿qué es esta locura? ¿Qué es un esclavo, un pobre, un criminal? Menos que humanos. ¡Mejor sería para ti tratar a los perros y otros animales de los ricos patrimonios de Roma! Traería menos vergüenza y tristeza a Diodoro si hicieses esto.

Lucano reflexionó. ¿Cómo podía decir a Cusa: «Debo liberar a los torturados por su enemigo?» Cusa quedaría entonces completamente convencido de que estaba loco.

Cusa le contemplaba con interés. Luego estalló:

— ¡Es ese maldito José ben Gamliel! Le he escuchado hablar contigo en los jardines. Señor, los judíos son incomprensibles y su misericordioso Dios, sus mandamientos y sus leyes cosas ridículas referente al trato del

hombre con el hombre. Todo es una superstición deplorable y añade tristeza a la vida. ¿Has visto que algún judío tenga el rostro feliz? ¿Has oído la risa de las fiestas romanas y el abandono y baile propio entre los romanos en la casa de un judío? ¡No, esto queda sólo para los bárbaros romanos! No es que yo —añadió Cusa— considere a un romano mucho más que un bárbaro. Pero por lo menos es un hombre de nervio y sangre y siente el respeto debido por las artes de Grecia, aunque sea un hijo de loba. El romano es realista. Los judíos tratan con supersticiones transcendentales. Hablan de libertad, lo cual es imposible; esperan lo imposible de su Dios y cualquiera con un poco de sentido comprende que los dioses nunca tratan con imposibles o esperan una gran virtud de ellos.

Lucano respondió con furor:

— ¡No creo que Dios sea misericordioso ni bueno! No creo lo que José ben Gamliel me dice de Él. Ahorra tu aliento, Cusa. Debo dejarte ahora para ir a despedirme de mis profesores.

Cusa, excitado, herido y completamente confundido, comprendió que había sido despedido y se fue en busca de su esposa. Calliope le escuchó mientras daba de mamar a su hija y se mordió los labios repetidamente. Luego encogiéndose de hombros dijo:

—Siempre he creído que Lucano era extraordinario.

Lucano no sentía pena por abandonar Alejandría. Desde que Rubria había muerto, no había sentido atracción por ningún lugar del mundo, ni deseos de visitarlo o de viajar como un joven rico. Para él el mundo era una enfermería, lleno de gemidos, ninguna belleza o arquitectura, ninguna música tenía poder para aligerar su infinita tristeza. Pero la noche anterior había soñado con Sara bas Eleazar; Sara cuyo padre había sido enterrado ayer. Había tenido un sueño confuso. Ella había acudido corriendo hacia él a través de un campo de flores, riendo dulcemente, y cuando llegó junto a él su rostro era el rostro de Rubria, brillante como si estuviese iluminado por un sol de primavera. Su oscuro cabello caía hacia atrás de su blanca frente y Lucano se había sentido transportado en un éxtasis y completamente transido de gozo. Después había visto el color violeta de sus ojos y el dolor se había apoderado de él. En su sueño, sin saber por qué, le había respondido interrogadoramente: « ¿Rubria?» y ella había respondido con su dulce voz: «Amor». El había negado con la cabeza: «No hay lugar en mi vida para el amor. Nunca más tomaré el amor, porque el amor es como una serpiente en el pecho, llena de veneno y agonía.» Entonces ella se había apartado de él, con un aspecto lloroso que se extendió por todo su rostro, inquisitiva y triste y las flores se habían elevado y la habían ocultado de él. De nuevo volvió a sentir su antigua tristeza, y lloró. En aquel momento se despertó.

Recordaba este sueño mientras empaquetaba en su gran cartera de médico sus valiosos instrumentos quirúrgicos: fórceps, escalpelos, sierras para amputar, probetas, jeringuillas y taladros. Cada instrumento de acero cuidadosamente forjado, tenía que ser envuelto en un paño de lana impregnado con aceite de oliva para resguardarlo del óxido. Poseía también instrumentos más antiguos, de cobre y bronce, menos agudos. Aquellos eran también guardados en su cartera, envueltos con sumo cuidado. Añadió sus valiosos libros de medicina, una serie de ligaduras en una caja de seda y algunos frascos especiales de medicina orientales. Cusa cuidaría de sus efectos personales, de los cuales él tenía pocos. Lucano los examinó para ver lo que podía dar a los pobres y a los desheredados en la enfermería y en la escuela de medicina. Un pequeño saco cayó desde algún vestido al suelo, produciendo un sonido fuerte, y cuando lo levantó y lo abrió, vio que la cruz de Keptah, que Rubria le había dado, estaba en su mano, con su cadena de oro relumbrando. Lucano sintió un repentino hervor y desesperación en sí mismo y deseó arrojar la cruz lejos de su vista. Pero Rubria la había colocado sobre su mano en el momento de morir. No recordaba como la había llevado allí. Lo había olvidado. Luego alentó sobre el oro y lo frotó contra su manga hasta que volvió a brillar con intensidad y, recordando a Rubria, con un nuevo acceso de dolor, besó el signo de la infamia, lo volvió a su bolsa y la colocó en su cartera de médico. De nuevo pensó en Sara, la hermosa y joven Sara, gentil figura que florecía hacia la plena feminidad, su blanco cuello y amables ojos inocentes. Abandonó la habitación aprisa, como huyendo, y se dirigió hacia la Universidad.

Sus maestros le saludaron con afecto y todos le dieron amuletos, incluso los cínicos médicos griegos y todos expresaron su pena por su partida y le bendijeron.

—Recuerda, mi querido Lucano —dijo uno de los griegos— que la medicina ha estado siempre asociada con el sacerdocio, porque no hay que cuidar solo el cuerpo y un médico debe también tratar las almas, de sus pacientes, y en último extremo, debe depender para la curación del Divino Médico.

Lucano se sintió sorprendido ante aquella afirmación de uno de los griegos de mente más lúcida, pero el hombre le miraba seriamente; después le besó en ambas mejillas.

—No temo por ti —dijo.

Tan sólo a uno de sus maestros deseaba evitar Lucano. Pero encontró a José ben Gamliel esperándole y el maestro le introdujo en la biblioteca que tenía en la stoa. La biblioteca era pequeña, fresca y austera, los muebles sencillos.

—No nos encontraremos de nuevo —dijo el maestro judío tristemente, contemplando a Lucano con sus grandes y luminosos ojos—. Nunca nos volveremos a ver. Este es un adiós definitivo para nosotros.

—No lo sabes —dijo Lucano.

—Ah, lo sé.

José ben Gamliel permaneció silencioso por un momento. Apartó su barbudo rostro de Lucano y la cálida luz blanca que brillaba a través de la pequeña ventana iluminó aquel perfil, dándole un misterioso fulgor, moldeándole y cambiándole.

—Debo contarte una historia —dijo José.

Lucano sonrió con impaciencia.

—He descubierto que los judíos siempre tenéis una historia que contar —dijo—. Todo está poetizado, o es una metáfora o hipotético, u oscuro, o dicho en la forma de una pregunta implícita. La vida es corta. ¿Por qué han tratado los eruditos judíos el tiempo como si no existiese y como si hubiese una eternidad para discutir?

—Por una razón —dijo José—. Porque el tiempo no existe y hay una eternidad para la discusión. ¿Crees aún, mi pobre Lucano, que el espíritu del hombre está encadenado por el tiempo o los acontecimientos?

Se volvió hacia Lucano y de nuevo su rostro cambió y adquirió un tinte extraño de infinita tristeza, y Lucano pensó en los antiguos profetas, acerca de los cuales había oído relatos de los judíos en Antioquía y de José en Alejandría.

—Recordarás la esperanza de los judíos en un Mesías que vendrá, de la cual te he hablado —dijo José—. Él liberará a su pueblo, Israel, en conformidad con la promesa de Dios. Fue Abraham, el padre de los judíos, un babilónico de la antigua ciudad de Ur, quien nos trajo estas buenas nuevas. Has leído las profecías de Isaías en relación con Él. Él será llamado el Príncipe de Dolor, según este profeta y su Madre aplastará la cabeza de la serpiente con su talón y el hombre será librado del dolor, y la muerte no existirá más. Por sus heridas nosotros seremos curados.

—Sí —dijo Lucano con una creciente impaciencia. José le miró—. Conozco las Escrituras judías. Conozco las profecías en relación con vuestro Mesías. ¿Pero en que me concierne esto? ¿Todos los pueblos tienen sus ritos y sus dioses y que representa un Dios judío con respecto a los otros?

—No hay más que un Dios —dijo José—. Él es el Padre de todos los hombres. ¿Crees que el Mesías vendrá sólo para los judíos? Ellos son el pueblo de la profecía, por lo tanto es comprensible que la profecía se les diese a ellos. La Ley fue entregada por manos de Moisés. Por la Ley un hombre vive o muere. Los gentiles deben aprender por medio de la elevación de sus imperios, su sangriento declinar y el vasto y cambiante polvo de los siglos. Lucano, recordarás que la profecía del Mesías se ha introducido en todas las religiones del mundo y no sólo en las Escrituras de los judíos. Dios dotó a todos los hombres y en todos los lugares, con un pálido conocimiento de su venida entre los hombres. El alma tiene su modo de conocer por encima de los estériles razonamientos de la mente. Tiene sus instintos, como el cuerpo tiene los suyos.

Lucano no contestó. Su impaciencia estaba haciéndose incontrolable. Jugó con la cadena de oro que colgaba de su cuello y recordó que en el último momento había quitado la cruz de Keptah de su cartera y la había colgado de su cuello. La cruz quedó sobre su túnica, José la vio y una gran emoción cruzó su rostro. Pero continuó hablando suavemente:

—Hace trece años, Lucano, yo era profesor de Ley Santa en Jerusalén. Mi esposa dio a luz a un hijo una noche fría de invierno. Era una noche muy extraña, porque una gran estrella, que había aparecido en los cielos, permaneció fija durante unas pocas horas y después se dirigió hacia el Oriente. Nuestros astrónomos se excitaron mucho. La llamaron Nova y profetizaron que su aparición anunciaba portentos y tremendos acontecimientos. Recuerdo aquella noche muy bien. Nuestro rey era Herodes, un hombre malo. Se extendió por toda la ciudad de Jerusalén el rumor de que en la pequeña ciudad de Betlehem había nacido el Rey de los judíos. Llegó a Jerusalén contado por hombres humildes y sencillos, entre ellos unos pastores que relataban la más asombrosa historia. Hablaron de una Compañía Celestial que se les había aparecido mientras guardaban sus rebaños en las montañas y les había dado nuevas de gran gozo. Puesto que los reyes son desconfiados, tienen miles de oídos, y así aquella historia llegó a oídos de Herodes, la historia de unos desconocidos e ignorantes pastores. Inmediatamente, temiendo por su poder, ordenó que todos los niños nacidos recientemente fuesen atravesados por la espada.

José hizo una pausa. Lucano escuchó con involuntaria fascinación. Entonces, de pronto, recordó la gran estrella que había visto de niño en Antioquía y su corazón palpitó de temor.

José añadió sencillamente:

—Mi hijo estaba entre aquellos asesinados por Herodes y el corazón de mi esposa no pudo resistirlo y murió.

Lucano se sintió inmediatamente lleno de compasión y avergonzado por su impaciencia, y más avergonzado aún por los vehementes y enfadados comentarios que había dirigido a José en el pasado. José había conocido la muerte, el dolor y la amarga pena, y él, Lucano, le, había acusado de no saberlo. Miró a José con piedad. Luego dijo:

— ¡Cuánto has debido odiar no sólo a Herodes, sino a Dios por aquellas muertes insensatas! José movió su cabeza con signo negativo y sonrió débilmente.

—No. ¿Cómo puede un hombre inteligente odiar a Dios? Estas son pasiones infantiles.

Luego mantuvo silencio por tan largo rato que Lucano creyó que le había olvidado. Después, José, mirando a través de la estancia hacia la lejanía continuó con acento más suave:

—En la última Pascua, visité mi antiguo hogar en Jerusalén. La ciudad estaba invadida por peregrinos de Galilea, Samaria y Judea. En un patio interior estuve hablando con mis amigos eruditos y comentaristas. Era un día de hermosa primavera, lleno con los perfumes de las flores y los ricos olores de especias e incienso. El cielo parecía una brillante perla y la ciudad estaba inundada de luz, de sonidos y canciones de gozo. Nunca había visto yo un día tan hermoso y lleno de calma y el corazón del pueblo estaba contento y olvidaron a César y a Herodes porque Dios les había sacado de nuevo de la tierra de Egipto. El sonido de los címbalos y trompetas se oía por doquier. La ciudad brillaba llena de coloreadas banderas y el templo se alzaba contra el

cielo como una joya de oro. Aunque era viudo, con tan sólo una hija casada en Alejandría, sentí mi primer gozo en trece años y mi corazón se sintió inundado por una ola de expectación.

Hizo una pausa. Sus patéticas manos se unieron y su rostro se alzó sonriendo ensoñador.

—Los soldados romanos llenaban las calles. Ellos también habían sentido el raro deleite de la primavera. Tan sólo tenían una forma de expresarlo, porque eran extranjeros en una tierra extraña que les odiaba. ¡Los pobres muchachos! Deseaban participar en el gozo general, pero los judíos les ignoraban en su fiesta. Los soldados se emborrachaban e iban por las calles cantando. Es triste que un hombre sea despreciado por sus hermanos y yo sentía compasión por los romanos. Teníamos guardia en el templo, que protegía los patios interiores de toda intrusión. ¿Dónde estaba la guardia aquél día? No lo sé. Pero de pronto las cortinas se separaron y un joven muchacho entró en el patio. Un joven muchacho alto y muy hermoso, vestido con la ropa ruda de la gente común. Sus pies estaban bronceados por el sol e iba descalzo. Su blanca piel estaba también tostada por el sol y unos rubios rizos caían sobre sus hombros. Sus ojos eran tan azules como los cielos de verano y poseía un aire majestuoso y comedido. No sonrió, no como un muchacho que acaba de alcanzar la edad de Bar Mitzvah y, por lo tanto, se siente tímido en un mundo de adultos. Su sonrisa era la sonrisa de un hombre y se sentía libre, como un hombre entre sus iguales, como un erudito y hombre sabio entre eruditos y hombres sabios. Nos sentimos muy sorprendidos. Algunos de nosotros fruncimos el ceño. ¿Qué hacía aquel muchacho en nuestro recluso patio dedicado sólo a la sabiduría y a la discusión? ¿Dónde estaba la guardia? El muchacho era evidentemente un campesino. Después nos preguntamos porqué no le habíamos ordenado inmediatamente que se fuese, pero yo, al verle, pensé en mi hijo que, si no hubiese sido asesinado, hubiese tenido su edad. Así es que le dije: «Niño, ¿qué haces aquí? ¿Dónde están tus padres?» Me respondió con una sonrisa seria y el acento inculto y tosco de los pobres de Galilea: «He venido a preguntaros y a contestaros, señor.»

La cabeza y rostro de Lucano empezaron a picarle. De pronto deseó marcharse y se puso de pie. Pero José aparentó no haberle visto y continuó en su voz lejana y soñadora:

—Tenía el aire de un rey, aquel joven campesino de Galilea, con sus manos gastadas por el trabajo, sus pies desnudos y su elevada cabeza. Creo que fue su aspecto lo que evitó que los doctores y eruditos le mandasen salir con enfado. No consideramos a la gente de Galilea con mucho respeto. Son pastores y trabajadores y su hablar es iletrado, puesto que son gente muy humilde. Pero aquel muchacho parecía un rey. Se sentó entre nosotros y habló con nosotros y pronto nos sentimos sorprendidos por sus preguntas y sus respuestas, porque, a pesar de su acento galileo, hablaba como quien tiene autoridad y con un profundo conocimiento. Nos sumergimos con él en una conversación. Le preguntamos las más difíciles y oscuras preguntas y las contestó con sencillez. Era como si la luz penetrase en una oscura habitación llena de libros eruditos y polvorientos. Y él apenas había salido de la niñez, aquel joven campesino de las áridas y cálidas montañas de Galilea, donde no hay doctores ni hombres sabios. Yo le dije: «Muchacho, ¿quién es tu maestro?» y él con una sonrisa dirigida a mí, una sonrisa como el sol, no me respondió. Fue entonces cuando la cortina se abrió rápidamente y un hombre rudo y barbudo junto con una hermosa mujer joven, vestidos con ropas de campesinos, penetraron en el patio.

De nuevo José hizo una pausa, sonrió con sonrisa infinitamente dulce y remota.

Lucano, lentamente, volvió a sentarse. Dijo para sí mismo: «No debo escuchar... esto es un oscuro absurdo.» Pero escuchó y esperó a que José continuase.

—Nunca olvidaré a aquella mujer, porque tenía un rostro como el rostro de un ángel, radiante más allá de toda descripción. Recuerdo que me sentí instantáneamente sorprendido ante aquel rostro, alzado sobre un cuello y hombros vestidos con baratos y vulgares vestidos. Un manto azul colgaba de su cabeza y vi su brillante cabello y su pura frente. ¿Cómo podría describirla? No hay palabras en ningún lenguaje. Tendría unos veintisiete años de edad. No mucha edad ni siquiera para una mujer. Pero daba la impresión de ser tan vieja como Eva y tan joven como la primavera al mismo tiempo. La historia y el futuro estaban unidos en uno; carecía de tiempo y de años. Supe al instante que era la madre del muchacho, porque poseía un aspecto de reina. El barbudo campesino no dijo nada, aunque era aparente que estaba preocupado. Permaneció junto a la cortina; pero la mujer avanzó hacia el muchacho que volvió la cabeza y la miró y entonces ella le dijo: «Hijo mío. ¿Por qué nos has abandonado, de tal forma que te hemos echado de menos, cuando ya íbamos de camino hacia casa y nadie te había visto? Te hemos buscado por toda la ciudad.» El muchacho no contestó por un momento y luego dijo con mucha amabilidad: « ¿Por qué me habéis buscado?, ¿no sabéis que en los negocios de mi Padre me conviene estar?», y sus ojos brillaron con un amor tierno hacia ella.

José quedó silencioso y Lucano esperó. Pero José no habló de nuevo y Lucano dijo impacientemente:

— ¿Es eso todo?

—Eso es todo.

Lucano se mordió los labios.

—No me has explicado nada, José ben Gamliel. ¿Quién era aquel muchacho?

José se levantó y Lucano se levantó también. José puso sus manos sobre los hombros de Lucano y le miró con profundos y penetrantes ojos.

—Eso debes descubrirlo por tu cuenta, Lucano. Luego sonrió a Lucano con repentina tristeza.

—Dicen nuestras Escrituras que Dios no siempre lucha contra los espíritus de los hombres. —Vaciló un momento—. Cuando Dios lucha con el espíritu de un hombre es con un propósito santo y misterioso y este propósito a veces permanece oscuro para el hombre hasta el día de la muerte. En tu caso, Lucano, no creo que

permanezca siempre escondido de ti —Alzó sus manos con un gesto de bendición—. Vete en paz, discípulo mío, tú muy querido y amado médico.

CAPÍTULO XXI

Fue sólo cuando estuvo sobre la cubierta del barco en el puerto de Alejandría y miró a la chillona y vociferante ciudad, llena de multitudes y cubierta por un ardiente cielo azul, que Lucano empezó a sentir la garra de la nostalgia. Dejó que sus ojos vagasen por la ciudad y de pronto se preguntó dónde habían ido los años, porque nunca había sentido ningún lazo que le atase a sus compañeros y profesores y porqué el tiempo había sido como un sueño para él. Había ofrecido excelentes regalos de despedida a sus profesores pero se daba cuenta entonces de que habían sido ofrecidos sin ningún sentimiento y se sintió avergonzado de sí mismo. Era demasiado tarde para volver a sus maestros y decirles lo que sentía en su corazón: «Os amo y os reverencio, porque los maestros sois hombres nobles que trabajáis por poco, y sólo con el afán de sentir vuestras almas desinteresadas satisfechas. En vuestro nombre y en vuestra memoria haré lo mejor que pueda y siempre os recordaré.»

El gran galeón anclado cabeceaba perezosamente. Barcos más pequeños, con velas de color rojo, verde, blanco, amarillo, y escarlata, hormigueaban como si hiciesen diabluras alrededor del gran casco, igual que libélulas, reflejando sus colores lívidamente sobre las quietas y purpúreas aguas. Iban llenos de pescadores medio desnudos; sus morenos cuerpos brillaban en el ardiente sol, sus rojas bocas se abrían para emitir maldiciones, gritos, risas y canciones. Cuando pasaban junto al galeón romano miraban hacia Lucano y le saludaban, hacían algún comentario obsceno con sus voces ásperas o pedían limosna. Sonriendo como no había sonreído en muchos años, el joven abría su cartera y les lanzaba monedas que recogían; el sol brillaba como oro y plata. Los hombres alcanzaban las piezas diestramente y como eran alegres sinvergüenzas besaban las monedas, hacían una reverencia irónica y algún comentario malicioso, luego se alejaban de nuevo. El agua lamía plácidamente el barco. Estaban cargándole aún en el muelle. Esclavos negros, rubrios o escitas, hacían rodar los pesados barriles de aceite, miel y vino por la rampa o acarreaban fardos de tejidos o cestos de olivas o de cacahuetes. Otros subían sacos y cajas de madera cargadas con especias y variados productos de Oriente. De pronto un quejumbroso sonido surgió del concurrido muelle, procedente de un grupo de esclavos encadenados, hombres y mujeres, negros del desierto que eran azotados para que ascendiesen por la rampa y Lucano, contemplándoles, dejó de sonreír. Se volvió y miró los desesperados y llorosos ojos y surgió en él un apasionado furor. Algunas de las mujeres llevaban niños; aquí y allá algún pequeño corría tras un padre o una madre llorando. Los esclavos fueron amontonados abajo, donde las lamentaciones quedaron más contenidas, aunque más insistentes.

Dos centuriones romanos, que habían recibido el encargo de guardarles durante el viaje, aparecieron a su lado y Lucano miró con desprecio sus juveniles rostros tostados por el sol.

—Señor —dijo uno de ellos—, estamos a tu servicio.

Se sentían encantados de volver al hogar, aunque fuese atendiendo a un griego, misión que creían poco importante, por lo tanto estaban agradecidos a Lucano.

—No necesito nada —respondió fríamente—. Uno de ellos se despojó del yelmo y dijo:

—Uf —y enjugó su sudoroso rostro—. Una ciudad corrompida —exclamó señalando hacia Alejandría—. Me encuentro bajo mi armadura como la carne bajo la llama.

— ¿Por qué no te la quitas? —preguntó Lucano.

Los dos jóvenes soldados se sintieron sorprendidos por esta impropiedad y se alejaron a distancia. Lucano sonrió débilmente. No era culpa de aquellos muchachos que los esclavos hubiesen sido llevados al barco y había sido poco lógico, al demostrar su disgusto. Miró a los soldados que permanecían de pie y contemplaban el puerto y los almacenes de carga, sus pulgares metidos en sus cinturones de cuero y sus espaldas más rectas que de costumbre, como si le reprochasen a él. Miró alrededor buscando a Cusa que estaba supervisando activamente un toldo rojo sobre una sección de la parte de atrás del barco, que estaba reservada para Lucano. Llamó a Cusa:

— ¡Atención!

Cusa le miró con irritación, después, expresando renovados consejos y amenazas a los vigorosos marineros que estaban luchando con las cuerdas y con la instalación se dirigió, dándose importancia hacia Lucano, vestido con una rica túnica de algodón egipcio, brillantemente roja y con intrincados bordados de seda amarilla. Se había ungido su escasa barba con aceite perfumado y también su cabello, llevaba una delgada daga alejandrina en una funda de plata en su cinturón.

—Hueles —dijo Lucano— como una ramera.

—Ah —replicó Cusa con un gesto lascivo—, ¿cómo sabes tú eso?

—No te importe —respondió Lucano. Indicó a los ofendidos jóvenes soldados con una inclinación de cabeza—. Sube un jarrón de nuestro mejor vino, si es que tenemos el mejor vino.

— ¿Para ellos? —preguntó Cusa con incredulidad.

—Para ellos.

—Pero señor, el vino del país es bastante bueno. ¿No dicen los romanos alardeando que, como cosmopolitas, lo que el país produce es bueno para ellos, sea lo que sea?

—Digo —remarcó Lucano con severidad, pero con un guiño en sus ojos que no había aparecido desde que era muy joven— el mejor vino que tengamos.

Cusa consideró la orden. Luego miró a Lucano con un candor abierto que no engañó al joven.

—Señor, tú sabes que no hemos tenido ninguna clase del mejor vino. Sin falta de respeto hacia ti, debo admitir que careces de paladar.

—Ladrón —respondió Lucano—, tú siempre te preocupas de que lo mejor esté en tu propia mesa. ¿Acaso no vi hace poco tiempo como subías a bordo varias botellas precintadas y envueltas, acunadas en tus brazos como un hijo querido? Tráeme una y tres copas. Yo mismo siento curiosidad por probar tal néctar.

Cusa parpadeó.

—Señor Lucano, compré aquellas botellas de mi propio bolsillo, del generoso estipendio que me paga Diodoro.

—Muy bien —dijo Lucano—. Te compraré una botella.

Cusa hizo una reverencia elaborada.

—Permíteme, oh Baal, ofrecerte una botella con mis saludos.

—Habló con sarcasmo. Luego vaciló y miró a Lucano con un gesto implorante—. Es un crimen contra los dioses permitir a esos bárbaros romanos lavar sus bocas de cuero con semejante vino. Tenemos un vino bueno y fuerte de Alejandría, muy a propósito para su gusto.

—El mejor vino —dijo Lucano— y no me engañes. Examinaré los sellos cuidadosamente.

—¿Supongo —respondió Cusa— que no me será permitido que suba una cuarta copa y permanezca burlonamente a una prudente distancia de estos patricios romanos y beba un poco de mi propio vino?

—Puedes beber un poco, muy poco, del vino que te compro —dijo Lucano con gravedad.

—Te lo regalo —respondió Cusa con suavidad y bajó abajo.

Mientras esperaba, Lucano contempló de nuevo la ciudad. Los colores violentos le hacían parpadear. El sol brillaba fieramente sobre las purpurinas aguas y suscitaba olores de caliente madera, de aceite y brea del barco, de pescado muerto, de sal y sudor. Su fogosa luz danzaba sobre los barcos menores, que se deslizaban por debajo, cuyas velas parecían arder. Las armaduras de los soldados despedían fulgores. Los esclavos que cargaban la nave empezaron a cantar quejumbrosamente y los capataces les gritaban y hacían chasquear sus látigos. Más y más carros cargados de mercancías llenaban el muelle.

Cusa, con gran dignidad, apareció con una bandeja de plata en la que había cuatro copas, una de ellas de plata incrustada con turquesas para Lucano. Colocó la bandeja sobre un rollo de aceitada cuerda que había cerca con un gesto que parecía indicar que estaba más acostumbrado a mesas de mármoles. Los centuriones inclinaron sus cabezas y le contemplaron con interés, y al ver el sonrosado vino se lamieron los labios furtivamente. Luego, con gran asombro, oyeron que Lucano les llamaba.

—¿Me concederíais el placer de uniros a mí en una copa de este vino excelente que, según mi maestro asegura, es el mejor del mundo?

Se acercaron a él con una sonriente velocidad, perdonándole al instante. Lucano apartó a Cusa y les escanció el vino personalmente. El sol se reflejó en él prestándole tonalidades de destilados rubies. Lucano dio una copa a cada uno y se sirvió a sí mismo. Vertió unas cuantas gotas como libación y ellos siguieron su gesto. Saboreó un poco y dijo:

—Excelente, excelente. Mi maestro es el paladar más delicado de los tres mundos.

—¿Y cómo sabes eso? —murmuró Cusa, sin sentirse apaciguado.

Se sirvió una copa llena con la reverencia de un sacerdote que oficia ante el altar, lenta y reverentemente. Por lo menos uno de los cuatro apreciaría aquella delicia. Permaneció separado del grupo compuesto por Lucano y los soldados y paladeó su vino. Aquel vino procedía de una viña maravillosa. El mejor de todas las posibles cosechas. Parecía haber atesorado rayos de sol en sus líquidas entrañas, lleno de un cálido y dulce fuego, quedaba en la boca, perfumado, delicioso e intoxicado. Cusa miró a Lucano y a los soldados y se sintió deprimido. Los soldados, era evidente, sólo eran capaces de percibir que el vino era de calidad y en cuanto a Lucano, era imposible concebir que pudiese jamás apreciar su exquisitez. Hablaba, para sorpresa de Cusa, con más animación de la que había mostrado antes y con un amable interés. «¿Qué le habrá ocurrido?», pensó Cusa. «Puedo casi creer que tiene, después de todo, carne palpitante y no mármol. Por Baco, lo que había dicho era realmente un chiste y no precisamente de los más delicados...!» «Lo habría aprendido inconscientemente de alguno de aquellos impúdicos estudiantes. Me pregunto si sabe lo que realmente significa... Ja, ja, es muy bueno, muy bueno y bellamente verde.» Cusa se sintió muy alegre. Si Lucano mantenía aquel humor, el viaje no sería tan gris como había pensado. El profesor sintióse ligeramente animado, no parpadeó ni siquiera, cuando Lucano llenó de nuevo su copa y la de los soldados. «Si se emborracha, pensó Cusa, me alegraré extremadamente.»

El capitán del barco se acercó a Lucano, pero antes de que pudiese hablar, Lucano exclamó:

—Mi buen Galo, únete a nosotros. ¡Cusa, trae otra copa!

Maldiciendo al capitán, de quien sospechaba que tenía un agudo olfato para las botellas, Cusa obedeció y trajo otra copa. El capitán era un hombre fornido de mediana edad, con un rostro burdo, pero inteligente. Empezó a contar historias poco delicadas a lo que los centuriones hacían rechifla con áboroto y Lucano sonreía. Cusa decía para sus adentros agriamente que por lo menos aquellas historias obscenas estaban por

encima de la comprensión de Lucano, ya que una mirada interrogante había aparecido en el rostro del joven griego, indicación clara de que encontraba la conversación aburrida o desagradable. Era evidente que Galo había aprendido los chistes en casas públicas no distinguidas e incluso Cusa los encontraba un poco fuertes para su gusto. En tono expansivo Galo dijo:

—Es un honor tenerle a bordo, Lucano. Eres el único pasajero de alguna importancia. Esto, como sabes, es un barco de carga, pero es rápido y no cabecea como los barcos de placer. A pesar de que tocaremos una serie de puertos en la ruta, llegaremos rápidamente a Italia.

—Estoy ansioso por llegar a casa —dijo Lucano—. En algunos de los puertos de parada, sin duda habrá cartas para mí.

El capitán miró a las enormes velas blancas que empezaban a ser desplegadas contra el cielo como las alas de gigantes pájaros y gritó algunas admoniciones a los marineros que gateaban por los mástiles. Lucano sirvió más vino, pero no para él.

—Tenemos un buen viento —dijo el capitán bajando la voz al tono normal— y en cuanto la marea baje, partiremos. Esto ocurrirá en menos de una hora.

Lucano miró a la ciudad y por alguna razón que no quiso examinar se sintió asaltado por una poderosa nostalgia y tristeza. Le dolía su corazón con un deseo anónimo y se sintió solitario y perdido. Le asaltó un deseo casi irresistible de dejar el barco. Olvidó al capitán y a los soldados. Luchó con sus oscuras emociones sin rostro ni voz.

— ¿Qué pasa? —preguntaba Galo a uno de sus oficiales jóvenes, que se acercó hacia él saludándole. El oficial murmuró algo a su oído y el capitán miró rápidamente a Lucano y sus turbios ojos de ágata, tan joviales y agudos, se iluminaron y en su rostro tostado por el sol se formaron arrugas sonrientes. Se volvió hacia Lucano y palmeándole cordialmente en un hombro y haciendo guiños, exclamó:

—Una litera llevada por bien vestidos esclavos de Bitinia, acaba de llegar al muelle, Lucano —e hizo un guiño a los centuriones también—. No soy un oráculo délfico, pero apostarí tres sextercios de que es una señora noble. ¡Ah, lo que es ser joven! ¿Mencioné que los esclavos indicaron que la señora desea tener unas palabras contigo antes de que partas?

Lucano abrió los ojos. Miró hacia el muelle y vio que ciertamente esperaba allí una litera con las cortinas cerradas debidamente y llevada por seis vigorosos bitinios, cuyos fuertes brazos estaban adornados por anchas pulseras de plata. La sangre acudió con fuerza al rostro de Lucano y empezó a temblar.

—No conozco a nadie —murmuró—. ¿Estás seguro de que es una señora? —Miró a la adornada litera.

—Estoy dispuesto a apostar contigo —respondió capitán.

Cusa al oír la conmovición se acercó más y también contempló a la distante litera, haciendo sombra a sus ojos para ver mejor. ¿Una mujer? Aquello era imposible en el caso de aquel virgen vestal masculino. Cusa movió la cabeza dubitativamente. Pero Lucano descendió la rampa lentamente, su cabeza brillante al sol; y los alegres soldados, el capitán y Cusa se apoyaron sobre la barandilla del barco y concentraron en la litera toda su atención. Cuando Lucano estuvo junto a ella dijo:

— ¿Quién desea hablarme?

La cortina de la litera se abrió y vio el rostro pálido de Sara ben Elezar mirándole. Iba vestida de negro oscuro y Lucano vio que su vestido estaba rasgado de aquí y allá, siguiendo la forma de vestir de duelo de los judíos y que sus hermosos ojos violeta estaban empañados de tristeza.

— ¡Sara! —exclamó Lucano, y un gran nudo se formó en su garganta. Ella extendió su diminuta mano blanca hacia él y él la tomó.

—No debiera haber venido, Lucano —murmuró—, porque estoy de duelo por mi padre.

Su negro cabello tenía huellas de cenizas. Trató de sonreír pero tan sólo consiguió sollozar sin lágrimas.

Su mano estaba fría entre las de él. A su alrededor reinaba la actividad del muelle, las carreras de los esclavos, los gritos y exclamaciones. Lucano, sin embargo, no veía a nadie sino sólo a aquella joven muchacha y mientras la contemplaba pensó: «Es como Rubria.»

—Sara —dijo otra vez, percatándose de que sus emociones tenían un rostro y una voz.

—José ben Gamliel me dijo que partías hoy —dijo ella.

Su voz sonó ligeramente ronca a causa de pasados llantos.

—He venido hasta aquí, aunque esté mal y sea escandaloso, para agradecerte, querido Lucano, la tranquilidad que llevaste a mi padre y la promesa que le hiciste.

—Fue una promesa hecha con la certeza de que probablemente sería imposible de cumplir —dijo Lucano con tono ausente. Pensó que la mañana de primavera estaba en los ojos de la muchacha; una fragancia de rosa surgía de su vestido. Incluso de luto estaba más bella que ninguna mujer que él hubiese visto antes; su frente más pura y más blanca, su cuerpo virginal más dulce y más suave. El sol se reflejó sobre su rostro, penetrando a través de las separadas cortinas y las mejillas mostraron las huellas de las lágrimas.

—Encontrarás a mi hermano, Lucano —dijo ella con voz dulce—. Yo estaré esperando en Alejandría o en Jerusalén, o —añadió con voz temblorosa— en cualquier otro sitio. Siempre me podrás encontrar, Lucano.

Permanecieron en silencio mirándose uno al otro. El rostro de Lucano estaba tan pálido como el de ella. Después el joven dijo:

—Sara, donde voy yo, nadie más podrá ir. Ni hermano, ni hermana, ni madre, ni esposa. Tengo mucho que hacer y seré un sin hogar y un vagabundo. No hay lugar en mi vida para un amor personal, porque el amor

para mi significa pérdida. De pronto, recordó a Asah en el patio y sus palabras junto al pozo y movió la cabeza en una negativa desesperada. Pero no soltó la mano de Sara. Sara respondió:

—Yo puedo siempre encontrarte, Lucano.

Y sus ojos se llenaron de deseo. De nuevo movió é la cabeza con gesto negativo. Alzó la mano de ella y la besó y luego, volviéndose abruptamente se alejó rampa arriba. No miró hacia atrás ni siquiera cuando ella exclamó tras él:

— ¡Adiós, que Dios vaya contigo!

Lucano no usaba el espacio cubierto con el todo púrpura sobre el puente que le había sido destinado. Por lo tanto Cusa se aprovechó de esto y se tendió sobre cojines como un rey y se dedicó a meditar. « ¿Por qué, se preguntaba a sí mismo, aquel incomprensible tonto de Lucano permanecía abajo durante aquellos hermosos días otoñales, saliendo al exterior del barco sólo a la hora del crepúsculo?» Permanecía abajo todo el día, con sus libros, pero hacia el crepúsculo salía sobre la crujiente cubierta de madera, indicando que no deseaba conversación. Se apoyaba en la barandilla Y contemplaba las violentas puestas de sol y el oscuro mar cruzado por reflejos de fuego, sin darse cuenta de la presencia de los marineros, los centuriones, el capitán y los demás pasajeros. Su rostro tenía la cerrada y quieta expresión de la piedra; sus ojos estaban rodeados de profundas ojeras. Parecía estar perdido en algún oscuro sueño del cual nada ni nadie podía despertarle.

Al atardecer la voz del mar, pacífica y susurrante todo el día, empezó a clamar fuertemente. Las blancas velas tendidas contra el cielo y la lechosa estela del barco, adquirieron las tonalidades sangrientas del sol poniente, silencioso pero amenazador. Hubo un momento en que los cielos estallaron en una corta pero turbulenta tempestad; negras nubes con brillantes crestas iluminadas por los relámpagos huían por encima de los elevados y oscilantes mástiles; el trueno despertaba ecos de su voz gigantesca sobre las encrespadas y amenazadoras aguas. Pero Lucano parecía no darse cuenta de aquello y continuaba apoyado pesadamente sobre la barandilla, sin sentir la lluvia cálida y constante que caía sobre él empapándolo. Miraba hacia Oriente, como si tratase de cruzar con sus ojos la distancia cada vez mayor. Estaba enfermo de una enorme vaciedad y nostalgia. Por encima y debajo del trueno y de la tumultuosa galerna, oía la voz de Sara.

El barco se detuvo durante el día en varios puertos brillantemente coloreados, pero Lucano no subió a cubierta para verlos. Parecía como si la vida se hubiese transformado en una cosa terrible e hiriente para él y como si sus heridas hubiesen vuelto a supurar a causa de una nueva infección. Sus luchas internas habían alcanzado un grado insufrible. « ¡No puedo amar de nuevo!», exclamaba para sí mismo «El amor son grillos y cadenas; el amor es la muerte; el amor es lo que ata a un hogar y el fuego del hogar destruye la paz del hombre.»

Grecia no le deslumbró; continuó abajo en su caluroso camarote pequeño, con los ojos vacíos y las manos cruzadas sobre las rodillas.

—Por lo menos debieras dar un vistazo a la tierra de tus antepasados —le sugería Cusa con impaciencia y preocupación mezcladas.

Pero Lucano tan sólo negó con su cabeza.

—Si me dijese lo que atormenta a tu alma... —empezó Cusa de nuevo. Pero Lucano hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No comes —dijo Cusa—. Te he traído mi vino, mi valioso vino y apenas si lo bebas.

Pero Lucano permanecía silencioso.

Un día el mar y el aire estaban tan quietos que las velas cayeron y quedaron flácidas; el sol era una verdadera furia. El barco continuó avanzando lentamente, puesto que los esclavos de las galeras eran el único medio de propulsión. Al atardecer el barco parecía una mariposa vagabunda sobre la lisa y heliotrópica superficie del mar. La estela que dejaba tras de sí, apenas despertaba un sonido audible. Fue entonces cuando Lucano, que estaba sobre el puente, oyó el profundo y doloroso canto de los esclavos y le pareció que era una prolongación de su propia miseria. «Deben cantar así todo el tiempo», pensó. «No lo he oído antes... He estado pensando con egoísmo en mi propio dolor.» Mientras así pensaba se volvió y vio que algunos hombres subían las escaleras de los puentes inferiores llevando pesadamente el cuerpo desnudo de un hombre negro. Arrojaron el cuerpo por encima de la barandilla y cayó sobre la superficie del mar con un débil chasquido.

Los esclavos contemplaron como desaparecía, luego llevaron los amuletos que colgaban de sus cuellos a sus labios y se escurrieron abajo. La muerte llegaba a los barcos igual que a las ciudades. Recordó que había oído vagamente aquel sombrío sonido de un cuerpo echado al mar durante otros atardeceres. Frunció el ceño. Después fue en busca del capitán, que estaba sentado en su propio camarote de abajo, con algunos de sus subordinados. Miró a Lucano cuando éste entró y Lucano vio que la ancha faz estaba ansiosa y enfadada. Pero el capitán se levantó y sonrió. Luego dijo cordialmente:

—Pensé que te había ofendido, Lucano. No me has hablado ni dos veces desde que partimos de Alejandría. ¿Quieres cenar conmigo?

—Gracias, pero ya he cenado, Galo —Lucano vaciló observando el rostro del hombre—. He visto arrojar un cuerpo al mar hace un momento. ¿Estoy equivocado en creer que últimamente he oído esta clase de entierros repetirse varias veces?

El capitán hizo una pausa. Miró furtivamente a sus oficiales, luego sonrió ampliamente.

—Ah, estas son las muertes normales en un viaje largo como éste —contestó—. Traed vino —ordenó imperiosamente a sus oficiales—, no un vino tan excelente como el tuyo, Lucano —añadió dirigiéndose al joven griego— pero adecuado, confío.

Sonrió a Lucano y le ofreció una cómoda silla cerca de la ventana. La habitación del capitán estaba caliente y sofocante; las paredes estaban recubiertas de mapas; sobre una mesa de madera reposaba un sextante y el diagrama de las estrellas. Lucano se sentó. Notaba un curioso olor seco en aquel aire cerrado y repentinamente lo reconoció como una especie de incienso y hierbas medicinales. Entonces se dio cuenta de que ardían en una pequeña lámpara que había sobre la mesa. Una gran linterna colgaba del techo, balanceándose, humeando. Uno de los oficiales trajo un jarro de vino y algunas copas y el capitán, sus hombres y Lucano bebieron lentamente. Por alguna razón, sobre el camarote se extendió un sorprendente e intenso silencio y el alma del médico empezó a estremecerse. Estudió los rostros de Galo y de los otros; permanecían realmente cerrados y secretos. El barco apenas si se movía, parecía deslizarse sobre una gruesa capa de aceite; el canto de los esclavos llegaba hasta ellos más agudo y cercano. Entonces Lucano dijo suavemente:

—Cuéntame, Galo.

El capitán le miró con complacida sorpresa.

— ¿Y qué es lo que quieres que te cuente, Lucano?

Lucano le miró fijamente por unos momentos.

—Has olvidado, Galo, que yo soy médico.

Miró a la lámpara humeante significativamente, pero no perdió el rápido intercambio de miradas entre el capitán y sus oficiales.

—Ah, sí que lo eres —respondió Galo alegremente— y yo no lo he olvidado.

Hizo un gesto a los oficiales y éstos abandonaron el camarote, pero cuando se hubieron ido Galo no tuvo prisa en hablar. Contempló su copa, luego la volvió a llenar, cerró los ojos, y pretendió quedar dormido paladeando aquel vino de clase inferior. Luego dijo:

—Me complace que estés esperando, Lucano, y que no te hayas mezclado con los otros pasajeros. Después de todo tú eres nuestra carga más importante.

—Se me ocurre, Galo, que no he visto a ninguno de los otros pasajeros, aunque confieso que no he buscado su compañía.

—Permanecen abajo, siguiendo mi consejo.

Galo colocó su copa sobre la mesa y se inclinó sobre un diagrama extendido sobre ella.

— ¿Peste? —preguntó Lucano suavemente.

Pareció como si no hubiese hablado durante un minuto o dos. Después Galo apartó el diagrama y apoyó la barbilla sobre la palma

—Te habrás dado cuenta que no hemos tocado en algunos puertos de escala.

Después cruzó sus manos sobre la mesa y dejó de sonreír.

—Debía habértelo dicho antes por tu propia protección, pero como nunca estabas entre los demás... Sí, es la peste. Hemos izado la bandera amarilla, que posiblemente no habrás percibido. No nos dejarán entrar en los puertos cuando vean esa bandera. Pero tan sólo ha habido unos pocos casos y éstos entre los esclavos de los remos —suspiró—, ¡el maldito Oriente! Todas las dificultades de Roma proceden de allí. Cuando lleguemos a casa no nos permitirán desembarcar por lo menos hasta una semana después de que nos veamos libre de la peste. Esta es la ley.

—Soy médico —repitió Lucano.

—Llevamos un doctor a bordo —dijo Galo anonadado—, tú eres un pasajero. No estás a mi servicio. Eres el hijo de Diodoro Cirino. ¿Qué nos ocurriría si te expones al peligro y cogieses la plaga y murieses?

—Sus ojos preocupados brillaron sombríamente—. Te lo he dicho: sólo los esclavos están contagiados y les mantenemos cerrados bajo los puentes. La pasada noche no tuvimos ninguna muerte. Es una pena que hayas visto el entierro en el mar esta noche, Lucano; son tan sólo esclavos, perros y criminales —añadió con tono convincente.

Lucano pensó en los anónimos desgraciados que estaban en la bodega, encerrados juntos, estremeciéndose, enfermos y muriendo.

Dijo abruptamente:

—Ordena a tu médico que se presente inmediatamente.

El médico era un hombre cansado, de mediana edad. Un gallo con atrevidos ojos oscuros y también esclavo.

—Este es mi médico Príamo, Lucano —dijo Galo.

Príamo miró a Lucano e hizo una reverencia.

— ¿Hay peste a bordo? —preguntó Lucano.

—Sólo entre los esclavos de los remos —dijo Galo impacientemente—. Pero ahora que lo sabes, Lucano, y yo temía hacértelo saber, ordené que una de estas lámparas humeantes sea enviada a tu propio camarote. Tú y Cusa ya lo sabéis. El tiene a su esposa e hija encerradas en su propio camarote, excepto cuando te sirve. Le ordené, como capitán y absoluta autoridad en este barco, que no divulgase que tenemos plaga a bordo, a fin de evitar inquietudes.

—Los esclavos son hombres —dijo Lucano con voz dura.

Galo le miró con sorpresa. El rostro de Príamo adquirió un gesto extraño y también miró a Lucano.

— ¿Qué es un esclavo? —Galo se sintió abatido. No podía creer a sus oídos. Sabía que Lucano era raro y distinto de los demás jóvenes, pero aquello era increíble—. Lucano, esas criaturas son felones, asesinos, ladrones, condenados a las galeras para toda su vida.

—A pesar de todo, son hombres —repitió Lucano. En su pálido rostro aparecieron señales de furor tiñendo sus pómulos de rojo y sus azules ojos brillaron enfurecidos, bajo las rubias cejas. Galo quedó convencido de que estaba loco. ¡Un esclavo de galeras un hombre! Se sintió alarmado y dijo con solicitud:

—Tienes aspecto de no estar bien, Lucano. El clima de Alejandría es duro, lo sé. Si se lo permites, Príamo te recomendará un ligero sedante...

—No me comprendes —dijo Lucano tratando de mantener su voz pacífica—. Para mí, como médico, un esclavo es un hombre, un ser humano, capaz de sufrir tan fieramente como un César. Un criminal, un felón, un asesino son también hombres. Su condición humana no les hace ajenos a nosotros.

Los ojos de Galo se endurecieron. Haría intoxicar con vino a Lucano. «Dioses, pensó, no soy responsable de su desvío, ¿pero que diré a las autoridades cuando llegue a la patria? ¿Que el hijo adoptivo de Diodoro Cirino ha sido confinado por loco?» El pensamiento le hizo estremecer. Dijo, con un acento fraternal, tratando de calmar a Lucano:

—Sí, sí, ciertamente. Príamo te conducirá a tu camarote. Permanecerá contigo durante algún tiempo. Ha sido graduado en Tarso y sin duda encontrarás en él mucho conocimiento médico que podréis discutir juntos —medio se levantó de su asiento. Pero Lucano se inclinó hacia adelante y dijo con tono contenido:

—Aún no comprendes. Eres romano y crees y piensas como romano, Galo. Un esclavo para ti es menos que un chacal. Para mí es un hermano.

Galo se sintió desesperado. Tenía ya bastantes dificultades y ahora resultaba que tenía a bordo de su propio y valioso barco un loco... Miró a Príamo, que miraba a Lucano como si estuviese hipnotizado y con una lágrima brillando en sus ojos. Galo miró a su médico. ¿Estaba el sinvergüenza bebido? Dijo con enfado:

—Príamo, conduce al noble Lucano a sus habitaciones y prepara un sedante para él al instante... Evidentemente está enfermo. Pero Lucano se volvió hacia Príamo y dijo:

—Mis maestros hindúes me enseñaron que las ratas y las pulgas esparcen esa enfermedad. ¿Has oído?

Príamo era incapaz de hablar. Movi6 su cabeza con mucho gesto afirmativo.

—Es cierto —dijo Lucano con el tono de un médico hablando a otro. Señaló a las oscuras y delgadas piernas de Príamo. Debieras usar vendajes de lienzo sobre ellas para protegerte de las pulgas cuando estás entre los esclavos.

Galo perdió el control de sí mismo y gritó:

—¿Crees que iba a permitir a mi médico, por quien pagué mil sextercios de oro, que bajase a las galeras? Está aquí para proteger a mis pasajeros, no a los esclavos. Y ninguno de los pasajeros ha sido contagiado. En el momento en que me informó de que la peste había contagiado a los esclavos de galeras les prohibí incluso acercarse a su atrancada puerta. ¡Soy el capitán! ¡Mis órdenes son de vida y muerte en este barco y no me justificaré ni incluso ante ti, Lucano, al recordarte esto!

—Sugiero que todas las ratas de este barco que puedan ser encontradas sean exterminadas al instante —respondió Lucano con tranquilidad— que todas las habitaciones sean fumigadas contra las pulgas, que hasta el último centímetro de la madera de este barco sea lavado con desinfectante.

Galo había vuelto a dominarse. Lucano hablaba razonablemente, pero los locos también tienen sus momentos razonables.

—Daré estas órdenes al instante. Y ahora... —Lucano se levantó, —y ahora voy a ir abajo a las galeras y ver lo que puedo hacer, después de envolver mis propias piernas y brazos con lienzos contra las pulgas.

Galo se puso en pie, y dijo con tono amenazador:

—Debo recordarte otra vez que soy el capitán y que incluso si César fuese un pasajero mío tendría que obedecer las leyes marítimas. Mientras estemos en este barco, mi barco, soy la autoridad suprema. Volverás a tu camarote, Lucano, y mi médico irá contigo para calmarte.

—No —respondió Lucano— a menos que me arrastres de aquí. Soy médico y tengo también mis deberes y mis leyes.

Había que confinarle y vigilarle estrechamente, pensó el desafortunado capitán. En cualquier momento puede volverse violento, y sólo los dioses saben lo que ocurriría. ¿Cómo era posible que incluso un loco llegase a semejantes grados de locura?

—Iré a las galeras...

Galo vaciló. Llamaría a sus oficiales y ataría las piernas y brazos de Lucano con una cadena ligera. Pero la descorazonante perspectiva de entregar al fin del viaje al hijo adoptivo de Diodoro Cirino el descendiente de uno de los quinitas, el anterior procónsul de Siria, atado como un criminal se abrió ante él. Los arranques de furia de Diodoro eran conocidos por todo el mundo. El propio capitán tendría que responder por su seria ofensa contra la persona de Lucano, incluso aunque estuviese obviamente loco. Galo consideró el problema. El dilema era odioso. Pero tenía a la ley de su lado y era por causa de la protección de Lucano que debía actuar.

—¿No tienes piedad, Galo? —preguntó Lucano desesperadamente.

—Sé que un esclavo, particularmente un esclavo de galeras, es menos que un animal para ti. Los esclavos de galeras pueden ser asesinados con impunidad. Pero considera lo que te digo. Deja que tu corazón escuche y se conmueva por un momento. Los esclavos sangran como tú sangras; mueren como tú mueres. Y donde vaya tu espíritu allí irán también sus almas. ¿Te preocupa mi propia salud y seguridad? Sí, si yo fuese contagiado, o muriese, entonces temerías a Diodoro, mi padre adoptivo. Lo comprendo —su voz se suavizó—. Tan sólo has de dejar la puerta de las galeras abierta. Tengo mis medicinas, y te juro que haré todo cuanto

pueda para protegerme y te absolveré de todo reproche respecto a mí. Nadie necesita saber sino nosotros de que estoy cuidando a los esclavos. Iré y vendré sin que nadie me vea, excepto ellos.

—Estoy muy cansado, Lucano —dijo el capitán—. Déjame y vete a tus habitaciones al instante o yo tendré... tendré... tendré que llevarte allí a la fuerza.

—Al menos que detenga la enfermedad, Galo, se extenderá a todos los pasajeros. Puede que llevemos a puerto un barco lleno tan sólo de hombres muertos.

Galo se volvió de espaldas. —Vete a tus habitaciones— repitió. Entretanto haré que se den órdenes para que se haga como has sugerido.

CAPÍTULO XXII

Debo llegar a esas galeras —dijo Lucano después de haber llamado a Cusa a medianoche. Había oído durante horas a esclavos y marineros cazando y destruyendo ratas y lavando el barco de arriba abajo con desinfectante. Cusa dijo:

—Estás loco, desde luego. Calentaré algo de vino para ti y lo mezclaré con alguna especie.

Lucano le miró pensativamente.

—Tú eres un hombre inteligente, querido Cusa. ¿Con cuánta rapidez podrías forzar la cerradura de las galeras?

Cusa rehusó tomarle en serio, o más bien rehusó mostrar que tomaba a Lucano en serio.

—¿Forzar una cerradura, Lucano? —se echó a reír alegremente. Después bostezó terriblemente—. ¿Por qué me has despertado a estas horas? ¿Para qué intercambiamos agudezas? —Griego marrullero —respondió Lucano— no hay duda de que eres un experto forzador de cerraduras. No había ningún cofre, armario o baúl seguro contra tu curiosidad en Antioquía. Llamas a Calliope curiosa. ¡Tú eres el peor curioso de cuantos existen! Solía vigilarte con admiración, lo confieso, y a distancia cuando era niño. Recuerdo tus talentos muy bien. No aparentes sentirte tan herido.

Escuchó durante un momento. Los ruidos .Y gritos de las ratas perseguidas habían cesado; el barco crujía, gemía y se balanceaba silenciosamente. Tan sólo el grito de la guardia se oía de cuando en cuando. Lucano empezó a murmurar en voz alta:

—El barco duerme, excepto los esclavos de las galeras, la guardia y los oficiales sobre el puente. A causa de pasadas observaciones, Cusa, juzgo que unos pocos momentos serán para ti suficientes para abrir aquella puerta en las entrañas de la nave y dejarme entrar con mis medicinas.

Cusa empezó a sentirse alarmado.

—Señor, ten en cuenta que puedes contagiarte. Ah, si, me has dicho ya que lo has considerado. ¿Tendré que entregar a Diodoro un cuerpo muerto? Tu rostro está firme como el acero. Consideremos entonces aspectos más prácticos de la situación. Galo te ha negado la entrada a las galeras y me disculpo ante él porque le había considerado una persona grosera a quien ofrecer buen vino era una blasfemia. Tiene el mando supremo de este barco. Si la guardia me descubriese manejando la cerradura, el capitán me cargaría de grillos, y esto tan sólo sería lo que me mereciese. Tú y él, por lo tanto, mantendríais un helado silencio mientras yo languideciese, esperando el día en que fuese desembarcado a fin de ser encerrado en una prisión. Sí, sí —alzó una delicada palma—, comprendo que tú tomarías sobre ti toda la culpa, pero Galo no pondría a Lucano, el hijo de Diodoro, en grilletes. Puede obligarte a permanecer en tus camarotes, lo cual debiera haber hecho a partir del momento en que partimos. Tengo una esposa y un hijo. La perspectiva de la prisión por haber violado las leyes marítimas no me es muy invitadora. Ten en cuenta la esposa y la niña, Lucano.

Lucano se impacientó.

—He tenido en cuenta todo —dijo—; iré contigo hasta la puerta, y si nos cogen le diré al capitán que tú hacías lo que yo te había ordenado bajo las más feroces amenazas, entonces puedes pedir al capitán que te proteja contra mi locura. Si los grilletes son, a pesar de todo, el resultado, Diodoro hará que te liberen en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo dudo —exclamó Cusa—; tú sabes que estricto es con respecto a la ley.

El rostro de Lucano se animó y chasqueó los dedos.

—Envíame a Escipión, el más joven de los dos centuriones.

—¿A esta hora?

—A esta hora. Y date prisa, Cusa. Tus argumentos me aburren.

Moviendo la cabeza dolorosamente, Cusa abandonó el humeante camarote y pronto volvió con Escipión que, aunque con el rostro enrojecido por el sueño y un ojo hinchado y vidrioso, se había puesto primero la armadura, el casco y la espada, como corresponde a un soldado. Alzó el brazo derecho saludando a Lucano, y éste le devolvió el saludo.

—Siéntate junto a mí, mi excelente Escipión —dijo—, deseo hablar contigo.

Cusa permaneció junto a la puerta escuchando, lleno de ansiedad. Lucano dijo:

—Escipión, como soldado, no tienes muy buena opinión de los marineros, ¿verdad?

—Señor, como soldado los desprecio. Sólo valen para colocar los barcos de guerra en buenas posiciones a fin de que los soldados puedan atacar.

Los ojos oscuros de Escipión empezaron a brillar con interés, puesto que, como militar, no preguntaba porqué había sido llamado a media noche. Lucano, para él, era hijo de aquel poderoso soldado, Diodoro, cuyo nombre era reverenciado por todos los soldados de Roma.

—Los marineros son muy arrogantes —dijo Lucano suspirando—, ¿sabes que Galo me ha amenazado esta noche, me ha amenazado con encadenarme en mis camarotes porque he tenido una diferencia de opinión con él? Me gritó que era el rey de este barco.

Escipión se sintió ultrajado.

— ¿Te ha hablado así a ti, señor, al hijo de Diodoro Cirino? No podría creer una cosa tan monstruosa.

Lucano suspiró de nuevo.

—Lo ha hecho y en la presencia de su esclavo.

— ¡En la presencia de un esclavo! —el rostro joven de Escipión se oscureció y puso su mano en la empuñadura de su espada e hizo intención de levantarse.

—Pero —gruñó Cusa, alzando sus manos a la cabeza—, ¿quién es el griego marrullero ahora?

Lucano no le hizo caso.

—Soy médico, Escipión, y sin duda que un médico es más inteligente que un simple capitán de un buque de carga, y ciertamente vale más. A bordo tenemos peste.

Al oír esto Escipión palideció y se sentó lentamente.

—A menos de que pueda contenerla en las galeras, todo el barco quedará infectado y quizá todos muramos. ¿Has visto casos de peste, Escipión? Ah, es la cosa más terrible. Tus glándulas se distienden, se llenan de supurante pus; tu cuerpo se corrompe; vomitas sangre, toses sangre. Te revuelves en delirio y caes en las más peligrosas situaciones. Esto es lo que nos espera a todos, la muerte. Hay pocas posibilidades de salvación cuando se contrae la peste. Pero este capitán de cabeza de muñeco me impide tratar de detener la enfermedad. ¿No es esto incomprensible?

— ¿Pero qué puede esperarse de un miserable marinero, señor? —empezaba a excitarse.

— ¿Puedo hablar? —preguntó Cusa.

—No puedes —replicó Lucano.

Y Escipión miró a Cusa con desprecio.

—Naturalmente como médico y hombre de la nobleza y de familia, no harás caso de las órdenes de este cretino capitán —dijo Escipión, hirviendo de ira.

—Escipión, eres un joven de la más astuta comprensión —respondió Lucano con admiración.

—Ay, ay —gruñó Cusa—, he sido acusado de tener naturaleza de reptil, pero he aquí a uno que avergüenza a las mismísimas serpientes de Isis...

Lucano continuó ignorándole. Escipión dijo con voz temblorosa por la ira:

— ¿Cómo se atreve a dar órdenes al hijo de Diodoro Cirino?

Lucano asintió tristemente.

—Me gritó en la cara su autoridad; golpeó con el puño sobre la mesa. Me amenazó con..., ¿cómo llamaste eso, Cusa? Ah, sí, con el y grillete.

Escipión saltó sobre sus pies.

— ¡Alguien pagará esto caro! —exclamó.

—Y todo cuanto yo deseaba era protegernos a todos nosotros de la peste. Llevamos izada la bandera amarilla, Escipión. No nos será permitido desembarcar en Italia. Quizá estemos obligados incluso a volver a Alejandría o a flotar en el mar hasta que todos estemos muertos. Tú sabes lo rigurosos que son los doctores de Roma. ¿Cuánto tiempo hace desde que no has visto a tu novia, Escipión, a tus padres, a Roma, donde los romanos son romanos y no guardias de todo un mundo desagradecido?

Las lágrimas llenaron los ojos de Escipión; podía haber ahogado a Galo en aquellos momentos.

Cusa miró boquiabierto a Lucano, con asombrada admiración. El valeroso idiota era tan sutil como un oriental.

—Necesito tu ayuda, Escipión. Puede que haya guardia y la puerta que conduce a las galeras esté cerrada bajo candado. O la guardia patrullando y por lo tanto puede llegar hasta allí antes de que este maravilloso Cusa descerraje la cerradura.

Descerrajar cerraduras era algo reprehensible. Por un momento el rostro de Escipión mostró cierta duda. Después se aclaró. ¿Qué significaba descerrajar cerraduras para un griego?

—Por lo tanto —dijo Lucano haciendo un gesto con la mano—, todo lo que espero de ti, Escipión, es que aparezcas como si padecieses insomnio, o como si yo hubiese ordenado que me guardes esta noche porque soy un hombre nervioso y a veces sufro pesadillas. Por lo tanto, paséate discretamente por el barco. Te acercas a la puerta de las galeras, descubres para mí si la puerta está guardada. Si lo está, no tendrás dificultades en distraer a la guardia que esté allí. Después distraerás a la patrulla de vigilancia mientras Cusa descerraja la cerradura. Tan sólo necesito una o dos horas. Cusa te avisará cuando yo salga de las galeras. Naturalmente, como es un hombre pusilánime, no se atreverá a entrar.

—El ser pusilánime no tiene nada que ver con esto —dijo Cusa—, es una cuestión de Ley.

—Nosotros somos la ley —dijo Escipión dirigiendo a Cusa una, cortante mirada—. ¿Crees que la orden de un marinero es más importante que nosotros?

Pero Cusa sólo le miró con piedad, porque era la víctima de una maquinación que él creía no sólo peligrosa sino nefasta.

—Te ordeno que te calles —dijo Lucano.

—A callar —dijo Escipión—, ¿No has oído hablar a tu dueño?

—Bien, sí. Pero él no te ha dicho....

Lucano le interrumpió.

—Todo está muy tranquilo ahora, Escipión. Acepta mi gratitud y ve. ¿Deseas llegar a casa bien y pronto?

—Y encadenado —añadió Cusa desesperadamente.

—Vete también, Cusa, y tráete aquella pequeña cartera de piel negra tuya en la que tienes las delicadas herramientas de descerrarajar cerraduras y que posiblemente compraste a algún ladrón —dijo Lucano sonriendo—, y, Cusa, no te creo capaz de intentar contagiar tus cobardes miedos a un soldado de Roma cuando estés lejos de mi vista.

—Señor —dijo el joven centurión orgullosamente—, un romano está sordo para la conversación de un liberto.

Cusa volvió solo con su negra cartera. Lucano estaba activamente ocupado en examinar el contenido de su propia cartera de médico.

—Naturalmente —dijo Cusa con amargura— enviarás algo de mi excelente vino a Escipión para consolarle cuando el capitán le encierre encadenado. Y olvidarás el enviarme el mismo vino a mí.

—Te preocupas demasiado —dijo Lucano. Se sentía alerta y fresco como si acabase de levantarse. Sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillaban con satisfacción.

—Nunca pensé que un discípulo mío condescendiese a degradarse mintiendo.

Lucano comprobó sus escalpelos.

—Nunca dije la menor mentira.

—No, no, desde luego que no. Eres un sofista. Exhalas virtud. Eso te hace también estoico. Eres un hombre de muchos aspectos, Lucano, y confieso que he desestimado la veta de villanía que existe en ti y, por lo tanto, como maestro tuyo, admito que estaba completamente engañado, lo cual ha sido, por mi parte, muy tonto.

—Muy tonto —afirmó Lucano con un guiño juvenil.

Escipión volvió lleno de satisfacción.

—La puerta de las galeras no está guardada, señor. Evidentemente no se ha creído que fuera necesario. En cuanto a la patrulla, he descubierto que es un agradable compañero mío, a quien yo he estado instruyendo en procedimientos militares. Creo —añadió Escipión con guiño de conspirador— que un pequeño jarro de vino, bebido en mi compañía, en el puente superior, agudizará su interés por las campañas militares.

—Un jarro de vino —dijo Lucano a Cusa, quien, gimiendo como si sufriese en el más terrible de los dolores, fue a prepararlo.

Escipión descubrió con agrado que era un jarro lleno, y partió para su trabajo de distraer la vigilancia y mantenerla quieta.

—El capitán colgará al vigilante del mástil o de la quilla o como se llame la maldita cosa —dijo Cusa—, eso, naturalmente, no te preocupará. Has olvidado al oficial de guardia en el puente superior.

—Escipión es un inteligente joven oficial —dijo Lucano sin preocuparse por aquello—. Como tú, ama el criticar y conoce a todos los oficiales a bordo, y, por lo tanto, habrá una feliz conversación entre los tres. ¡Qué solitario debe ser permanecer de guardia en un mar tan tranquilo! Vamos, marchemos. Dentro de tres horas amanecerá. Ah, espera un momento, necesito dos cubos para agua. No te muevas como un viejo, Cusa; no estás a punto de ser ejecutado.

—Esto es lo que dudo —dijo Cusa con tono miserable.

Tomó la linterna del camarote y salió al estrecho corredor de fuera. Lucano se sintió entristecido por el temor de Cusa, por la creencia del maestro en la autoridad absoluta y su indiscutible aceptación de la misma. Mientras que el capitán tenía el derecho de vida o muerte sobre aquellos que estaban en el barco por amor de otros ante una situación imprevista y caprichosa en la que radicaba un gran peligro, había una ley moral más importante, que ningún hombre tenía el derecho de violar. El capitán tenía sus leyes; pero dejaban de ser leyes y se transformaban en opresiones cuando negaban a aquellos pobres esclavos cualquier clase de socorro, alivio o derecho a la vida.

Lucano recordó muchas historias auténticas de barcos como aquel. Cuando los esclavos de galeras enfermaban de una enfermedad fatal y violenta, eran encerrados abajo sin ninguna clase de ayuda. Aquellos pasajeros y esclavos que no habían contraído la infección podían desembarcar después de un examen por las autoridades de salud pública y luego el barco era remolcado al mar con su carga de prisioneros, moribundos y desesperanzados esclavos enfermos y prendido fuego. Se estremeció ante el recuerdo. Este era el destino en perspectiva para los pobres desgraciados de las bodegas.

El joven griego había cubierto sus piernas con apretadas fajas de lienzo y también sus brazos y manos. Estaba envuelto en su manto, con la capucha echada sobre la cabeza. Cusa mantenía la humeante linterna en alto. Los estrechos corredores de madera estaban absolutamente silenciosos y oscuros, cuando los dos hombres se deslizaban por ellos silenciosos. Escipión había realizado su trabajo bien; no encontraron a ningún guardia.

A medida que se deslizaban frente a las puertas cerradas, conteniendo su respiración y caminando tan ligeramente como les era posible volvían a oír el lejano y rítmico golpeteo de los remos en las profundidades del barco, el crujido de los troncos y distantes ronquidos. Todo el barco exhalaba olor a desinfectante, brea y los correspondientes olores de la carga, humanidad, aceite y salitre.

Los pasillos por donde se deslizaban como espíritus y las escaleras por donde descendían cada vez más hacia las profundidades del barco estaban tan silenciosas como la tierra. El barco se deslizaba sobre la superficie del mar con movimiento apenas perceptible.

Descendieron más profundamente y los rancios olores empezaron a ser casi insoportables. Un nuevo olor se unió a ellos; el dor de la muerte y la enfermedad. El techo del último corredor era tan bajo que Lucano tuvo que inclinar su alta cabeza. Vio que hasta allí se filtraba un líquido nauseabundo en pequeños regueros infinitamente malolientes. Como esfuerzo para detener la infección habían quemado allí abajo, especies y sustancias olorosas añadiendo al asfixiante calor y malos olores del aire una densa humareda. La linterna proyectaba las sombras de los dos hombres que se deslizaban sobre el empapado suelo, en medio de podridas paredes de madera y techo goteante.

Lucano empezó a percibir un sonido parecido a un viento incesante, salvaje y sin embargo mudo, sonoro y melancólico. Era la voz de los esclavos en las galeras, voz desesperanzada, infrahumana y sin embargo llena de la agonía de la humanidad. Cusa se detuvo aterrorizado.

—Son los esclavos —susurró Lucano con acento de confianza. Pero Cusa estaba temblando. Lucano le empujó suavemente hacia adelante. La linterna vacilaba en la mano de Cusa. Cusa murmuró:

—¿Cómo podremos evitar que esto llegase a oídos del capitán? Aquí hay muchos esclavos y un capataz y la noticia se filtrará hasta él.

—Probablemente —respondió Lucano—, pero un hecho cumplido es un hecho consumado y sólo yo seré visto; sin embargo si tengo éxito y creo que lo tendré, el capitán será el primero en ser felicitado por las autoridades y ten por seguro que él no mencionará la parte que yo he tenido en el asunto.

El corredor era allí tan estrecho que tenían que andar uno tras otro, pero era muy corto. Al final del mismo había una gruesa puerta de madera, remachada y cerrada con candado. Lucano hizo un gesto a Cusa que se deslizó hacia ella abriendo su saco de pequeñas y hábiles herramientas.

—No te arrodilles —susurró Lucano—. El agua está contaminada.

Cusa se inclinó hacia la cerradura y empezó a trabajar en ella. Sus húmedas y ágiles manos temblaban. El sudor le cegaba. Lucano mantuvo la linterna cerca y miraba sin cesar hacia atrás. Las lamentaciones de los esclavos detrás de la puerta parecían formar parte del aire y las paredes y techo del corredor vibraban con ellos. Había esclavos en un corredor adyacente, porque su deber era llevar comida y agua a los esclavos de los remos y reemplazar a aquellos que morían. La mayoría de ellos eran los que Lucano había visto llegar a bordo el día de su partida. Habían sido condenados a muerte, sin causa, por el capitán y ellos lo sabían. Lucano volvió a oír los ahogados sollozos de las mujeres, los gritos de los niños a través de las paredes.

A medida que Cusa trabajaba Lucano vació paquetes de desinfectante en los dos cubos de agua que habían traído hasta allí con tanta dificultad. Uno era para que bebiesen los enfermos y esclavos moribundos; el otro era para su propio uso. Mantendría las manos húmedas mientras estuviese curando. El olor del desinfectante se unió a otros intolerables olores y Cusa estornudó roncamente, secando su nariz en la manga a medida que sus manos trabajaban. Poco después se oyó un agudo clic y la cerradura quedó abierta.

—Vete a distancia —le susurró Lucano— y yo no abriré la puerta hasta que estés lejos de aquí. Permanece en mi camarote. Si alguien acude, diles que estoy durmiendo.

Por un largo momento el pequeño maestro se quedó quieto mirando a Lucano extrañamente a la luz de la linterna y sus ojos altivos habían adquirido una sorprendente quietud y fijeza. Estaba pensando que si hubiese tenido un dueño menos justo que Diodoro, él también podría estar en una galera así muriendo, sin ayuda y sin esperanza, y si no hubiese sido por Lucano aún sería un esclavo. Luego murmuró:

—Señor, no te dejaré.

Lucano frunció el ceño y Cusa repitió:

—Donde vayas, allí iré yo también.

Lucano sonrió y a Cusa le pareció ver que una repentina luz había rodeado su rostro por un momento.

—Ven conmigo —dijo el joven griego.

Unas pocas ratas que habían sobrevivido a la matanza general de aquella noche, pasaron corriendo junto a ellos, gruñendo y arañando y Cusa creyó que se mantenían junto a las paredes del corredor como si algo ultraterreno, sólo visto por ellas, les hubiese dado una orden inaudita. Ante esto, Cusa se animó. Sintió un repentino sentimiento de exaltación. Nada podría herir nunca a Lucano, ni a aquellos que le serviesen.

Fue necesaria la fuerza combinada de los dos para abrir la puerta que cedió por medio de un gran esfuerzo; habían colocado la linterna, los cubos y las carteras en el suelo, en el sitio más seco, y de este modo la luz de la linterna cayó sobre el suelo de las galeras. El resto continuaba en una negrura absoluta. Una bocanada de malos olores y calor surgió de las galeras, tan intensa que Cusa sintió como si se hubiesen descargado poderosos golpes contra su cuerpo y su rostro y retrocedió cubriéndose la cara con una manga. Los gemidos y lamentos de los esclavos llenaron todo el corredor con un eco repetido.

—Rápido —susurró Lucano.

Alzó la linterna y su cartera y Cusa recobrándose un poco, pero con arcadas, cogió los dos cubos de agua desinfectante. Lucano proyectó el débil rayo de luz de la linterna sobre las galeras y Cusa le siguió. La puerta giró sobre sí y se cerró tras ellos a causa de un movimiento repentino del mar.

Lucano estaba preparado para contemplar una escena aterradora, pero aquello que veía a la débil luz de la linterna estaba por encima de su imaginación. Tan sólo unos agujeros altos y pequeños, descubiertos, dejaban pasar un poco de luz procedente de un estrellado cielo sin luna y un mar fosforescente. Apenas si era luz; era

más bien una sombra de luz, como el reflejo de las alas de la mariposa. Y con aquella escasa iluminación, ayudada por la pálida luminiscencia de los remos que salían de los agujeros y por los oscilantes rayos de la linterna, Lucano pudo ver hombres desnudos y barbudos sentados en los bancos, encadenados y atados, blancos, negros, amarillos y morenos, sus cabezas inclinadas, los ojos cerrados a causa del dolor, los pechos agitados, sus caderas y huesos visibles bajo las descoloridas pieles. Sus brazos se movían con un ritmo mecánico mientras sus bocas murmuraban un vasto gemido, acompañado por el tintineo y brillo de cadenas y grillos como el tono acompasado que se unía a sus lamentos. A lo largo de las paredes, junto a la puerta yacían los muertos y moribundos, apilados juntos, los que aún vivían, con aquellos que hacía poco habían muerto, o con los que habían muerto hacía horas, con sus rostros semejantes a desnudas calaveras bajo aquella luz incierta. El capataz, un esclavo también y un criminal, andaba de arriba a abajo entre filas de trabajadores, con sus ojos abiertos por el terror chasqueando el látigo. Se detuvo cuando vio a Lucano y a Cusa y permaneció mudo, mojóndose los labios.

Lucano pensó que aquella era una escena infernal, llena de espectros torturados, invadida de olores que sólo una fila de cadáveres podía desprender. Una pecina negra y deslizante como serpientes, se movía arriba y abajo por el suelo siguiendo el movimiento del barco: Sangre vomitada, heces sangrientas, expelidas sobre el suelo y orina sanguinolenta.

El capataz se recobró de su primera sorpresa ante la llegada de los dos intrusos. Pensó que eran espíritus vestidos de blanco. Luego se acercó a ellos temerosamente. Lucano dijo al instante con calma:

—Soy médico y necesito tu ayuda, y éste es mi auxiliar. No tenemos nombres. Debemos trabajar rápidamente.

El hombre permaneció frente a ellos mirando, desnudo como los demás esclavos. Lucano se dirigió hacia él con impaciencia.

—Debemos trabajar —repitió— o todos morireis. De prisa, toma este cubo y da un trago a cada uno de los hombres.

Su voz sonó con autoridad y el capataz cogió el cubo, recobrándose de su asombro, pero primero bebió él. Lucano y Cusa entretanto echaban el contenido del otro cubo sobre sus rostros y manos y Cusa también humedeció sus piernas. Mientras el capataz le obedecía, Lucano examinó a los enfermos que yacían junto a los muertos. Aquellos que parecían no estar *in extremis*, los separó de los muertos y los colocó junto a la pared opuesta, haciéndoles sentar contra ella. A los que estaban más allá de toda ayuda, les dejó con sus compañeros muertos.

Era, sin duda alguna, la peste mortal. Los brazos de los enfermos estaban enormemente hinchados, sus labios, gruesos y cubiertos de una capa blanca, sus pieles, irritadas. Tenían granos palpitantes tumefactos de pus y sangre en las ingles. Las piernas de los hombres estaban sucias de sangre procedente del recto; algunos babeaban sangre por la boca. Algunos de los granos habían reventado; su contenido supuraba y cubría los cuerpos de los enfermos.

A Lucano se le subió el corazón a la garganta, palpitando de piedad. Ningún tratamiento podía ser efectivo para los que ya habían cogido el contacto. Tan sólo podía aliviar algo sus sufrimientos. Abrió rápidamente su cartera y sacó pequeños saquitos que contenían pastillas de fuertes sedantes. En cada boca congestionada derramó un poco de líquido. Los hombres le miraban, mudos como animales atormentados. Lucano les sonreía amablemente; la linterna proyectaba chispas de dorado fuego en aquel aire sobrecargado; sus ojos azules brillaban hacia ellos con la más profunda y tierna de las compasiones. Los hinchados labios de los hombres se movían silenciosamente, uno o dos extendieron sus manos, sin voluntad, para tocar sus vestidos, porque percibían su dolor y el amor que sentía hacia ellos. El capataz volvió con el cubo vacío y miró a Lucano con ojos agudos y distendidos. Cusa volvió a llenar el cubo de un barril que había cerca y a un gesto de Lucano, vertió en él una nueva cantidad de medicina. Lucano dijo al capataz:

—Da a los hombres un trago de este cubo cada hora. Mañana cubos como estos, para aquellos que no están contaminados, serán colocados fuera de la puerta. Ordena al esclavo que está allí que los entre. Habrá también cubos de agua con una señal roja que contendrán desinfectante. Debes echar agua sobre sus cuerpos con frecuencia. Y busca todas las ratas que encuentres y mátalas inmediatamente, arrojando sus cuerpos por las ventanas.

—Sí, señor —susurró el capataz y miró a Lucano con asombro—. Luego, sonrió trémulamente—. Señor, es como si un dios hubiese entrado aquí. He bebido tu medicina y una nueva vida ha venido a mí y a los esclavos de las galeras.

Fue Cusa quien se dio cuenta de que aquellos hombres ya no se lamentaban. A la luz de la linterna pudo ver cientos de ojos dirigidos hacia Lucano, que ministraba a los enfermos, ojos de hombres que repentinamente habían recibido esperanza en aquel podrido agujero lleno de malos olores. Alguno de ellos empezó a cantar una canción desconocida, y pronto todos se unieron a él. Era un canto de agradecimiento y gratitud, que se mezclaba con el siseo y crujido de los remos. Incluso los moribundos lo oyeron, movieron sus cabezas y cesaron de lamentarse. El rostro agudo de Cusa se iluminó con una brillante expresión mientras ayudaba a Lucano. En aquel húmedo pozo no había esclavos: eran hombres.

—Bien —dijo Lucano con tono ausente. Permaneció de pie entre la fila de los enfermos moribundos y muertos, y para Cusa tenía el aspecto de un dios conquistador. Había colgado la linterna de un gancho que pendía del techo húmedo. Sus vestiduras estaban salpicadas de sangre y porquería, pero su rostro estaba radiante. Luego se dirigió al capataz.

—Sobre el puente, dos pisos más arriba, hay anchos agujeros o ventanas. Toma dos de estos remeros y elimina a los muertos de entre vosotros arrojándoles suavemente al mar. Esto no puede esperar hasta mañana. Los muertos son vuestro peligro.

El capataz se estremeció.

—Señor, me está prohibido a mí y a los remeros dejar estas galeras.

—Si esto no se hace y ahora, todos moriréis —dijo Lucano con severidad—. Moveos con tanto silencio como sea posible. No seréis oídos. Hay que hacerlo. ¡Te lo ordeno!

El capataz vaciló. Luego viendo el brillo autoritario en los ojos de Lucano no pudo vacilar más, pues le parecía la orden de un dios. Llamó a tres de los más fuertes y soltó sus grilletes. Se alzaron rígida y débilmente de sus toscos bancos y avanzaron hacia adelante. Empezaron a cargar a los muertos sobre sus cuerpos cubiertos de sudor y desinfectante. Uno o dos, reconociendo los rostros de amigos, sollozaron en voz alta.

La puerta fue abierta, con un crujido y los esclavos con sus cargas fúnebres se deslizaron fuera. Uno tras otro, a medida que Lucano continuaba administrando a los enfermos, los muertos fueron sacados de allí silenciosamente. El barco se balanceaba y gemían todos sus maderámenes. Cuando el jadeante capataz apareció de nuevo al lado de Lucano, el médico dijo:

—Debéis empapar también las paredes y techo con este desinfectante. Recuerda mis órdenes: es vuestra única oportunidad de vivir.

El capataz contestó con voz ronca:

—Señor, he estado pensando. Aquellos que lanzamos al mar son más afortunados que nosotros.

—Sí, —dijo Lucano y sus rubias cejas pestañearon—. Sin embargo, algunos de vosotros seréis liberados en alguna ocasión, después de que hayáis cumplido vuestra sentencia. En cuanto a los demás, mientras hay vida hay esperanza —luego añadió apasionadamente—, ¿me crees más afortunado que tú? Te aseguro que todo lo que vive está condenado.

Los enfermos y moribundos se durmieron repentinamente, apilados juntos; los rostros de algunos enfermos habían adquirido un gesto de gran alivio, y la paz se reflejaba en sus sucias y barbudas caras. Cusa permaneció de pie y les miró con temor.

—No hay esperanza para ellos —dijo Lucano tristemente— no tenemos un tratamiento efectivo, pues, incluso bajo las mejores circunstancias, la peste es casi siempre fatal.

Su sombra se proyectó elevada sobre las paredes y parecía como si tuviese alas.

Dio al capataz el resto de los frascos que aún no había abierto. Sé misericordioso, porque eres un hombre; haz que todos los enfermos y moribundos beban a fin de que puedan morir en paz y sin dolor. —Hizo una pausa y luego dijo involuntariamente:

—Que Dios quede con vosotros.

Y no fue él quien realmente habló sino Sara a través de él; repitió sus palabras mecánicamente, viendo su rostro ante sí. Contuvo su respiración con un sonido ronco e indicó a Cusa que debían partir, y tomando de nuevo la linterna y su cartera, salieron. Tenía mucho trabajo que hacer. Debía destilar más desinfectante y medicinas, solo en su camarote, a fin de que los esclavos pudiesen tener suministros. Escipión y Cusa, de alguna manera, dejarían los cubos a la puerta por las mañanas. Cusa y él empujaron la puerta abierta. Las voces de los esclavos se alzaron tras ellos en una exótica ola de gozo trémulo y fue seguidos de aquella ola, que cerraron de nuevo la puerta y volvieron a poner la cerradura. Fue entonces cuando Cusa se inclinó, alzó el borde de la túnica de Lucano y la besó silenciosamente.

Tres días después el capitán mandó llamar a Lucano a su camarote y Lucano obedeció después de haber calmado con sus palabras al aterrizado Cusa.

—La culpa es mía. Nadie estaba conmigo —dijo con tono seguro.

El rostro de Galo estaba distendido en una ancha sonrisa.

—Siéntate, honorable Lucano —exclamó para asombro del joven griego, porque había ido preparado para cualquier suceso calamitoso. ¿Vino? Sí, vino... Hoy soy un hombre feliz, mí querido amigo... ¡Un hombre muy feliz!

Lucano bebió el vino que el capitán le dio con una inclinación de encantada ceremonia y miró aquel rostro bondadoso en cuyos ojos brillaba una luz de triunfo. El capitán se sentó enfrente de él, con las manos cruzadas sobre las rodillas y miró a Lucano con burla. Alzó su dedo como un cariñoso pero reprobador gesto fraternal hacia el joven médico.

—Todas vuestras sombrías profecías —exclamó—. ¡Ah! si no fueses el hijo de Diodoro Cirino me reiría de ti. Pero eres joven y falto de experiencia, las desgracias y el tiempo te curarán.

Estaba exuberante y Lucano se sintió sorprendido.

— ¿Tienes buenas noticias —aventuró— del puerto que tocamos brevemente anoche?

—No tocamos ningún puerto —dijo el capitán—. Un pequeño barco salió hasta nosotros trayéndonos cartas. Una es para ti. Está aquí, sobre esta mesa. No nos fue permitido tocar el puerto llevando la bandera amarilla pero la bandera será arriada hoy exclamó con alegría y golpeó su cadera mientras hacía un travieso guiño a Lucano. Luego hizo un gesto de tolerancia—. ¡Vosotros los médicos! Incluso mi Príamo estaba equivocado, no había peste a bordo. Sabes que todos mueren cuando están infeccionados. Pero incluso aquellos esclavos de galeras que estaban enfermos se han recobrado y durante tres días no hemos tenido ningún caso de enfermedad sobre ellos. ¿Me oyes, joven maestro? Incluso los contagiados se han recobrado y esto es imposible cuando se trata de peste. De hora en hora se levantaron del suelo de la galera y ocuparon sus

puestos en los remos. —Volvió a golpear sus caderas y rió feliz y con alivio—. ¡Ni uno sola, muerte en tres días! No era la peste, en absoluto.

Lucano se sentía incrédulo.

— ¡No es posible! —exclamó casi traicionándose a sí mismo. Luego añadió—: Tu Príamo es un excelente médico, no podía estar equivocado; ha visto la plaga en otras ocasiones.

Se sintió estremecido por su propia confianza. ¿Era posible que tanto él como Príamo hubiesen cometido un error? Evocó los rostros de los muertos y moribundos ante él; vio de nuevo los granos; olió los vómitos rojos; sintió el penetrante fuego de las fiebres y movió la cabeza con gesto negativo, sumido en una completa excitación. Los enfermos y moribundos estaban más allá de toda esperanza; sin embargo habían vivido y se habían recobrado rápidamente; habían recobrado

La salud. Algo imposible había ocurrido.

No habían sido las medicinas que había dejado para aquellos que estaban fuera de toda esperanza. Sólo contenían sedantes corrientes para aliviar la agonía de los moribundos. El desinfectante podía haber contribuido a evitar nuevas infecciones de la peste, pero incluso aquello era poco eficaz ante una virulencia como la que había visto. Pero los enfermos y moribundos se habían recobrado y vivían. Lucano movió nuevamente su cabeza, anonadado, y pensó: « ¿Qué clase

de médico soy? » La única explicación a esto es que estaba equivocado, pero los bubones y las hemorragias del rostro..., ¿podría ser que existiese otra enfermedad hasta ahora desconocida, parecida a la peste?

—Horas tras hora, los que aparentemente estaban enfermos y moribundos se levantaron del suelo y vivieron y estuvieron bien —dijo el capitán jubilosamente. Alzó su mano y palmeó los hombros de Lucano. Gruñía satisfecho y sin parar.

—He hablado con el capataz; ya sabes lo supersticiosos que son esos animales. Me ha jurado que Apolo y uno de sus ayudantes, brillando como la luz, penetraron a través de la puerta, cerrada. ¡La puerta cerrada! y curaron a los moribundos y éstos se han recobrado. —El capitán movió la cabeza divertido—. Ah, bien, que los pobres desgraciados disfruten de sus sueños; es todo lo que les queda.

—Sí —dijo Lucano levantándose— es todo lo que todos nosotros tenemos.

Tomó la carta de encima de la mesa del capitán y seguido por la risa de éste abandonó el camarote y se dirigió al suyo con pasos pesados y mente confundida. «Que esto te sirva de aviso», se dijo a sí mismo. «No juzgues demasiado rápidamente.» Encontró a Cusa en su camarote. Cusa, que estaba temblando ante la perspectiva de ser aprisionado y aherrojado. Lucano le sonrió débilmente.

—No tengas miedo —dijo— todo va bien.

Y contó a Cusa la conversación tenida con el capitán. Cusa escuchó y su lívido rostro adquirió un tono grave y quieto. Miró a Lucano con la más extraña de las expresiones.

—Es como había sospechado —murmuró, y antes de que Lucano pudiese detenerle, cayó sobre sus rodillas y apoyó su cabeza sobre los pies del asombrado joven.

—No, no —dijo— no les curé yo, mi buen Cusa. Después de todo no era la peste.

Pero Cusa besó sus pies y no dijo nada.

Lucano le alzó del suelo tratando de reír.

—Seamos razonables —dijo, y tomando la carta de Roma la leyó. Iris le había escrito.

De pronto Lucano emitió un gran grito de tristeza y desesperación y cuando Cusa acudió a él se arrojó en los brazos de su maestro y lloró incontrolablemente.

CAPITULO XXIII

Dos semanas antes de que Lucano hubiese abandonado Alejandría había escrito a Keptah y aquella mañana, un mes después, Keptah desenrolló la carta que había llegado aquel mismo día por medio de los servicios de un barco rápido y correos especiales. El médico leyó la carta, luego se quedó pensativo y melancólico, mirando hacia el jardín en el que estaba sentado. Más allá del pórtico abierto, los árboles se mecían arrullados por el viento otoñal; la tierra exhalaba una fresca dulzura que llegaba con agudeza al corazón. El deslumbrante sol brillaba sobre las toscas fuentes y sobre las grandes y burdas estatuas, porque Diodoro prefería formas y movimientos que se pareciesen a la tierra en sus contornos fuertes y sencillos. De aquí los brillantes colores de los ladrillos que formaban el suelo del pórtico, la firme vulgaridad de las columnas que le rodeaban, los vitales macizos de flores, los frondosos y firmes árboles.

Más allá del jardín, a lo lejos, se alzaban las montañas coloreadas como un mosaico por las maduras uvas de los viñedos, propiedad de la finca. Su perfume llenaba el viento como una rica promesa. Los olivares se extendían sobre otras montañas y entre la casa y aquellas, se extendían pastos de un verde esmeralda llenos con las plácidas formas del ganado, las ovejas y los caballos. La pequeña corriente que serpenteaba a través de los claros tenía un tono verde muy brillante, muy tranquilo, habiendo olvidado la turbulencia de la primavera. Un aire de paz, casi palpable, se extendía sobre la tierra, mezclado con la blandura del cálido y dorado sol.

Keptah se había hecho un poquito más viejo durante aquellos últimos años; a su alrededor parecía existir la eternidad de oriente y su secreta sabiduría, pero aquella mañana sus profundos ojos estaban intranquilos. Keptah pensó en Diodoro. ¿Debía decirle a su señor la decisión que Lucano había tomado respecto a su

futuro? ¿O, teniendo en cuenta la condición física del tribuno, era mejor dejar la noticia en manos del propio Lucano? Keptah volvió a leer la carta especialmente la última parte. .

«Tengo oscuros y temerosos presentimientos acerca de mi padre Diodoro; me ha escrito y mi madre también, de sus frecuentes apariciones en el Senado como huésped de Carvilio Ulpiano. No conozco a este senador, que es un pariente de mi padre, pero un estremecimiento de intranquilidad se apodera de mí cuando pienso en él. ¿Quién puede conocer a Diodoro y no honrarle, amarle y respetarle? Seguramente tan sólo los hombres malos.»

«Comprendo que Diodoro, que es un hombre de acción, a la vez que un hombre inteligente, y que ama patrióticamente a su país, sienta que debe hacer lo posible por salvar a Roma. Pero yo he llegado a la conclusión de que Roma no es digna de ser salvada, tan baja ha caído en los últimos cien años, tan corrompida y monstruosa está. ¿Por qué, por lo tanto, debe mi padre luchar tan desesperadamente? Más aún: el destino del hombre está en las manos de Dios, y Dios no es notable, de acuerdo con mis observaciones, por mostrar su bondad o su amor por sus profetas. Ayer mismo un maestro mío me reprochaba este convencimiento. Me dijo: «Estás demasiado preocupado por el hombre. El sufrimiento y la muerte es el destino común de todos los hombres, por lo tanto, ¿por qué viven en tan amarga rebelión? ¿Qué es lo que querrías, que todos los hombres fuesen inmortales y nunca sintiesen el dolor?» Vi que me había comprendido mal, pero le dije: Cuando Dios hizo al mundo y al hombre, ¿por qué los hizo tan imperfectos, tan llenos de agonía, de tormento y de maldad? Y él me respondió: «Eres demasiado joven. Te he hablado de nuestros profetas y héroes, de nuestra antigua religión y nuestras historias. Dios dio al hombre libre voluntad, de otra manera el hombre hubiese sido tan inocente como los animales del campo. Puesto que el hombre es un alma inmortal, a la vez que un cuerpo físico, se le ha concedido el honor de escoger su propio destino, porque el espíritu no forma parte de los árboles y las bestias. Si el hombre escoge el mal, y sus consecuencias, dolor, sufrimiento y muerte, sólo el hombre tiene la culpa y no Dios.»

«Parece pues que Roma ha escogido el dolor, el sufrimiento y la muerte con su insaciable sed de sangre, sus crímenes contra la humanidad, su libertismo y opresión. ¿Tiene que luchar mi padre contra estas cosas en vano? Por otra parte tendría que tener en cuenta a mi madre, mis hermanos y hermana. Si tu aún crees en el poder de la oración a un Dios que no ama al hombre, ruego que mi padre vuelva a la paz de sus posesiones, de la cual hablaba constantemente en Antioquía. Porque tengo miedo por él.»

«Y yo también», pensó Keptah.

El esclavo encargado de la entrada se acercó a él con rapidez cruzando los senderos cubiertos de grava del jardín.

—Mi señor desea verte, señor. Tiene uno de sus dolores de cabeza.

Frunciendo el ceño, Keptah se levantó y con su aire majestuoso entró en la casa, grande y sencilla, y acudió a la habitación de Diodoro. Diodoro yacía en la cama, agitándose y maldiciendo, apretándose las sienes con las manos. Al ver a Keptah se sentó y le miró airadamente.

— ¡Tengo otra vez migraña! —Exclamó en tono de acusación—. Pero ésta es la peor de todas y hoy he de ser el huésped de Carvilio Ulpiano en el Senado y debo dirigirme a aquellos sinvergüenzas, en un último esfuerzo de conmover sus almas rapaces. Vosotros los médicos no podéis ni siquiera curar un simple dolor de cabeza, o un resfriado de nariz o una irritación en la garganta, mientras habláis eruditamente de oscuras enfermedades y de su tratamiento. ¡Bah !

Gruñó y volvió a caer sobre la cama maldiciendo y blasfemando. Era evidente que se encontraba muy enfermo. La parte baja de su frente estaba coloreada de un rojo brillante; sus amplias mejillas tenían un tinte grisáceo y los lóbulos de sus oídos y los labios mostraban un acusado tono azul pálido. Sus ojos reflejaban su agonía bajo las negras y feroces cejas y gotas de sudor corrían por su frente. Los pulsos palpaban amenazadoramente y visiblemente en su obstinada garganta, y parecía tener dificultades para respirar.

Keptah se sentó con tranquilidad junto al lecho. Luego habló:

—Señor, te he dicho que este último año lo que te aflige no son las migrañas corrientes. La presión de tu sangre es excesivamente alta; te he hecho sangrías en numerosas ocasiones. Tu corazón hace ruidos alarmantes algunas veces. Te he rogado que luches por conseguir mayor tranquilidad y calma. Un hombre no es víctima de sus emociones a menos que se deje arrastrar por ellas. Te ruego que esperes a que llegue aquella raíz de la India, ya que tengo entendido que los médicos de allí la han estado usando durante miles de años con efectos maravillosos en el tratamiento de la presión alta de la sangre, la mente preocupada y la locura. El maestro indio de Lucano ha prometido enviarme esta raíz, y estará aquí dentro de cuatro semanas.

Diodoro se volvió a sentar en el lecho repentinamente enfurecido, apretó sus sienes entre las manos, y mirando furiosamente a Keptah exclamó rugiendo:

— ¿Locuras? ... ¡esclavo infernal!

Keptah respondió con una sonrisa afectuosa.

—No soy esclavo, señor, gracias a ti. Y como médico, y hombre libre, bajo las leyes de Julio César soy también un ciudadano de Roma. No, señor, no te considero loco. Te considero un espíritu noble de completa rectitud y lleno de la pasión por la justicia y la verdad. Debemos la actitud que ha seguido tu mente y tu alma a nuestros poetas y a nuestros héroes, a nuestros artistas, nuestros eruditos y patriotas, y aquellos que, como Pigmalión, tratan de transformar la dura piedra en brillante carne. Y, ¿quién sabe? quizás dentro de miles de años sus palabras de exhortación belleza, y fortaleza, y sus divinos reproches despertarán un eco con poderosas fuerzas en los corazones y el mal dejará de existir.

Diodoro escuchó con gesto airado, tumbado en su lecho y sosteniendo su cabeza. Luego gruñó:

—Todo esto son palabras muy bonitas... ¿Pero no habrá otra voz sino la mía que se alce en favor de Roma? Y si sólo existe mi voz, ¿voy a retirarme? No tengo interés ninguno por las naciones que aún no han nacido. Estoy interesado en mi propio país. ¿Cómo podría vivir conmigo mismo de otra forma?

Keptah suspiró y mantuvo silencio. Diodoro se sentó dolorosamente y su voz pareció estar más aquietada, casi rogando.

—Eres un hombre sabio, mi buen Keptah, pero eres un filósofo que esperas que el polvo del desierto se transforme en gobiernos en el futuro lejano. ¿Supón que tomamos las palabras de los filósofos seriamente y dejamos que el mal presente se salga con la suya en forma absoluta? El mal se haría universal y no habría entonces ni presente rejuvenecido, ni tampoco un futuro... Keptah, yo estoy en este mundo ahora, y en el presente. El futuro pertenece a mis hijos. ¿Voy a luchar por un mundo de ley, orden y justicia para ellos, cuando sea cenizas con mis padres? ¿He de limitarme a considerar como tú, las grandes generaciones futuras y dejar que mis hijos hereden inmediatamente la degeneración, la ilegalidad y el crimen? Escúchame Keptah: El principal deber de un hombre es para con Dios y su patria. Las naciones son la expresión de los reinos de Dios espirituales. Cuando las naciones se abandonan y degeneran, se dan al orgullo sangriento, al saqueo, a la guerra y a la tiranía, entonces han traicionado a los reinos de la tierra y la pena de su traición es la muerte. Roma morirá inevitablemente a menos que hablen muchos como yo. ¿Dónde están las voces que luchan en su favor?, ¿quién gritará a los romanos: habéis destruido lo que Dios ha construido y debéis volver a la libertad, la pureza, y la virtud al instante, si no queréis perecer?

Alzó la mano para evitar que el médico hablase. Su frente estaba casi roja como la sangre, sus venas purpúreas se marcaban en sus sienes y jadeaba.

—Déjame terminar. Dios y la patria. Ellos son la ley. Me hablarás de mi familia, como me has hecho en otras ocasiones, poniéndome en guardia por temor frente a un peligro mortal. Pero mi primera responsabilidad es para mi Dios, y mi patria y la memoria de mis padres que murieron por algo. Si muero, entonces dejaré el destino de mi familia en manos de Dios. Si ellos muriesen por causa mía entonces no tendrían que soportar el horror de vivir en un mundo depravado, sin bondad, sin misericordia. Yo preferiría que muriesen porque, ¿qué hombre escogería la vida y la esclavitud?

Alzó su puño crispado con solemnidad.

—Mejor morir que vivir en un mundo como el presente y mi desesperado deber es tratar de cambiar este mundo, incluso aunque fracase.

Keptah se levantó e hizo una profunda reverencia ante él.

—Sí, señor, comprendo. Perdóname por haber puesto mi amor por ti antes que la poderosa y justa pasión que te llena. Te prepararé una poción que te libre temporalmente del sufrimiento y te permita ir a Roma esta mañana.

Empezó a dirigirse fuera de la habitación cuando Diodoro, en un tono de voz entrañablemente amable le pidió que volviese. El tribuno alzó su mano, un poco avergonzado, y tomó la mano del médico.

—Mi buen Keptah, amado tanto por mi padre como por mí y por toda mi casa, tú, oscuro pillastre... Sé que nunca abandonarás a mi familia.

Keptah no podía hablar a causa de la emoción. Tan sólo pudo alzar la mano de Diodoro y llevarla hasta sus labios.

— ¡Que hable el noble tribuno! —gritaban los senadores y aquí y allá en el Senado, el coro de voces era burlón.

Diodoro se puso en pie; una oscura y aguileña figura vestida con la túnica militar, cubierto con casco emplumado y armadura, ancha espada pendiendo del cinturón. Alzó su mano enguantada y los senadores, algunos despectivos, otros sombríos, otros sonrientes; algunos viejos, otros jóvenes; algunos patricios, otros desconocidos libertos sin honor quedaron en silencio y miraron al tribuno. La luz del sol se deslizaba sobre sus túnicas blancas y aquí y allá un rostro noble aparecía surcado por una sombría luz, o un labio estaba iluminado o un ojo chispeaba o se difundía, o un escuálido perfil resaltaba como los trazos inseguros del dibujo de un niño. El suelo de mármol y las paredes deslumbraban, las columnas brillaban; los soldados con sus espadas desenvainadas permanecían de pie ante las abiertas puertas de bronce.

Diodoro les miró a todos y un extraño y formidable sentimiento se apoderó de él. La ira creciente de su corazón aumentó la intensidad de su disgusto y la sensación de que todos los músculos de su cuerpo se tensaban con la pasión abrasadora de su alma. Se dirigió a la tribuna de los oradores, y en el silencio, el eco de sus sandalias metálicas sonó de pared a pared, de columna a columna, mientras la luz del sol hacía que su yelmo y su armadura se iluminasen con una repentina llamarada. Parecía un Marte, dispuesto y a punto para la batalla, armado de luz y rodeado de un aire de altiva grandeza.

Apoyó las manos sobre el púlpito y miró a los senadores. Luego sonrió con una sonrisa desagradable y furiosa.

—Vosotros, romanos, amigos y compatriotas, me habéis oído antes. Hoy hablo en el nombre de Roma por última vez. Después permaneceré en silencio.

Respiró profundamente y su pecho se inundó de pasión y fuerza.

—He venido a honrar a Roma, pero no a enterrarla.

Una voz gritó:

— ¡Traición!

Diodoro sonrió de nuevo e inclinó la cabeza.

—Siempre es traición decir la verdad —alzó su cabeza y paralizó a los senadores con el poderoso fulgor de sus ojos.

—En este mismo Senado, no hace muchos años, un senador murió porque habló la verdad. No fue asesinado por espada, cuchillo o lanza, ni por piedras arrojadas contra él por manos honestas en su ira. Ninguna mano honorable le golpeó, porque no había ninguna mano honorable aquí. Habló de Roma, dijo que Roma ya no era una República y que se había transformado en un imperio sediento de sangre, gobernado, no por hombres de sabiduría y por la ley, sino por César y sus legiones, sus generales, sus rapaces libertos, sus políticos de palacio. Aquel senador permaneció de pie en este mismo lugar y lloró por la República. Lloró porque los emperadores no eran elegidos por el pueblo sino por infames legiones, y por las perezosas y ansiosas multitudes que tan sólo deseaban devorar los frutos de los graneros y de los tesoros y ser divertidos por charlatanes sinvergüenzas, actores, cantantes, gladiadores y pugilistas a expensas del estado.

—Aquél senador era un hombre joven de ojos brillantes y corazón de toro sagrado, encendido de amor por su patria. Un hombre violento que no usaba frases pulidas y carecía de elegancia. Tan sólo tenía amor por su patria. Un joven apasionado que creía que la verdad era invulnerable y las mentiras tan frágiles como la tela de araña. Pero ya veis vosotros, sólo amaba a su patria y sólo los tontos aman a su patria.

Los senadores cayeron en un duro pero atento silencio, aunque algunos de los más viejos inclinaron sus cabezas, recordando su vergüenza y sintiéndose enfurecidos contra el tribuno que se lo recordaba. Los soldados andaban lentamente arriba y abajo, ante las puertas, y escuchaban, volviendo sus rostros hacia Diodoro y algunos de ellos, que eran jóvenes patriotas, sintieron que sus corazones empezaban a latir más rápidamente. El tribuno golpeó con su desmayada mano el púlpito que sonó como el estallido de un trueno en aquel brillante silencio marmóreo.

—Por avaricia, os gritó aquel joven senador, las multitudes de esta ciudad sostienen a césares malvados, que sólo ansían el poder, porque aquellos césares les habían prometido saquear los tesoros públicos. Senadores venales apoyaron a aquellos césares por provecho propio y poder personal. Los césares embusteros hablaron a las multitudes y les dijeron que nuestro país no podría defenderse contra los bárbaros sin alianzas, que debían ser adulados y consentidos sin fin. Y aquellos traidores césares conspiraron contra su nación, locos con el ansia de ser cubiertos de oro, de ser tratados como dioses por el mundo entero, de ser aclamados por millones de ladrones, mendigos, libertos, sinvergüenzas y por los pusilánimes que nunca sintieron una palpitación de patriotismo en sus corazones de buitres...

— ¡Traición! —gritaron varias voces, y algunos rostros se volvieron unos a otros con furia y alarma.

Diodoro permaneció de pie ante el púlpito y colocó sus índices en su cinturón y les miró con odio y desprecio.

—Estas palabras no son mías, aunque las he dicho otras veces ante vosotros. Son las palabras del senador que murió en este mismo lugar.

Abrió la túnica de su pecho y la armadura tintineó sobre el suelo.

— ¡Mirad mis cicatrices y la evidencia de mis heridas! Vosotros senadores, vosotros sinvergüenzas, vosotros perfumados embusteros, mirad mis heridas... Vosotros escurridizos villanos que dormís entre sedas al sonido de liras y de los murmullos de prostitutas y mujeres disolutas, que compráis concubinas, ¡Mirad mis heridas! ¿Tienen estas huellas vuestras delicadas carnes? ¿Hay heridas parecidas en vuestros corazones, vosotros que traicionáis a Roma con cada respiración y la conducís al infierno con cada ley que promulgáis?

Volvió lentamente su pecho desnudo, lleno de cicatrices a fin de que todos lo pudiesen ver. Era una vista terrible y algunos de los senadores más viejos, se cubrieron los ojos con las manos.

La voz de Diodoro se alzó, en tono más profundo, grave y poderoso.

—Semejantes heridas estaban en la carne del senador que murió aquí aquel día. No con espada honesta, no por poderosa cuchillada, sino con mentiras y condenaciones, con ostracismo y silencio. Porque se atrevió a amar a este país y se atrevió a intentar salvarle de manos de los traidores, asesinos, ambiciosos y embusteros. Su corazón se rompió y no hubo consuelo para él.

¿Podrías vosotros haberle consolado? ¿Vosotros, que habéis traicionado a vuestra patria y habéis entronizado a vuestros césares traidores? ¿Os hubieseis atrevido a consolarle, vosotros, cuyas lenguas envenenaron su misma sangre y le condujeron a la muerte, a él, que sólo amó a su patria e inocentemente creía que vosotros también amabais a vuestro país?

Diodoro volvió a golpear sobre el púlpito y para algunos de los senadores más ancianos, aquel sonido parecía producirla el propio Marte en persona.

— ¡Dejadme conmovir vuestros corazones —exclamó— aún no es tarde! El curso del imperio conduce tan sólo a la muerte. ¡Senadores, miradme! ¡Escuchad con vuestros corazones y no con vuestras envilecidas mentes! ¡Volved a la libertad, a la frugalidad, a la moralidad, a la paz, a Roma! No penséis por más tiempo en aquellos que os designan, aquellos cuyos vientres piden ser satisfechos a costa de la propia sangre de Roma, de la propia carne de Roma, del oro duramente ganado por Roma. ¡No os inclinéis ante césares falsos, quienes, desafiando nuestra constitución, pronuncian mandatos contra el bienestar de Roma y se colocan a sí mismos por encima de la ley que nuestros padres formularon y por la que lucharon con sus vidas, sus fortunas y su sagrado honor!

Roma fue concebida en fe, justicia y culto a Dios, y en el nombre de la virilidad del hombre. Volved a nuestro país al gobierno de la ley y estableced las leyes para el hombre. Restaurad los tesoros, retirad vuestras

legiones de las tierras extranjeras que nos odian y nos destruirán en el momento en que convenga a sus intereses. Reducid las tasas que aplastan a aquellos que trabajan dura e industriosamente. Decid a vuestras multitudes que deben trabajar o morir de hambre. ¡Arrojad del Palatino a las masas de petimetres, egoístas y ladrones! ¡Arrojad del Palatino a los libertos que dicen, sí, sí, al César, y se inclinan ante él como si fuese un dios y no un hombre de carne humana! ¡Limpiad esta cámara de sinvergüenzas y embusteros, demagogos que declaman en frases sonoras, que el bienestar del pueblo es deseado por sus corazones, pero que en realidad lo que quieren decir es que harán la voluntad de la multitud a cambio de viles venganzas, poder y soborno!

Alzó sus manos hacia ellos en actitud suplicante y sus fieros ojos se llenaron de lágrimas mientras contemplaba a los inmóviles senadores.

— ¡Romanos! ¡En el nombre de Dios, en el nombre de Cincinato, el padre de este país, en el nombre del heroísmo, la paz, la hombría, la libertad y la justicia, os ruego que os transforméis de nuevo en los guardianes de Roma, que quitéis los poderes del usurpador que, en justicia, os pertenecen a vosotros, que persigáis y castigáis a aquellos que se apoderan de estos poderes, a fin de evitar el cumplimiento de las leyes de vuestros padres! ¡Que vuestros corazones romanos, os hablen y vuestros espíritus romanos griten contra los oportunistas, la corrupción, contra la vanagloria y los traidores, contra los césares que se erigen así mismos como dioses y mantienen una corte para los depravados, los ambiciosos y aquellos que disipan la fuerza de nuestro pueblo, nuestra constitución y nuestras tradiciones! Si os desentendéis de vuestra patria, ella morirá. Miles y miles de legiones no podrán salvarla, y mil sangrientos césares gritarán vanamente a los cuatro vientos.

Sus ojos contemplaron los rostros de los senadores con desesperación. Después dejó caer la cabeza sobre el pecho, descendió del púlpito y se alejó lentamente hacia la puerta, en medio de un cobarde silencio, sin mirar hacia atrás. Los jóvenes soldados le miraron con brillantes rostros mientras permanecían firmes y saludaban, él volvió sus ciegos y llorosos ojos hacia ellos y sonrió como un padre con el corazón roto.

Después, enderezándose, y como un general herido, que fallece por su país, les devolvió el saludo.

Carvilio Ulpiano fue llevado rápidamente al Palatino en su litera. Su capataz azotaba a los esclavos nubios para que marchasen con furiosa velocidad y su trompetero corría ante la litera haciendo sonar el cuerno y gritando:

— ¡Haced paso para el muy noble senador Carvilio Ulpiano!

La hirviente multitud se apartaba en la Vía Apia; pero algunos se paraban para gritar y escupir en la dirección de la encortinada litera.

Descendiendo ante el Palatino, Carvilio subió por la larga escalera de mármol como un joven, sosteniendo en alto su toga senatorial, por encima de sus delgadas piernas que contrastaban con su hinchado vientre. Su rostro expresaba terror y abyecta aprensión. Los lacayos y soldados se apartaban ante su rápido paso. Los encargados de las antesalas se sintieron impresionados por su excitación y prometieron informar a Tiberio César de que el senador deseaba verle al instante, a causa de la más urgente de las necesidades.

Fue admitido en la biblioteca del César. Tiberio leía partes militares con languidez. Alzó su frío rostro cuando Carvilio Ulpiano apareció y sus pálidos labios se curvaron. Luego dijo:

—Saludos, Carvilio. Te felicito por llegar tan rápido tras los talones de mis informadores. Has debido de volar desde la sala del Senado. ¿Te prestó Mercurio sus alas?

Alzó su copa de vino hasta sus labios y bebió un poco, y por encima del enojado oro de la copa sus ojos eran una helada negra, llena de maliciosa diversión.

Carvilio sufrió un sobresalto. Cayó sobre sus temblorosas rodillas ante Tiberio y besó la pálida mano que aquel extendió ante él.

—Señor —dijo con voz temblorosa—, has sido ya informado, por lo tanto no es necesario que te hable de la maldad y traición de mi familiar Diodoro Cirino. Te juro, divino César, que si yo hubiese sabido que iba a hablar así, nunca le hubiese invitado. En sus visitas anteriores a la Cámara como huésped mío, sirvió tan sólo para divertir a los senadores y yo pensé que éste sería el caso de hoy. Bien poco podía yo imaginar que mis oídos y los de mis colegas serían atormentados con manifestaciones traidoras contra tu divina persona y que él gritaría en contra de ti y de todos tus decretos.

Unió sus manos ante él en un implorante ruego y su rostro sudaba con temor.

—Es un pariente, pero yo le denuncio.

—Eres un hombre discreto y de nuevo te felicito —dijo Tiberio secamente.

No dio prisa al senador para que se levantase de sus rodillas ni le invitó a tomar vino. Los pretorianos ante las grandes puertas doradas miraban a Carvilio Ulpiano y sus rostros parecían esculpidos en bronce y carentes de emoción. Tiberio contemplaba su copa. Estaba sentado sobre una silla tallada en mármol y vestía su blanca toga bordada de púrpura imperial; un hombre alto y delgado, con expresión fría, atenta e inescrutable. Después habló en tono duro y melancólico como para sí mismo.

—Soy soldado. Estoy rodeado por sicofantes y embusteros y en esto Diodoro tiene razón. ¿Qué es el ansia y la alabanza incomprensiva dada con afán de beneficio personal o por temor? ¿Qué es la adulación si los labios que hablan sólo temen o si adulan en busca de provecho? Un oído esclavo es criado de una lengua más esclava. Como soldado prefiero a los hombres de verdad sencilla y sin complejidades que hablen con honor y patriotismo. También prefiero la condenación inteligente a los aplausos de la plebe. ¿Pero dónde están los hombres en la Roma de hoy?

Carvilio Ulpiano oía esto incrédulamente, mojándose los labios, que repentinamente se habían transformado en pergamino. Se sintió aterrorizado.

—Divino César —gimió Carvilio Ulpiano—, no comprendo.

—No —dijo Tiberio—, no puedes comprender.

Y volvió a contemplar de nuevo su copa.

—Como soldado puedo honrar a Diodoro Cirino. Le conozco bien. No es un embustero, ni nunca le he oído decir ni una sola mentira. Ama a su patria. —El emperador se echó a reír con una risa corta y amarga—. ¡Por esto sólo merece la muerte! ¿Quién ama ahora a Roma? ¿Tú, Carvilio Ulpiano? ¿Yo, César?

El senador se apoyó sobre sus talones y se estremeció.

—Déjame decirte esto —añadió Tiberio suavemente—: los césares venales, los césares locos por el poder, nunca se apoderan del poder, nunca destruyen la ley, ni la patria. El poder lo consiguen los hombres malos y despreciables, por un pueblo ansioso, un pueblo estúpido y codicioso, un pueblo egoísta y pusilánime. ¿Dónde están los guardianes de la libertad del pueblo? Vosotros calláis, sois esclavos en espíritu, sois ladrones y cobardes. Pero un pueblo merece lo que sus legisladores son. —Alzó la mano y señaló rudamente a Carvilio Ulpiano—. Ellos te merecen a ti —dijo.

« ¡Dioses ayudadme! », pensó el senador mientras su mente se llenaba de confusión. Se mordió los labios; se asustó, todo su cuerpo se agitaba. Tiberio sonrió sombríamente.

—Lo que te acabo de decir no deberá ser repetido por ti, mi querido senador, mi querido y devoto amigo.

—Divino César —dijo el senador a través de sus labios temblorosos—, no he oído.

—Bien. Es muy triste que incluso los césares deseen a veces decir la verdad. Te doy las gracias por tu interés en mi felicidad, Carvilio.

Dejó la copa sobre una mesa de dorado mármol que había junto a él y aunque no era un hombre violento sus modales eran más terribles que los gestos más vehementes.

— ¡Roma! —exclamó—. No reconozco esta Roma de esclavos políglotas, de escitas, britones, galos, bárbaros, griegos, asirios, egipcios, y la escoria del mundo entero. ¿Dónde están los romanos? Han perdido su identidad. Han perdido su lengua, sus mentes, sus almas, su dignidad. ¿Qué tengo que ver yo con tal Roma? No soy un hombre honrado, soy lo que el pueblo ha hecho de mí, soy su cautivo, no su emperador. No hay escape de un pueblo vil o malvado —sus manos se crisparon sobre los brazos del sillón— estoy aquí tan sólo para ser el ruín deseo de una nación obstinadamente determinada a suicidarse. Si rompo la ley y la Constitución en favor de su avaricia, ellos me aplauden. Si abandono mi esperanza de restaurar el tesoro, me aplauden por considerar que pongo su bienestar en primer lugar. ¡Su bienestar! ¡Perros y chacales!

Miró al asombrado senador que se inclinaba ante él. Un silencio absoluto y tembloroso reinó en la gran biblioteca. Los soldados permanecían firmes como ciegas estatuas. Después Tiberio habló de nuevo:

—Sin embargo es demasiado tarde para la verdad y aquellos que hablan la verdad ya no tienen derecho a vivir en Roma. Por lo tanto Diodoro Cirino debe morir. ¡Cómo se atreve a decir la verdad a una nación así!

Hizo un gesto al capitán de la guardia que se acercó a él al instante saludando.

—Irás al instante, capitán, a las posesiones del tribuno Diodoro Cirino y le dirás que su emperador, su general, no necesita ya de sus servicios y que ante esta situación debe obedecer.

A pesar de sí mismo y de su traición, Carvilio Ulpiano se estremeció. Sabía lo que aquella orden significaba. Se ordenaba a Diodoro que se arrojase sobre su espada.

El capitán saludó. Dio media vuelta sobre sus talones, hizo un gesto a dos de sus soldados para que le acompañasen, y abandonó la biblioteca. Carvilio permaneció sobre sus rodillas, con la cabeza agachada. Tiberio le sonrió maliciosamente.

—Ya está hecho —dijo— y de nuevo te felicito, Carvilio Ulpiano; mis informadores eran hombres inferiores, que espían en el Senado, y yo, como el dios que vosotros habéis hecho, apenas puedo creer sus palabras. Diodoro merecía ser condenado por uno de sus iguales, y tú me has hecho este servicio.

El senador alzó la cabeza y Tiberio asintió.

—Sí, comprendo —dijo el emperador—, es la costumbre confiscar las propiedades de aquellos que denuncian a César y hablan traicioneramente, pero me siento inclinado a ser misericordioso. Decretaré que las riquezas de Diodoro permanezcan con su viuda y con sus hijos. Apláudeme por mi compasión, Carvilio Ulpiano.

El senador se sintió invadido por el desmayo. Los helados ojos de Tiberio contemplaron al senador, y César asintió de nuevo.

—Pensaste, verdad, que como amigo mío, devoto adorador y denunciante de un traidor que ha hablado contra mí, te premiaría con las posesiones de Diodoro Cirino. ¡Ah, Carvilio!, eres un hombre rico y te recompensaré a su debido tiempo en mi forma personal. Pero no con la riqueza de Diodoro, ni en tal extensión.

El senador se sintió enfermo de desesperación, desilusión y por un sentimiento de degradación. No era un hombre malvado por completo. Hubiese preferido, de haber podido, una vida de paz y agradables lujos. Ni por un instante creyó que Diodoro que había hecho ya bastante atacando a los senadores, hubiese podido escapar con seguridad. Después de todo, Diodoro era apreciado por Tiberio personalmente y el senador había disfrutado oyéndole atacar a los demás senadores, de muchos de los cuales, él no tenía una buena opinión. Incluso había aplaudido a Diodoro delante de ellos, sabiendo que ellos también sabían que el emperador le admiraba. Pero cuando Diodoro había hablado contra los «falsos césares» en tal tono y había implorado al

Senado que recuperase sus antiguas leyes y prerrogativas, Carvilio supo que él también corría un peligro mortal.

Pero por el camino había pensado que Tiberio le premiaría con las posesiones de Diodoro. No había olvidado a Iris, y cada vez que la veía, desde que su familia había vuelto a Roma, su lujurioso deseo hacia ella, se había transformado en un hambre desesperada.

Hizo una nueva reverencia ante Tiberio. Luego dijo con cierta vacilación:

—Es ciertamente muy compasivo por parte del divino César que los hijos de Diodoro no tengan que mendigar, porque él es noble y tribuno. Pero la esposa de Diodoro es una liberta. Fue en algún tiempo esclava de sus padres, viuda de un anterior liberto.

Tiberio frunció el ceño.

— ¿Es cierto esto?

Carvilio le miró con ansiedad y un poco de saliva manchó el extremo de sus labios lascivos.

—Sí, César. Diodoro inventó una genealogía falsa para ella, a fin de no ofender a sus amigos de Roma y a ti.

El fruncimiento en el rostro de Tiberio se hizo formidable. Golpeó con sus dedos la mesa y pareció pensar. Después involuntariamente sus ojos se fijaron en el senador que temblaba en el suelo con excitación y deseo.

—Ah —dijo el emperador—, ¿es esa liberta una mujer hermosa?

—La más hermosa, señor...

Tiberio sonrió.

— ¡Y tú serías el guardián de los niños de Diodoro y especialmente de sus cofres! ¿Y quieres que revoque la libertad de la hermosa esposa de Diodoro y que te la de como prueba de gratitud?

—La he deseado, durante años, señor, desde que la vi por primera vez en Antioquía. Es la misma Afrodita.

Tiberio escrutó su rostro impasiblemente. Luego dijo:

—Mañana promulgaré un decreto para que la esposa de Diodoro sea guardiana de sus hijos y de la riqueza de su padre, y para que su nombre y falsa genealogía sea inscrita en los libros públicos de Roma.

Carvilio le miró boquiabierto, con los ojos desorbitados y los brazos caídos a ambos lados. Se sintió lleno de terror y vergüenza.

Entonces Tiberio cogió la copa de sobre la mesa y arrojó el contenido al rostro del senador.

—Aquí tienes —dijo— tu justo premio, mi noble senador.

CAPÍTULO XXIV

Keptah, abrumado de cansancio y pena, estaba sentado en el jardín a la puesta del sol. Sus manos yacían flácidas sobre las rodillas y sus ojos cansados permanecían entornados. Vio el enrojecido cielo sobre las montañas y se estremeció, y, a pesar de que el aire era aún caliente, sintió frío. Los mirlos, robles, pinos y sauces, estaban bañados de una luz rosada y el cenit de los cielos brillaba como un ópalo de delicados colores. La campana de una vaca sonaba dulcemente mientras que el ganado se dirigía lentamente hacia los establos, y el balido de una cabra sonó en el silencio. Los gansos protestaban contra sus pastores, y las ovejas yacían pacíficamente bajo los olivos en las laderas de las lejanas montañas. Una pequeña luna creciente temblaba en el rojizo cielo occidental. Keptah había perdido la tranquilidad y su moreno rostro estaba pálido y preocupado. Como por la mañana, el encargado de la puerta se acercó a él con excitación, pero el rostro del hombre estaba ahora lleno de terror.

—Señor —exclamó— acaban de llegar tres pretorianos, uno de ellos es un oficial. Han solicitado ver al tribuno en seguida, les he dicho...

Keptah palideció. Se puso en pie.

—Les veré inmediatamente. ¿Les has ofrecido vino?

—Sí, señor, pero lo han rehusado.

Keptah se detuvo en el mismo momento de echar a andar y cerró los ojos espasmódicamente. Después entró en la casa y se dirigió al gran recibidor, cuyo suelo estaba hecho de mosaico tosco, azul, amarillo, rojo y blanco, rodeado de escuálidas columnas y amueblado con sencillos muebles. Los rojos rayos del sol penetraban en el recibidor, y en medio de aquella débil luz el médico vio a los pretorianos, sus armaduras teñidas de un rojo sangre, los yelmos de sus cabezas altos y enhiestos.

A medida que Keptah se acercaba, examinaba sus rostros con una inquieta desesperación y vio que los ojos del oficial estaban bordeados de rojo y que su joven rostro cubierto de polvo, expresaba la completa miseria que sentía.

—Soy médico, ciudadano de Roma, y tengo a mi cuidado esta casa —dijo Keptah al oficial haciendo una reverencia—. Tengo entendido que deseas ver al noble tribuno Diodoro.

El oficial le miró un momento y dijo:

—Sí. Vengo directamente del divino Augusto con un mensaje de gran importancia.

Keptah le estudió mientras reflexionaba, viendo más claramente los irritados bordes de los ojos del joven oficial.

— ¿Es posible que conozcas a Diodoro? —preguntó Keptah.

La cabeza del oficial se alzó y sus fieros ojos romanos se apartaron rápidamente de Keptah. Luego dijo truculentamente:

—Era mi general cuando yo era joven y nuevo en el campo de batalla y era el amigo de mi padre. Mi nombre es Plotio Lisantias. El tribuno me conoce bien, fue el padrino de mi hijo pequeño que nació hace un año a quien puse el nombre de Diodoro en su honor.

Su garganta se sintió repentinamente convulsa y alzó la cabeza hacia arriba con mayor firmeza.

—Debo ver al tribuno al instante.

Keptah dijo muy suavemente:

—Sin duda te entristecerá saber que Diodoro está muriendo. Volvió hoy de Roma y tuvo un colapso en este mismo recibidor y en mis propios brazos. Ha estado muriendo durante dos años. Hoy ha recibido el último golpe y expirará antes de que la luna se alce por completo. Su esposa y sus niños están con él.

El oficial le miró incrédulamente durante unos pocos momentos. Luego sus juveniles ojos se llenaron de lágrimas. Miró a sus soldados y dijo:

—Dejadme sólo con el médico.

Cuando estuvieron solos, Keptah le dijo:

—¿Y cuál será tu mensaje, noble señor, a un heroico romano que muere como mueren los soldados, lleno de heridas?

Plotio permaneció en silencio, después enfundó su desenvainada espada y miró orgullosamente a Keptah.

—Como joven oficial del tribuno sé como dirigirme a mi general. —Vaciló un momento—. Mi tío, cuyo nombre yo recibí, fue el valeroso joven senador Plotio, que murió en el Senado, y no por la espada de los soldados ni protegido por un escudo de soldado. Murió ignominiosamente, a causa del veneno de las mentes de los hombres.

—No murió ignominiosamente —respondió Keptah con tristeza—, ningún héroe muere ciertamente así. Viven para siempre en los corazones de sus compatriotas y son el centro brillante de la historia.

Le indicó el camino hacia la habitación de Diodoro. El tribuno yacía en la cama, iluminada por el rojizo sol poniente, y estaba muy tranquilo. Pero conservaba todas sus facultades, rodeado por su esposa y por sus hijos. Plotio, pese a sentirse profundamente emocionado, vio que la esposa de Diodoro era tan bella y majestuosa como Venus, sentada en la cama sosteniendo la mano de su esposo y que su rostro brillaba con amor, devoción y fortaleza espiritual. Los niños permanecían junto a la cama de su padre, llorando tristemente, y el tribuno trataba de consolarlos.

—Ah, mi Prisco —decía al mayor de los niños con voz débil pero amante—, no debes entristecerte. Eres mi hijo, y serás soldado y los soldados no lloran; debes cuidar de tu madre, tu hermano y tu hermana y debes recordar siempre que la muerte es preferible al deshonor.

Repentinamente jadeó y trató de respirar. Iris se inclinó sobre él y besó su pálida frente, por la que la muerte avanzaba en forma de mortal sudor, y luego sus labios. Su dorado cabello cayó sobre él como un velo. Diodoro alzó su débil y temblorosa mano y acarició aquel cabello. Iris alzó la cabeza y la apoyó sobre su poderoso pecho y permaneció muy quieta.

—Mi querida, mi muy querida esposa —murmuró—, la madre de mis hijos. Me voy, pero no para siempre. Esperaré fuera de estos portales a que vengas y cuando el día llegue, estaré allí para tomarte de la mano y marchar contigo a un lugar de eterna paz y brillantez.

Keptah y Plotio se acercaron a la cama y entonces Diodoro se dio cuenta de su presencia. Sus ojos moribundos y lívidos adquirieron viveza.

—Ah, Plotio dijo con débil asombro—. ¿Has oído que he recibido órdenes de presentarme ante Plutón? Gracias por haber venido, porque siempre has sido como un hijo para mí.

El arrogante pretoriano se arrodilló al otro lado de la cama y miró al tribuno y sus ojos de soldado quedaron llenos de lágrimas. Luego dijo:

—Noble tribuno, tengo un mensaje para ti de César, que debo darte personalmente.

El rostro gris de Diodoro cambió. Trató de alzar su cabeza, miró a Iris después de un momento, luego a sus niños, y su rostro se oscureció en una agonía final que cruzó sus facciones como una lívida marea.

El soldado alzó la voz y dijo claramente:

—César llorará esta noche. Porque el mensaje que te he traído, mi general, es que acudas a su presencia a fin de discutir ciertos reemplazamientos de un general cuyos servicios en campaña son poco satisfactorios. Desea hacer este reemplazamiento en tu propia persona.

Una ola de gozo envolvió el rostro de Diodoro. Miró a su esposa con arrobamiento.

—¿Has oído esto, querida? Hablé contra Tiberio hoy, insinuando que era falso, corrompido y un César sediento de sangre; pero al fin ha recordado que era soldado y que yo soy soldado, y desea concederme el honor del soldado. Ah, entonces sé que no es tan venal como pensé y que aún hay salvación para Roma, mi amada patria.

Su vacilante mano buscó la mano de Plotio y el joven oficial inclinó la cabeza y besó aquella mano, notando la mortal frialdad en sus labios.

Diodoro habló después con voz más alta.

—Dile al César que Diodoro Cirino no puede responder a su llamada, porque uno más grande que él le ha ordenado que acuda a su presencia en sus manos yo debo encomendar mi espíritu.

Trató de levantar a Plotio pero el soldado permaneció sobre sus rodillas y lloró. Entonces Iris emitió un ronco grito y cayó sobre el cuerpo de su esposo como una blanca rama de árbol, derribada por el rayo.

Keptah y Plotio volvieron a la entrada y oyeron el sonido de los gemidos en toda la casa. Plotio permaneció en silencio, su cabeza inclinada y sus labios apretados firmemente. Finalmente miró al médico y dijo:

—Fue Carvilio Ulpiano quien habló al César, pero en cualquier caso el resultado hubiese sido el mismo. No tengas ansiedad por la esposa e hijos del tribuno. Con mis propios oídos oí decir a Tiberio que no serían molestados y que la esposa de Diodoro será nombrada guardián de sus niños y que su genealogía será inscrita en los libros públicos de Roma, certificando su ascendencia patricia.

—Dios es misericordioso —dijo Keptah—. Incluso del mal puede traer bien. Bendito sea su nombre.

Los senadores, al oír la muerte repentina de Diodoro, decidieron furtivamente entre ellos mismos que no se atreverían a asistir a su funeral por temor a la ira del César. Se sintieron inundados y abrumados de asombro cuando César ordenó que todos estuviesen presentes, con todos los honores y togas senatoriales. No quisieron creerlo cuando supieron que la propia guardia pretoriana de Tiberio escoltaría el cuerpo hacia la pira en gala militar completa y que un destacamento de veteranos miembros de la anterior legión de Diodoro, iba a llevar el cuerpo envuelto en las banderas del imperio. La última noticia que les dejó estupefactos fue que el propio Tiberio pronunciaría el discurso fúnebre, vestido de uniforme militar y de pie sobre su propio carro militar. Diez trompeteros iban a estar allí también y diez tambores.

Antes de que el cuerpo fuese colocado sobre la pira, Tiberio dijo:

—Era un soldado de Roma, sencillo en su hablar, tierno de corazón, rápido de ira justiciera, y pronto para la misericordia. Es un soldado de Roma que ayudó a forjar el imperio con su valerosa espada, de quien nunca se supo que mintiese, engañase, o traicionase ni a su patria ni a sus compatriotas. Nosotros, los que aquí estamos, no podemos honrarle, porque el honor le fue concedido en el nacimiento. Permaneció con él en el campo de batalla y yace con él en su muerte. Nosotros le entregamos a las cenizas de sus padres y a las manos de sus dioses, él nunca les abandonó.

Unos pocos días después Carvilio Ulpiano fue misteriosamente envenenado. Cuando Keptah fue informado de esto dijo:

—Que tenga paz, como tiene Diodoro paz.

CAPÍTULO XXV

Aquel fue uno de los inviernos más terribles. Las siete colinas parecían siete desnudas sepulturas, quietas como la muerte, cubiertas de nieve durante largos y amargos días. La Campania quedó primero cubierta de hielo, y después transformada en negra y esponjosa marisma. La nieve impulsada por el viento, golpeaba los rostros de la gente, los caminos brillaban como espejos, serpenteaban brillantes a medio día y brillaban de nuevo bajo la luz de una luna acerada. Los blancos palacios resaltaban como suspendidos huesos contra la blancura que les rodeaba, sus columnas cubiertas con agua congelada, sus comisas adornadas con carámbanos. El Tíber se deslizaba perezosamente reflejando un pálido cielo gris y un sol no menos pálido, y algunas veces su corriente circulaba como la negra corriente de la Estigia. El humo salía del centro de los templos y de los hogares de los ricos. Pero sobre el Transtíber reinaba una quietud parecida a la que imponía la peste y el pueblo pobre, desolado y hambriento, se amontonaba en pequeñas e infectas habitaciones buscando el calor. A veces una galerna invernal soplaba a través de la gran ciudad helada con un furor divino y la gente declaraba que gemía con desoladas voces ultraterrenas. Poca gente salía fuera, ni siquiera las señoras enfundadas en sus ricos abrigo de pieles y en las cálidas habitaciones de sus hogares, arrimadas a braseros llenos de rojas brasas. Algunas veces las multitudes se reunían en el Panteón, en el centro del cual, y sobre el suelo de mármol protegido por una plancha de hierro se encendía un gran fuego. Las estatuas de los dioses en sus dorados nichos parecían animarse con movimiento bajo las vacilantes sombras rojas. El humo de madera quemada e incienso parecía esconderles, volverles a revelar y nuevamente esconderles entre nubes. El enorme agujero en el techo dejaba escapar el humo, y cuando el viento cambiaba, caprichosamente, el hueco quedaba tapado y el humo era empujado hacia la parte baja del templo donde casi asfixiaba a sus temblorosos habitantes. Las estatuas lentamente se tomaron grises y los blancos pies se oscurecieron.

Los viejos de grises barbas decían pomposamente a los jóvenes: «Este no es el peor invierno. Recuerdo cuando el Tíber permaneció durante semanas helado, y sus puentes parecían mármol y brillaban tan cegadoramente los días de sol que los que pasaban a través de ellos quedaban deslumbrados. Los jóvenes de hoy son débiles y suaves».

Las palomas se unían en hordas bajo los aleros, algunas se helaban y sus cuerpos caían sobre el pavimento. Sus arrullos habían cesado.

Su Majestad, Augusto Tiberio, la Corte, todo el Senado, todos los caballeros y augustales de su casa y esclavos favoritos, libertos, concubinas, esposas, niños, gladiadores, danzantes, cantantes, luchadores, pugilistas y conductores de cuádrigas, abandonaron Roma en un vasto éxodo, dirigiéndose hacia las cálidas islas de la bahía de Nápoles, a Pompeya o a Herculano. Allí en el cálido verde y oro de un clima más amable,

se ponían morenos y navegaban sobre las brillantes aguas azules y daban o asistían a banquetes. Correos montados en veloces caballos iban y venían de la ciudad a Nápoles y a sus islas, llevando las últimas críticas y noticias, estado de la Bolsa e informes sobre el tiempo. Los graneros, informaron, estaban vaciándose rápidamente; el pueblo se desesperaba y se sentía vengativo. Pero la Corte y sus acólitos se encogían de hombros. Era agradable contemplar el mar color de ciruela durante las puestas de sol deslumbrando con los reflejos rojos de un sol ardiente, comer en terrazas y jardines cerrados, llenos con el canto de los pájaros inquietos y de las fuentes; visitar a Tiberio, juzgar y beber, reír y divertirse con las suaves diversiones que les habían seguido como cuervos. Tiberio había construido un gran baño en la isla de Capri y multicolores botes iban a ellos regularmente, llenos de risas y señoras de bronceados rostros.

De pronto casi de la noche a la mañana, el viento sur empezó a soplar sobre la tierra del norte, lleno de perfume de vida, fragancia de lejanos campos de flores y promesa del verano. En Roma todo empezó a gotear y a tintinear en un repentino deshielo; las columnas relumbraban con la luz; las comisas se iluminaban como cataratas; las siete colinas y sus palacios y foro brillaban bajo un sol vivo. Las calles quedaron inundadas con agua de malos olores, pero el pueblo se sentía feliz. Las tiendas se abrieron y los mercados volvieron a estar llenos de vida, de movimiento, de hombres y de animales, de color, de mercancías. Se abrieron las cantinas. Un perfume de pasteles y carne asada flotaba en la cálida atmósfera. Corrientes de viajeros apresurados inundaron las carreteras que conducían a la ciudad. Los campos se cubrieron de un manto de pequeñas flores rojas como sangre viviente. La Campania, como de costumbre, quedó infecta y llena de mosquitos. Esto no preocupaba a la gente; eran los heraldos que anunciaban que la primavera llegaba de nuevo. El invierno y sus férreas miserias fueron olvidados. El Tíber volvió a discurrir, verduoso, bajo el sol y los puentes se vieron concurridos y Tiberio y su Corte volvieron a la ciudad.

—Es una pena que el Senado vuelva también —decían algunos escépticos agriamente—, por lo menos durante el invierno no tenemos que sufrir a los senadores con su corrupción.

Tiberio no era popular; su naturaleza fría y pálido rostro rígido no le hacían querido del voluble populacho romano que prefería viveza e histrionismo en sus césares. Cayo Octavio, un simple soldado, no había encajado con su temperamento, y Tiberio encajaba menos aún. Algunos de los viejos hablaban de Julio César, de la viveza de sus amigos. Movían la cabeza con un gesto de duda cuando sus hijos y nietos les recordaban que Julio había sido un dictador en potencia y que habla despreciado al Senado, que Cayo Octavio y Tiberio se sometieron al Senado de acuerdo con la ley.

—¿Llamáis a esto leyes? —Preguntaban los viejos con soberbio desprecio—. El Senado puede aparentar que tiene el poder, pero éste, en realidad, es de Tiberio. Han abdicado sus prerrogativas frente a él, a fin de conseguir más poder personal. ¿No es esto una paradoja?

Las multitudes marcharon a la puerta de Ostia para contemplar la vuelta de Tiberio y su séquito, antes incluso de que el sol en su dorado esplendor surgiese entre las casas, palacios y montañas orientales. César se había detenido en Ancio para visitar su villa, entretener su parsimoniosa marcha y sacrificar a Ceres y Proserpina ahora que la última había vuelto a su madre desde las moradas crepusculares de la muerte. Incluso su propia cara tranquila y desprovista de color parecía adquirir un cierto aire de vida, y el tono de su voz al hablar con los senadores era menos despectivo. Cuando vio las vastas multitudes esperándole en la puerta Ostia, rodeado por sus pretorianos que llevaban las águilas de Roma, incluso saludó con su aire mordaz. Despectivo hacia una canalla domada, era lo bastante humano para sentirse emocionado por la atronadora ovación con que le recibieron. Permaneció de pie en su dorado carro como un corredor y alzó su brazo derecho con un digno saludo militar. Un polvo amarillo, iluminado por el sol, brillaba a su alrededor y esto también, después del húmedo y helado invierno, alegró al pueblo. Aunque silbaron a las señoras, gritaron, se rieron e impresionaron a los senadores, hicieron comentarios sardónicos sobre el propio Tiberio y se burlaron de las augustales y patricios, se sintieron felices.

El gris y oscuro invierno, con una nieve que azotaba como mordiente arena, había sido también olvidado en las propiedades del difunto Diodoro. Casi de la noche a la mañana pareció como si las montañas hubiesen estallado cubiertas de verdura, los olivares brillaron con nueva plata, el riachuelo adquirió un tono casi de azul celeste, el cielo se suavizó hasta alcanzar un delicado tono azul, los campos se cubrieron de flores, los negros y puntiagudos cipreses, destacándose contra el cielo, perdieron su rigidez. Los capullos se abrieron y aparecieron sobre los árboles; los cactus florecieron y se tornaron esmeralda, los nuevos corderitos saltaban tras sus madres, los caballos tomaron a adquirir su eterno desprecio por las mulas, el ganado empezó a discurrir de aquí para allá o permanecía sumido, en sus aparentes reflexiones junto a los bordes azules del estrecho río. Pequeñas hojas aparecieron sobre los matorrales de rosas en el jardín, y las fuentes empezaron de nuevo a murmurar. Palomas de plumaje púrpura se arrullaban entre los pórticos, arcos y columnatas; los pájaros gritaban vehemente y se preparaban para construir nidos durante las puestas de sol, el aire brillaba con un amplio y cálido oro y la estrella del atardecer parecía recién nacida; una luna de cobre se alzaba alta sobre el horizonte envuelta en las últimas llamaradas escarlatas del atardecer. Lo más dulce de todo, lo más excitante, era el apasionado y penetrante olor de la tierra, a la vez santo y carnal, a la vez pacificador y perturbador.

Lucano no había experimentado hasta entonces una primavera romana. El turbulento Oriente había, simplemente, tomado una más suntuosa forma en aquella época del año. Aquel suave y primaveral verdor, aquel dulce clamor colmado de murmullos, aquel amable contraste de tonos, le encantaron pese a su dolor y a su crónica inestabilidad espiritual. Incluso cuando estaba en el pequeño sanatorio para los esclavos, sumido en

el examen de algún caso grave, no podía evitar alzar su cabeza y escuchar las voces de la tierra, el olor divino y el insistente perfume y sentir la cálida y suave brisa acariciar sus mejillas. Algunas veces sonreía y se sentía de nuevo joven.

—Incluso el hombre más endurecido debe sentir una promesa en la primavera —decía Keptah a Cusa un bello atardecer, mientras permanecían sentados en el pórtico exterior y contemplaban el cielo—. Es la profunda promesa de Dios y ningún hombre puede resistirla aunque su corazón esté tan roto como un barco vacío.

—Lucano lo resiste con más o menos éxito —dijo Cusa.

—Piensa demasiado en Diodoro —dijo Keptah tristemente—. En cierta ocasión me reprochó el haber permitido al tribuno ir a la ciudad en aquel día fatal. Yo debía haberle drogado, exclamó ante mí. El hecho de que el destino del tribuno era inevitable por ser hombre de carácter, integridad y honor, no ha servido de nada para calmar el enfado del joven contra mí. Como toda juventud es inconsistente. Está determinado seguir su camino a lo largo del gran mar, entre pestilentes barcos, malolientes puertos, ciudades y poblaciones, porque cree que este es su deber. Le digo que Diodoro sentía hacia su propio deber una pasión tan inmensa como la que él tiene por el suyo.

— ¿Y qué dice a esto? —preguntó Cusa con avidez.

—Dice que Roma ya está perdida, pero que el hombre no está perdido: un sofisma que no pude evitar el señalarle. El hombre es su propio verdugo; se cuelga a sí mismo en su propia cruz; es su propia enfermedad, su propio destino, su propia muerte. Las civilizaciones son expresión del hombre. Pero nuestro joven médico no siente el menor cuidado por las civilizaciones; piensa sólo en los oprimidos despreciados y rechazados, que están así porque su nación está corrompida y porque ellos la han hecho así. Sin embargo, está obsesionado por su estrecha idea como una mosca metida en ámbar. Los hombres sufren de los hombres, le digo, pero me responde algo amorfo, como que la sociedad es la torturada del hombre; sólo Dios, cree él, y los poderosos que Él ha creado, son los opresores.

Keptah se volvió hacia Cusa, que pensaba sobre todo aquello. Le había hecho la misma pregunta muchas veces antes de entonces.

— ¿Estás seguro de que había peste en aquel barco?

—Maestro Keptah, estoy completamente seguro de que lo era. Te he descrito los síntomas una y otra vez, el aspecto de los muertos, los bubones y los vómitos sangrientos.

Keptah asintió.

—Incluso sabiendo mucho, no sé que decirte, mi buen Cusa, y estoy todavía sorprendido por lo que me has contado.

Cusa miró a Keptah curiosamente en aquella cálida y dorada puesta de sol escarlata.

—Eres muy misterioso: Yo creo, por mi parte, que él ha sido tocado por la divinidad. Es un protegido de Quirón, no hay duda acerca de esto. Trato de recordar esto cuando más me exaspera.

Keptah permaneció silencioso durante algún tiempo y luego dijo:

—Hay algo más que le devora, además de la tristeza por la muerte de Diodoro.

Cusa se sintió interesado porque le gustaban tanto los comentarios como a su esposa Calliope. Por primera vez contó a Keptah lo de la oculta dama que había acudido en litera a decirle adiós a Lucano en el puerto de Alejandría.

Vi su blanca mano —dijo con alivio—, aunque no su rostro, pero la mano era extraordinariamente pequeña y hermosa. Nunca he visto una mujer fea con una mano como aquella, ni a una mujer verdaderamente bella que tenga una mano fea. Y Lucano volvió al barco con un rostro tan quieto como la muerte, los ojos hundidos por la tristeza y la desesperación. A propósito, él besó aquella mano.

Keptah se enderezó y se golpeó la barbilla, una mirada de excitación apareció en su rostro.

— ¡Una dama! Las mujeres no acuden a los puertos llenos de esclavos y multitudes para decir adiós, a menos que amen y sean amadas. Ah, todo de una pieza. Ha renunciado a esa mujer y a todas las mujeres a causa de su obsesión. Sin embargo, me alegro. Continuemos esperando. Si esa mujer enamorada y con dinero es tan inquieta y audaz, tan imposible de abatir, como un tigre. Él la verá otra vez.

—Tendrá que ser muy aguda de verdad —dijo Cusa agriamente—. Pero de nuevo es posible que tengas razón. Pasó muchas noches vagabundeando como una sombra, sin hablar. Le oí también gritar durante su sueño, con gemidos de quien llora a un ser desaparecido.

Lucano estaba sentado con su madre, hermanos y hermana, un atardecer. Se sentía más tranquilo que de costumbre. Miraba el sombreado verde de los valles y las colinas iluminadas por el sol poniente; el aire brillaba como si estuviese lleno de joyas en polvo y en los más oscuros lugares de los jardines los insectos luminosos empezaron a brillar silenciosamente. La carne de Iris había perdido su sonrosado color y adquirido un pálido brillo, como la madreperla, y el azul de sus ojos se había intensificado con la serenidad silenciosa de su pena resignada. Lucano se sintió lleno de orgullo y piedad; no sólo veía en ella a su madre, sino también la esposa y la mujer, y a menudo se preguntaba cuáles serían sus pensamientos y sus deseos; con frecuencia se sentía tímido ante ella. Otras veces ella le sorprendía por la forma con que había aceptado los acontecimientos y la muerte de su amado esposo. Él hubiese preferido la rebelión y el furor contra el destino. En cierta ocasión ella le había dicho.

—Sé que Diodoro vive y que algún día me uniré a él con alegría y gozo, porque Dios es bueno y Él no defrauda a sus criaturas.

Algunas veces ella era un misterio impenetrable para Lucano.

Amaba a los hijos tenidos con Diodoro, la pequeña Aurelia y Cayo Octavio, pero parecía amar al hijo de Diodoro y a Aurelia, incluso más. El alegre Prisco era cariñoso y devoto, y adoraba a su madrastra y pese a su alegre naturaleza poseía un profundo sentimiento de responsabilidad, aunque apenas si tenía cinco años de edad. Era como un padre para su pequeña hermana, cuyo cabello se parecía al de la madre y cuyos suaves ojos castaños brillaban con dulzura, y para el hermano pequeño, que aún no tenía dos años, y que se movía con gravedad entre las hierbas e inspeccionaba las flores con gesto de filósofo. El pequeño Cayo se parecía a su padre de una forma: sorprendente y algunas veces esto divertía a Lucano. Pero Prisco: hacía estremecer su corazón de dolor, porque su rostro era el rostro de su hermana muerta, Rubria, y tenía la misma vivacidad y alegría que ella.

Cayo deseó inspeccionar los insectos luminosos, pero Iris le cogió justamente cuando se caía y lo colocó sobre sus rodillas, besándole. Su dorado cabello quedó brevemente iluminado por última vez por un rayo de sol antes de que el astro se ocultase tras las oscuras colinas de doradas crestas. Cayo inspeccionó el rostro de su madre seriamente, luego apoyó la cabeza sobre el pecho de ella e Iris se inclinó sobre él.

—Aunque apenas habla aún —dijo Iris— tiene pensamientos muy serios y hace las más profundas preguntas del mundo. —Miró hacia Lucano— como su querido y amado hermano —añadió suavemente.

Lucano no dijo nada; había intentado durante todos aquellos meses mantenerse alejado de su familia por terror a amarles demasiado. Se había sentido lleno de una excitada e inquietante ansiedad. Debía abandonar tan pronto como fuese posible a aquellos niños y a su madre, porque si no se apoderarían de su corazón y lo romperían con dolor entre sus manos. Contempló la brillante luna que entonces se alzaba sobre una colina. Para él, la luna era como una vieja calavera marchita de tristeza y tragedia. Su belleza, por lo tanto, no le emocionaba, porque era la belleza de la muerte, la misma belleza amenazadora que había en el amor.

Iris le contemplaba con las pestañas entornadas. Vio el pálido brillo de su rostro, la rigidez de su expresión y sus contenidos ojos. Suspiró y luego dijo:

—Nunca fui una mujer de temperamento ardiente que pudiese expresar mis emociones con libertad. Pero debes comprender, querido hijo, lo que significa para mí tener mi familia conmigo, y a ti, en casa después de todos estos años. ¿No es maravilloso que hayas sido nombrado por gracia del César, principal médico oficial en Roma? Tendrás que permanecer en la ciudad sólo tres días a la semana, y después volver aquí, donde la casa te necesita. Y tu madre más que nadie —añadió en voz baja.

Los labios de Lucano se separaron, después permaneció silencioso otra vez. Miró el hermoso anillo que Diodoro había encargado para él; el tribuno había querido ofrecer el anillo a la vuelta de su hijo adoptivo. Estaba hábil y exquisitamente trabajando: un ancho aro de oro de intrincado trabajo en el que estaba engarzada una gran esmeralda verde. Sobre esta esmeralda había sido grabado un caduceo de oro, el signo de los médicos, el báculo alrededor del cual se enrollaban dos serpientes con las alas de Mercurio en un extremo formadas por nubes. A Prisco le había dejado el noble anillo de su padre, que no era tan valioso y rico como aquél, ni, para Lucano, tan significativo. Diodoro no había olvidado a Lucano en la cuestión del dinero. Le había nombrado heredero de una gran cantidad y designado, en la posibilidad de la muerte de su madre, tutor de sus hijos. Pero Lucano se dijo a sí mismo que aunque su madre era vieja, tenía casi treinta y ocho años de edad, gozaba de buena salud y podía esperarse que viviría aún un número considerable de años.

Se dio cuenta de que debía hablar entonces, aunque había evitado hablar durante seis meses, temiendo turbar a su madre y aumentar su dolor. Contestó con tanta suavidad como le fue posible.

—Debo hablarte, madre. No puedo aceptar el cargo que me ofrece Tiberio. No puedo permanecer aquí.

Iris esperó. Lucano miró a su madre, esperando lágrimas de protesta e incredulidad. Pero Iris esperaba tranquilamente. Luego dijo:

—Cuéntame hijo mío.

Y Lucano contó a su madre, que escuchó con la cabeza inclinada, mientras sus manos acariciaban distraídas al pequeño Cayo que se había quedado dormido. Prisco y Aurelia perseguían vivamente a los insectos luminosos y sus charlas y risas se mezclaban con los sonidos y canciones de los pájaros del atardecer. La luna se elevó más y el poderoso olor de la tierra los cipreses y los nuevos árboles en flor, se hizo más insistente. De pronto las copas de los cipreses quedaron plateadas.

Iris había quedado tan silenciosa después que Lucano terminó de hablar, que éste, por fin dijo:

—¿Comprendes?

—Sí —respondió Iris—, comprendo. Eres muy parecido a Diodoro, querido hijo, y esto me hace feliz. Tienes la misma firmeza y disciplina de carácter, la misma dedicación al deber, cosas raras en este mundo perverso. ¿Te das cuenta, sin embargo, de que el sendero que has elegido está lleno de tristeza y soledad, lleno de agudas piedras, y no está alumbrado por ningún sol?

—Sí —dijo—, pero esto no me importa. Desde hace mucho tiempo sé que el mundo no me ofrece ninguna promesa de gozo ni de felicidad.

—Yo he rogado —dijo Iris— que te casases y trajeses a tu esposa a esta casa y que tuviésemos nietos para que alegrasen mi vejez.

Lucano movió la cabeza con gesto negativo.

—No has olvidado a Rubria —dijo Iris y suspiró de nuevo.

—Nunca la olvidaré —Lucano vaciló, luego habló con brusquedad.

—Madre, amo a una mujer que a mí me parece Rubria renacida. Es en su naturaleza donde encuentro el parecido; la misma amabilidad, la misma suave animación, la misma pureza de carácter, la misma firmeza femenina. Se llama Sara bas Eleazar. Esto es todo lo que puedo decirte. Ella se mezcla en mi mente con Rubria, de modo que son una y la misma a la vez. Sin embargo, como Rubria desapareció, así ella debe desaparecer de mi vida.

Al oír esto los ojos de Iris se llenaron de lágrimas porque consideraba aquello una gran calamidad.

—El amor entre un hombre y una mujer es una cosa santa, hijo mío, y está bendecido.

—Para mí, no lo está —respondió Lucano con firmeza y su madre contempló su rostro. Después de un rato él continuó:

—Hoy he escrito al César agradeciéndole su ofrecimiento, pero rehusándolo. Roma no tiene necesidad de mí, como ya te he dicho. La ciudad está llena de excelentes sanatorios y buenos médicos. Hay incluso un buen sanatorio en una isla en el Tíber para los más abandonados esclavos y criminales. Pero en las ciudades, pueblos y lugares perdidos a lo largo de las costas del Gran Mar, hay muy pocos lugares para los enfermos y los pobres.

Aunque Iris comprendía, se sentía abrumada. Un hombre tan dotado, joven y hermoso, tan rico, y miembro de familia tan distinguida al que César concedía sus gracias... Sin embargo iba a abandonar todas aquellas cosas para elegir las multitudes anónimas en ciudades sin nombre y desconocidas para ella.

—Deseo estar libre —dijo Lucano—, y cuantas mayores necesidades tiene un hombre, menos libertad. No deseo nada para mí.

Sus manos permanecían apoyadas sobre las rodillas y tenían el aspecto de piedra tallada a la luz de la creciente luna, mientras el maravilloso anillo colocado en su dedo brillaba débilmente. Iba vestido con una túnica sencilla y barata. Su guardarropa era tan pobre y limitado como el del más humilde liberto. Sin embargo, pensó su madre, tiene una majestad superior a la de César y una nobleza parecida a la de los dioses. Su corazón se sintió de pronto aligerado y misteriosamente consolada, y miró hacia el cielo, que se oscurecía, como si oyese una voz procedente de allí.

Las ayas salieron de la casa, que se alzaba tras ellos, para buscar a los niños e Iris se levantó. Cuando las ayas se llevaron a los niños ella les siguió con sus ojos azules tiernamente humedecidos. Luego colocó su mano sobre el hombro de su hijo.

—Que Dios esté siempre contigo, mi querido Lucano —dijo, y le dejó.

Keptah encontró solo a Lucano bajo los susurrantes mirtos iluminados por la suave luz de la luna. Los cipreses destacaban sombríos y una gran tranquilidad envolvía los jardines. Keptah se sentó en la silla que antes había ocupado Iris y miró a su antiguo discípulo.

—¿Se lo has dicho a tu madre? —preguntó. Lucano se movió con inquietud.

—Se lo he dicho. Y ella comprende.

—Tienes las más sorprendentes ideas sobre la vida —dijo Keptah—, y puesto que yo no tengo tus puntos de vista, aunque honre los tuyos, no puedo por menos que estar sorprendido. Sin embargo, por supuesto, así ha sido establecido.

—¿Por quién? —Preguntó Lucano con desprecio—. Yo he ordenado mi propia vida.

Keptah hizo un gesto negativo con su cabeza.

—No —se detuvo un momento—, también estás en un error acerca de otras cosas y este error deberá ser corregido o no tratarás sinceramente de encontrar tu camino. Tu naturaleza es caótica, barrida por los vientos de la anarquía, insensata, inspirada sólo por la violencia; una vida clamorosa pero, esencialmente, sin ningún propósito. La civilización para ti es el patético esfuerzo del hombre por poner orden en la naturaleza, regulada de alguna forma que tenga significado. Tu naturaleza, en su siembra, crecimiento y muerte, es una suma sin la ecuación correspondiente, un círculo que no conduce a nada, un árbol que florece, da fruto y muere en un desierto gris. Tales pensamientos son mortales; están amenazados de muerte.

—¿Qué más? —respondió Lucano con impaciencia. Pensó que Keptah se estaba haciendo tan tedioso como José ben Gamliel. De nuevo Keptah movió su cabeza con gesto negativo.

—Estás equivocado. La naturaleza es un orden absoluto, gobernado por leyes inmutables y absolutas, establecidas al principio del universo por Dios. Las civilizaciones, en tanto que estén de acuerdo con la naturaleza y sus leyes, tales como la creación, libertad de crecimiento, dignidad de todo lo que vive, belleza de forma, reverencia por el Ser de Dios y el ser del hombre, sobrevive. En cuanto se vuelven a la rigidez y al anonimato del estado, regula las grandes formas a un nivel infecundo, a la degradación de los mejores por masas de hombres infecundos, al rechazo de la libertad para todos, entonces la naturaleza debe destruirlos, por medio de guerras o pestes o una rápida decadencia. Tú estás, vives en medio, en esta época, del trabajo y de la ley.

—Estamos tan sólo continuando las conversaciones sin fin, sobre el mismo asunto, que hemos tenido durante todos estos meses —dijo Lucano con tono cansado.

—No lo discutiré de nuevo —respondió Keptah—, sólo quiero recordarte que estás equivocado. El hombre no es la pobre, silenciosa y sufriente criatura que tú crees que es. Es una furia, nacido de Hécate y sólo uno puede salvarle del destino que ha elegido.

Esperó que el testarudo Lucano hablase, pero éste no lo hizo. Luego Keptah habló de nuevo.

— ¿Eres de carne y sangre o de piedra? Tu preocupación por el hombre es impersonal, nunca compasiva. Me temo que es incluso vengativa. Eres joven todavía. El mundo está lleno de mujeres amables y dignas de ser amadas. Debieras tomar esposa.

Lucano se ruborizó y se volvió a él con enfado.

— ¿Quién eres tú para hablar así? Tú nunca te has casado.

Keptah le miró con una mirada extraña.

—Eneas y Diodoro no fueron los únicos hombres que amaron a tu madre. He conocido a Iris desde que era una niña. ¿Me creerás un presuntuoso, yo, que antes fui un, esclavo?

—No creo que ningún hombre sea esclavo —dijo Lucano. Miró a Keptah y su rígida y juvenil cara se suavizó por un momento.

—Todos los hombres son esclavos. Ellos lo han querido así. Sólo Dios puede liberarlos. Él que les dio la libertad en el nacimiento, aunque ellos hayan renunciado siempre a ella y siempre renuncien.

Keptah se levantó. Después, sin hablar de nuevo, se alejó de Lucano.

Lucano miró hacia el cielo, que se había cuajado de ardientes estrellas. Pensó de pronto en la Estrella que había visto cuando era un niño. Los astrónomos egipcios le habían hablado de aquella Estrella. Era tan sólo una Nova. Al principio habían creído que era un meteoro, pero se había movido demasiado lentamente, había brincado excesivamente, demasiado segura en su paso. Se había desvanecido a la noche siguiente. Lucano recordó la profunda emoción de su corazón cuando vio la Estrella, la apasionada e inefable seguridad que se había apoderado de él, el intenso gozo. De pronto se sintió sobrecogido por una sensación de honda pena y tristeza y se cubrió el rostro con las manos.

CAPÍTULO XXVI

El día siguiente, Plotio, el capitán de los pretorianos de César, llegó a la casa de Diodoro en su cuadriga oficial, rodeado por un destacamento elegido de la guardia. Dado que había visitado aquella casa a menudo desde la muerte de Diodoro y se había hecho gran amigo de Keptah, a quien honraba como a un hombre sabio, su visita no despertó ninguna consternación. Keptah le invitó a tomar un refresco, pero Plotio dijo:

—Hoy no he venido para una fructífera charla contigo, mi buen Keptah. He venido con órdenes expresas de César. Desea ver al hijo de Diodoro, Lucano, al instante.

Cuando Keptah demostró cierta alarma, Plotio sonrió.

—Recordarás que el propio César hizo el discurso fúnebre. Ha mencionado repetidas veces en mi presencia su profunda consideración por Diodoro y su determinación de honrar su memoria. Creo que Lucano le envió ayer un mensaje y desea discutir su contenido.

—Creo que sé lo que es —dijo Keptah—. Lucano ha rechazado el nombramiento de oficial jefe de médicos en Roma.

— ¿Está el médico loco? —exclamó Plotio maravillándose y gesticulando.

—En cierta manera, sí —dijo Keptah.

Plotio, cubierto con su armadura y armado con las más fuertes leyes de Roma acompañó a Keptah hasta los brillantes jardines donde Lucano estaba jugando como un niño con sus hermanos y hermana. La pequeña Aurelia cabalgaba sobre su espalda; Lucano pretendía ser un caballo sin domar, para delicia de los niños, y estaba haciendo ruidos feroces y agitando su dorada cabeza. Plotio pensó que era aquella una bella escena. Se sintió también sorprendido ante la belleza de Lucano. Pero cuando el joven médico vio a los visitantes quitó a Aurelia de su espalda e hizo alejar a los desilusionados niños que corrieron para jugar en el extremo más alejado de los jardines. Prisco volvió después de un momento, fascinado, como siempre, por la armadura del soldado que con frecuencia llevaba caramelos y declaraba que era como el propio Diodoro de joven.

— ¿Me buscáis? —preguntó Lucano que nunca había visto a Plotio aunque había oído hablar de él en las cartas de Keptah.

—Saludos —dijo Plotio alzando su brazo derecho con rígido saludo militar—. ¿Eres tú Lucano, el hijo de Diodoro Cirino? Yo soy Plotio, capitán de los pretorianos de la casa de César. Has de venir conmigo para una audiencia con César.

Lucano miró a Keptah. Keptah dijo:

—Cuando César ordena; César debe ser obedecido.

—Muy bien —respondió Lucano. Sacudió las briznas de hierba de su túnica. Luego vaciló—. No tengo mucha apariencia. Debo ir como estoy.

—No debes insultar al César apareciendo como un rudo pastor —dijo Keptah con una sonrisa dirigida a Plotio—. Vamos, mi buen amigo; es un joven de considerable riqueza, que aparenta sin embargo ser un pobre campesino. Ven, Lucano, tengo una excelente toga, que he hecho para mí mismo, y para el arreglo de los pliegues de la cual, he educado a una muchacha muy inteligente.

Tomó a Lucano por el brazo. El joven se había ruborizado con modestia ante el irónico tono de Keptah. Plotio les vio entrar en la casa. Prisco, como de costumbre, estaba insistentemente tocando el mango de la corta y ancha espada.

—Ah —dijo Plotio— serás un soldado tan bueno como tu padre. Desenfundó la espada y se la dio al muchacho que la cogió con sus firmes y morenas manos. Sus curtidas mejillas brillaban y sus ojos estaban iluminados. Bien —dijo Plotio— avánzala así moviendo la muñeca de esta forma.

—Serviré al César —dijo el niño blandiendo la espada y amenazando a Plotio—, seré un gran soldado.

Los demás niños volvieron para mirarle y Prisco orgullosamente, ignoró su presencia, aunque les miraba de reojo. Aurelia palmoteó y gritó con admiración cuando Prisco afirmaba los pies como un esgrimidor y manejaba la pesada espada con fuerza. El cabello de la niña parecía una dorada luna alrededor de su hermoso rostro.

Keptah volvió con Lucano, que iba vestido entonces con una majestuosa toga. El muchacho del establo llevó hacia la puerta uno de los mejores caballos de la casa, un pura sangre idumeo. Cuando Lucano montó sobre él y le dominó con experta maestría, Plotio pensó en Febo, porque el caballo y el caballero resaltaban contra el azul fuerte del cielo como estatuas que repentinamente hubiesen sido investidas de vida.

Lucano cabalgó silenciosamente junto a la cuadriga de Plotio hacia la ciudad, y los otros pretorianos cabalgaban tras ellos. «Es muy extraño», pensó el capitán. Luego, tras un rato, dijo a Lucano:

—Roma está hoy de fiesta. El pueblo honra a Cibeles, y su templo está completamente lleno.

—No sé nada de Roma —dijo Lucano con cierta frialdad—, pasé tan sólo por fuera de sus murallas de camino hacia casa.

Plotio se encogió de hombros y la conversación murió. Pero Plotio continuó admirando la ecuestre habilidad de Lucano y la forma de sentarse sobre el pura sangre. Era, ciertamente, igual que un dios. Las damas de Roma se volverían locas por él.

Mucho antes de que entrasen en la ciudad por la puerta Asihara, Lucano pudo contemplar Roma, blanca, bronceada y dorada, sobre las Siete Colinas, resaltando contra el cerúleo cielo. Allí estaba, enorme, hinchada no sólo con romanos, sino con hombres de muchas naciones y lenguas; una ciudad fiera y depravada, la querida de toda la ley, la amada del mundo, gloriosa en potencia, y color; nudo de sus múltiples carreteras, alimentada por grandes acueductos que llevaban agua fresca y dulce a lo largo de innumerables kilómetros desde distantes corrientes y ríos, y por barcos que venían de todos los rincones de la tierra. Allí estaba Roma, la devoradora, más terrible que sus águilas, antes cuyas fauces, incontables millones de germanos, árabes, galos, bretones, egipcios, armenios, judíos, españoles, sicambros, indios, griegos, nubios y miles de otros pueblos se inclinaban con terror. El sol brillaba sobre sus distantes muros y sobre sus deslumbradoras columnas; doraba los lejanos templos con un brillo cegador. Toda la riqueza del mundo estaba allí, y todas las bellezas, artes, filosofías así como todas las intrigas y conspiraciones. No es de admirar, pensó Lucano, que Diodoro hubiese amado y odiado a aquella ciudad.

La carretera de piedra, orgullo de Roma, estaba llena de caballos, carros, carretas, coches cargados con mercancías y productos. Un acueducto se extendía a lo largo de ella, sus elevadas aguas discurrían bajo la cálida luz del sol primaveral. Campos de amapolas y amarillas margaritas crecían a ambos lados. El aire olía a fermento de la tierra, sudor y efluvio de las caravanas. Plotio ordenó a algunos de sus subordinados que le resguardasen a él y a Lucano y que les abriesen camino. Lucano, a pesar de sí mismo, fue ganado por la curiosidad y la fascinación. Contempló los curtidos rostros de sus compañeros de viaje, percibió el olor de especias y ajos; el aire atronaba con el ruido de los pies y los cascos de animales, los crujidos y chasquidos de innumerables vehículos. Un sol ardiente hería las pupilas con su intensidad.

—El tráfico —dijo Plotio con disgusto—, se hace cada día peor. Todas las carreteras que conducen a Roma están terriblemente llenas. Sin embargo Roma nunca queda repleta, es como una enorme boca eternamente abierta y tragando eternamente. Es como Cronos, que devora a sus hijos.

Nubes de ruidosas golondrinas trinaban y volaban sobre sus cabezas y contribuían al furioso ruido de hombres, vehículos y caballos, que parecían hacer temblar la carretera. Los campos cultivados a ambos lados, brillaban sobre la roja y fecunda tierra. En algunos lugares, mirtos, robles y cipreses proyectaban una sombra ocasional sobre las ardientes piedras, y aquí y allá, junto a una azul y sombreada corriente, se alzaban grupos de grandes sauces, dejando caer su frágil cabello verde hacia abajo sobre sus pálidos y blancos troncos que se reflejaban en el agua. La tumultuosa carretera, daba vueltas pasando ante blancas villas, rodeadas de jardines, pastos llenos de tranquilo ganado, y grupos de encadenados esclavos levantando nuevas paredes o reparando las antiguas.

El polvo amarillo se espesó y se transformó en una brillante nube suspendida sobre los viajeros y una capa dorada se extendió sobre los pliegues de la valiosa toga de Keptah que tan artísticamente cubría la túnica azul claro de Lucano. Lucano intentó sacudirlo, pero se mantuvo pegado al tejido. Su pura sangre relinchó y resopló. Plotio pensó que era ridículo que un hombre vestido de toga cabalgase a caballo. Había ofrecido a Lucano volverle a casa en su carro, pero éste había rehusado fríamente su ofrecimiento.

A medida que se acercaban a la ciudad, la excitación de Lucano aumentaba, junto con una curiosidad muy humana. Roma contaba setecientos años de antigüedad y era ya vieja con antiguos pecados. Parecía simbólico que hubiese sido fundada sobre un fratricida. Sin embargo, su decadencia había empezado el día en que la república fue transformada en un imperio absoluto. Sus banderas desplegadas sobre todo el mundo se agitaban con viento de tempestad; su poderío era mantenido por cientos de legiones, espías, informadores, y asesinos en multitud. La intriga asfixiaba lo que había sido honrado aire de la República. Pero aquel era el curso inevitable del imperio, el curso de su poder y de la «dirección del mundo». El poema de Lucrecio, *De Rerum Natura*, que Lucano había leído, tenía un doble sentido; uno para las letrinas de Roma y otro para las

letrinas del espíritu romano. En las letrinas físicas las madres abandonaban con frecuencia a los niños que nacían contra su voluntad; en las letrinas espirituales los hombres habían abandonado su fe y su carácter.

¿Qué importaba que Cayo Octavio y Augusto César hubiesen alardeado de haber encontrado una ciudad de ladrillo que habían convertido en una ciudad de mármol que brillaba y relucía al sol? Mejor, pensó Lucano, una ciudad humilde con justicia que un sepulcro de mármol para las virtudes trascendentales. Pero a pesar de todo se sentía excitado. La cabalgata se detuvo a la puerta y los recién llegados fueron examinados por los soldados de guardia, con las espadas desenvainadas. La cima de la puerta estaba adornada con las banderas de Roma y las terribles águilas que miraban desde arriba con furia hacia la carretera, a la inquieta multitud de hombres y de vehículos. Plotio y su escolta fueron admitidos con saludos y cabalgaron a través de la puerta, dejando tras ellos un ensordecedor rugido de importancia, y entonces se encontraron en la enorme ciudad, rodeados y devorados por ella.

Si Lucano se había sentido asombrado por los ruidos y gemidos de la carretera se sintió completamente anonadado por la ciudad. El período de descanso que seguía a la comida del mediodía había terminado, y a medida que avanzaban a lo largo de la vía Asinara tuvieron que reducir su marcha a un trote corto a causa de una multitud de tenderos, oficinistas y banqueros que marchaban al trabajo. Aunque Cayo Octavio había declarado que todos los ciudadanos romanos debían usar la toga, la mayoría de los hombres apresurados usaban una túnica corta de muchos colores, azules, escarlatas, amarillas, blancas, marrones, rojas y verdes, y de multitud de tonalidades. Muchos iban a pie, unos pocos de los más influyentes eran llevados en literas; carros y hombres a caballo trataban de forzar el paso sobre las planas o redondas piedras. El tráfico se congestionaba donde grupos de ruidosos ciudadanos insistían en detenerse en medio de las calles para discutir sus negocios o intercambiar críticas. Cuando eran forzados a separarse por la fuerza del tráfico, se refugiaban en las puertas de las tiendas y tabernas, para continuar gritando, gesticulando, jurando o riendo, o concluir un trato. La carretera estaba flanqueada por altas casas, algunas veces tan altas que llegaban a los ocho pisos, donde las mujeres se inclinaban sobre las barandillas de las ventanas para gritar a los niños que habían escapado a los patios de la parte de atrás o para añadir sus gritos al ruido general. Allí la mayoría de los edificios estaban construidos por grandes ladrillos rojos y planos, de una época anterior. Había hombres que tiraban de carros sobre los que descansaban humeantes braseros encima de los cuales se cocían salchichas y pequeños pasteles. Otros carros, empujados por sus propios propietarios, estaban llenos de mercancías baratas que ofrecían a las mujeres asomadas a sus ventanas que gritaban a los vendedores, despreciaban a sus mercancías o asentían ante una pieza de lana, lienzo o algodón teñido de violeta, o ante otras ofertas interesantes. A Lucano, la ciudad le pareció peor que Alejandría o Antioquía, a pesar de sus infinitas leyes sanitarias, pues era un horno gigantesco y casi abrumador. Su nariz quedó invadida por olores nauseabundos, por los cálidos perfumes de guisados, alimentos, aceites, estiércol animal, la penetrante miasma de millones de letrinas, el asfixiante polvo y el olor de las piedras y ladrillos recalentados al sol. Allí la fresca primavera del campo se había perdido en un inmenso y agobiante calor de pleno verano. Olas de aire caluroso flotaban desde otras calles como si procediesen de hornos, y por todos los sitios, clamor, carreras, deslices, exclamaciones, ruido de ruedas y cascos, y ruidosas nubes de palomas y golondrinas. Cuando los portadores de insignias de los pretorianos rompían una multitud particularmente grande de mercaderes, que mostraban su desacuerdo a gritos en el centro de la calle, Lucano percibió infinitas miradas de ojos negros e indignados que se volvían hacia él y su escolta y, a causa del ruido, pudo sólo percibir las maldiciones que emitían torcidas bocas. Los ciudadanos no temían a nadie, ni siquiera al César.

Lo que más impresionó y sorprendió a Lucano fue la grandeza de la ciudad, los altos edificios, los alzados departamentos, apilados y amontonados uno contra otro, contrastando sus colores rojos, amarillos, verdes y grisáceos, sus arcos llenos de bulliciosa gente. La ciudad, contenida por las murallas y puertas, tenía tan sólo un lugar de expansión hacia arriba. En consecuencia todas las calles hervían cual torrentes y los ciudadanos se veían forzados abrirse paso por entre la multitud a fuerza de codos y hombros lo que, comprensiblemente les irritaba y con frecuencia les hacía andar a golpes o abiertas discusiones con quienes impedían sus movimientos. A medida que Lucano se acercaba a los edificios más ricos, la confusión y el ruido quedaban encerrados entre paredes, edificios más altos, circos, teatros, casa particulares y establecimientos del gobierno, construidos de mármoles de muchos colores, no tan sólo blancos, sino dorados y marrones, rojos y, ocasionalmente, de brillante color negro. Roma había absorbido todos los dioses de las naciones que había conquistado, en un impresionante panteón y los templos surgían por doquier y a través de sus puertas de bronce entraban y salían infinidad de grupos devotos, algunos llevando sacrificios, otros ofreciendo incienso; muchos esperaban amigos y permanecían en los pórticos, gesticulando, escupiendo o discutiendo. De pronto aparecieron enhiestas columnas sobre las cuales descansaban estatuas blancas de mármol, hierro o bronce, de dioses y diosas, o de ecuestres héroes, brillando como gigantescos picos por encima de las sudorosas multitudes, concurridos templos y edificios; algunas flanqueando ambos lados de anchas escaleras que conducían a edificios públicos y lugares de culto, rodeadas por pequeños círculos de tierra llenas de flores de brillantes colores, en medio de fuentes, o deslumbrantes mosaicos. Y sobre todo ello —el estremecedor clamor de millones de voces, hordas de vehículos y caballos, todo el poder de la Roma imperial sobre sus colinas cubiertas de mármol—, se alzaba el cálido cielo azul como una bóveda sofocante tendida por encima de una humeante y colosal cazuela.

El caballo de Lucano tropezó más de una vez en los baches de la carretera. Sudaba profusamente y puesto que era imposible hacerse oír, Plotio alzó su mano y con un gesto mudo señaló el Palatino sobre el que se